
CAPO
insaciable
CAPOS DE LA MAFIA
LIBRO CUATRO
EVA WINNERS

CAPO INSACIABLE

CAPOS DE LA MAFIA: LIBRO CUATRO

EVA WINNERS

Derechos reservados © 2024 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Fotógrafo: Michelle Lancaster: Modelo: Tommy Laurens

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks, LLC

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita: www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e
Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q
Instagram: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

ÍNDICE

Playlist
Nota De La Autora
Serie Capos De La Mafia
Sinopsis

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Epílogo

¿Qué Sigue?
Sobre La Autora

PLAYLIST

https://spoti.fi/3ZAeXyf

NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores:

Por favor tengan en cuenta que este libro contiene elementos oscuros y escenas perturbadoras relacionadas con pérdida de un hijo, tráfico de personas, tortura y lenguaje obsceno. Por favor, procedan con precaución. No es para los débiles de corazón.

No olviden suscribirse al boletín de Eva Winners (www.evawinners.com) para recibir noticias sobre futuros lanzamientos.

SERIE CAPOS DE LA MAFIA

Cada libro en esta serie puede leerse de forma independiente. Sin embargo, dado que esta historia transcurre durante la línea temporal de los libros anteriores de la serie, podría estropear algunos acontecimientos.

El orden de lectura recomendado de los libros de esta serie es el siguiente:

Placer Corrompido (Davina y Liam), precuela https://amzn.to/4jA5XiX

Capo Perverso (Basilio y Wynter), Libro 1 http://bit.ly/4kPoI2L

Capo Retorcido (Dante y Juliette), Libro 2 https://amzn.to/43MjSwv

Capo Inmoral (*Priest* e Ivy), Libro 3 https://amzn.to/43tscCw

Capo Insaciable (Emory y Killian), Libro 4 https://bit.ly/4dRmqwJ

Para más información sobre Eva Winners, por favor visita www.evawinners.com

SINOPSIS

Cedí mi mano en matrimonio a cambio de su ayuda para salvar mi lugar en la mesa del *Sindicato de la Mafia*.

Ahora, tenía un esposo secreto.

El frío y calculador Killian Brennan Cullen.

El hombre más *sexy* que había conocido.

Y el heredero de la *Mafia Irlandesa Cullen*.

Prometió ser un caballero durante el día. Pero eran las noches las que me preocupaban. En la oscuridad de la noche era dominante, despiadado y posesivo. *Insaciable.*

El acuerdo era por dos años. Él me protegería y a mi posición en la Mafia.

¿Pero quién me protegería de él?

PRÓLOGO

EMORY



—¿Qué demonios haces aquí, Atticus?

La fría voz de Killian envió escalofríos por mi espalda, aunque no iba dirigida a mí. Si bien había lidiado con bastantes monstruos, mi marido tenía un lado despiadado que ocultaba tras su encantadora sonrisa.

Probablemente sorprendía a la gente cuando atacaba; nunca lo esperarían de alguien tan hermoso como él.

—Emory y yo tenemos asuntos que discutir —explicó Atticus. Había estado ganando tiempo desde nuestro último encuentro, ignorando sus mensajes, con la esperanza de encontrar una solución y la ubicación de la persona que buscaba sin su ayuda.

Sin embargo, el viejo era demasiado persistente.

—Sea lo que sea que tengas que decir, ahora no es el momento. Y estás irrumpiendo en la propiedad —advirtió Killian—. Dime por qué no debería hacer que mis guardias te disparen ahora mismo.

—Porque este asunto —empezó Atticus, mirándome fijamente—, es lo único que se interpone entre la vida y la muerte. —Agitó la mano con indiferencia—. Además, ahora trabajan para mí y los que se negaron están muertos.

Killian obviamente pensó que era mentira porque no se inmutó.

—Los asuntos de mi esposa son mis asuntos, así que escúpelo y sigue tu camino.

El terror me recorrió al saber que había traído a este hombre peligroso a nuestra puerta. Nunca debí haber hecho un trato con él;

no obstante, tiempos desesperados requerían medidas desesperadas. Y Dios, estaba tan desesperada.

—Atticus, este no es un buen momento —repliqué entre dientes, tratando de mantener la calma. No podía dejar que Killian se enterara de mi secreto. No en ese momento.

Se me aceleró el corazón al ver la fría mirada de Killian clavada en el hombre que tenía la llave de lo único que me importaba.

Los ojos de Atticus estaban clavados en mí y sus labios esbozaban una sonrisa enfermiza mientras decía:

—Mi hermosa Emory. Si quieres respuestas, no hay tiempo que perder.

Me pregunté si Atticus era como mi padre, que tenía una forma de torcer la ilusión de normalidad para que siempre estuviera fuera de mi alcance.

—¿Qué malditas respuestas? —exigió Killian.

Atticus lo ignoró.

—Permíteme recordarte nuestro trato: me das un nombre y yo te doy el tuyo junto con la ubicación. Dos por uno. ¿Lo ves? Nunca digas que no soy generoso.

—¿De qué mierda está hablando, Em? —repitió Killian.

Agité la mano con indiferencia mientras mi corazón amenazaba con latir a través de mi caja torácica.

—Este tipo ha perdido la cabeza.

Atticus soltó una risita como si yo hubiera soltado el chiste más gracioso, pero había poca diversión en sus ojos mientras me estudiaban.

—Deja de mirarla de esa manera o te sacaré los ojos del cráneo —amenazó Killian, con la espalda rígida, su postura violenta mientras me bloqueaba de la vista del bastardo.

—Esto no te concierne, irlandés —indicó Atticus con calma, rechazando la amenaza de Killian—. Emory DiLustro debería de estar agradecida por mi paciencia.

—Su nombre es Emory *Cullen* y será mejor que aprendas a usarlo —siseó Killian, sus ojos eran una amenaza de muerte.—. Mi esposa no te debe nada y, si no sales de aquí, te aseguraré un viaje a dos metros bajo tierra.

Las fosas nasales de Atticus se abrieron, su mirada se posó en ese instante en Killian. Parecería que la reputación de mi esposo lo precedía: Killian Cullen no hacía amenazas vacías.

El pánico se apoderó de mí mientras mis pensamientos giraban con una docena de "y si...", pero era un punto discutible. Hacía mucho tiempo que aprendí que uno tiene poco que decir sobre las cartas que la vida te da.

Miré a mi alrededor en busca de un arma antes de recordar que Killian tenía una pistola escondida debajo de la mesa de mi vestíbulo.

Di un pequeño paso atrás al mismo tiempo que Atticus desenfundaba dos pistolas, apuntándonos a mi esposo y a mí.

—No te muevas, Emory —amenazó Atticus, con voz letal—. O terminarás planeando el funeral de tu marido. —Mis movimientos se detuvieron y lo fulminé con la mirada—. Buena chica —halagó con sarcasmo—. Ahora, vuelve con tu esposo.

—No te muevas, maldición —declaró Killian, con los ojos todavía clavados en el inoportuno visitante—. Quédate exactamente donde estás, Em.

Estaba tan harta de que los hombres me dijeran lo que tenía que hacer. Sí, Killian velaba por mis mejores intereses, pero podía protegerme sola. Sobreviví dos décadas bajo uno de los hombres más crueles de la Mafia, demonios. Me merecía algo de crédito.

—Hagamos esto rápido —anunció Atticus con una sonrisa retorcida—. Para que ustedes, tortolitos, puedan volver a profesarse su amor.

Nunca debí confiar en este imbécil. Mis primos y mi hermano no lo tocarían ni con un palo de tres metros y me habrían aconsejado no tratar con él si se los hubiera preguntado.

Mas no pregunté. Atticus era mi boleto para llegar a *ella*, y eso era más importante que mi orgullo.

—A menos que quieras hablar de... —Atticus se interrumpió, y de alguna manera supe que lo que estaba a punto de decir cambiaría mi mundo para siempre—. ¿Quieres hablar de Amara? Podrías verla mañana a esta hora.

«Amara. Amara. Amara».

El *shock* me sacudió hasta lo más profundo de mi ser al saber por fin su nombre. Todos estos años de búsqueda y finalmente conseguí esa pequeña pieza de información que debería haber tenido todo el tiempo.

—¿Quién demonios es Amara? —La voz de Killian me sacó de mi estupor y mi mente pasó por mil respuestas.

—Es ahora o nunca, Emory —señaló Atticus con naturalidad—. ¿Quién importa más? ¿A quién amas más? A tu marido o...

No terminó la frase, pero no tenía que hacerlo. Lo que insinuó lo decía todo, y me produjo una descarga eléctrica. ¿Amaba a Killian? No, no podía ser. Esa parte de mí se había extinguido hacía mucho tiempo.

Mi mirada se desvió hacia Killian, cuya expresión era fría como el hielo.

La risa de Atticus desvió mi atención.

—Esto no tiene precio. Ni siquiera lo sabías.

Parpadeé.

—¿Saber qué?

—Que estás enamorada de él.

Una aguda inhalación de aliento vibró en el inquietante silencio.

—Que lo ame o no es irrelevante.

—Y para empeorar las cosas, o mejorarlas, este hombre está obsesionado contigo. Y ahora... —Hizo una pausa, con las armas en alto, sonriendo como si acabara de ganar a lo grande.

Mis ojos rebotaron hacia Killian, luego de regreso.

—¿Y ahora? —inquirí con voz ronca, ahogada por el miedo de no poder contárselo todo a mi esposo. Lo mucho que significaba para mí. Lo mucho que lo necesitaba. Lo desesperada que estaba por marcar el número que me había dado una vez. Cómo le había ocultado el mayor secreto y, en ese minuto, me carcomía el miedo de que muriera sin saberlo.

—Y ahora es demasiado tarde —se mofó Atticus arrastrando las palabras mientras me revolcaba en mi arrepentimiento—. No queda nadie para protegerte. A menos que me des el nombre.

Por mucho que hubiera presenciado en mi vida, por mucho que me hubieran advertido de la crueldad del *Sindicato*, me di cuenta de

que había sido salvada y protegida todo el tiempo. Por mi hermano. Por mis primos. Por Killian.

Hasta ese instante.

Podríamos morir fácilmente esta noche, y todo sería en vano. Todo el amor y la gratitud que sentía por mi hermano, por mis primos y, sobre todo, por Killian... Todo moriría conmigo.

Un movimiento repentino en mi periferia me sacudió de mi ensueño.

Killian se abalanzó sobre Atticus y sonó un disparo. Escuché un gruñido cuando las balas empezaron a volar. El crujido de los huesos siguió y un líquido caliente cubrió mis brazos desnudos. *Sangre*. Giré bruscamente sobre mis talones, con el corazón y la mente acelerados.

No era mía.

Sonaron más disparos.

—¡Killian! —grité mientras Atticus empezaba a disparar como si fuera un tipo de vaquero, con las balas surcando el aire. Luché por agarrar el arma en el vestíbulo cuando me apartaron de un golpe.

Mis rodillas golpearon el duro suelo y levanté la cabeza justo cuando una bala atravesaba el abdomen de Killian. Se agarró el estómago, pero consiguió proteger mi cuerpo mientras mis gritos atravesaban el aire.

Me arrastré más cerca de él y apoyé las manos en su estómago mientras sus ojos se desviaban de izquierda a derecha y la sangre le corría por la comisura de los labios.

—¿Cómo has podido? —susurré, con las lágrimas cayendo por mi cara y salpicándome los labios.

—Mujer tonta. —Sacudió suavemente la cabeza, sus palabras apenas audibles—. ¿Crees que existe un mundo en el que no moriría por ti?

—Kill... —sollocé, con la voz quebrada. La sangre empezó a correr por su nariz—. Por favor, no me dejes.

El color empezó a desaparecer de su cara y apoyé la frente contra la suya.

—¿Por qué? ¿Por qué hiciste esto?

—Porque... te amo —declaró mientras su mano caía al suelo a su lado.

«Dios mío. Dios mío».

—Aguanta —supliqué, tratando desesperadamente de detener la sangre que salía de su estómago y se acumulaba a nuestro alrededor. Tenía la cara marcada por el dolor—. Por favor... por favor... por favor...

Una mano me agarró del cabello y me separó de mi marido. Fue entonces cuando vi la bala en su pierna, en su hombro. El pánico y el miedo, como nunca antes había sentido, se apoderaron de mí y luché por volver con él, gritando y maldiciendo, cuando un puñetazo en las costillas me hizo callar.

—Déjala —resolló Killian, luchando por ponerse en pie antes de desplomarse de nuevo en el suelo.

Se me nubló la vista y vi cómo sus ojos se desenfocaban antes de cerrarse y quedarse inmóvil.

Para siempre.

CAPÍTULO 1

EMORY



Seis años antes
Londres, Reino Unido

Era la excepción en el mundo criminal.

Las mujeres estaban destinadas a ser valiosas mercancías que los hombres utilizaban a su antojo. Debíamos mantener las piernas cerradas hasta el matrimonio, los corazones sellados y los cerebros sin usar. Pero me negué a encajar en su molde. Mi hermano y mis primos lo permitieron, preparando mi camino hacia el poder y evitando que cualquier obstáculo se interpusiera en mis objetivos.

Sin embargo, tenía que admitirlo, mi viaje a Italia, lejos del *Sindicato* y de la mafia, fue liberador. Todo un verano para ser una chica algo normal con nuestros parientes lejanos en el país del sol, los limoneros y los olivos. Por primera vez, y probablemente la última, no había guardias que vigilaran todos mis movimientos. No obstante, supe que todo acabaría en cuanto el avión tocara tierra en New York.

Se suponía que iba a terminar el día anterior, como todo lo bueno, pero me habían dado un día más para disfrutarlo debido a una violenta tormenta que se desencadenó de camino a casa. Los aviones se quedaron en tierra, y me encontré sola en Londres, esperando, en lugar de embarcar en mi vuelo de conexión a New York.

Llevando un vestido rojo que me llegaba a medio muslo, enseñando mi escote y la mitad de la espalda, me dirigí al *lounge* del hotel. Esperaba que estuviera bastante vacío, teniendo en cuenta que apenas era mediodía.

Jugueteé con el frío metal de mi pulsera, lo único que me había dejado mi madre, mientras me acercaba al bar, a la vista del *bartender*.

—Bienvenida a Red Velvet —saludó—. ¿Qué puedo servirle, señorita?

El ambiente de este bar era elegante y confortable. La decoración en negro y rojo oscuro le daba una sensación de anonimato que me producía escalofríos. Sentía como si todas las miradas estuvieran puestas en mí, tratando de escarbar en mi cráneo para averiguar quién o qué era mi padre, aun así, sabía que era mi paranoia la que se apoderaba de mí. Además, bajo ninguna circunstancia revelaría lo que más me atormentaba.

—*Cranberry vodka* —respondí, notando esa confianza en mi voz que había encontrado en los últimos meses desde que estaba lejos de mi padre.

—Buena elección. —Me dedicó una sonrisa—. Viene enseguida.

Cuando se dio la vuelta, mostrando sus musculosos antebrazos sin mangas, un hombre se deslizó hasta el taburete de al lado.

—*Whiskey Emerald Isle*.

—Enseguida, señor. —El *bartender* me puso la bebida delante con un guiño—. Si necesita algo más, dígamelo.

—Gracias —contesté, con mis dedos apretándose alrededor del vaso. Un trueno retumbó en el exterior, sobresaltándome mientras los recuerdos de mi infancia amenazaban con salir a la luz. Cerré los ojos y me tomé la mitad de la bebida de un trago.

—¿Te dan miedo las tormentas?

El timbre profundo me produjo un escalofrío y ladeé la cabeza para ver mejor al hombre al que pertenecía. Se me entrecortó la respiración al verlo.

Había en él una presencia enervante y cautivadora.

Era guapo, sorprendentemente guapo. Probablemente el hombre más apuesto que jamás había visto. Se notaba que era alto, sus

piernas musculosas eran largas incluso sentado, y sus hombros eran anchos de una forma que hacía que su traje Armani se apretara.

Recordando que me había hecho una pregunta, me aclaré la garganta.

—No me gustan —admití, fijándome en su cara. Había una dureza entre las líneas de su frente, del tipo que me recordaba a las grietas de un volcán a punto de entrar en erupción. Solo servía para mostrar el peligro que emanaba de él, el tipo de peligro que hacía que una persona perdiera la cabeza y cometiera imprudencias.

Como meterse en la cama con un desconocido para una aventura de una noche.

Su aroma masculino, una mezcla de pino, ropa limpia y almizcle varonil, potenciaba mis sentidos. Todo ello, combinado con su cabello castaño oscuro, su mandíbula cuadrada y sus estupendos pómulos, me hacía palpitar de excitación.

Pero eran sus ojos los que me hacían difícil apartar la mirada, provocándome un fuego líquido. A pesar de cierta opacidad en ellos, conseguían arder con una intensidad abrasadora, avivando un fuego que amenazaba con arder en cualquier momento.

Lo había visto antes, con mi hermano y mis primos. Un depredador a punto de atacar.

—Si sigues viéndome así, *Red*, puede que se me ocurran algunas ideas —advirtió con aquella voz gutural, haciendo que se me apretaran los muslos.

Respiré hondo y volví a mirar mi bebida, con la esperanza de centrarme en otra cosa.

—Otro *cranberry vodka* —le pedí al *bartender*, Alex, como indicaba su credencial—. Que sea doble, por favor, Alex.

Me dedicó una pequeña sonrisa antes de ocuparse detrás de la barra. Cuando me dio la bebida, me terminé la mitad y me quedé viendo fijamente la otra mitad mientras ignoraba el impulso de observar al desconocido.

—¿Eres lo suficientemente mayor para beber?

La genuina preocupación en su voz me hizo mirarlo furtivamente.

—¿Lo eres tú? —repliqué con valentía.

Se inclinó hacia mí, invadiendo mi espacio personal, y casi me atraganté con el *vodka.*

—Contéstame —exigió en un tono mandón que no debería hacerme sentir como lo hizo.

Levanté lentamente la cabeza y me encontré con sus brillantes ojos azules.

—¿Perdona? —respondí.

—Te pregunté si tienes edad suficiente para beber, *Álainn*.

Bien, un punto en su contra a pesar del tono pecaminoso. No tenía ni idea de lo que significaba *Álainn*, y desde luego no iba a preguntárselo.

—Lo soy —declaré, sonando segura de mí misma a pesar de que solo era legal que bebiera en Europa, teniendo en cuenta que aquí la edad legal para beber eran los dieciocho años. Aún no había cumplido los veintiuno que requerían los Estados Unidos.

Afortunadamente, no estábamos en Estados Unidos, así que no era asunto de nadie.

—Eres terriblemente entrometido.

Se rio entre dientes.

—Será mejor que mantenga tu percepción, entonces. ¿Cuántos años tienes?

Su pregunta fue sensual, *demasiado* sensual.

—Veintiuno —mentí, porque él parecía tener veintitantos. Además, la edad era solo un número, y yo no era menor de edad aquí, que era todo lo que importaba.

—*Hmm.* —Casi podía sentir la vibración de su voz entre mis piernas.

Me bebí el resto del *vodka* y bajé el vaso de golpe, inclinando la barbilla en señal de desafío ante su presencia exasperantemente atractiva.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué? —Su voz era medio divertida, medio coqueta—. Vas a tener que ser un poco más específica.

Puse los ojos en blanco y le pedí otra bebida al *bartender*.

—¿Tienes edad para beber? —El zumbido del alcohol que corría por mis venas me estaba haciendo bajar mis barreras, y mis

movimientos eran un poco más lentos de lo normal cuando me giré para mirarlo—. ¿La tienes? —Sabía la respuesta, mas no pude resistirme a preguntarle.

—Soy lo bastantemente mayor —afirmó con calma. El *bartender* me tendió otro vaso de mi *cocktail* favorito y lo bebí, sedienta—. Cuidado, *Álainn*. No querrás emborracharte y arrepentirte de tus decisiones por la mañana.

—¿Como cuáles?

Dio un sorbo a su *whiskey*, su manzana de Adán se movió con el trago, aun así, sus intensos ojos no se apartaron de los míos.

—Como pasar la noche en mi habitación de hotel. —Bajó la voz, dándome todo tipo de ideas que me provocaron un calor en el vientre bajo. La sensación era tan novedosa que me tomó por sorpresa.

—Ya tengo una habitación —lancé.

El desconocido apoyó el codo en la barra y se acercó. Tan cerca que su colonia me atrapó.

Cuando giró la cabeza, su aliento rozó la concha de mi oreja.

—Pero gritarás mi nombre mientras te follo en la mía.

Se me sonrojaron el cuello y las mejillas.

—Imposible, ni siquiera sé tu nombre. —Aunque podría estar excitada y en camino a la embriaguez, no perdería la cordura.

—Killian. —Su susurro me hizo estremecer visiblemente.

—Killian —suspiré, saboreándolo en mis labios. Algo brilló en su mirada y una parte de mí imaginó que era oírme decir su nombre—. Bueno, encantada de conocerte, Killian.

Trazó la madera de la barra con un dedo largo mientras decía:

—Recuérdalo. —Me mordí la lengua para reprimir un gemido. *Santos Cielos*. Este hombre era un afrodisíaco—. Dime el tuyo.

Este era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería.

—Em. —Respiré, optando por darle solo una parte de mi nombre —. Pero siento que debo advertirte. Nunca me acuesto con un hombre en la primera cita.

«Nunca, maldición».

CAPÍTULO 2

EMORY



Sonrió ampliamente, haciendo que mi corazón se agitara.

—Entonces déjame llevarte a pasear, Em.

Mis labios se estremecieron.

—¿Es un código de sicario o me estás pidiendo una cita? Me parece bien cualquiera de las dos cosas, pero avísame para que pueda vestirme apropiadamente.

Su sonrisa era cálida y, sinceramente, no recordaba haber tenido nunca una reacción tan fuerte ante un hombre.

Este día era lo más normal que me había sentido nunca, aunque no estaba segura de que se le pudiera llamar "normal" a esta conversación.

—Estás perfectamente vestida. —Sus ojos recorrieron el largo de mi cuerpo y se me erizó la piel—. Y estamos hablando de una cita. Si alguien intenta hacerte daño, tendrá que pasar por mí.

En otra vida, la segunda parte de su respuesta podría haber levantado algunas *red flags*. Pero con mi hermano y mis primos sobreprotectores, estaba acostumbrada.

—¿Olvidaste mi regla de varias citas antes de saltar entre las sábanas con un hombre? —le recordé con una sonrisa burlona.

—Tendremos que meter varias citas en una noche, entonces. —Me guiñó un ojo juguetonamente—. ¿Estás dispuesta?

La tentación ya me hacía vacilar, y él sonrió, como si pudiera leerme el pensamiento.

Decidí seguirle el juego.

—Sí. —Dejé que mis ojos lo recorrieran antes de añadir—: Pero tengo condiciones.

Soltó una carcajada, profunda y fuerte.

—Escuchémoslas, Em.

Lo observé fijamente, intentando decidir si estaba bromeando; sin embargo, a juzgar por su expresión, parecía dispuesto a aceptar el reto.

—De acuerdo, primero —conté, separando los dedos entre nosotros—. El concierto de Taylor Swift. Empieza en una hora y me muero por ir —Sí, era una mierda que le estuviera poniendo una meta inalcanzable. Las entradas para su concierto estaban agotadas desde hacía meses, y como se suponía que tenía que estar en un vuelo fuera del país en ese mismo minuto, no me había molestado en intentarlo—. Segundo, una cena en el Ritz de Green Park. Y, por último, un paseo en helicóptero sobre Londres para ver el amanecer.

Sonrió con satisfacción, alcanzando su teléfono mientras empezaba a teclear.

—¿Eso es todo?

Me sonrojé y, por primera vez, agradecí mi tono de piel aceitunado. ¿Estuvo mal que enumerara los elementos de mi lista de cosas que hacer antes de morir? Probablemente, aunque no contaba con que este tipo lo consiguiera.

Especialmente en las veinticuatro horas que me quedaban en esta ciudad antes de tomar mi próximo vuelo, si el clima lo permitía.

—Eso creo.

Dios, ningún hombre debería oler tan bien.

Ladeó la cabeza.

—Creo que puedo hacer las dos primeras cosas, pero teniendo en cuenta que todos los vuelos están varados, el viaje en helicóptero no parece prometedor.

Reprimí una sonrisa.

—Qué desilusión.

Fingí decepción como una actriz nominada al Oscar, pero internamente grité. Las entradas para el concierto eran una posibilidad remota incluso para la gente que tenía más contactos. Mi padre nunca me hubiera permitido ir a un evento así sin

guardaespaldas, por lo expuesta que me dejaría. La única razón por la que pude volver de Italia sin seguridad fue gracias a mi pequeña mentira piadosa. A veces solo quería ser una chica normal con una vida normal, y aunque mi hermano Basilio probablemente haría todo lo posible para que yo pudiera ir al concierto, nunca se lo permitiría. Sabía lo brutal que podía llegar a ser nuestro padre, y ninguna rebeldía valía la pena.

Sonrió satisfecho mientras dirigía su atención a su teléfono que no dejaba de vibrar.

—¿Qué tal si me dejas sorprenderte con la tercera cita?

Sentí que mis mejillas se sonrojaban. Estaba actuando fuera de lo normal, incluso con descaro, y se sentía estimulante. Tal vez era producto de las tres bebidas o tal vez era este hombre.

—*Hmm*, lo estoy pensando —mentí. La verdad era que ya lo había decidido.

—Piénsalo rápido —susurró, con los ojos clavados en mi rostro mientras daba otro sorbo a su bebida—. O esas entradas *Swiftie* VIP podrían desaparecer.

Estaba incentivándome con lo que sabía que yo quería.

Exhalé un suspiro exagerado y me eché el cabello por encima del hombro.

—Pero ese viaje en helicóptero. Realmente lo deseaba.

Se inclinó más hacia mí y su aliento me rozó el cuello, provocándome un escalofrío.

—Tu seguridad es más importante.

Puse los ojos en blanco.

—Puede que no tengas suerte sin el gran final de un viaje en helicóptero.

Se rio y levantó su copa para chocar con la mía.

—El placer de tu compañía es más que suficiente.

El aire crepitó entre nosotros cuando sus ojos se oscurecieron y se posaron en mis labios.

—Entonces guíame a mi primer concierto, señor.

Con helicóptero o sin él, esta noche tendría suerte... y él también.

Nunca había estado tan feliz o relajada. No exageraba.

Mis ojos se detuvieron en unos pozos azul claro que podría contemplar todo el día. O toda la noche, en nuestro caso. El día siguiente llegaría demasiado pronto, y él sería un recuerdo que atesoraría para siempre.

—Sabes —admití suavemente—, no creía que fueras capaz de conseguir las entradas para el concierto en el último minuto. Pero *esto*… —Señalé con la mano lo que nos rodeaba dentro de la *Tower of London*—. Es increíble.

Me dedicó una sonrisa.

—Estoy lleno de sorpresas.

—Pecado y placer envueltos en un paquete lleno de revelaciones, *¿eh?*

El primer concierto de mi vida fue fenomenal. Cuatro horas de música, baile, risas y besos. Nada iba a detenernos, ni siquiera el tiempo. Después del concierto, nos besamos por todos los lugares famosos de Londres, hasta que Killian declaró que era hora de cenar. Sería una cena muy tarde, aun así, no habría ninguna queja de mi parte. Me la estaba pasando como nunca.

Imagínate mi sorpresa cuando me llevó a la *Tower of London*.

—Espero que sea mejor que el Ritz.

Mis ojos recorrieron el espacio vacío, fijándome en las vitrinas que sabía que exhibían algunas de las joyas de la corona.

—Mil veces mejor —pronuncié, señalando con la cabeza la delicada tiara incrustada de brillantes rubíes y diamantes—. Sinceramente, ni siquiera sabía que las guardaban aquí. ¿Crees que son reales?

—Lo son. Se guardan aquí desde el siglo XVII.

—¿Cómo pudiste organizar esto? —indagué, desconcertada.

—Conozco al gobernador.

—¿No lo despedirán?

—Solo si publicamos nuestra visita en redes sociales o se lo contamos a la persona equivocada.

Jadeé.

—No lo haré —prometí. No porque no tuviera redes sociales, sino porque era un secreto que quería guardar para mí.

—Él me lo agradecerá mucho. —Killian levantó su copa y se la llevó a los labios.

—¿Qué clase de favor te debía?

Su sonrisa se ensanchó mientras se pasaba una mano por la mandíbula.

—Eres muy perspicaz para ser alguien tan joven.

Dio un sorbo a su bebida y bajó el vaso.

Solté el aire.

—No eres mucho mayor que yo. ¿Cuántos años tienes? ¿Unos veinticinco?

Apoyó los codos en la mesa.

—Veintiséis.

Me llevé el vaso a los labios, de repente preocupada de que viera demasiado, o incluso de que se enterara de mi nombre completo y mi relación con el *Sindicato.*

Me observaba con demasiada intensidad, y empecé a preguntarme si esto me superaba. Había un aura en este hombre, del tipo que había visto en mi hermano y mis primos, y de repente me preocupé de si esta aventura era inteligente o simplemente imprudente.

Pero no, solo estaba siendo paranoica. Si sabía quién era yo y formaba parte del mundo criminal, probablemente ya habría intentado interrogarme sobre mi padre para su propio beneficio.

—Deja de mirarme como si estuvieras tratando de entenderme —bromeé, ocultando mis emociones.

Negó con la cabeza, echándose hacia atrás.

—No puedo evitarlo. Todo en ti me intriga. —Sus ojos encontraron los míos—. Es una sensación extraña.

—¿Tienes novia? —solté.

—No —dijo, con una sonrisa triste. Ante su confesión, me invadió una sensación de alivio y tarareé en voz baja, maldiciéndome al instante por ser tan transparente.

—¿Tienes un novio esperando en algún sitio?

—No.

—¿Y si te doy mi número de teléfono y te pido volver a verte?

La sorpresa se apoderó de mí, pero también había algo más. Un calor que se parecía inquietantemente a la luz del sol.

—Oh —solté, aclarándome la garganta—. Eso estaría... bien.

Recitó su número y, cuando no me moví, enarcó las cejas.

—¿No vas a escribirlo? —indagó.

Sonreí.

—Lo estoy memorizando.

Luego, para asegurarle que no le estaba tomando el pelo, se lo recité.

—Excelente memoria. —Asintió, impresionado.

No le dije que nunca escribía las cosas más importantes de mi vida por miedo a que las encontraran las manos equivocadas.

—No puedo darte el mío —murmuré a regañadientes, odiando tener que mentirle—. Voy a comprarme un teléfono nuevo y no tendré un número hasta que vuelva a casa.

Ni siquiera puso en duda mi explicación, lo que me hizo sentir aún peor.

—¿Qué tal una *selfie*? —me preguntó—. Está de moda últimamente. Todos los jóvenes lo están haciendo y nosotros somos definitivamente jóvenes.

Sonreí torpemente.

—¿Qué tal si lo hacemos en la quinta cita?

Mi hermano me había dicho, más de una vez, que el reconocimiento facial era la forma más fácil de conseguir la identidad de alguien, y no estaba dispuesta a revelar la mía.

—Saquemos lo mejor de estas citas —anunció, haciendo un gesto hacia mí con una mano mientras usaba la otra para llevarse la bebida a los labios—. Cuéntame algo sobre ti.

Decirle la verdad era imposible.

—Veintiuno. Italiana con una familia autoritaria, pero cariñosa —dije, forzando una sonrisa tensa. Una parte de mí lamentaba mis mentiras piadosas. Todo el mundo daba por sentado que las familias italianas eran grandes, ruidosas y cariñosas, así que esperaba que eso jugara a mi favor.

Frunció el ceño, como si algo no le sentara bien, mas lo dejó pasar.

—¿Y tú? —pregunté, desesperada por cambiar de tema.

—Irlandés. Cuando era niño —declaró, aclarándose la garganta —, mi hermana pequeña y yo nos mudamos a Estados Unidos. Fue... después de que mataran a nuestros padres.

Apenas lo conocía; no obstante, algo en la forma en que dijo esas palabras hizo que se me cerrara la garganta, y lamenté mentirle una vez más. Sin embargo, era por su propia seguridad.

—Lo siento mucho —afirmé, cubriendo su mano con la mía.

—Fue hace años.

Me dedicó una sonrisa, pero no llegó a sus ojos. Ya había visto esos fantasmas antes. En los ojos de mi hermano y mis primos. Tal parecía, que hacía falta crecer bajo la tutela de un despiadado padre mafioso para ser perseguido por fantasmas.

No confiaba en no decir alguna tontería o, peor aún, algo honesto, así que me limité a apretarle la mano en señal de consuelo, con la esperanza de transmitir el mensaje de esa manera. Nos quedamos un rato en silencio, con las miradas clavadas en un intercambio sin palabras en el que solo existíamos nosotros dos.

—Ahora, ¿qué tal un *tour* con guía? —sugirió.

Enarqué las cejas.

—¿Hay alguien más aquí?

Sonrió satisfecho.

—Nunca te compartiría, Em. Yo seré tu guía.

Sentí alivio.

—Perfecto. Guíame entonces, Killian.

Pronto me di cuenta de que el hombre conocía su historia y era un excelente guía turístico.

Me hizo sentir a gusto. Era como si nos conociéramos desde hace años, cada palabra y cada beso se sentían *correctos*. Era ingenioso y divertidísimo y, en mi opinión, que, a decir verdad, podría estar totalmente sesgada por la cantidad de alcohol que había consumido, valía la pena correr el riesgo... porque sabía que nunca volvería a tener la oportunidad de estar con un hombre como él.

La espontaneidad de la situación y la libertad de saber que mi familia nunca llegaría a este desconocido me hicieron sentir valiente y atrevida.

Así que cuando volvimos al hotel, me autoinvité a su habitación sabiendo exactamente a dónde llevaría.

CAPÍTULO 3

KILLIAN



La tormenta que había retrasado mi viaje de vuelta a Irlanda fue solo un respiro temporal de los fantasmas de mi pasado, pero no por ello dejé de disfrutarlo. No me había librado de ellos desde que era un niño; se cernían sobre mí como las volátiles nubes grises que cubrían Londres en aquel momento.

Al parecer, ver a tus padres ser quemados vivos le hacía eso a una persona.

En cuanto me senté en el bar y miré a Em a los ojos, supe que luchaba contra sus propios demonios. Mi oscuridad reconoció sus sombras.

Necesitaba desesperadamente la distracción, así que cedí a ella.

Soporté horas de canciones *pop* sobre rupturas que probablemente me perseguirían para siempre. La cena posterior estuvo llena de risas, y podía decir sinceramente que había sido la mejor cita de mi vida.

—Puerta. —Jadeó, con su cuerpo apretado contra el mío mientras mi boca devoraba su cuello—. Ábrela antes de que la reina nos encarcele por exhibicionismo.

A pesar del calor del momento y de la química que nos consumía, nos reímos.

En cuanto entramos en la habitación del hotel, la apreté contra mí, la sensación de su cuerpo me llenó con un tipo de confort que anhelaba. Nuestros labios se encontraron y ella dejó escapar un

pequeño sonido contra mi boca mientras sus dedos se aferraban a la chaqueta de mi traje.

Cerré la puerta de una patada, la apoyé contra ella y le acuné la nuca. Su pulso latía bajo mis dedos y su agarre en mi solapa se hizo más fuerte. Como si fuera su ancla, igual que ella era la mía.

Al menos durante este breve momento, en el que lo único que teníamos era el uno al otro en esta ciudad extranjera.

Mi lengua se enredó con la suya y la besé con dureza, pero ella no cedió. Devolvió el beso con su propio salvajismo, haciendo que mi verga se endureciera dolorosamente.

Rodeé su garganta con la palma de la mano, chupé su lengua y reclamé su boca. Apreté hasta que la abrió más y solo pude oír sus gemidos y quejidos.

Era música para mis oídos.

Solté su boca con un suave mordisco en el labio inferior. Tragó fuerte y lamió sus labios hinchados.

—¿Por qué... por qué paraste?

Estaba allí de pie con expresión medio nerviosa, llevando aquel pecaminoso vestido rojo que suplicaba ser arrancado de su curvilíneo cuerpo.

—Quítate esto —le ordené mientras pellizcaba el material, mi polla palpitó con más fuerza cuando obedeció de inmediato.

Mantuvo sus ojos fijos en los míos mientras se quitaba los tacones y se bajaba la cremallera. La sedosa tela le rodeó los tobillos. Le siguió de cerca el sujetador que le permitía llevar un vestido sin espalda y luego deslizó la tanga por esas piernas tan *sexys*.

«Jódeme».

Era preciosa. La devoré con la mirada, captando cada detalle y grabándolo en mi mente. Su piel besada por el sol era impecable. Todo en ella lo era, especialmente sus curvas. Tenía una figura como Sophia Loren que hablaba de atemporalidad.

Y luego estaba su dulce coñito, el cual me daban ganas de arrodillarme y adorar, y sus generosos pechos con picos rosados que suplicaban ser chupados y mordisqueados.

Me acerqué, oliendo el aroma de su embriagadora excitación. Sus senos subían y bajaban suavemente, sus pezones duros me provocaban. Jadeó cuando los alcancé y gimió cuando mis labios volvieron a encontrar los suyos mientras se los pellizcaba, retorciéndoselos con tanta fuerza mientras chupaba su lengua.

Bajé la boca por su cuello, sintiendo su pulso bajo mi boca, y murmuré:

—¿Recuerdas mi promesa, *Álainn*?

La palabra gaélica para *Hermosa* encajaba perfectamente con ella.

—Yo... Yo... —Su suave gemido me llegó directamente a la entrepierna—. Voy a gritar tu nombre.

Lamí la curva hueca entre su cuello y su hombro, saboreando el sol y el jazmín en su piel.

—Así es. Última oportunidad para huir.

Entrecerró los ojos.

—Nunca huyo. —Por extraño que pareciera, le creí. Había fuego en esos ojos chocolate oscuro, reflejando a una luchadora nata—. Es tu turno de desnudarte.

«Esta mujer».

Instintivamente, supe que era alguien especial. Valiente. Inteligente. Tan hermosa cuando sonreía que dolía mirarla.

Me quité la chaqueta de los hombros y la dejé caer al suelo. La corbata y la camisa fueron las siguientes, pero no fue hasta que me desabroché los pantalones que se quedó con la boca abierta.

—Y ahora qué... —Su voz era entrecortada. Acerqué la mano a sus pezones tensos y los pellizqué suavemente, y gimoteó—: *¡Sí!* Eso se siente tan bien.

Nos quedamos parados ahí, desnudos, uno frente al otro, y de repente todos mis fantasmas desaparecieron en su luz.

Sabía que debía retroceder, pisar el freno, porque con Em... no me limitaría a follar. Planeaba hacerle el amor.

Y mis fantasmas no tenían nada que decir al respecto.

CAPÍTULO 4

EMORY



Un toque y quedé reducida a un charco de emociones.

Con el costoso traje de Killian descartado inmediatamente, ya no podíamos escondernos bajo ropa elegante. Y había una especie de libertad en ello. Todo parecía intensificado e irreal. Como si abandonara mi propio cuerpo y me trasladara a otro planeta.

Se arrodilló y pasó la lengua por mi entrada. Fue solo un roce, aun así, sabía exactamente lo que mi palpitante núcleo necesitaba. Me moví contra su rostro cuando se apartó para medir mi reacción. Como si estuviera satisfecho, conmigo o consigo mismo, nunca lo sabré, pasó la lengua por el mismo sitio y mordió.

—Oh, Dios.

Intenté cerrar las piernas, mas no lo permitió. En lugar de eso, se rio contra mí y su vibración mandó oleadas a través de mi cuerpo.

Siguió asaltándome con la lengua, sus palmas rozaron mi trasero y se clavaron en mi piel. Me sentía ardiendo, abrasándome, y estuviera a punto de ser arrastrada a las fosas del infierno.

—¿Qu… qué hay de ti? —gemí, con los dedos aferrados a su cabello oscuro. A pesar de que no tenía experiencia, ni la más mínima, no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que uno de los dos sostenía todas las cartas.

—Tengo todo lo que quiero —gruñó contra mi piel—. Eres mi postre.

Entonces introdujo su lengua dentro de mí y un escalofrío me recorrió la espalda. Me temblaron las piernas, amenazando con

derrumbarme, y le agarré el cabello con más fuerza. Las chispas estallaron por todo mi cuerpo, y ya sentía un hormigueo y ansias de más.

Se me curvaron los dedos de los pies y el corazón me martilleó contra las costillas. Se rio, con un sonido grave y tan delicioso que era adictivo.

Aunque solo fuera por una noche, me sentía libre con él. Libre para perseguir esta neblina lujuriosa. Libre para entregarme a esta pasión.

Pasó una mano áspera por mi pierna, tirando de mi muslo por encima de su hombro y sin dejar de devorarme. Le rasguñé la cabeza, murmurando en inglés y en italiano mientras él empujaba su lengua dentro de mí. *Dentro y fuera.*

Todo mi cuerpo ardía, la presión crecía y crecía hasta explotar. Se me pusieron los ojos en blanco y grité mientras chispas aparecían en mi visión.

Parecía que aquella lánguida sensación no cesaría y, cuando abrí los ojos, me encontré con su oscura mirada clavada en mí. Su respiración era agitada y en sus labios brillaba la evidencia de mi excitación.

Busqué las palabras adecuadas, pero antes de que pudiera pronunciar sonido alguno, se puso en pie y un grito ahogado salió de mi garganta.

Me hizo girar y me inmovilizó contra la pared. Su duro pecho ondulaba contra mi columna y su enorme erección se presionaba contra mi espalda. Mis pechos se hincharon cuando apoyé la mejilla caliente contra la superficie fría.

Enredó los dedos en mi cabello y apartó los largos mechones, murmurándome al oído:

—Eres lo mejor que he probado en mi vida.

Su aliento caliente me recorrió la espalda.

—No me compares con otras chicas. —Respiré. Me rodeó la garganta con una mano en un apretón de acero, dejándome a su completa merced—. No encontrarás otra como yo. ¿O intentas ponerme celosa?

No quería admitirle que cada una de sus caricias me dejaba con ganas de más, consumiéndome y dejándome aturdida. No podía rendirme a esto. A él. La luz de la mañana traería la realidad, y ambos seguiríamos nuestro camino.

—Sospecho que no eres del tipo celosa —refunfuñó—. ¿Pero adivina qué?

—¿Qué?

Sus dientes encontraron el lóbulo de mi oreja y lo mordió.

—Yo sí lo soy, y ahora que te he probado, la idea de que cualquier hombre te toque... te pruebe... me vuelve un asesino.

Reí débilmente, reacia a admitir la verdad sobre mi virginidad.

En lugar de eso, dije:

—¿Por qué perder el tiempo con eso? Esto es casual, sin ataduras.

Mi voz era demasiado jadeante, y todo tenía que ver con sus manos recorriendo mi cuerpo y el orgasmo alucinante. Mi *primer* orgasmo con un hombre y fue mejor de lo que jamás había imaginado.

Lamiéndome el lóbulo de la oreja, mordisqueándolo y asaltándolo con la lengua, susurró:

—¿Eso significa que puedo hacerte cualquier cosa?

Su pulgar rozó mi pulso y ejerció presión para enfatizar lo que quería decir. Mi sangre rugió en mis venas, justo debajo de su agarre.

—Cualquier cosa que me guste.

—Me parece justo. —Su voz se volvió áspera—. Te garantizo que te gustará, pero si no, tienes que decirlo.

No pude evitar los temblores subconscientes que me recorrieron ante su tono posesivo.

—De acuerdo... —me interrumpí. Tal vez era demasiado arriesgado, tal vez no estaba siendo inteligente, aunque ya no había forma de detener este tren de lujuria. Era como si estuviera borracha de él.

Me lamió la oreja y metió la rodilla entre mis muslos.

—Abre las piernas.

Las moví un poco y él me acarició mi centro necesitado, arrancándome un grito ahogado. Deslizó sus dedos por mis húmedos pliegues, haciéndolos mucho más empapados y sensibles.

—Maldición. Tu olor es embriagador. —La excitación en su tono me puso los nervios de punta. Entonces me metió un dedo y me puse de puntillas, ahogando un gemido—. Y esos sonidos que haces... son como poesía.

Metió el dedo más adentro.

—¿Te ahogarás con mi polla y dejarás que me corra en esa bonita garganta?

—Solo si me das otro orgasmo. —«*Dios mío».* ¿Cuándo me volví tan valiente y bocona? Este hombre tenía una extraña manera de sacar mi descaro.

—Reto aceptado.

Soltó una risita sombría antes de meterme otro dedo y apretar su agarre en mi nuca. Demonios. Otro orgasmo empezó a crecer en la base de mi columna vertebral y me sentí tan llena que temí reventar de la sensación.

Todo con este hombre se sentía abrumador.

La forma en que me sujetaba el cuello como si fuera mi dueño, controlando mi respiración agitada y entrecortada. Me metía los dedos, haciendo tijeras y entrecruzándolos al ritmo de mis inhalaciones y exhalaciones temblorosas.

Mis gemidos se convirtieron en gritos, y los sonidos perforaron el ensordecedor silencio de la habitación del hotel. Estaba a punto de estallar, todas las sensaciones a punto de explotar simultáneamente. Y justo así, me corrí, salvaje y despiadadamente, sintiendo la ola de placer y disfrutando de cada segundo.

Siguió metiendo sus dedos en largas y profundas embestidas, prolongando mi placer y haciéndolo diez veces más fuerte que el anterior. Como si mi cuerpo me hubiera estado preparando para esta experiencia alucinante.

Estaba demasiado borracha de placer para concentrarme en otra cosa que no fueran esos ojos oscuros y vibrantes. En sus hermosos labios curvados en una sonrisa burlona.

—Supongo... que... tú... ganas.

—*Hmm.*

—Dejaré que me folles la boca.

Antes incluso de que terminara la frase, sus dedos se deslizaron fuera de mí y arrancó una almohada de un sofá cercano, dejándola caer al suelo. Me dio la vuelta y me puso de rodillas frente a él.

Me di un segundo para admirarlo. Bombeó su longitud gruesa, venosa y *muy* dura unas cuantas veces y una punzada de aprensión me recorrió. Todo era tan nuevo, tan *confuso*. Acababa de correrme dos veces, pero mi cuerpo seguía pidiéndole más.

Esto no podía ser bueno, *¿verdad?*

—¿Lista para chupármela, *Álainn*?

Mis muslos se apretaron ante la imagen y me lamí los labios.

—Sí. —«*Había nacido lista*».

Su mandíbula afilada se tensó y su mano se flexionó alrededor de su miembro, casi como si le preocupara hacerme daño, mientras yo observaba su impresionante erección.

Pareció recuperarse del momento y me pasó un nudillo por la mejilla con ternura.

—Bien, entonces déjame enseñarte cómo me gusta.

Diablos. ¿Podría una persona llegar al orgasmo solo con palabras?

Rodeé su punta con mis labios y lamí el presemen cuando su gemido vibró en el silencio.

—Abre ampliamente. —Los dedos de Killian se enredaron en mi cabello y me guiaron hacia delante. Su tensión me decía que estaba al borde.

Me levanté un poco en mis rodillas con impaciencia y abrí la boca como me había ordenado. Ahuecando las mejillas, tuve cuidado de no rozarlo con los dientes. Puede que fuera una virgen inexperta, pero había visto suficiente porno y leído suficientes novelas románticas como para saber algunas cosas.

—Buena chica. —Maldición, ¿por qué me gustaba que me dijera *buena chica*? Debería ser mortificante, humillante—. Si llega a ser demasiado, solo dame un golpecito en el muslo. ¿Entendido?

Parpadeé y asentí con la cabeza.

Sujetándome el cabello, siguió metiéndome y sacándome la verga de mi boca y golpeándome la garganta. No pude evitar el reflejo nauseabundo cuando su longitud golpeó el fondo de mi cavidad. Balbuceé, ahogándome, incapaz de tragarla toda.

—Relaja la garganta —me dijo en voz baja—. Lo estás haciendo muy bien. —Relajé la mandíbula y me la metió varias veces. Dejé que sus gruñidos de placer y mi propia intuición me guiaran, lamiendo y chupando con abandono—. Ahora mírame.

Lo miré con los ojos pesados de placer, manteniendo el contacto visual cada vez que me la metía hasta el fondo de la garganta. Utilicé la lengua para crear fricción, dejándolo que golpeara el fondo mientras él movía sus caderas hacia delante, largo, duro y salvaje.

Dejé que utilizara mi boca para su placer mientras dominaba cada centímetro de mí, tragando todo lo que podía de él, con los ojos llenos de lágrimas. Sus gruñidos bajos y sus gemidos profundos mientras me jodía la boca, observándome oscuramente, me excitaron de una forma depravada.

Nunca había entendido la sumisión. Hasta este momento.

Justo cuando me di cuenta, la sacó.

—¿Por qué... paraste? —Me esforcé por hablar, con la mandíbula ligeramente rígida.

—Voy a correrme dentro de tu coño. —Me mordí la lengua, pero no antes de que se me escapara un gemido. Tenía la polla dura, reluciente con presemen y saliva, cuando ordenó—: A la cama. Ahora.

Me apresuré a obedecer, aunque ya me estaba ayudando a ponerme en pie, y sus acciones retorcieron algo primitivo y crudo en mi interior.

Una vez en la cama, su mano rozó mi piel. Hambrienta y dominante. Con la otra mano, me rodeó y pellizcó uno de mis pezones entre sus dedos callosos.

Siguió acariciándome los pezones desde su elevada posición y me rodeó el cuello con la mano, apretando suavemente hasta que estuve completamente a sus órdenes. Sentí sacudidas de placer en mi centro.

—Los pechos sobre el colchón, el culo al aire y las piernas abiertas.

Mi cuerpo se colocó instantáneamente en posición, con las mejillas sonrojadas ante la imagen. Y todo el tiempo era incapaz de reprimir los gemidos que brotaban de mí.

Escuché un crujido y me volví de lado para encontrarme con él colocándose un condón, y gemí al verlo.

La visión era tan erótica como *excitante*.

—Estoy a punto de cumplir mi promesa —musitó, y sus labios volvieron a encontrarse con mi oído—. Gritarás mi nombre.

—Ya veremos. —Mi réplica habría sido mejor si mi voz no hubiera salido tan gutural.

Se acomodó detrás de mí, sus fuertes dedos se clavaron en mi cadera y me penetró. Todo mi cuerpo se sacudió hacia delante con un fuerte pinchazo, pero desapareció rápidamente, dejándome solo mi excitación y una sensación burbujeante como si estuviera a punto de estallar.

Se retiró un poco y volvió a penetrarme. Una descarga eléctrica de placer me recorrió, casi paralizándome. Mis dedos se enroscaron en las sábanas, agarrándolas con los nudillos blancos. Me mordí el labio para no gritar.

Enroscó mi cabello alrededor de su puño, inclinando mi cabeza hacia arriba mientras dejaba mi pecho presionado contra el colchón. Cada vez que me penetraba, añadía fricción a mis sensibles pezones.

La combinación de su ritmo enloquecido y sus embestidas profundas y duras triunfaron. Grité su nombre una y otra vez. Los golpes de piel contra piel resonaban en el aire, mezclados con mis gemidos y los sonidos descuidados de mi excitación.

—Tu coño me está estrangulando. —Un dolor delicioso estalló en mi cuello cuando sus dientes se hundieron en mí. Me dio una nalgada mientras tiraba de mi cabello—. Grita mi nombre otra vez.

Y lo hice. Me entregué a él mientras me follaba sin piedad, con rudeza, dispersando todos mis pensamientos.

Un profundo gruñido resonó en el aire mientras me jodía aún más fuerte, su ritmo feroz. Si no me estuviera sujetando, podría haber colapsado.

Y sin más, un tercer orgasmo me golpeó como un huracán. No pasó mucho tiempo hasta que se detuvo dentro de mí y sentí calor.

Mis ojos bajaron, una sensación nebulosa me oprimía todos los músculos del cuerpo.

—¿Estás bien? —Su fuerte voz me rozó la piel.

—En el cielo —contesté somnolienta—. Me gustó bastante gritar tu nombre.

Su sonrisa rozó mi piel y un suave gemido me abandonó cuando me besó el cuello, pero antes de que pudiera decir algo más, el sueño me ahogó.

Cuando me desperté, fue al lado del hombre más hermoso acostado en la cama, apenas cubierto por la sábana. Seguía desnudo, un único tatuaje de un símbolo infinito sobre el corazón en el pectoral izquierdo captó mi atención.

Killian.

Si tan solo las cosas fueran diferentes y pudiera dejarle mi número de teléfono. Sin embargo, esos sueños infantiles murieron hacía mucho tiempo, y sabía que sería egoísta atraerlo a mi mundo. Si mi familia se enteraba de lo que pasó aquí, lo matarían.

El reloj de pared marcaba las cinco y media de la mañana.

Lentamente, salí de debajo de las sábanas y me estremecí. Miré entre mis piernas y me di cuenta de que debía de haberme limpiado cuando me quedé dormida. Aunque se me sonrojaron las mejillas, negué con la cabeza. No había tiempo para la vergüenza.

Tomé el vestido arrugado, haciendo una mueca por lo que significaría que alguien me viera con él puesto a estas horas.

Así que agarré su chaqueta y me la puse, su olor llenando mis fosas nasales.

—Siento mucho que esto no pudiera ser diferente —susurré—. Espero que nunca volvamos a cruzarnos.

Tomé mis tacones y salí silenciosamente de la habitación.

CAPÍTULO 5

KILLIAN



Me desperté sintiéndome descansado y fresco por primera vez en dos décadas. Me di la vuelta y me acerqué a ella, pero lo único que obtuve fueron sábanas frías. Me senté, me pasé una mano por el cabello y observé la habitación.

«Se había ido».

Em, la mujer que me cautivó con su ingenio rápido y su personalidad intensa, ya no estaba aquí. De hecho, no había ni rastro de que *siquiera* hubiera estado aquí.

Era la primera vez que una mujer desaparecía de mi lado.

Deslizándome fuera de la cama, me dirigí al baño para comprobar si había alguna evidencia. No había nada. Ni siquiera una horquilla perdida o una mancha de maquillaje en la encimera. Envolví mi erección matutina con una mano y la apreté en un esfuerzo por calmarla. Hubiera preferido ir por otra ronda con ella, mas no parecía que eso fuera a ocurrir.

Incluso a los veintiséis, me di cuenta de que lo de la noche anterior no había sido nada ordinario.

Podía decirme a mí mismo que no me importaba que se haya escapado. Después de todo, había follado a muchas mujeres. Pero... ninguna había sido tan memorable como Em, que me cedió las riendas y se entregó al placer que yo estaba más que feliz de ofrecerle.

Se retorció y gritó debajo de mí, y no me permitía dudar de que disfrutaba con todo lo que hacíamos.

Sacudiendo la cabeza, me dirigí a la ducha cuando mi mirada se posó en el condón en el bote de basura. Me quedé paralizado.

Allí mismo, a la luz del día, había algo que había pasado por alto.

Sangre.

En el condón y en la toalla de mano con la que la limpié. Mierda, ¿cómo no lo vi? ¿Podría significar...? Maldición. Había sentido un poco de resistencia cuando empujé dentro de ella, y estaba muy apretada, aun así, no me había dado ninguna razón para pensar que sentía dolor. *Demonios*. No podía negar la evidencia a mis pies.

Era virgen.

Era toda la confirmación que necesitaba de que Em era mía. De ninguna jodida manera la dejaría ir tras saber que solo había follado mi verga. En mi mundo, las vírgenes no eran mujeres que jodías y dejabas. Les ponías un anillo en el dedo y las adorabas.

Mientras estaba en la ducha, mi mente trabajaba furiosamente, ideando estrategias para conseguir información sobre ella. La deseaba, en ese segundo, mañana y siempre.

Aparte de las pesadillas, mis padres me dejaron un único consejo: si algo no tenía precio, te asegurabas de arrebatarlo.

Y esa chica lo era.

Después de ducharme, me puse un traje nuevo y me dirigí a la recepción, pero ni con sobornos ni con amenazas conseguí el nombre completo de la aventura de la noche anterior.

Todo lo que me quedó fue una sola sílaba. Em.

CAPÍTULO 6

EMORY



Seis años después
Las Vegas

Vestida con unos pantalones cargo negros y una camiseta blanca, me miré en el espejo. A veces me parecía que estaba mirando a una extraña. Botas de combate. Funda de pistola. Tan lejos de aquel vestido rojo vibrante que llevaba la noche que conocí al hombre que me hizo querer ser algo más. *Alguien* más.

Pensaba en él a menudo. *Killian Brennan Cullen.* Después de dejar su cama y volar de vuelta a casa, lo busqué. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que estaba conectado a la Mafia Irlandesa. Fue un *shock* para mí, y justo en ese momento, supe que me mantendría fuerte y lejos de su camino.

No tenía intención de hacer que lo mataran. Tampoco planeaba arriesgar la vida de nadie más.

Aun así, eso no me impedía pensar en él, soñar con él. En la forma en que me agarró la garganta y la folló. En la forma despiadada en que tomó el control de mi cuerpo y mi mente.

Pero con la misma rapidez, me recordaba las consecuencias de aquella noche y por qué debía esforzarme *mucho* en bloquear todo.

Y, por esa razón, los vestidos ya no eran para mí.

La boda de Basilio fue una excepción, solo porque era una de las damas de honor, aunque me las arreglé para atarme una funda de pistola al muslo. Me sentía desnuda sin ella.

Había asistido a innumerables bodas en los últimos años. Mi hermano, Dante y en ese minuto *Priest* estaban trabajando rápido para expandir sus familias. Me alegraba por ellos, de verdad; no obstante, cada maldito acontecimiento me obligaba a enfrentarme a Killian una y otra vez. El hombre que me observaba con una mirada fría y calculadora que prometía venganza, esperar *ese* día me ponía nerviosa.

Porque no había duda en mi mente de que, de algún modo o manera, me haría pagar por mi engaño.

En cuanto a mí... Bueno, seguía buscando respuestas, matando a los hombres que ayudaron a mi padre.

Sacudí la cabeza, ahuyentando aquellos recuerdos indeseados.

Me dirigí a la cocina y me serví una taza de café, era una *perra rabiosa* sin él. Justo cuando tomé el primer sorbo, saboreando el cálido líquido que se deslizaba por mi garganta, mi teléfono vibró.

—Por el amor de Dios, ¿no puede una mujer tener un poco de paz por las mañanas? —me quejé mientras lo sacaba, viendo el nombre de mi abogada/asistente/mano derecha parpadear en la pantalla—. ¿Sí, Ines? —respondí.

—*Estoy en el callejón detrás del almacén número cinco. Ven enseguida.*

Un ceño se formó en mi frente al oírla hablar en clave tan temprano. Debió de haber surgido algo.

—Voy en camino.

Dejando la taza de café en el fregadero, salí corriendo de la cocina y me dirigí al ascensor del *penthouse* de mi hotel. Era donde pasaba la mayor parte de mis días, rodeada de nada más que desierto y cactus en kilómetros a la redonda.

Durante el trayecto hasta el estacionamiento, reflexioné sobre lo que podía haber puesto tan nerviosa a mi mano derecha, de temperamento tan ecuánime. Llevaba dos años laborando para mí. En cuanto nos conocimos en medio de un juzgado, supe que trabajaríamos muy bien juntas. Era una abogada sin pelos en la lengua, y yo estaba en un momento de mi carrera en el que necesitaba empezar a delegar.

Así que le hice una oferta que no podía rechazar. Saqué a su padre, prisionero del gobierno ruso en aquel momento, de la madre patria y le ofrecí un montón de dinero para que trabajara para mí.

Fue lo mejor que había hecho en mi vida.

Me subí al asiento del conductor y conduje por el *Strip*. Tardé cinco minutos en llegar a mi destino y me encontré con una Ford Expedition bloqueándome la entrada al callejón. Encendí los faros con impaciencia y, en cuanto me vieron, me dejaron pasar.

Aquello no podía ser bueno.

Cuando vi a Ines, me invadió una sensación gélida. Estaba con una expresión pálida y ligeramente horrorizada. Su postura era nerviosa, la cual intentaba disimular apoyándose en su precioso Mercedes y sosteniendo su teléfono.

Cuando me detuve junto a ella, la Expedition bloqueaba de nuevo la entrada del callejón. Abrí la puerta de un empujón y, en cuanto mis pies tocaron el suelo, los ojos de Ines se posaron en los míos.

—¿Qué tan malo es?

Se apartó del coche.

—Malo.

Mis ojos observaron más allá de su hombro.

—Tendrás que ser un poco más específica.

Sacudió la cabeza, parecía como si estuviera a punto de vomitar. Empezamos a caminar, pero en lugar de entrar en el almacén, doblamos la esquina donde había un pequeño contenedor improvisado junto a los contenedores de basura.

Antes de que pudiera siquiera preguntar, dijo:

—Tráfico de órganos. —Y abrió la puerta.

Mis pasos vacilaron, el miedo familiar me recorrió de inmediato. Había visto y pasado por algunas cosas, pero era difícil acostumbrarse a la crueldad del bajo mundo. Sin embargo, revelar esta debilidad también me haría vulnerable ante mi enemigo. Así que reforcé mentalmente mis muros y neutralicé mis facciones.

Mientras me quedaba paralizada, algunos de mis hombres que estaban limpiando el lugar me lanzaron una mirada curiosa. Me armé de valor, di dos pasos y enseguida se me fue el aire de los

pulmones. La inscripción en la pared trasera del contenedor decía claramente: *Ella será la siguiente si no te detienes.* Lo habían escrito con sangre.

Tragué saliva y miré a Ines a los ojos.

—¿Dónde demonios están Áine King y su organización? —siseé. La habíamos estado utilizando para interceptar el tráfico de personas, ya que el Cártel Tijuana utilizaba Las Vegas para mover el producto. Sí, necesitaba al cártel para acercarme a encontrar a mi hija, pero no podía hacer nada y ver cómo utilizaban a esas chicas como ganado.

Y ahí fue donde entró Áine.

—Nunca recibimos información sobre esto —murmuró para que nadie más pudiera oírla—. Debieron haberse enterado de lo que hemos estado haciendo.

Mierda. Había estado intentando detener el tráfico de personas y órganos mientras actuaba como doble agente, pero evidentemente había fracasado.

Mi única noche de libertad, mi *error*, me perseguiría para siempre. Y eso no era la peor parte. Si solo estuviera yo en peligro, dejaría que me atraparan y me enfrentaría a ellos. Lamentablemente, la tenían en sus garras. *A mi hija.*

La pequeña niña que era inocente en todo esto.

Me adentré en el contenedor que olía a óxido y desinfectante. Había neveras alrededor, mas lo que me llamó la atención fueron las tres niñas que había en las mesas. Niñas inocentes que habían sido asesinadas como animales.

Se me revolvió el estómago y luché por no vomitar. Las tres estaban desolladas desde la garganta hasta el abdomen, sin órganos.

—Todo el mundo fuera —gruñí mientras mis ojos se clavaban en las chicas. Ines permaneció de pie, sabiendo que mi orden no iba dirigida a ella.

Solo cuando la puerta se cerró tras la última persona, me acerqué a la mesa de operaciones y miré sus rostros inexpresivos. Un temblor recorrió mi cuerpo y mis hombros se hundieron, con

lágrimas ardiendo en mis ojos. Por ellas. Por mi hija, que estaba en el punto de mira de este mundo cruel.

La angustia me golpeó tan fuerte que mis rodillas amenazaron con ceder.

—*No.* —Tomé sus manitas entre las mías, sintiendo lo frías que estaban, y un grito roto se arrancó de mi alma y escapó de mis labios—. Esto es mi culpa —susurré, con mi corazón apretándose en el pecho—. Bien podría haber sido yo quien las mató.

Los brazos de Ines me rodearon.

—Eso no es verdad. Ni se te ocurra echarte la culpa de esto.

Excepto que fue culpa mía.

Fui a buscar a la única persona que no debía. Después de que mi hermano acabó con nuestro padre, pensé que era seguro ir en busca de respuestas. Por *ella.* Sin embargo, parecía que no importaba cuán cuidadosa y astuta fuera, no fue suficiente.

Las amenazas de mi padre gritaban en mi cabeza, advirtiéndome de que si alguna vez me atrevía a ir tras mi hija, sería yo quien la llevaría a una muerte prematura, igual que había hecho con mi propia madre, porque, según él, también tenía la culpa de aquello.

Mirando fijamente las pequeñas manos en mis palmas, me pregunté si alguna vez había sido inocente. No lo creía. Mi nacimiento estaba marcado con sangre y, desde entonces, la mancha de la muerte de mi madre me perseguía todos los días.

Apretando la frente contra las manitas, pronuncié disculpas sin palabras mientras un dolor desgarrador me consumía el alma.

—Respira, Emory. —La voz de Ines se abrió paso a través de la niebla de dolor, sus uñas clavándose en mis hombros—. Concéntrate en mí. Concéntrate en mi voz. Concéntrate en mi maldito agarre.

Lo intenté con todas mis fuerzas, con los pulmones apretándose como si se negaran a dejarme vivir. Quizás era mi castigo por haber sido una cobarde todos aquellos años atrás y no haber luchado contra mi padre. Como lo hizo mi madre. Como lo hizo mi hermano.

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasó hasta que recuperé la razón.

—Estoy bien —afirmé, con la vista clavada en las niñas.

Ella asintió.

—Dejaron algo.

Mis ojos se desviaron a mi amiga.

—¿Qué?

—Una dirección en New York. —Inhaló hondo y soltó el aire lentamente—. No creo que sea ahí donde está tu hija, pero es algo. *Podría* serlo todo.

Mi pena se aflojó en mi pecho y me invadió una rabia asesina. Torturaría a todas las personas de New York hasta obtener respuestas.

Hasta encontrar a mi hija.

CAPÍTULO 7

KILLIAN



La vida era una perra impredecible.

Llevaba años en busca de Sofia Volkov y de venganza. Ella había organizado la muerte de mis padres, y mi intención era devolverle el favor. Por desgracia, su propia hija, Louisa, la había atrapado primero, lo que me dejó extrañamente insatisfecho.

Sin embargo, no podía hacer nada más, así que seguí adelante.

A pesar de perder a mis padres de una forma tan brutal, mi hermana y yo tuvimos la suerte de contar con Liam Brennan en nuestras vidas. Él era todo lo que Juliette conocía y se había convertido en una figura paterna para mí en algún momento del camino.

A veces me preocupaba que estuviera empujando demasiado su agenda para que me hiciera cargo de su imperio; pero en cuanto tuvo una esposa y un hijo, esa presión había disminuido. Era justo que su hijo se hiciera cargo de la Mafia Brennan.

Yo tenía mis propios asuntos de los que ocuparme, y mi organización criminal no incluía ningún tráfico de personas. Era una cosa que todos en la Mafia Irlandesa tenían en común.

Mi mandíbula se tensó cuando el elevador subió lentamente por encima de *Central Park* y del horizonte de la ciudad antes de detenerse en el *penthouse* de Liam. Amaba a mi familia, pero a veces era difícil soportar el caos y el ruido.

O quizás en el fondo estaba enojado, incluso celoso.

La mujer que creía muerta estaba viva, paseándose como un *Capo* y ya no era la chica joven que recordaba. Seguía esperando que Em se me acercara y me diera una explicación. Como nunca lo hizo, no tuve más remedio que forzar la situación, aun así, antes investigué a fondo todo lo relacionado con ella.

Empecé a indagar para saber todo lo que había sobre Emory DiLustro, maquinando cómo hacerla pagar por hacerme creer que había muerto. Sí, habían pasado seis años, pero a la mierda, no tenía nada mejor que hacer que guardar rencor y planear una venganza.

El ascensor sonó mientras ocultaba mis pensamientos con una expresión vacía. Las puertas se abrieron lentamente y no pude evitar poner los ojos en blanco ante lo que me esperaba.

Mi casa. Mi familia. Un maldito caos.

—Killian —saludó Liam—. Por fin estás aquí. Tu hermana me está volviendo loco.

Salí del elevador y entré en el vestíbulo. Sus lujosas vistas sobre el río y la reluciente ciudad dominaban el *penthouse*. Esta casa tenía dormitorios y baños suficientes para alojar a diez niños. Y a juzgar por la forma en que los dos se enderezaron rápidamente y Davina se limpió el labial embarrado, estaba bastante seguro de que Liam estaba trabajando para embarazar de nuevo a su joven esposa.

Me sorprendía lo mucho que había cambiado desde que conoció a Davina. Este lugar siempre había sido el santuario de Liam, pero desde su boda, permitía que la familia y amigos lo invadieran. A decir verdad, lo hacía parecer más joven.

—¿Soy el último en llegar?

Davina asintió.

—Me alegro mucho de verte de vuelta en Estados Unidos, Killian. Has estado fuera demasiado tiempo.

Sonreí.

—¿No me digas que me has extrañado, Davina?

Su sonrisa se ensanchó mientras se pasaba los dedos por el cabello.

—Por supuesto. Todos te echamos de menos. Juliette, en particular. Sigue insistiendo en que te busquemos una novia.

Gruñí mientras la imagen de una belleza italiana de ojos oscuros pasaba por mi mente.

—Espero que te importe lo suficiente como para rechazar la idea.

Puso los ojos en blanco.

—Por supuesto, pero eso la hizo estar aún más decidida. Ahora tiene una *lista* de posibles candidatas.

Reprimí una sonrisa. Juliette estaba convencida de que casarme acabaría con los rumores del bajo mundo sobre mi fallido intento de matrimonio concertado con Branka Russo, ahora Nikolaev. La verdad era que apenas pensaba en ello. Había hecho el trato con Liam y su hermano antes de enterarme de que mi mujer, Emory, estaba viva y sana. Sasha Nikolaev, el loco desgraciado ruso, me hizo un favor cuando irrumpió en la iglesia y secuestró a Branka delante de todos.

No era que alguna vez dijera esas palabras en voz alta.

—Espero que esa no haya sido la razón de la invitación de hoy.

—Por supuesto que no. —Sonrió con satisfacción, confirmando que era exactamente la razón.

—Bueno, mejor no hacer esperar a mi hermana y a mi prima.

Atravesé el *penthouse*, con mi máscara firme en su lugar, y las saludé. Menos mal que no estaban con ellas sus dominantes maridos. Estaba seguro de que ninguno de los hombres DiLustro sabía lo de Em y yo; de lo contrario, se habrían enfurecido por ello. Me hacía sospechar que Emory había mantenido nuestra relación en secreto todos estos años.

Juliette se me acercó y me abrazó.

—Vaya, vaya, vaya, mira quién apareció por fin.

Le di un beso en la frente y mi vista se desplazó por la sala. Wynter estaba recostada en el sofá, con su recién nacida en brazos y su hijo Grayson a sus pies. Al paso que iba Wynter, acabaría teniendo una camada entera de engendros DiLustro.

Me acerqué y me desplomé en el sofá junto a ella.

—¿Puedo cargar a mi sobrina?

Antes de que terminara la frase, me entregó a la niña.

—Debería haberle puesto otro nombre. Es demasiado exigente.

Al igual que su nombre, Fallon actuaba como una descendiente superior de gobernantes, y la niña seguía cagando sus pañales.

—Quizá se parece a su padre —comenté secamente, aunque un vistazo a la cara de la niña me dijo que sería la viva imagen de su madre. Ojos verdes atentos y rizos rubios definidos.

A pesar del comienzo ciertamente duro de Wynter con su esposo, el matrimonio le sentaba bien. Ella y Basilio estaban llenando sus vidas de amor y familia.

Mientras tanto, yo estaba aquí maquinando cómo hacerle pagar a Emory DiLustro, su cuñada, por su engaño.

—¿Qué tal tu visita a Irlanda? —preguntó Wynter.

—¿Y por qué no nos llamaste en cuanto volviste? —añadió mi hermana, tomando asiento a mi otro lado. Esto sí que era una confabulación.

Puse los ojos en blanco y reprimí un resoplido.

—No sabía que querías un relato minuto a minuto de mis días.

Suspiró pesadamente.

—Necesitamos encontrarte una esposa.

Eso no tardó mucho.

—¿Y eso por qué?

Sonrió.

—Para que ella me cuente lo que te traes entre manos *minuto a minuto*.

—¿Y si no lo hace?

Levantó las cejas.

—Las mujeres siempre nos mantenemos unidas.

De alguna manera, no podía imaginarme a Emory sentada en el sofá y chismeando con las chicas, perdiendo el tiempo en esas tonterías.

Solo que… ¿Acababa de…?

Me quedé paralizado durante varios latidos, y fue como si el cielo se abriera sobre mí.

Por fin sabía cómo iba a castigarla.

—¿Qué? —Juliette y Wynter inquirieron al mismo tiempo—. La expresión de tu cara.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué expresión?

—La misma que promete problemas —refunfuñó Wynter, lanzándole una ojeada a mi hermana—. ¿La ves, Jules?

—Lo hago, y no va a ser un buen presagio para nadie. —Sonreí, satisfecho de mí mismo, lo que causó que mi hermana suspirara antes de preguntar—: ¿Nos lo puedes contar?

—Por supuesto que no —gruñí.

—Entonces al menos dime si tiene que ver con una mujer —suplicó Juliette.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Vamos, Killian —intervino Wynter—. Nos ahorrará tiempo. Jules tiene una larga lista de candidatas para ti…

Cuando empezaron con los nombres, las ignoré. Solo había una mujer en el centro de mis pensamientos.

Emory DiLustro.

Liam relajó los hombros y se reclinó en su silla mientras esperaba a que soltara lo que tuviera que decir.

Desde el momento en que lo miré en el vestíbulo, supe que pasaba algo. Mas nunca hablábamos de negocios delante de las mujeres. Por su protección, por supuesto. Si alguna vez pasaba algo, ellas nunca serían cómplices.

—Tenemos que hablar del elefante en la habitación.

Mis cejas se fruncieron.

—¿Los DiLustro?

—Ahora son nuestros aliados —señaló—. Pero circulan rumores sobre el tráfico de personas y órganos en su territorio.

Se me apretó la mandíbula al asimilar sus palabras.

El mundo criminal era, en su mayor parte, un caos sin control. Si bien el dinero y el poder eran los principales objetivos de los

nuestros, con los años se había trazado un límite. El tráfico de personas estaba estrictamente prohibido en el *Sindicato*, y muchas organizaciones de todo el mundo habían optado por mantener el mismo rumbo y rechazar el lado más oscuro de las operaciones. Por supuesto, algunas seguían haciéndolo, pero eran minoría.

La decisión de abstenerse de esa práctica arcaica fue lo que llevó a mis padres a la muerte.

—¿Qué pruebas tienes?

Liam frunció el ceño.

—La sobrina del Don serbio… —Busqué el nombre en mi memoria hasta que lo encontré. Bogdan Dragović era el despiadado jefe de la familia cuyo *modus operandi* haría acobardarse a los criminales más duros de nuestros círculos—. Fue una de las chicas encontradas masacradas a las que les faltaban órganos.

—¿Aquí en New York?

Su mandíbula se tensó.

—No, en Las Vegas.

Fruncí el ceño, enderezándome en mi asiento.

—Pero ese es el territorio de Emory DiLustro.

—Basilio y Dante ni siquiera están contemplando las acusaciones. Ella no tuvo nada que ver —explicó Liam, sacudiendo la cabeza—. El problema es que todo el mundo sabe que en Las Vegas no pasa nada sin que ella lo sepa.

Hice una mueca de dolor. *Joder*.

Bogdan no era alguien a quien quisieras como enemigo. No era de los que dejaban de lado los rencores.

—¿Qué tan malo es esto?

—Me reuní con él esta mañana. —Se pasó una mano por el cabello plateado—. Digamos que está listo para arrasar Las Vegas, al diablo con la Mafia Irlandesa, si no nos apartamos de su camino. Quiere que los DiLustro le den libertad absoluta para localizar al culpable.

—Maldición —gemí. Esto era un maldito problema—. ¿Supongo que el momento del ataque de *Priest* en los muelles de Bogdan en Philadelphia no ayudó?

Liam puso mala cara.

—No ayudó.

El Don serbio no había hecho ningún movimiento en territorio irlandés, así que nunca nos habíamos molestado en romper nuestra relación comercial con él. Ni siquiera después de su disputa con los DiLustro. Pero si él y su banda de psicópatas iban tras Emory... Eso era otra historia.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté, aunque ya tenía uno formado.

—Mantenernos alejados de Bogdan. —Encendió el puro y aspiró profundamente—. Mantener la diplomacia entre los DiLustro y los serbios. Y quiero que vigiles a Emory DiLustro.

Levanté las cejas.

—Es imposible que no supiera que estaban masacrando a niñas y traficando con sus órganos frente a sus narices. Necesito que hagas esto como un favor para la familia.

—Entendido.

Mi relación con Emory DiLustro ya era muy profunda. Liam me acababa de dar una excusa perfecta para profundizarla aún más.

CAPÍTULO 8

EMORY



Sin poder, no tenías nada. Te dejaba débil y vulnerable. Pero si te posicionabas lo suficientemente alto, nadie te tocaba ni a ti ni a los tuyos.

Así que planeé estar en lo alto, donde nadie se atreviera a mirarme, hasta que estuviera lista para desaparecer. Con *ella.* Mi hija estaba detrás de cada decisión que tomaba; cuanto más alto estaba y más respeto cosechaba, más me temían.

Y debido a ese miedo, todos se inclinaban ante el *Sindicato* y los DiLustro.

—Se arrodillarán ante nosotros —dijo mi hermano una vez, después de que nuestro padre lo dejara lleno de moretones—. Un día, estaremos en la cima.

Esas palabras se convirtieron en mi esencia en el momento más bajo de mi vida. Cuando mi padre me lo había quitado todo para darme una lección.

El dolor me atravesó la parte baja de la espalda y los dedos de mi padre se enroscaron alrededor de mi garganta, apretando y apretando. Hasta que se me oprimió el corazón. Hasta que no pude respirar.

Estaba a punto de perder el conocimiento cuando por fin aflojó su agarre y el aire se precipitó de vuelta a mis pulmones. Caí de rodillas en mi celda, preguntándome dónde había salido todo mal.

Llevaba ocho meses encerrada aquí, escondida de mi hermano y mis primos, que no tenían forma de encontrarme ni de venir a rescatarme. Esta vez no. Mi padre se encargó de ello y, francamente, no quería que me encontraran, porque Padre también les haría la vida imposible. Así que le seguí la corriente con sus mentiras hacia Basilio y mis primos.

No podía vivir conmigo misma si ellos acababan sufriendo por mi culpa.

Los fríos ojos de mi padre me observaban con asco mientras yo jadeaba de dolor. Sabía que algún día miraría atrás y recordaría que el parto fue insoportable, pero el trato que él me dio fue aún peor.

—Eres una deshonra para el apellido DiLustro —espetó, sacando una botella de agua y tendiéndomela como si fuera una copa de Cristo o un cáliz envenenado.

Mientras me debatía entre aceptarla o no, sabía que no debía confiar en él, me tiró toda la botella a la cara y jadeé, en parte por otra oleada de dolor que me atravesó y en parte por el odio en su cara que me hizo retroceder.

Apretando los dientes, intenté frenéticamente lamer las gotas que se me pegaban a las mejillas y la boca. Tiré de las cadenas que me ataban los tobillos, gimiendo por la injusticia de todo aquello.

—No eres mejor que un perro —declaró Padre con disgusto—. Tu madre también lo era. Maldita perra en celo quedando preñada.

Tenía tanta fiebre que no podía interpretar el significado detrás de sus palabras. Era una bebé cuando murió mi madre. Basilio nunca hablaba de ello, Padre tampoco, y nunca pregunté. Era un tema prohibido en nuestra casa.

Pero sabía que ella intentó huir de él y fracasó.

Había todo un nivel de oscuridad que la rodeaba. Ella murió, él vivió, y no hacía falta ser un genio para unir las piezas.

Desafortunadamente, no tenía tiempo de pensar en ello, porque otra contracción me hizo doblarme sobre mí misma y los sollozos sonaron extraños a mis oídos.

Padre ladró algunas órdenes y se oyeron ruidos a mi alrededor, pero no pude concentrarme en nada.

Me miré las rodillas magulladas, la sangre que me corría por los muslos y caía al suelo de baldosas blancas.

Al cabo de un par de minutos, estaba acostada, con el suelo frío y duro presionándome la columna vertebral.

—¡Ya viene el bebé! —gritó alguien—. ¡El cordón umbilical le rodea la garganta!

—No dejes morir a la bastarda —siseó Padre.

Mis oídos zumbaban mientras más voces frenéticas gritaban a mi alrededor.

—No hay oxígeno.

—Corta el cordón.

El mundo giraba mientras puntos negros se agolpaban en mi visión. ¿Sería este mi final? ¿Sería el fin de mi bebé?

Sonó el primer llanto. Fuerte. Alto.

Y por primera vez en nueve meses, mi corazón se llenó de algo más que miedo.

Padre levantó a un ser humano arrugado, manchado de sangre y de color rojo azulado, y extendí las manos.

—Yo… puedo… sostener…

Mi voz parecía venir de lejos, y la habitación blanca giraba cada vez más rápido.

—No —pronunció fríamente Padre, sin dedicarme siquiera una mirada—. Ella saldará nuestra deuda con el cártel.

—No…

Se me quebró la voz y traté desesperadamente de aferrarme a la consciencia.

—Por favor… quiero sostenerla.

Mis labios agrietados se movieron. Pero entonces un hombre se cernió sobre mí, y las siguientes palabras de mi padre me llenaron de horror.

—Asegura que no pueda tener hijos.

—Señor, soy veterinario.

La ominosa risa de Padre me perseguiría durante años mientras pronunciaba sus siguientes palabras:

—Qué apropiado, ya que la chica se comporta como un animal, quedando embarazada y haciéndonos a todos lidiar con las

consecuencias. Asegúrate de que esté despierta durante el procedimiento.

Estaba entumecida cuando empezó la exploración, preguntándome si volvería a sentir.

Al final, perdí la oportunidad de abrazar a mi hija. Y me dijeron, más bien me amenazaron, que, si decía una sola palabra sobre lo ocurrido, mi padre ordenaría que descuartizaran a mi hija y vendieran sus órganos.

Después de todo, le salió el tiro por la culata. Su propio hijo acabó con su vida. Tal vez el karma funcionaba después de todo, a veces solo se tomaba su dulce tiempo.

Empujando el horrible recuerdo a lo más profundo de mi corazón, subí las escaleras de la casa de mi hermano en New York. Los escalones conducían a un gran vestíbulo, con un suelo de mármol que contrastaba con los elementos blancos y negros y los acabados dorados. Los techos eran abovedados y había sido pintado por un artista italiano que representaba ángeles y dioses elevándose en el espacio abovedado.

La casa parecía al mismo tiempo enorme y demasiado pequeña con todo el ruido que hacían mi sobrino, Grayson, y su hermana recién nacida, Fallon. Era el verdadero significado de una casa llena.

El abrigo negro que colgaba de mi brazo hacía juego con los pantalones de traje negros que llevaba, dando la ilusión de una mujer arreglada, muy distinta de la aturdida que me había dejado el recuerdo de esta mañana. Con el cabello oscuro recogido en un elegante moño, transmitía un aire de fuerza y poder. Ser joven era un punto débil en cualquier organización criminal, y el *Sindicato* no era una excepción.

Al final de la escalera, me encontré con la cara sonriente de mi sobrino. A diferencia de la mía y la de Basilio, la inocencia de su infancia era la mayor prioridad.

—¡Tía Em! —exclamó, corriendo a mis brazos sin un ápice de reserva—. ¿Puedes hacer callar a Fallon? Grita demasiado.

Hice una mueca de dolor, mirando a mi alrededor en busca de mi cuñada. A Wynter no le haría ninguna gracia escucharlo hablar así. Tenía permitido que no le gustara nadie excepto su propia familia.

—Eso es lo que hacen los bebés. Hiciste lo mismo cuando naciste.

Arrugó la nariz y resopló, sonando demasiado ofendido para un niño de tres años.

—No lo hice.

—Todos los bebés lloran —expliqué suavemente—. Es la forma que tienen de ejercitar los pulmones.

—¿Por qué?

Y ahí estaba su infame "por qué". Grayson era el rey de los porqués y quería entender los entresijos de todo. Bichito curioso.

—Bueno, si sus pulmones son fuertes, crecen para ser humanos fuertes. Más o menos como tú.

Me arrodillé frente a él y me vio como si me tuviera en gran estima y fuera a ser su salvadora. No era que necesitara una, porque mi hermano mataría a cualquiera que se atreviera a mirar mal a este chico.

«A diferencia de nuestro padre, que obligó a un maldito veterinario a dejarme estéril».

Sacudí la cabeza sutilmente, negándome a dejar que mis pensamientos volvieran en esa dirección. Lo hecho, hecho estaba, y la autocompasión no me serviría de nada. Tenía una hija ahí afuera y pensaba recuperarla.

Ella era mi futuro.

Acaricié las suaves mejillas de mi sobrino y lo miré.

—¿Sabes cómo te protege tu *papà*? —Asintió con seriedad—. Así es como tienes que proteger a tu hermana. Así protegemos a nuestra familia.

Asintió energéticamente.

Sonreí cálidamente y le di un apretón en la mano antes de soltarla.

Era joven, pero sospechaba que entendía perfectamente lo que quería decir. Solo podía rezar para que mi hija tuviera a alguien que la protegiera.

—*Papà* dijo… Dijo…

—¿Sí?

Enderezó los hombros.

—Que soy un niño grande.

Levanté suavemente su barbilla para que pudiera mirarme a los ojos.

—Ciertamente, lo eres, Grayson. Y todos estamos muy orgullosos de ti. —Me levanté y le acaricié el cabello—. Ahora, ¿me llevas hacia tu padre?

Su expresión se iluminó.

—Por supuesto.

Dejé que me guiara por la mansión hasta que llegamos al despacho. Sus puertas dobles eran doradas y, por muchas veces que lo visitara, me seguía pareciendo divertido. No tenía ni idea de en qué estaría pensando Basilio cuando compró una casa tan llamativa.

Alboroté el cabello oscuro de mi sobrino.

—Gracias, Grayson. Ahora ve a ver cómo están tu madre y tu hermana. —Giró sobre sus talones y echó a correr mientras yo abría la puerta de la oficina, saludando a mi hermano—. Buenos días, Bas.

Gruñó una respuesta, señalando a su teléfono.

—Sebastian, si veo a alguno de tus hombres merodeando por mis calles, haré que los despellejen vivos y te entreguen sus esqueletos.

El jefe del Cártel Tijuana soltó una oscura risita.

—*¿Y si fui invitado?*

—New York es mi territorio —reviró Bas—. Te aseguro que ni yo ni nadie de mi familia te invitó.

Me encontré con la impenetrable mirada de mi hermano, endureciendo los hombros.

—Así es —anuncié, aclarándome la garganta. Si el hombre era inteligente, mantendría la boca cerrada—. Tu único trabajo es entregar el producto y volver corriendo a tu agujero.

Hubo un latido de silencio y luego una risita oscura.

—*Señorita DiLustro, usted debe tener las pelotas más grandes que los otros tres* Capos *juntos.*

Basilio puso los ojos en blanco y ordenó:

—Que me traigan la entrega a mi muelle mañana.

Mi hermano terminó la llamada, cruzó los brazos sobre el pecho y me observó fijamente. Se balanceó un par de veces antes de hablar.

—¿Qué pasa contigo?

Mis cejas se fruncieron.

—¿Qué quieres decir?

Ladeó la cabeza, estudiándome. Aunque su rostro carecía de emoción, sus ojos lo delataban. Conocía bien esa mirada. Había preocupación en sus orbes, que tanto se parecían a los míos.

Era preocupación, la misma que se reflejaba en sus ojos cuando éramos niños y nuestro sádico padre nos hacía pasar un infierno. Bas siempre, mierda, siempre me protegía. Con la excepción de una vez.

Ni siquiera él podría haberme protegido de lo que pasó. *Eso* habría requerido que él lo supiera. Era una carga que estaba destinada a llevar sola.

El silencio entre nosotros se prolongó hasta que me aclaré la garganta, incómoda.

—Te preocupas demasiado.

—¿Cómo no? —murmuró—. Eres mi hermana pequeña.

Sacudí la cabeza.

—¿No crees que ya tienes bastante con dos hijos y una esposa? Tienes que dejarlo ir. Puedo cuidar de mí misma.

—¿Por qué no estás saliendo con nadie?

Tragué saliva.

—Nadie me interesa.

—¿Estás segura de que es eso?

—Sí, yo... Sí. —Le respondí con un simple movimiento de mano, quitándole importancia.

Basilio permaneció en silencio uno o dos segundos, pero preguntó en tono contemplativo:

—¿Qué tal si te buscamos un marido?

—¿Qué? —Obviamente, no lo había escuchado bien.

—No todos los matrimonios acaban con el corazón roto, Em. Míranos a mí y a Wynter. —Se encogió de hombros.

—¿Has perdido la cabeza?

—En realidad es una solución perfectamente sensata. Incluso *Priest* está casado. Es lógico que sigas su ejemplo.

—Prefiero morir antes que casarme con un tonto italiano que intentará convertirme en una esposa obediente —resoplé—. Y para tu información, no sigo las reglas de nadie.

Me dedicó una sonrisa. Lo hacía cada vez más a menudo, sonreía y reía, desde que se casó con Wynter.

—Está claro. Después de todo, eres la primera mujer que se sienta en la mesa del *Sindicato.*

—Me lo he ganado.

—Claro que lo hiciste. Y ya no tenemos que mantenerlo en secreto. —Se levantó y me lanzó una mirada por encima del hombro —. Toma un esposo que puedas usar como marioneta.

—Esos hombres no existen.

Se dirigió a la puerta, probablemente ansioso por volver con su esposa y sus hijos.

—Los hay. Me he encontrado con unos cuantos, y puedo darte una lista de nombres si te interesa. —«*Oh, Jesucristo, no otra lista».*

—Entiendo tu razonamiento, Bas. —Sonrió y luché contra el impulso de poner los ojos en blanco—. Pero no, gracias.

A pesar de que mi hermano quería lo mejor para mí, de ninguna manera me ataría a alguien y tendría que preocuparme por deshacerme de otra cosa cuando llegara el momento de desaparecer.

—Testaruda —murmuró en voz baja, cruzando su despacho en busca de su familia y dejándome sola mientras unos ojos azules invadían mis pensamientos.

Killian Brennan Cullen.

Aquella única noche con él representó lo mejor de mi vida, casi como un sueño. Y en ese momento volvía a irrumpir en mi vida como un tornado, y no podía decidir si era un amigo o un enemigo. Seguía esperando que algo pasara y anunciara al mundo que habíamos tenido un encuentro no tan inocente en Londres seis años atrás.

Un secreto revelado llevaría a muchos otros. ¿Y dónde me dejaría eso?

Ese tipo de preocupaciones me hacían despertar sobresaltada a mitad de la noche, sudando y temblando.

Tenía que encontrar a mi hija lo antes posible. Tenía que alejarla de la *Mafia* y de este modo de vida. No pude evitar recordar el único verano normal que había tenido. Ese era el tipo de vida que quería para mi hija. Libre del crimen. Libre del *Sindicato.* Libre de los hombres que la usarían y abusarían de ella.

Y, sobre todo, teníamos que escapar antes de que el frío y calculador Killian Brennan Cullen pudiera arruinar mis planes.

CAPÍTULO 9

KILLIAN



Una semana después
New York

El fuego se acercaba sigilosamente, lamiéndome la piel.

Un par de manos me agarraron, sacudiéndome mientras intentaba desesperadamente sostener a mi hermanita bebé. Era tan frágil, tan inocente.

—¿Me escuchaste, Killian? —Una soga invisible me rodeó el cuello, distorsionando la voz de mi athair*—. Dime que lo entiendes.*

Los suaves llantos de mamá y su rostro manchado de lágrimas se enfocaron, y asentí.

—Lo entiendo, Athair*.*

—Buen chico. —Se arrodilló y me envolvió en sus brazos. Se sintió como una despedida—. No importa lo que escuches, no salgas, Killian. Mantén a salvo a tu hermana.

—De acuerdo. —El miedo hizo que mi cuerpo temblara, pero mis padres no parecieron darse cuenta.

Fue el turno de mamá de arrodillarse frente a mí, abrazándome fuertemente y a mi hermanita contra su pecho, el aroma a lavanda calmándome en medio del caos.

—Te queremos mucho, Killian —murmuró, con la voz más temblorosa que la mía—. No lo olvides nunca. Estamos muy orgullosos del chico valiente en el que te has convertido.

No levanté la vista, temeroso de ponerme a llorar y de que mamá viera que no era valiente en absoluto.

—También te quiero mucho, mamá.

Todo sucedió rápidamente a partir de ahí. Me introdujeron en un pasadizo secreto de nuestra sala familiar, en la oscuridad, mientras abrazaba a mi hermanita. Mi corazón retumbaba y temía que la bebé se despertara y delatara nuestro escondite.

La sangre me rugía en los oídos mientras veía cómo se desarrollaban los acontecimientos a través de la pequeña grieta en la pared.

Dos hombres echaron gasolina por la habitación mientras otro apuntaba a mis padres con una pistola. Athair *puso una mano protectora sobre los hombros de* Mama*, protegiéndola con su cuerpo.*

—Nunca esperé esto de ti —dijo, con el rostro pálido. Me esforcé por ver a quién se dirigía.

—No tengo elección —gruñó el hombre. Parecía viejo—. Esa bruja tiene algo sobre todos nosotros y, si no cumplimos sus órdenes, matará a nuestros seres queridos.

*—Perdona a mi esposa. —*Athair *apenas tuvo tiempo de pronunciar las palabras cuando sonó un disparo. Se tambaleó.* Mama *gritó, con los ojos muy abiertos sobre* Athair*, quien cayó de rodillas con un gruñido doloroso. Se agarró el vientre con las manos, una mancha roja que brotaba a una velocidad alarmante, y volvió a pronunciar las palabras—: Perdona a mi esposa.*

—No puedo hacerlo. —Otro disparo atravesó el aire justo cuando las llamas envolvían el espacio. Mama *cayó al suelo con un ruido sordo.*

Juliette se agitó en mis brazos y rápidamente le tapé sus pequeñas orejas para que las detonaciones no la despertaran.

Cuando sonó el último disparo, el fuerte cuerpo de Athair *se desplomó en el suelo, junto al de* Mama*. Su boca se movía, mas no formaba palabra, y mientras tanto el fuego crecía más y más.*

—No…

Mi voz era apenas un susurro, pero hizo que mi hermanita se agitara en mis brazos. La estreché contra mi pecho mientras mi

sangre rugía al compás de los fuertes latidos de mi corazón.

Mis ojos se abrieron de golpe, el percutir contra mi cráneo era doloroso y el zumbido de mis oídos fuerte. Dejé que mis ojos recorrieran todo mi cuerpo antes de examinar la habitación en busca de señales de fuego.

Los jodidos sueños.

Si pudiera borrarlos por completo, lo haría; lamentablemente, el niño que llevaba dentro se aferraba a ellos como un recordatorio.

Fue entonces cuando escuché el timbre. No estaba en mi cabeza, después de todo.

Mi teléfono.

Lo tomé de la mesa de noche y me tapé los ojos con un brazo mientras contestaba.

—¿Qué?

—*¿Dónde demonios estás?* —bramó mi amigo Danil Popov. Por lo general era muy sensato, así que el tono me puso inmediatamente en alerta.

—¿Qué pasó?

—*Este mundo se ha vuelto loco, eso es lo que ha pasado*.

—¿Eh?

—*Las mujeres, Killian. Son la raíz de todos los males.*

—¿Es esa la razón por la que llamas, Danil? ¿Para quejarte de las mujeres? Si es así, voy a colgar. Llama a un terapeuta, a un psíquico, a cualquiera menos a mí.

Después de todo, yo era la última persona en la que se debía confiar para dar consejos sobre relaciones. Mi matrimonio concertado terminó en desastre: el día de la boda, mi futura esposa fue secuestrada justo frente a mí, y nada menos que por el lunático de Sasha Nikolaev.

Por supuesto, si hubiera sabido que la chica del vestido rojo estaba viva y caminaba por esta tierra, nunca habría aceptado el maldito matrimonio concertado. Cuando mi padre adoptivo me propuso la idea, acepté porque en realidad no me importaba a quién

tomaba por esposa. La que yo quería, estaba enterrada dos metros bajo tierra.

O eso me habían hecho creer.

Sacudí la cabeza mientras la imagen de Em se formaba en mi mente. La mujer por la que recorrí cielo e infierno para encontrar. Fui implacable en mi búsqueda hasta el fatídico día en que encontré su foto y el anuncio en los obituarios.

Em Amara.

Desaparecida para siempre.

Pero nunca olvidada.

Fue un puñetazo en el estómago. No hacía mucho que la conocía, sin embargo, había algo en ella que me llamaba. Se sentía correcto.

Había sobrevivido en este mundo a pesar de que las probabilidades estaban en mi contra. Mi nombre se había convertido en sinónimo de terror en el bajo mundo y me conformaba con dedicar mi vida a honrar mi apellido. Pero durante ese breve momento cerca de ella, me sentí normal.

Demonios, me pasé horas escuchando a chicas gritar al ritmo de Taylor Swift solo para poder verla sonreír y captar el brillo en sus ojos.

Cuando me topé con el anuncio de su muerte, sentí que había perdido algo invaluable.

Así que imagina mi sorpresa cuando la encontré en Las Vegas después de perseguir a Basilio DiLustro tras secuestrar a Wynter.

Los recuerdos del día en que asaltamos la mansión en el desierto de Nevada, a las afueras de Las Vegas, surgieron de las sombras. Fue allí donde me encontré cara a cara con la mujer que se suponía estaba muerta. Sin embargo, allí estaba… observándome con una mirada fría y dispuesta a dispararme si eso ayudaba a su hermano a conseguir lo que quería.

Liam y los imbéciles DiLustro discutían, flexionando los músculos, escupiendo amenazas y maldiciones. Los Ashford, Luca King y Sasha Nikolaev, quienes vinieron como refuerzo de Liam, lanzaban amenazas a los hombres DiLustro. Los Ashford formaban parte de la familia Brennan, hermanos de la esposa de Liam. Pero también tenían lazos de sangre con los DiLustro: este mundo era un lugar demasiado pequeño. Y luego estaban Sasha y Luca, los cuales habían formado equipo más de una vez en el pasado, luchando contra los Acuerdos de Bellas y Mafiosos y, sorprendentemente, haciéndose amigos. Ambos eran unos sabelotodos con un enfermo sentido del humor.

Yo, en cambio, los ignoraba a todos, con los ojos clavados en la mujer que me observaba con mirada dura, apuntándome con su pistola.

La hermana de Basilio DiLustro.

La Capo de la Mafia.

—Baja el arma o acabaré contigo. —Su amenaza iba dirigida a mí con la misma voz que recordaba.

No lo podía creer, y con las armas apuntando en todas direcciones, miré fijamente a la mujer que había plagado mis sueños durante seis putos años. Al ver el brillo en sus ojos, supe que me dispararía sin dudarlo.

Luca King se pasó una mano por la mandíbula con socarrona diversión.

—Se creen invencibles, ¿eh? Malditos Capos*.*

Emory le lanzó una fría sonrisa y luego dijo burlonamente:

—No pareció importarte que fuéramos Capos *cuando necesitaste ayuda con cierta dama.*

—Ya, ya, todos. —Byron anunció con una civilidad enmascarada —. Tenemos que arreglar esto como gente normal. Deja que mis primos digan lo que quieran, y todos podemos llegar a un acuerdo. Sin derramamiento de sangre.

Byron y Winston tenían los ojos puestos en los hombres DiLustro, listos para dispararles, y yo los tenía puestos en todos y en Emory. Más valía que nadie se atreviera a dispararle. Era mía, y encontraría

la manera correcta, mi manera, de castigarla por dejarme creer que estaba muerta.

—Primos —se burló Emory—. Solo porque tu madre era hermana de nuestro padre, no nos convierte en familia.

—No te llamé familia, ¿verdad? —replicó Byron, con sus fríos ojos fijos en ella.

—Byron, tus primos están locos —soltó Wynter, con el rostro pálido.

—Me importa una mierda de quién son primos —gruñí, fulminando con la mirada a los Ashford—. Secuestraron a una mujer. A mi prima. DiLustro ha ido demasiado lejos. —Me enfurecía que se atrevieran a ir tras mi familia.

—Wynter es mía —gruñó Bas—. Es el pago de una deuda.

Se refería a las pequeñas estafas que mi prima, sus amigas y mi hermana habían estado haciendo. No importaba, porque no tenían ningún derecho sobre las mujeres que estaban bajo nuestra protección.

Siendo el más estratégico, Liam continuó discutiendo y negociando con los DiLustro hasta que se hizo un silencio tenso y repugnante en la habitación y Wynter accedió a casarse con Basilio DiLustro.

—Ella no te quiere, imbécil —declaré, con mi voz como un látigo contra la piel sensible, pero a Basilio no le importaba. La quería a ella.

Antes de irnos, miré fijamente a Emory y le articulé:

—Esto no ha terminado.

Dejé que la mujer debatiera sobre el significado hasta que estuviera listo para arremeter contra ella.

Y aquí estaba.

Encontré a la mujer a quien le había guardado luto, viva y bien. *La maldita Emory DiLustro*, la mujer que había invadido mi corazón de hielo y luego me había destrozado el alma.

No me gustaba pensar en ella. Ya no. La rabia a la que me había aferrado durante años explotaría, y no quería ni pensar en cuál sería el resultado.

—*¿Me estás escuchando?* —La voz de Danil me devolvió al presente y reprimí un suspiro.

Lo puse en altavoz y empecé a comprobar el estado de mis cargamentos.

—Sí, te oigo quejarte como una perra.

—*Sinceramente, no sé por qué somos amigos* —expresó. Podía escuchar la risa contagiosa de Soren en el fondo—. *Mueve tu culo hasta el gimnasio para que pueda enseñarte un par de cosas.*

—Ya te gustaría, idiota.

La adrenalina me recorría una hora más tarde cuando mi puño golpeó el estómago de Danil. Gruñó por el impacto y se detuvo unos segundos antes de contraatacar. Era su forma favorita de liberar estrés y lo hacía a menudo con cualquier víctima dispuesta.

Me costaba creer que era esa víctima dispuesta este día. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Pensé que estabas aquí para hacerme sentir *mejor* —se burló, lanzando un gancho izquierdo—. ¿Qué te tiene molesto? —preguntó mientras yo gruñía de dolor.

No me sorprendió que captara mis caóticas emociones. Llevábamos algunos negocios juntos y, aunque no nos movíamos exactamente en los mismos círculos, nos habíamos vuelto cercanos, en ocasiones incluso habíamos follado juntos a una mujer.

Después de hablar con Liam en su casa el otro día, hackeé el teléfono de Emory y, desde entonces, había estado vigilando todos sus movimientos. Leí sus crípticos correos electrónicos, sus mensajes de texto aún más misteriosos y observé sus tratos con los traficantes de personas. Nada menos que con el puto Sebastian Tijuana.

Parecía que la mujer tenía un deseo de muerte, y me asombraba que tratara con esa escoria asquerosa. Iba en contra de todo lo que

representaba el *Sindicato.*

—No más que tú —gruñí, respondiendo con un gancho derecho. Lo esquivó con milímetros de sobra.

—¿Tu estado de ánimo también tiene algo que ver con una mujer? —cuestionó con un deje de diversión en la voz.

—Tal vez.

El sudor me caía por las sienes y me cubría la espalda mientras entrenábamos en su gimnasio del *Upper East Side*. Era una buena forma de liberar tensiones y trabajar la frustración, aunque nunca resultaba en respuestas.

Al menos no para mí.

—¡Es inútil luchar contra ellas! —clamó, con el sudor goteándole por la frente.

Solté un bufido y detuve mi golpe.

—¿Entonces te rindes ante ellas?

—He terminado con las mujeres —soltó entre dientes. Apenas nos faltaba el aire a pesar de la agresividad de nuestro combate—. Puedes quedártelas todas y los dolores de cabeza que vienen con ellas.

No las quería a todas. Solo a una.

—Quizás ambos necesitan que les revisen el cerebro —informó Soren, la sombra de Danil, mientras saltaba a la plataforma del *ring* —. Sus mujeres necesitan mano dura.

La estruendosa carcajada de Danil llenó el aire mientras negaba con la cabeza.

—Porque eso te ha funcionado muy bien.

Le golpeé los pies, haciéndolo caer en su trasero, pero no antes de que me hiciera caer a mí también.

—También he terminado con las mujeres, así que no necesito consejos, gracias —dijo Soren—. Soy más feliz por ello.

El tono de Danil se llenó de sarcasmo cuando dijo:

—Sí, apuesto a que lo eres. —Se giró hacia mí—. ¿Te enteraste de que Emory DiLustro está en New York?

Con el ceño fruncido, me puse en pie. Sí, lo sabía, aunque por alguna maldita razón ninguno de sus mensajes indicaba por qué estaba aquí. Si tan solo pudiera hackear el cerebro de la mujer.

—Ella no es asunto mío. —Cambiando mi atención a Soren, declaré—: ¿Alguna novedad sobre el cargamento de China?

—Está previsto que llegue a tiempo.

Fue gracias a las conexiones de Danil que conseguí un acuerdo con la Tríada y aumenté la riqueza que me había dejado mi padre. Liam lo había mantenido a salvo para mí hasta mi mayoría de edad, y una vez que tomé las riendas, ni siquiera el cielo era el límite.

—Excelente.

—Tu negocio está floreciendo. Todo lo que tocas se convierte en oro. —Danil se puso de pie de un salto, con expresión especulativa —. Solo te falta una cosa. Casarte. —Soltó otro gruñido cuando le di un golpe debajo de las costillas, pero solo lo hizo reír—. Debí haber dado en un punto sensible.

Él sabía que lo había hecho. Era el único en quien había confiado después de una noche de borrachera. Ocurrió poco después de que encontrara a la mujer de mis sueños, vivita y coleando, dirigiendo el *Sindicato* de Las Vegas bajo la protección de los *Capos*.

Mierda, ella misma era un *Capo*.

Pero no importaba. Mi plan estaba en marcha y pronto estaría exactamente donde debía estar.

—¿Por qué no te casas *tú*? —Le di la vuelta a la conversación, ignorando su indirecta—. ¿Tu mujer sigue ignorándote?

—¡Es un acuerdo de negocios! —espetó—. Que *yo acordé.*

Bloqueé su siguiente puñetazo, notando la fuerza y la emoción adicionales, y no pude contener una risita.

—Tienes que admitir que es una forma extraña de castigo —señalé—. Incluso para ti. Quizá seas masoquista.

Mi risa se desvaneció cuando me golpeó con un gancho en la mandíbula. Yo, a mi vez, le di un puñetazo con una fuerza que lo dejó sin aire en los pulmones. Durante los siguientes veinte minutos, nuestra conversación se detuvo, sustituida por siseos y gruñidos mientras nos lamentábamos el uno del otro.

Esquiva. Amaga. Golpea.

Esquiva. Lanza. Golpea.

¿Quién necesitaba terapia cuando podías sacar tus sentimientos a puñetazos?

CAPÍTULO 10

EMORY



—*Debemos tener un poco más de cuidado* —siseó Ines al teléfono mientras yo terminaba de hacer un nudo final a mi última víctima, atándola a la silla—. *Discretas. ¿Entiendes?*

—Tengo que encontrarla —afirmé, guiñándole un ojo al idiota que pensaba que mirarme con odio lo iba a favorecer—. Me estoy quedando sin tiempo. Se acabó el ir a lo seguro.

Me enderecé, observando mi obra mientras me frotaba una torcedura en la parte baja de la espalda. Debía de haberme dado un tirón arrastrando al desgraciado y metiéndolo en el maletero.

Afortunadamente, conocía todos los lugares preferidos de Basilio para este tipo de *actividad* encubierta. Estaba demasiado ocupado con su esposa para darse cuenta de que lo usaba.

—*Esto es demasiado arriesgado*.

—Solo para mí —le prometí.

—*No entiendo cómo nadie sabe nada de ella* —declaró secamente—. *Ni siquiera de quién demonios estamos hablando.*

Era exactamente la misma preocupación que tenía, pero no la había expresado por miedo a lo que pudiera significar. La dirección que habían dejado junto a los cuerpos de las chicas descuartizadas me había traído hasta aquí, no obstante, de algún modo no me había dado ninguna respuesta. Sentía como si alguien siguiera jugando conmigo o haciéndome correr en círculos.

—Este tipo podría saber algo. No me esperes despierta —dije antes de terminar la llamada.

Guardé el teléfono y estudié al hombre que tenía delante. Intentaba parecer duro, pero las gotas de sudor alrededor de su delgada cabellera lo delataban. Mantuve mis ojos fijos en los suyos mientras la ira daba paso lentamente al miedo.

—Ahora, empecemos, ¿de acuerdo? —anuncié y agarré unos alicates. Gritó, con el sonido amortiguado por la mordaza—. Quizá si me dices lo que necesito saber, te liberaré.

Y tal vez *Santa Claus* también era real.

Tembló, asintió furiosamente como si estuviera ansioso por ayudar, y continuó luchando contra sus ataduras.

Le bajé la mordaza y tragó saliva.

—Te diré lo que sea.

—¿Dónde está la chica DiLustro? —pregunté, odiándome por no saber más. No sabía su nombre, no sabía cómo era, qué la hacía feliz, triste o la asustaba. No tenía *nada* en lo que basarme.

Parpadeó.

—¿Quién?

—La chica que fue entregada a Perez Cortes para saldar una deuda —siseé—. Por... por Gio DiLustro. —Odiaba la forma en que la emoción me obstruía la garganta, odiaba sonar débil.

Se le fue el color de la cara.

—N-no s-sé na-dda de ess-o —tartamudeó.

—Entonces estás muerto. —Alcancé su dedo índice con las tenazas y tiré, el sonido de los huesos rompiéndose llenó el espacio.

—¡Atticus Popov! —gritó.

Fruncí el ceño en confusión, haciendo una lista mental de los nombres del bajo mundo. La familia Popov tenía un pie en el mundo criminal y otro en el mundo legal, y ocultaban bien su crueldad tras su filantropía y sus ostentosos eventos benéficos.

—¿Qué pasa con él?

—Mencionó un bebé DiLustro, hace años.

—¿Qué dijo exactamente? —Su pecho se hinchó mientras miraba de derecha a izquierda, probablemente mareándose en el proceso—. Miénteme y te colgaré del Empire State Building.

El pánico lo congeló en su sitio mientras me observaba con incredulidad. La semana pasada le había hecho exactamente eso a

uno de sus amigos. Sabía que no estaba lanzando amenazas vacías.

—Cuéntamelo todo —demandé en voz baja mientras me agachaba a la altura de sus ojos, sacaba un cuchillo de la bota y jugueteaba con el mango.

Se atragantó con los sollozos y se le escaparon las siguientes palabras entre hipo.

—No sé...

Le atravesé el torso con el cuchillo sin previo aviso.

—¡Mentiras! —reviré, sosteniendo la cuchilla ensangrentada frente a mí—. Dime la verdad.

Su respiración se entrecortó, su pecho se agitó y tembló de miedo.

—Mencionó que Perez Cortes había perdido a una chica DiLustro. —Las palabras salieron de sus labios más rápido de lo que su sangre podía drenarse al suelo—. Pero eso ocurrió hace años.

—¿Cómo la perdió? —cuestioné con voz ronca, con el corazón martilleándome contra el pecho. Cuando no contestó, lo apuñalé en el vientre bajo. Sus gritos reverberaron en las paredes de concreto mientras la sangre seguía acumulándose a su alrededor—. No me obligues a preguntártelo otra vez —advertí.

—No lo sé —gimoteó—. Eso es todo lo que dijo.

Le creí.

Ya había terminado con él, volví a abrirle un tajo profundo y feo, y sus entrañas se derramaron.

Me quedé junto a él hasta que dejó de moverse, entonces me di la vuelta y me marché, dejando que uno de mis hombres se ocupara del desastre.

Era hora de hacerle una visita a Atticus Popov.

CAPÍTULO 11

EMORY



Al día siguiente, salí del coche y me quedé mirando el edificio que tenía adelante, el gran hotel que dominaba este lugar de Brooklyn. La gran fachada de espejos reflejaba la calle detrás de mí, con flores que bordeaban el camino hacia el hotel, donde un enorme conjunto de puertas de cristal daba la bienvenida a los ricos y famosos.

Esos eran los que estaban aquí esta noche, junto con unos pocos criminales.

Le di las gracias a mi chofer y me alisé la parte delantera del vestido.

—Odio los vestidos —me quejé; lamentablemente, era la única forma de entrar en el hotel. Con mi uniforme habitual, pantalones cargo y camiseta, no me permitirían pasar del portero, y mucho menos de la recepción.

La seda de color rojo sangre colgaba hasta el suelo, y las aberturas a ambos lados llegaban hasta la parte superior de mis muslos, dejando al descubierto mis tacones negros de suela roja. Llevaba conmigo un pequeño bolso de mano, que contenía mi revólver, pero también tenía una funda con una pequeña pistola sujeta a la cadera. Una vez más, agradecí que mi modista personal comprendiera mi necesidad de... discreción.

En nuestro mundo, nunca se sabía cuándo podían ponerse las cosas feas,

A lo largo de mis veinticinco años había tratado con todo tipo de imbéciles. Había ascendido de princesa de la mafia a *boss bitch*. Lo hice por mí, y porque era lo único que sabía hacer. Lo hice por ella, porque nunca debí permitir que mi padre se la llevara.

Mi hermano intentó protegerme de este mundo toda la vida, no obstante, a menos que fueras sordo y ciego, era imposible no empaparse en él. Me quedaba con toda la información que veía o escuchaba. Era a la vez una bendición y una maldición.

Me hizo lo que era en este momento. Fuerte, independiente y muy respetada. Desafortunadamente, también me convirtió en un objetivo, así como a cualquier persona que me importaba.

Excepto que, me sentía más segura y fuerte en Las Vegas.

Mientras contemplaba las terribles horas que se avecinaban, deseando estar de vuelta allí, un vehículo se detuvo detrás del mío y escuché el ruido de un portazo. Pero no miré para ver quién era, toda mi atención se centró en la misión de la noche.

Era lo único que me hacía seguir adelante.

Solté una larga exhalación y di el primer paso hacia las puertas, consciente del cuerpo que caminaba a mi lado.

Mi atención se desvió hacia la persona y mi mirada chocó con la misma que había invadido mis sueños durante años.

Se suponía que el tiempo me haría olvidarme de él, de la ternura de su tacto y del aroma de su colonia. Sin embargo, me falló, porque lo recordaba como si hubiera sido ayer, en Londres, en aquella habitación de hotel.

Tropecé y su gran mano me rodeó el brazo para mantenerme derecha.

Volví a darme cuenta de lo grande que parecía, de lo alto que era y de lo anchos que eran sus hombros. No pude evitar recordar su dominio cuando me follaba. Aquellas deliciosas cosas sucias que habíamos hecho. Apreté los muslos y sacudí internamente la cabeza, intentando alejar esas imágenes de nosotros enredados entre las sábanas.

Llevaba otro traje impecable, luciendo tan abrumadoramente imponente que, por un momento, me olvidé de respirar.

Mas me obligué a inhalar profundamente y jalé del brazo para zafarme de su firme agarre, precipitándome hacia delante mientras mi vista se nublaba.

—¿Huyendo otra vez, Em?

Me sobresalté al oír el tenor grave de su voz, ese toque de acento irlandés que me hacía cosas que no debían afectarme. La puerta se abrió delante de mí y, sin hacerle caso, la atravesé rápidamente, inclinando la barbilla hacia el portero en señal de agradecimiento.

Antes de que pudiera desaparecer en una de las muchas salas de reuniones, aquella mano familiar me rodeó la muñeca y me hizo girar. Su rostro cincelado y sus penetrantes ojos azules estaban en ese segundo en primer plano.

Pero lucían fríos mientras me observaba, con los labios en una línea sombría.

—Te hice una pregunta, *Emory DiLustro.*

«Maldición».

No tenía tiempo para esto. El plan era acorralar a Atticus, extraer la información que necesitaba y luego perderme. Encontrarme con Killian no era parte del plan. Tenía que pensar rápido, él no podía descubrir mi razón para estar aquí esta noche. Diablos, él no podía saber *nada*. No lo que mi padre me hizo. Ni lo que yo había hecho. Ni que habíamos tenido una bebé ni que me la habían arrebatado, y desde luego no podía saber que no había pasado un solo día en seis años sin que pensara en él. Anhelándolo.

No. Tuve que enterrar mis sentimientos lo suficiente como para que pensara que lo que habíamos compartido no significó nada.

Así que fingí indiferencia y recé para que se lo creyera.

—Y estoy eligiendo no responder.

Se movió con pasos depredadores, mirándome fijamente a los ojos como si me estuviera desgarrando por dentro. Instintivamente retrocedí un paso, dispuesta a romper el contacto visual.

—Eso no es suficiente.

—No me importa. —Jesucristo, ¿por qué no podía fingir que no me conocía como aquella primera vez que nos encontramos cuando

él y Liam irrumpieron en mi mansión de Nevada?—. Soy la que manda aquí.

Bueno, técnicamente no. Otra razón por la que prefería Las Vegas.

Extendió una mano y, antes de que me diera cuenta, me rodeó la garganta con sus dedos. Su agarre era firme, mas no lo bastante fuerte como para robarme el aliento. Aunque era lo bastante excitante como para que un hilo de deseo tirara de mi bajo vientre.

Toda mi sangre corrió hacia donde su piel tocaba la mía mientras los recuerdos de aquella noche que pasamos juntos me dejaban inmóvil.

—Tú y yo tenemos algunos asuntos inconclusos que atender.

Me reí con desdén, aunque por dentro todo en mí se estremecía. Si supiera cuántos asuntos incompletos teníamos. Nunca podría enterarse. Si encontraba a mi hija, planeaba desaparecer con ella. Dejar que alguien más se apoderara de Las Vegas. Ni el dinero ni el poder valían la pena para mí.

—Tuvimos una noche de sexo. Nada más, nada menos. Sal de mi camino, Killian, o créeme que tendrás una guerra en tus manos.

—No te metas conmigo, Em. —Necesitaba aplastar esta sensación que me recorría cada vez que decía mi nombre. Luché contra el impulso de huir, que no era propio de mí. No era que pudiera huir. No con el salvaje agarre que tenía en mi garganta—. Disfrutaré destrozarte, aprovecharme de ti y dándome un festín con tus restos, Emory.

Jadeé, pero rápidamente transformé mis facciones en una máscara fría. No podía dejar que viera el efecto que estaba causando en mí. Solo podía concentrarme en su colonia, que invadía mis pulmones y me transportaba a una noche de tormenta envuelta en sus fuertes brazos.

Mis muslos hormigueaban con una necesidad que no había sentido desde la última vez que me tocó. Me asustaba más que la mayoría de las cosas en esta vida.

—Suéltame, Killian —ordené, con voz fría e inquebrantable—. O no te gustarán las consecuencias.

Algo brilló en sus ojos y me di cuenta demasiado tarde de que era un desafío. Le encantaba, maldición, que me enfrentara a él.

Inclinó la cabeza, sus ojos se clavaron en mis labios mientras se acercaba con cada respiración.

—Me deleita el desafío, *Álainn.* —«Hermosa». Era la misma palabra que había utilizado aquella noche. Quizás me había obsesionado un poco con el gaélico con el paso de los años. Demándame.

—No, disfrutas el poder y el control.

—Y tu coño —añadió, con la voz impregnada con algo oscuro y pecaminoso.

Mis adentros se estremecieron. Tenía que salir de aquí.

—Tú y yo... —siseé, con la voz ronca—. Fue un error, y *nunca* volverá a suceder.

Sus ojos se oscurecieron y temí que, si no me alejaba en ese momento, algo muy inapropiado sucedería en este oscuro pasillo.

Así que usé una táctica que toda mujer aprendió en algún momento de su vida. Le di una patada en las pelotas.

Antes de que pudiera recuperarse, me alejé corriendo lo más rápido que me permitían mis tacones.

Pero en el fondo, sabía que solo era una escapada temporal.

Killian volvería, y a menos que tuviera cuidado, podría empezar una guerra.

Aunque la seguridad estaba dispersa por los pasillos, hice todo lo posible por pasar desapercibida. Una vez que encontré la sala de conferencias en la que, según mi información, estaría Atticus Popov, entré sin problemas. De hecho, fue casi demasiado fácil.

Se me erizó el vello de la nuca, y no tenía nada que ver con mi encuentro con Killian. Era algo más oscuro, algo mucho más nefasto.

Una mano salió disparada de detrás de mí y algo frío se presionó a mi costado. Mi sangre rugió con la necesidad de correr, pero la ignoré. No había llegado hasta aquí solo para huir.

—Sabía que era demasiado fácil —murmuré en voz baja.

—Te estaba esperando, Emory. —La voz débilmente acentuada hizo que se me cayera el alma al piso.

Me giré lentamente y me encontré cara a cara con el hombre que podía ser mi boleto para encontrar a mi hija. O sería mi perdición. Solo el tiempo lo diría.

No estaba solo, y estaba claro que los guardaespaldas que se cernían tras él no dudarían en abalanzarse sobre mí si me movía para agarrar cualquiera de mis armas. Pero no eran ellos los que me preocupaban. Era Atticus. Él era la mayor amenaza aquí, incluso llevando este ridículo disfraz. Gafas falsas. Bigote falso. ¿Y eso era una maldita peluca?

Aun así, nada de eso le quitó lo que representaba.

Mis ojos recorrieron al hombre que era un enigma para la mayoría en el bajo mundo, causando problemas adonde iba y desapareciendo antes de que pudieras acercártele. Pero aquí estaba, en toda su gloria.

Era un hombre guapo, si te gustaban los del tipo de maduro y *sexy* En forma, alto, y ojos que prometían retribución si lo jodías. Sí, no hizo nada por mí.

—¿Qué vas a hacer, Atticus? —inquirí, aparentando no estar afectada, no obstante, había tanto en juego que me temblaban los adentros. A pesar de que podía mantener la calma cuando torturaba a un hombre, cuando se trataba de mi hija, era un débil desastre.

—Matarte o... —Todo por lo que había trabajado se rompió en mil pedazos ante mis ojos. Y todo lo que podía hacer era mirar.

Durante unos segundos, la realidad de la derrota me sacudió hasta lo más profundo de mi ser, pero entonces me llegó la palabra clave. Dijo *o*, y la esperanza respiró oxígeno a mis pulmones.

—¿O? —evadí, con voz fría.

—O usarte. —«*Qué demonios».* Si este desgraciado pensaba que lo dejaría que me tocara, estaba loco. Antes lo destriparía vivo que dejar que me pusiera un dedo encima. Como si hubiera leído mis pensamientos, se rio—. No de esa manera.

Mi corazón latía desbocado mientras el alivio me invadía. De repente, pude volver a respirar. Me adentré en la habitación y tomé

asiento antes de encontrarme con su mirada.

Enarqué una ceja y golpeé con las uñas la madera pulida una, dos, tres veces antes de decir:

—Entonces, por favor, explícate. Me encantaría estar en la misma sintonía que tú.

Tomó asiento frente a mí y se encontró con mi mirada, el brillo en sus ojos parecía el de una tormenta que no se podía erosionar. No sin sufrir algún daño.

No había que subestimar a Atticus Popov: reservado y astuto y, como me advirtió mi instinto, uno de los hombres más letales que existían. Era alto, oscuro y tenía una presencia imponente que infundía miedo sin que tuviera que hacer nada. Era hermoso de una forma peligrosa, con una belleza dura, con su cabello oscuro, sus pómulos afilados y su complexión masiva.

No solo era el músculo de su familia, sino también uno de los hombres más despiadados con los que me había cruzado. Se decía que su hijo, Danil, había heredado muchos de sus rasgos, aunque no se hablaban. Fueron la estrategia y el cerebro de Atticus los que hicieron que la organización Popov resurgiera de sus cenizas y se convirtiera en uno de los mayores imperios del mundo, mas fue el cerebro de Danil el que la mantuvo en la cima.

—Puedes ayudarme con un pequeño problema —participó Atticus —. Pero primero, entrega tus armas. *Ahora.*

Hice una mueca y me obligué a hacer lo que me decía. Si me quisiera muerta, no me cabía duda de que pudiera hacer que sucediera.

La reputación de Atticus lo precedía. Esquivó la ira de muchos poderosos mafiosos y no anduvo con rodeos en su afán por llegar a lo más alto. No podías evitar admirar sus habilidades. Aunque había una cosa que sabía que nadie más lo hacía: Atticus había estado contemplando, no tan sutilmente, la posición más alta del *Sindicato* durante años.

Era uno de los puestos más codiciados de las organizaciones criminales. Desgraciadamente, tenía un precio muy alto.

—Ahora dime lo que quieres —indiqué, mi atención intercalándose entre él y sus voluminosos guardias que permanecían

detrás de su asiento como una nube oscura.

Atticus sonrió satisfecho, arrojando mis armas sobre la mesa detrás de él.

—Digamos que quiero ayudarte a encontrar a tu hija.

La tensión se apoderó de mí.

—No tengo una hija.

Resopló.

—Si quieres fingir que no es tu hija, es cosa tuya. De cualquier manera, puedo ayudarte a encontrarla.

Parecía inútil discutir lo que obviamente ya sabía.

—¿Cómo sabes que la estoy buscando?

Sus labios se curvaron en una sonrisa que no me gustó.

—Digamos que es un mundo muy pequeño.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—No me gusta esa explicación.

—Bueno, tendrás que aceptarla, porque de ninguna puta manera me voy a meter en el lado malo de esa perra.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Qué perra? Y quizá deberías preocuparte más de tenerme de enemiga.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas mientras yo lo miraba furiosa.

—Tal vez, pero tengo algo que puedo usar contra ti; ella, por otro lado... —Me moría por saber quién era *ella*.

—Quizá pueda ayudarte con eso.

Atticus negó con la cabeza, con un atisbo de algo parecido al miedo en su expresión.

—Y a cambio de mi ayuda, interceptarás varios cargamentos programados para pasar por Las Vegas y los desviarás hacia mí.

—¿Y? —Sabía que había más. Aun así, podría ganar tiempo y utilizarlo para llegar hasta mi hija antes de que alguien descubriera que me había aliado con Atticus Popov—. Deja de tomarme por tonta, Atticus. Puede que sea una mujer, pero eso no significa que sea ingenua.

—Y quiero la identidad del jefe máximo del *Sindicato*, Emory.

No me gustaba mi nombre en sus labios. Y me gustaba aún menos la idea de traicionar a los *Capos*.

—¿Cómo supones que sé quién es esa persona? —No era que le diera la información si la tuviera. Si bien sabía de la existencia del *Líder del Sindicato*, desconocía su identidad. Me había enterado de que el papel del jefe superior existía en nuestro mundo por pura casualidad durante el periodo más oscuro de mi vida. Pero tenía una cosa muy clara.

Si supiera su identidad y se la revelara a Atticus, estaría firmando mi sentencia de muerte, y la de mi hija.

Atticus me miró con los ojos entrecerrados. Era como un perro con un hueso, un *perro* muy decidido.

—Su identidad es un secreto. Solo hay una persona que conoce esa información y es el *Líder del Sindicato* —respondí entre dientes, apretando el puño—. Ha sido así desde que se fundó.

Mi padre y mi tío fueron los hombres que fundaron el *Sindicato*. En algún momento, necesitaron ayuda y este tercer individuo entró en juego. *El Líder del Sindicato*. Pero nadie, ni siquiera mi hermano y mis primos, sabían quién era. Diablos, ni siquiera sabían de su existencia. Yo era la única que lo sabía, y fue por pura casualidad que me enteré de ese dato mientras me torturaban y *esterilizaban* bajo la atenta mirada de mi padre en Canadá, lejos de mi hermano y mis primos.

Atticus se rio y ladeó la cabeza.

—Te dejaré resolver los detalles si quieres llegar a tu hija.

Odiaba que me acorralaran, mas no tenía elección. Sabía mejor que nadie que traicionar a *Los Capos de la Mafia* se castigaba con la muerte. No importaba quién fueras. Mis labios se separaron, mi mente atascada en tratar de averiguar cuál era el plan de juego de Atticus. Obviamente no le importábamos ni mi hija ni yo. Solo éramos un medio para conseguir lo que quería.

—Ya que me siento generoso —afirmó Atticus, enarcando una ceja—, te haré saber que tu tío se enteró de las operaciones de tráfico de órganos y personas en Las Vegas. Y no está contento.

«Mierda, mierda, mierda».

Intenté mantenerme callada y no reconocerlo, pero me observó con una ligera inclinación de cabeza, como si esperara que estallara una bomba.

—Dime dónde está mi hija y te conseguiré la información que quieres.

Atticus sonrió satisfecho, dándose golpecitos en la boca en un movimiento contemplativo.

—¿Ahora quién toma a quién por tonto?

Mis músculos se tensaron y todos mis pensamientos huyeron hacia la niña que nunca había conocido. Me la arrebataron antes de que pudiera verla o abrazarla.

¿Justificaba eso la traición? ¿Tenía la capacidad de traicionar a alguien sin pensarlo dos veces cuando esa persona había cuidado de mí?

—Necesitaré tiempo para descubrir la identidad —solté finalmente. Necesitaba tiempo para pensar en mis opciones.

Para mi sorpresa, Atticus estuvo de acuerdo.

—Como miembro del *Sindicato*, serás mis ojos y oídos hasta que me proporciones la identidad del líder —declaró—. ¿Verdad, Emory?

Un estremecimiento de cuerpo completo se apoderó de mí.

—Sí —siseé, odiando a este hombre cada segundo más.

—Y para demostrar tu compromiso, desviarás los cargamentos a las coordenadas que te facilitaré mañana a primera hora. —Estaba a punto de negarme, pero algo en los ojos de Atticus me cerró los labios—. Y cuando cumplas mis condiciones, te entregaré la información sobre tu hija. Cumple tu parte y nada saldrá mal. Traicióname y no te gustarán las consecuencias. —Se puso de pie, acomodándose la chaqueta—. Sé inteligente, Emory.

Y se marchó, con sus guardias siguiéndolo obedientemente.

CAPÍTULO 12

KILLIAN



Las reglas estaban para romperlas. Y las guerras, para combatirlas.

Y mientras me agarraba las bolas doloridas, decidí que esta mujer, *mi mujer*, estaba hecha para ambas cosas. Entré en la sala de servidores más cercana y hackeé los sistemas de vigilancia del hotel.

La maldita Emory DiLustro estaba a punto de recibir una lección.

Le envié un mensaje al único hombre que se atenía a las normas para asegurarme de que tendría ventaja con el ultimátum que estaba a punto de darle a Emory DiLustro.

Tensé la mandíbula, y las imágenes de la mujer morena de rojo invadieron mis pensamientos. Estaba acostumbrado a tener el control, pero con Emory todo se había descontrolado.

De hecho, empezó la mañana en que huyó de la escena mientras yo aún dormía.

Una parte de mí deseaba no sentir más atracción por ella. Pero no importaba por lo que me hiciera pasar, las mentiras que me dijera o los actos que cometiera, no conseguía que mi verga cooperara cada vez que pensaba en ella.

Puto órgano.

Aunque, ningún hombre con dos ojos funcionales podría culparme. Piernas largas. Un brillo en esos ojos oscuros. Exuberantes labios rosados. Y esos ruidos que hizo mientras me la follaba... Seis años después y todavía estaban marcados en mis oídos.

Buscando rápidamente en las pantallas, por fin la encontré. Hice *zoom* y la vi sentada en un despacho con un hombre que llevaba claramente un disfraz. Bigote falso. Gafas falsas. Apostaría a que su cabello y su color de ojos también eran falsos. Pero no se podía fingir la estructura ósea.

Mientras observaba su intercambio, tomé una foto del hombre y la pasé por el sistema de reconocimiento facial. Mientras esperaba su identificación, deseé que el sistema de vigilancia de baja calidad de este hotel tuviera también audio, porque lo que fuera que pasaba en esa habitación, se podría cortar la tensión incluso a través de la pantalla.

Mi teléfono emitió un pitido. Le eché un vistazo y me sorprendí al ver los resultados de mi búsqueda. Atticus Popov.

Joder.

Llamé a Danil mientras miraba fijamente la pantalla, tratando de entender lo que Emory estaba haciendo con Atticus. Definitivamente, había algo raro en todo esto.

—*¿Qué sucede?* —Fue el saludo de Danil.

Fui directo al grano.

—¿Qué hace tu padre con Emory DiLustro?

Pasó un latido de silencio.

—*No debería estar haciendo nada con ningún* Capo*, y menos con el* Sindicato*.*

—Está en una reunión a solas con la mujer. —Soltó una retahíla de maldiciones—. Amigo o no, Danil, si Atticus se mete con ella, es hombre muerto.

Las palabras eran tan firmes y definitivas que me sorprendieron.

—*¿Me estoy imaginando cosas o acabas de amenazar a mi padre por una mujer que te engañó haciéndote creer que estaba muerta?*

Un soplo sardónico me abandonó.

—No te lo estás imaginando.

—*¿Por qué?*

Las razones eran confusas, o quizá simplemente no estaba dispuesto a admitirlas, pero no le debía nada a mi amigo. Una cosa era segura: nadie tenía permitido tocar a Emory.

—Porque yo lo digo.

La risita de Danil llenó la línea.

—*Sabes que mi relación con Atticus está jodida, y aunque eres libre de encargarte de él si le hace daño a tu mujer…* —Mierda, ¿por qué la etiqueta de Emory como *mi mujer* me hacía querer golpearme el pecho?—. *Te recomendaría que reevaluaras por qué una simple conversación te tiene queriendo matar a mi padre.*

—Cierra la puta boca, idiota.

—*¿Qué? No es que yo vaya por ahí amenazando a cada hombre que habla con mi futura esposa.*

Resoplé.

—Claro, porque eliminarlos antes de que se acerquen es mejor.

—*Necesitaba un pasatiempo*. —Dejó escapar un fuerte suspiro y tuve que morderme el labio para no reírme—. *Ahora dime qué necesitas de mí.*

Sabía que había hecho bien en llamarlo. Siempre estaba dispuesto a contraatacar a su padre, pero más que eso, era un buen tipo. Sí, tenía algunas cualidades dudosas, aunque todos las teníamos. No había juicio aquí.

—¿Puedes averiguar qué negocios tiene con Emory?

—*Entendido.* —Pasaron dos latidos antes de que preguntara—: *¿Y qué vas a hacer con ella?*

—No lo sé.

No obstante, incluso mientras pronunciaba esas palabras, sabía que era mentira. La convertiría en mi esposa, luego jugaría con ella, la castigaría, la atormentaría. Lo mismo que ella me había hecho a mí durante los últimos seis años.

Pero antes, tenía que enviar un mensaje anónimo.

Tardé una hora en buscarla por todo el hotel, con la misión de obtener respuestas. Tras su reunión con Atticus, desapareció en el baño de mujeres, pero luego, como si fuera consciente de todas las cámaras del hotel, las esquivó y desapareció.

Yo, en cambio, tenía todas las salidas vigiladas y sabía que no había salido del edificio.

Y bingo.

La encontré sentada en una de las salas VIP privadas, con los hombros y la espalda rectos mientras miraba a su tío, Franco DiLustro.

«El plan está en marcha».

Sin que Emory lo supiera, había enviado una pequeña nota a Franco DiLustro, informándole de las actividades extracurriculares de su sobrina y de su encuentro con Atticus. Anónimamente, por supuesto. Conociendo la posición del *Sindicato* sobre Atticus y lo que representaba, la reacción de su tío fue la esperada.

—¡Esa es una violación directa de las reglas! —bramó, con la cara morada de la ira—. ¿Siquiera entiendes lo que has hecho?

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras se apartaba un mechón de cabello de la cara.

—Dirijo Las Vegas; yo decido las reglas allí.

—Diriges Las Vegas para el *Sindicato* —reviró, y me pregunté qué había hecho ella exactamente para ganarse semejante reacción de su tío—. Si el *Líder del Sindicato* se entera de lo que está pasando allí, eres mujer muerta.

Su mandíbula se tensó y, a pesar de no perder la calma, no había duda de que sentía algo parecido al miedo cuando pronunció sus siguientes palabras:

—Como dije, lo tengo bajo control.

Franco le lanzó una mirada fulminante.

—Ciertamente no lo parece. Tráfico de humanos. Tráfico de órganos. Un contenedor lleno de chicas muertas.

—Voy contra la organización responsable.

—La organización con la que hiciste un maldito *trato*, Emory. El tráfico de personas está estrictamente prohibido en el *Sindicato* y lo sabes.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no te preocupas de tus propios asuntos y me dejas Las Vegas a mí? Tuviste tu tiempo, ahora es el mío.

—No serías tan valiente si tu padre estuviera vivo.

Lentamente, demasiado lento, tragó, con la garganta moviéndose arriba y abajo, aun así, mantuvo la compostura.

Sus labios se torcieron.

—Pero no lo está. Y si le mencionas esto a alguien, tampoco lo estarás.

Jesucristo. La mujer tenía pelotas. No pude evitar admirar la forma en que pronunció su fría amenaza.

—Ya está. Ya es tiempo, carajo. —Emory levantó una ceja, y justo cuando abrió la boca, él la interrumpió—: Es hora de encontrarte un marido, alguien que se haga cargo de Las Vegas. Un italiano servirá.

—Nunca me casaré. —Su voz suave estaba impregnada de una furiosa determinación, y algo en su convicción me molestó—. Y menos con alguien que tú consideres apropiado, teniendo en cuenta tu jodido historial.

Franco soltó una bocanada de aire antes de ponerse en pie de un salto.

—Eso ya lo veremos.

Salió furioso por la puerta situada en el lado opuesto de la sala.

Fue entonces cuando apareció la verdadera Emory. En ese momento, sola (eso creía), su larga exhalación llenó el espacio mientras se desplomaba en su silla. Su furia vibraba en su interior, pero también había una chispa de soledad.

—¿Vas a seguir escuchando a escondidas o vas a entrar, Killian?

No me sorprendió que supiera que estaba aquí. Después de todo, uno no se convierte en *Capo* siendo blando. Ella era una amenaza para la gente. Un fantasma que volvía para atormentarme. Enmascaré mis pensamientos tras unos ojos muertos y di un paso adelante, negándome a que viera el efecto que tenía en mí.

Cuando acorté la distancia que nos separaba, se levantó y se giró hacia mí. Una vez más, me sorprendió lo bajita que era. La parte superior de su cabeza apenas me llegaba al hombro.

—¿Qué me delató? —pregunté.

—Puedo oler tu colonia. —Levantó la barbilla y me miró a los ojos—. Empiezo a pensar que me estás acosando.

—No lo hago. —*«Totalmente lo hacía»*.

—De acuerdo, digamos que me lo creo. —Eliminando la distancia que nos separaba, hundió los dedos en la solapa de mi chaqueta y cuestionó en tono bajo—: ¿Qué quieres?

—A ti. —Mierda, esa respuesta no debería haber sido tan fácil. Tan definitiva. Sin embargo, era la verdad.

—¿Y si cedo ante ti?

Mi polla se puso dura como una roca, pero sabía que nada con esta mujer era fácil o sencillo. El fuego en sus ojos prometía tentación y destrucción.

Sin embargo, mientras estábamos allí de pie, sentí la tentación de ignorarlo todo y repetir aquella noche de hacía seis años. Hundirme dentro de su calor apretado hasta que jadeara y gritara mi nombre, dejándome hacer lo que quisiera con ella.

Las vívidas imágenes se volvían feroces a cada segundo que pasaba, hasta que recordé cómo había terminado aquella noche.

—Debería haber sido más específico —indiqué despreocupadamente, a pesar de la jodida forma en que mi verga se tensaba—. Tú como mi esposa.

Se llevó la mano al costado y entreabrió los labios, mientras la rabia se fundía en sus ojos.

—Nunca. —Su voz era baja, casi un susurro, pero sus palabras fueron un maldito golpe en el pecho.

Fue mi turno de acortar el centímetro de distancia, su pecho rozó mi abdomen, quemándome.

Agaché la cabeza y coloqué mis labios junto a su oreja.

—Tú y yo tenemos asuntos inconclusos, *Álainn*. —Echó la cabeza ligeramente hacia atrás y su nariz casi rozó la mía—. A menos que quieras la sangre del *Sindicato* en tus manos y que tu propia familia te persiga por los recientes... *sucesos.* —Elevé una ceja intencionalmente—. Te sugiero que reconsideres tu respuesta.

Nuestras miradas chocaron, y vi un destello fugaz en la suya.

Algo bueno, frágil y *real* que había visto en sus ojos hacía una eternidad atrás.

CAPÍTULO 13

EMORY



Killian me miró fijamente, y las comisuras de su boca apenas se curvaron.

En el caos de los eventos que se produjeron ese día, supe que tenía razón. El *Sindicato* no dudaría en eliminarme si determinaba que había violado sus sagradas reglas. Pero con el peso de la Mafia Irlandesa apoyándome, podría librarme con un tirón de orejas y una advertencia.

Excepto que, habría un peligro mayor en casarme con Killian, quien me sonreía salvajemente, sabiendo que me tenía acorralada.

—Por cierto, Em —enunció en un profundo barítono que hizo que mi corazón golpeara contra mi pecho—, no aceptaré un no por respuesta.

Me aclaré la garganta, desesperada por recuperar la compostura.

El *Líder del Sindicato* era peligroso, pero mi instinto me advirtió que el verdadero Killian podía ser aún más despiadado. Al menos para mí y mi paz mental.

Y si se enteraba del secreto que le ocultaba, no dudaba de que me haría pedazos.

—Escuché que tu último compromiso no terminó muy bien. ¿Estás buscando una novia de reemplazo? —pregunté en voz baja, y Killian apretó la mandíbula.

Los segundos pasaban mientras me retorcía bajo su mirada. Era injusto sacar el tema, lamentablemente, era la única defensa que me

quedaba. Había presenciado innumerables asesinatos, y solo con este hombre perdía la compostura.

Me estremecí cuando sus labios se acercaron a un respiro de distancia de los míos.

—No...

—No ¿qué? —reviró, su calor filtrándose en mis poros.

—No me toques —susurré, temblando por la necesidad de exactamente lo contrario—. No quiero nada de ti.

—Qué mentirosa —murmuró—. Puedo verlo en tus ojos. Quieres que te toque.

Mi cara se enrojeció mientras me retorcía bajo sus ojos penetrantes.

—No... No es verdad.

Dejó escapar una risita oscura.

—Ambos sabemos que lo es.

Resoplé.

—Tal vez, pero solo porque quiero liberar algo de mi propia tensión. He tenido un día difícil.

Sonrió satisfecho, y luché contra el impulso de golpear su hermoso rostro, borrando esa sonrisa de su rostro.

—Sigue diciéndote eso, Em.

Eché los hombros hacia atrás, como la *boss bitch* que era y tomé las riendas.

—¿Vas a seguir hablando? Porque si es así, me iré a buscar a alguien más. No se trata de tus necesidades, sino de las mías. Así que, sé el hombre que se ocupe de ellas o lárgate de una maldita vez.

Sus labios rozaron mi oreja y mis muslos se apretaron. Mi pulso crepitaba por mis venas, desesperado por más de él.

—No será nada dulce. Va a ser sucio y crudo. Te follaré el coño aquí en el suelo. Te lo voy a follar como se debe, duro y sin pausa, hasta que no puedas hacer otra cosa que gritar.

Jesucristo.

Eso sonó mejor de lo que debería. Así que, como la mujer al mando que era, moldeé mis labios contra los de él y lo besé con

rudeza. Mi boca hormigueó, su sabor familiar era tan embriagador hoy como hacía seis años.

Me agarró de la nuca y tiró un poco hacia atrás.

—¿Estás segura?

Dios, ¿por qué preguntaba? Como si mis sentimientos y yo le importaran.

—Sí. —Mi voz era apenas un susurro, aun así, era toda la confirmación que necesitaba.

—Buena chica. —Sonrió perversamente—. Primero voy a tener la crema de tu apretado coño sobre mis dedos y lengua, y luego…

No terminó la frase, pero me permití imaginar el resto. Temblé cuando levantó la mano y sus ásperos nudillos rozaron mi mejilla. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo y un gemido brotó de mis labios.

—Por favor…

Me pasó los nudillos por la yugular antes de bajar la mano y tocarme el coño a través del vestido. Me recorrió un pulso eléctrico y reprimí un gemido cuando empezó a frotarme despacio.

Me mordí el labio cuando empezó a frotar mi centro con más fuerza, añadiendo presión a mi clítoris hinchado y adolorido. No había ninguna posibilidad de que no sintiera lo empapada y lo desesperada que estaba por que me tocara.

Me estremecí cuando la gruesa yema de su dedo se deslizó bajo el encaje de mis bragas y rodó sobre el sensible capullo.

—Killian —gemí.

—Di que te casarás conmigo —me murmuró al oído. Sus dientes me mordieron bruscamente el lóbulo de la oreja antes de añadir—: Siento cómo tu coño codicioso aprieta mis dedos. Dilo y te daré lo que quieres.

Mis muslos se apretaron y temblaron, todo mi cuerpo empezó a palpitar.

—No sabes lo que quiero. —Pero los sucios sonidos de mi coño húmedo contradecían mis palabras. Frotó más fuerte y rápido, gruñendo profundamente en mi oído. Apretó su dura erección contra mi estómago y se me cortó la respiración—. Ahora cállate y haz que me corra.

Sus dedos siguieron acariciando mis pliegues húmedos mientras el sonido de su cremallera resonaba en el aire.

Apenas tuve tiempo de respirar cuando estallaron chispas de placer en mi interior, y entonces él estaba empujando contra mi núcleo caliente. Lo único que nos separaba era el encaje de mis bragas.

—Voy a penetrar tu apretado coño hasta que grites mi nombre para que lo oiga todo el hotel.

«Hazlo», quería decir, mas no podía encontrar mi voz. No había tenido sexo desde aquella noche pecaminosa con él. Lo intenté, Dios sabe que lo hice, pero nadie sabía cómo tocarme. Después del sexo dominante y deliciosamente intenso con Killian, nada se comparaba.

—Quieres mi polla dentro de ti, ¿verdad?

Tan cerca de detonar, moví las caderas, buscando fricción.

—¿Sí? —inquirió, por alguna razón necesitaba oírme decirlo. Su voz era oscura y áspera, casi como si estuviera al borde del abismo. Aceleró el ritmo y empujó su longitud contra mi abertura varias veces con una fuerza que me hizo sentir placer—. Dímelo.

—Sí... —Toda mi frustración se derramó en esa palabra y lo hizo reír.

—No puedo follarte hoy.

Este maldito imbécil.

—¿Por qué no? —solté.

—No tengo un condón.

Sus palabras me llenaron de una decepción inexplicable. Mis uñas se clavaron en sus hombros, y fue entonces cuando me di cuenta de que me había estado agarrando a él como si mi vida dependiera de ello.

—Bueno, si vas a ser mi esposo, asegúrate de traerlos siempre contigo. —La frustración sexual me estaba volviendo estúpida y demasiado sincera—. Y abastécete. No he tenido sexo en seis años.

Se quedó inmóvil un instante antes de que el deseo tensara sus facciones. Podía soportar su expresión anterior, pero esta, una mezcla de asombro y algo más que no me atrevía a nombrar, no podía.

Alcanzó mi labio inferior con los dedos y tiró de él mientras se inclinaba más hacia mí. Contuve la respiración, sus labios rozaron mi mandíbula hasta llegar a mi oreja.

—A la mierda con el condón. Hoy serás mi esposa.

El sonido de mis bragas al romperse llenó el aire y él gimió al ver lo mojada que estaba. Me levantó sin esfuerzo sobre la mesa y le agarré el trasero, clavando los dedos en su piel. Mis piernas se abrieron en señal de invitación y él me penetró sin romper el beso, su empuje profundo y poderoso.

—Joder —gimió al ver cómo mi cuerpo le daba la bienvenida al instante, abriéndose y arqueándose deliberadamente.

—¡Más, Killian! —supliqué. Llevaba tanto tiempo esperándolo.

Empezó a moverse, follándome como había prometido. Su mirada me volvió loca, como si me hubiera deseado durante los últimos seis años. Mi canal se estrechó alrededor de él, estrangulándolo, desesperada por más. Nuestro beso se volvió apasionado y frenético, mi lengua jugueteaba con la suya mientras su longitud azotaba mi interior.

Le correspondí con cada embestida, mientras me penetraba, chupándome el cuello y haciéndome gritar de placer. Mi cuerpo se estrechó en torno a él, al borde del abismo y desesperada por mi liberación.

—Eres mía. —El sonido de mi excitación mezclado con nuestras respiraciones agitaban mi interior—. Tu coño me pertenece.

La sobreestimulación me convirtió en un montón de nervios sin huesos. Su mano me rodeó el cuello, y el agarre despiadado mientras me penetraba dentro y fuera aumentó el placer abrumador.

—¡Ahhh...! ¡Síí...! —gimoteé, apretándome a su alrededor y alcanzando nuevas alturas.

—Espérame, Em. —Mis dedos se clavaron en su piel, sus ojos conectaron con los míos.

—¡Killian! —chillé. El orgasmo me golpeó con una fuerza demoledora.

Mi grito fue fuerte, pero no me importó, demasiado perdida en el hombre que me había arruinado para cualquier otra persona hacía seis años.

Me apreté más a su alrededor mientras seguía moviéndose, empujándome hasta el límite absoluto antes de que mi cuerpo se aflojara en su agarre.

Jadeé cuando Killian introdujo con fuerza su polla en mi interior. Gruñó al acelerar el ritmo, y me esforcé por mirar hacia abajo, donde estábamos conectados, mientras él sacudía las caderas hacia delante, la sensación casi llevándome de nuevo al borde.

Su rostro, pecaminosamente hermoso, parecía sacado de una sesión de fotos mientras el sudor le pegaba el cabello oscuro a las sienes.

—¡Dame otro! —exigió.

Su otra mano me agarraba posesivamente por la cadera mientras sus dientes mordisqueaban mi piel. El escozor empezaba en mi cuello, pero terminaba directamente entre mis piernas.

—K-Killian...

—¿Qué, *Álainn*? ¿Quieres más? —Sí, quería más. No importaba que acabara de correrme varias veces o que todo me pareciera demasiado—. Dilo.

Me jaló del cabello.

—Qué… *Ohh*... —Mis palabras terminaron en un gemido cuando sus labios se aferraron a la piel hueca de mi clavícula.

Empujó entre mis muslos y contra mi centro una, dos veces, antes de gruñir. Otro orgasmo me golpeó con una fuerza cegadora, y entonces estaba cayendo, haciéndome añicos sin aterrizaje a la vista.

Killian rugió su propia liberación, enterrando su polla hasta la empuñadura antes de sacarla, con su semen cubriendo el interior de mis muslos.

—¡Maldición! —soltó.

Me soltó la garganta y me sujetó el cabello con un puño para tener mejor acceso a mi cuello. Succionó mi piel mientras llegaba al orgasmo. Me quedé quieta, temiendo que cualquier movimiento arruinaría este momento.

Mordisqueó con más fuerza el punto sensible, haciéndome estremecer y gemir al mismo tiempo. Luego me jaló la cabellera para que lo mirara a los ojos.

—Hoy serás mi *esposa* —enfatizó la última palabra, agachándose para untarme los muslos con su semen y empujándolo dentro de mi apretado coño—. Así. Mientras dices tus votos, mi semen goteará de ti y olerás a mí.

Mierda, ¿por qué eso sonaba tan deliciosamente erótico?

—No es exactamente la propuesta de mis sueños. —No podía caer ante mis deseos. Me costaría todo. Además, hacía tiempo que decidí que ningún hombre me controlaría jamás—. Me perdonarás si paso.

Me enfrenté a su mirada desafiante, negándome a ceder, y debió de ver la determinación en mi rostro porque entrecerró los ojos.

—Esta no es una negociación. —Me soltó y dio un paso atrás, acomodándose la ropa mientras yo lloraba la pérdida de su calor—. Te casarás conmigo, y si quieres que me arrodille con un anillo, cantándote una serenata, dilo y lo haré. Pero de ninguna manera te perderé de vista.

Killian me observaba fijamente, paseando sus ojos hambrientos sobre mí y deteniéndose en mi coño expuesto. Cerré las piernas, nunca me había sentido tan expuesta como en este momento.

—¿Y qué? —espeté, sin saber qué pensar de todo este asunto. ¿Debería enfadarme? ¿Usarlo? ¿Ambas cosas?—. ¿Me arrastrarás al altar pataleando y gritando?

Me quedé viendo sus facciones relajadas.

—No tendré que hacerlo, porque no eres una mujer estúpida, Emory. Sabes tan bien como yo que estás acorralada y que, a menos que te cases conmigo, estarás muerta o te verás obligada a casarte con un italiano que ocupará tu puesto en la mesa del *Sindicato* a la mañana siguiente.

Su tono indiferente unido a sus palabras casi me sumían en un estado de pura rabia negra. ¿Por qué los hombres siempre se creían superiores? El derecho y la prepotencia nunca dejaban de sorprenderme.

—¿Y tú no quieres mi lugar en la mesa?

—No. —Comprobó su reloj, luego agarró su teléfono y tecleó rápido—. Bien, aceleremos esto. El juez nos está esperando.

Este hombre estaba bastante loco.

—Nunca acepté casarme contigo.

Sus ojos se oscurecieron.

—Pero lo harás. Eres una mujer inteligente, Em.

La capacidad de Killian para pasar de encantador a amenazador en un abrir y cerrar de ojos me envió una sacudida de advertencia.

—Apenas nos conocemos —argumenté, desesperada por encontrar una salida. Aunque en el fondo de mi corazón sabía que no la había. El matrimonio era lo último que quería. Se me llenaron los ojos de lágrimas de frustración y respiré hondo.

—Nos conocemos muy bien.

—Solo porque hayamos tenido sexo no hace que nos conozcamos bien.

—He pasado buscándote más tiempo del que estoy dispuesto a admitir. Te busqué durante casi un año antes de enterarme de tu muerte. Una muerte *falsa*, debo añadir. Y luego te encuentro seis malditos años después. —Sus ojos destellaban con una amenaza más aterradora de la que jamás había presenciado mientras su mandíbula se apretaba—. ¿Crees que no he aprendido todo sobre ti desde entonces?

Mi columna se tensó, negándome a sentirme culpable por lo que tenía que hacer para sobrevivir.

—Obviamente no creíste que valiera la pena acercarte a mí. Ni una sola palabra tuya desde que volvimos a cruzarnos, ¿y ahora vienes a exigirme que me *case* contigo?

Ladeó la cabeza.

—¿Querías que te contactara?

Jesucristo, este hombre era exasperante.

—Me importa una mierda. —Era una mentira total, pero era demasiado orgullosa para admitirlo—. Por lo que a mí respecta, puedes irte al infierno.

—He estado en el infierno los últimos seis años, *Álainn*. —Dejó escapar un suspiro sardónico—. Y, créeme, estar en el infierno contigo es mejor que estar en el infierno solo. —¿Creería que el infierno conmigo era mejor si supiera mi secreto? Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no inquietarme, sabiendo que tenía que proteger mi secreto a toda costa. Un secreto que bien podría

hacer que este hombre me odiara… o algo peor—. Si tienes condiciones, escúpelas, porque el juez que nos va a casar nos está esperando.

Mi terquedad se negó a sellar mis labios.

—De acuerdo.

No dudó.

—Nómbralas.

—Mantendremos este matrimonio en secreto. —No quería que mi familia se me echara encima como si fuera el espectáculo del día. Además, con los tres casados y formando familias, deberían enfocarse en ellos mismos, no en mí.

—Hasta que sea necesario revelarlo para protegerte. —Aceptó—. Y si otro hombre respira en tu dirección, acabaré con él.

A pesar de que siempre me había enorgullecido de no intimidarme por los hombres, el tono oscuro de Killian me hizo vacilar y sentir un poco de miedo.

—De acuerdo, eso es una tontería —declaré, incapaz de dejar de poner los ojos en blanco—. Tengo muchos hombres trabajando para mí, así que tendrás que controlar tus impulsos de matarlos a todos.

Me miró y me quedé paralizada, sorprendida por el brillo retorcido de sus ojos. Pero desapareció antes de mi siguiente latido.

—¿Qué más? —cuestionó.

Parpadeé.

—¿Eh?

—¿Tienes algo más que añadir? —Exhaló.

—Sí. —Odiaba estar acorralada, pero aún más detestaba necesitar la ayuda de Killian para quitarme a mi tío y al *Sindicato* de encima. Al menos por el momento. Una vez que encontrara a mi hija, no importaría.

Killian esperó, y cuando permanecí en silencio, suspiró.

—Suéltalo.

—Dos años. —Inhalé profundamente antes de añadir—: Estaremos casados dos años.

Me daría tiempo de sobra para encontrar a mi hija y desaparecer de este mundo de una vez por todas.

Me agarró por la cintura, me separó las piernas y se colocó entre mis muslos. Luego, alargó la mano, me pasó el pulgar por el labio inferior y casi pude oír la sonrisa burlona en su voz cuando dijo:

—Dos años, *¿eh?* —Asentí con la cabeza—. Vamos a casarnos, entonces.

—Ah, tengo más condiciones.

Me lanzó una mirada exasperada.

—¿Y ahora qué?

—No puedo casarme contigo esta noche.

—¿Y por qué no?

Cuadré los hombros.

—Soy una mujer ocupada. Hay un *Sindicato* que dirigir, por si lo olvidaste.

—Bueno, eso parece ser *tu* problema, porque no te perderé de vista. Hoy serás mi esposa.

La fría expresión en su rostro me dijo que no cedería en esto, no obstante, antes de que pudiera decir algo más, añadí:

—No me casaré contigo de rojo.

Una superstición decía que el rojo el día de la boda podía significar pasión, pero también sangre. Prefiero ir a lo seguro que arrepentirme.

—Bien. Vamos a buscarte un vestido de novia —indicó con un suspiro.

—No quiero casarme en Semana Santa —solté justo cuando él daba un paso, con mi mano firmemente agarrada—. Da mala suerte, y que yo sepa, ambos somos católicos.

Contuve la respiración mientras esperaba a que desafiara mi mentira. Sus ojos azules se volvieron peligrosos.

—Nos vamos a casar. *Hoy* mismo. Pase lo que pase.

Y así, sin más, se forjó nuestro acuerdo.

Llegamos a una tienda nupcial poco iluminada, donde una rubia con una falda ajustada y una blusa aún más apretada nos recibió con

una sonrisa. La dueña de la *boutique* abrió exclusivamente para nosotros, y cuando vi sus ojos clavados en Killian, y todas sus sonrisas solo para él, entendí por qué.

Estaba encaprichada con él.

—Killian, tu llamada fue inesperada, pero muy bienvenida.

Asintió con la cabeza.

—Samantha, gracias por ser tan servicial. —Resoplé. Por supuesto que lo era, la mujer estaba embobada por él. ¿Estaba demasiado ciego para verlo?—. ¿Puedes hacerle a mi prometida un vestido de novia en una hora? Hiciste un trabajo increíble con Branka.

Su expresión se quebró por un momento antes de recobrar la compostura y hacerse a un lado para dejarnos entrar.

«¿Branka?». Me trajo a la tienda de vestidos de su última prometida. La furia me recorrió las venas y le lancé mi mirada más odiosa, bueno, tal vez celosa.

Killian debió notar que me tensaba, porque su aliento caliente me hizo cosquillas en la oreja y me susurró:

—No hagas ninguna tontería o te juro que el mundo entero se enterará de tu traición.

—*Oh,* no te preocupes, tú estás haciendo todas las tonterías —repliqué en voz baja, y juré que escaparía de él a la primera oportunidad.

Sin decir nada más, me empujó a la tienda y se sentó en el sofá mientras me llevaban al probador.

Samantha no perdió el tiempo. Ladraba órdenes a su asistente mientras yo permanecía entumecida, esperando el momento adecuado para llamar a Ines. Me lavaron el cabello, me lo recogieron en un elegante moño y me pusieron ropa interior *sexy*.

Por fin tuve mi oportunidad cuando desaparecieron para sacar varios vestidos de novia del piso de la *boutique* para que me los probara. Agarré mi teléfono, que estaba encima de mi vestido rojo, y la llamé rápidamente.

—*¿Dónde demonios has estado? Llevo una hora llamándote* —contestó Ines.

—Escucha, no tengo mucho tiempo. —Fui directo al grano—. Mi tío se enteró del trato que hice.

Su aguda inhalación llenó la línea.

—¿Cómo?

—No lo sé —siseé—. Pero Killian Cullen lo está usando en mi contra y forzando mi mano en matrimonio.

—¡Qué demonios!

—Exactamente mi punto —murmuré—. El tipo es… —Demasiado *sexy*. Demasiado frío. Demasiado despiadado.

—Bastante sexy. —Completó por mí—. *No sería mala idea casarse con él.*

Fruncí las cejas. Ines era mi crítica más dura, y valoraba su sinceridad.

—¿Por qué?

—Porque ese Don serbio psicótico está en modo destructivo tras enterarse de que su sobrina está muerta. Killian podría ofrecer una capa de protección.

—Mierda.

—Exactamente, eso —coincidió—. *Mierda.*

Escuché el crujido de la tela y bajé la voz.

—No voy a dejarte sola para que batalles con toda esta mierda. Aguanta, y volveré pronto.

Colgué justo cuando las mujeres reaparecieron con un surtido de prendas blancas, algunas en un tono casi marfil y otras más blancas. Me los probé todos obedientemente, y finalmente me decidí por uno que no detestaba. Me ayudaron a meterme en uno de los vestidos más bonitos que había visto en mi vida, si era sincera. A partir de ahí, me aplicaron un toque natural de maquillaje, pintándome los labios de un suave rosa.

No tardé en presentarme ante el juez, con un velo sujeto a mi peinado recogido en un moño y los tacones pellizcándome los dedos de los pies. El encaje y la seda abrazaban mi cuerpo, pero mis bragas habían desaparecido hacía tiempo gracias a la impaciencia de mi futuro esposo en el coche cuando veníamos hacia aquí.

Me mordí el labio inferior y clavé mis ojos en los de Killian. La tormenta de su mirada parecía una posesión carnal y me ponía los

nervios de punta.

El pulso me latía en la garganta y tenía las manos húmedas mientras la juez con moño rubio gorjeaba las palabras que me unirían a Killian para siempre.

«O más bien durante los próximos dos años», me recordé a mí misma. La idea, extrañamente, no me sentó bien.

Su presencia y el ligero aroma de su colonia me consumieron en una familiaridad, y necesité todas mis fuerzas para calmar mi palpitante corazón.

—Sí, acepto. —Dos palabras pronunciadas, mientras los ojos de Killian ardían como llamas azules, y nuestras vidas quedaban entrelazadas para siempre. Él juró amarme, apreciarme, honrarme y protegerme por el resto de nuestros días, y repetí las palabras prometiendo lo mismo.

Entonces, sin siquiera exigir un beso, la juez se aclaró la garganta y nos proclamó marido y mujer.

Sin anillos. Sin besos. Sin familia.

Mi corazón se hundió en la boca del estómago con la decepción, y luché por entender por qué. No necesitaba ni quería esto. Entonces, ¿por qué me molestaba?

Y así como así, era la señora de Killian Cullen.

Afuera, los destellos de la luna brillaban entre los altos edificios y mi vista se elevó hasta la suya, captando una chispa en su mirada que ardía con fuerza.

Pero un presentimiento me advirtió de que, tarde o temprano, estaríamos condenados.

CAPÍTULO 14

KILLIAN



Tenía una esposa.

Y no una esposa cualquiera. Tenía a Emory DiLustro, la chica de la que me había enamorado y a la que siempre había deseado. Cuando supe de su muerte, la idea del matrimonio se igualó a una transacción comercial. No me importaba quién fuera. Fue la razón por la que el matrimonio de Branka con Sasha Nikolaev nunca me molestó. Sí, jodió mis planes de negocio de expansión en Canadá, pero eso fue todo.

Sin embargo, esto era una historia completamente diferente. Un fuerte sentimiento de posesividad se apoderó de mí y se negó a soltarme.

Mientras estábamos en la acera de New York, estudié a la mujer que tenía delante, que parecía lo mejor que me había ofrecido la vida.

—Conmemoremos este momento. —Saqué mi teléfono y la acerqué a mí—. Después de todo, me prometiste una foto hace seis años. ¿Te acuerdas?

Su expresión decayó, mas se recompuso rápidamente.

—No.

—Sí, lo recuerdas.

Puso los ojos en blanco, pero guardó silencio, confirmando mi sospecha, y algo en ello me sentó mal.

Entrelacé mis dedos con los suyos, ignorando la punzada en mi corazón. Siempre me había enorgullecido de que mantenía la cabeza

fría y no dejaba entrar a nadie. Sin embargo, esta mujer tenía la capacidad de provocarme sin siquiera intentarlo.

—Felicidades. —Vitoreaba un grupo de turistas con sus cámaras Nikon y Canon colgando de sus cuellos—. Muchos, muchos años.

—Con dos será suficiente —farfulló Emory en voz baja.

Excepto, que podría haber dicho una pequeña mentira piadosa a mi nueva esposa. Mantendría nuestro acuerdo de matrimonio secreto mientras ella no huyera.

El plazo de dos putos años, no. Sin embargo, me tomaría esos dos años y me esforzaría en convencerla de que me pertenecía.

CAPÍTULO 15

EMORY



Nos sentamos en su coche como marido y mujer, sumidos en pensamientos y hechos pasados, el silencio más espeso que el hielo ártico.

Killian condujo por la ciudad, con las farolas parpadeando, y apenas dijo una palabra desde que entramos en el coche.

Desde que nos volvimos a cruzar, parecía que jugábamos al gato y al ratón, rodeándonos, o a veces ignorándonos, solo para que él me acorralara al final de todo.

De alguna manera no me sorprendió, y me maldije internamente por haber bajado la guardia. Por relajarme cada mes que pasaba y convencerme de que seguiría fingiendo que no nos conocíamos.

Debería haber sido más inteligente. Killian era conocido por sus métodos calculadores. Tenía la paciencia de un santo y la crueldad de un demonio.

Pero me subestimó.

Mientras pasábamos 59th Street y Central Park apareció a la vista, reconocí los altos edificios de *Uptown* que nos rodeaban.

No me explicó adónde íbamos y no le pregunté. Y a medida que el silencio se alargaba, me di cuenta de cuánto más prefería al Killian que recordaba de seis años atrás. No obstante, estaba claro que aquel hombre hacía tiempo que se había ido, igual que aquella joven que se escabulló de su habitación como una ladrona en la noche.

El arrepentimiento me invadió, por los dos, aunque no pude ni quise examinar por qué.

Y a medida que la presión entre mis piernas empezaba a aumentar y el silencio me asfixiaba, me encontré rompiendo la tensión.

—Entonces, ¿vamos a vivir juntos ahora?

—Sí.

—Eso no le parecerá sospechoso en absoluto a mi familia —ironicé.

—Entonces no ocultes el matrimonio —replicó fríamente.

Resoplé. Sabía que, si nuestro matrimonio se hacía público, estaríamos juntos de por vida.

—Así que viviremos juntos. ¿Eso es todo?

Su cabeza se inclinó hacia un lado, captando mi mirada, sosteniéndola un momento antes de devolverla de nuevo a la carretera.

—Sí, eso es todo.

Dejé escapar un suspiro frustrado. Quería saber qué estaba pensando, cuáles eran sus planes, para poder prepararme mejor para lo que estaba por venir. Y no, no me refería al sexo.

Killian tenía la mano derecha sobre el volante, su dedo anular desnudo como burlón recordatorio de lo que habíamos hecho. De acuerdo, estaba en la mano equivocada, pero aun así... No se intercambiaron anillos. La tienda nupcial de su exprometida. Estábamos condenados.

No sabía por qué me molestaba que no hayamos intercambiado anillos, ni por qué me importaba. No entendía por qué me molestaba que nos casáramos en una ceremonia civil, salvo que era sabido que los italianos y los irlandeses eran muy dados a recitar los votos en la iglesia, delante de Dios. Era hipócrita a más no poder, pero solo entonces nuestras familias lo considerarían un matrimonio irrevocable.

«Este tiene una cláusula de caducidad», me recordé a mí misma.

Tal vez Killian tenía un motivo oculto. O tal vez solo quería una excusa para follarme antes de descartarme.

Un sonido de frustración subió por mi garganta, mas lo reprimí.

«Nada de esto importa», me dije.

—Espero que tengas intención de cumplir mis condiciones —advertí, furiosa conmigo misma por preocuparme siquiera lo suficiente como para reflexionar sobre las intenciones de Killian.

—La tengo. Palabra de explorador.

Se me escapó una carcajada, pero la ahogué.

—¿Qué tal si me das una promesa hecha por un criminal adulto? Los exploradores apenas existen en nuestro mundo.

Giró bruscamente a la izquierda, entró en un estacionamiento subterráneo, estacionó y salió sin decir palabra. Antes de que pudiera desabrocharme el cinturón, rodeó el vehículo, abrió la puerta y me tendió la mano.

Apoyé mi mano en la suya y salí del coche para colocarme frente a él. Nunca había odiado tanto mi baja estatura como ese día, porque incluso con los tacones me veía obligada a levantar la vista para encontrarme con su mirada.

—Tienes mi promesa, Emory —confirmó, inclinando la cabeza y rozando el lóbulo de mi oreja con sus labios—. Mientras no hagas ninguna estupidez, mantendré nuestro acuerdo. Pero recuerda que, si rompes tus votos, cualquier cosa puede pasar.

Ladeé la cabeza.

—¿Me estás amenazando?

Me puso la mano en la espalda y me guio hacia los ascensores.

—No, solo te digo cómo opero para que ambos estemos en la misma página. —Introdujo una tarjeta en una ranura y la puerta del elevador se abrió. Entramos y nos quedamos de pie mientras el ascensor empezaba a subir—. Si huyes o te escondes, esta vez, viva o muerta, te encontraré.

Me encontré con su mirada en el espejo del elevador, aunque antes de que pudiera pensar qué decir, el suave pitido anunció nuestra llegada. El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Killian me hizo un gesto para que saliera primero y me encontré en un espacioso *penthouse* con vistas a Central Park.

—Bienvenida a casa.

Me recibió una enorme sala con muebles elegantes, suelos de madera oscura y candelabros. Pero lo que más llamaba la atención era toda la pared frente al elevador. Era toda de cristal y ofrecía

vistas a una terraza y a los rascacielos más allá de los jardines de Central Park.

Una cocina abierta ocupaba el lado izquierdo de la sala, y una enorme mesa de madera oscura separaba el comedor y la sala.

Killian se dirigió directamente al minibar situado en un rincón de la gran sala.

Apoyando una mano en la mesa junto a la puerta del ascensor, me quité los tacones, estirando los dedos de mis pies.

—¿Ya estás bebiendo? —reprendí, alzando las cejas—. ¿Es esa tu manera de afrontar una ceremonia de matrimonio exitosa?

Mi tono estaba impregnado de burla y quizá de una pizca de celos. Todo el bajo mundo conocía la desastrosa boda de Killian con Branka, que había sido secuestrada por Sasha Nikolaev delante de la congregación y del novio.

Killian sacó una botella de *whiskey* y se sirvió un vaso.

—¿Quizá?

—¿O ya te estás arrepintiendo de tu impulsiva y tonta decisión?

Se giró, una sonrisa dibujándose en sus labios mientras su mirada ardía como un fósforo encendido.

—Nunca.

Un escalofrío me recorrió la espalda y, de repente, me sentí atrapada en la red de encantos y sonrisas de Killian, una red a la que no estaba segura de sobrevivir.

—¿Por qué la urgencia de casarse? —Curioseé.

—¿Por qué tantas preguntas? —Fue su réplica.

Extendió el brazo, ofreciéndomelo y lo observé, debatiéndome entre insistir o no. Pero al final me acerqué a él descalza. Podría saciar mi frustración sexual y tener sexo. Seis años era mucho tiempo sin follar. Tenía que ponerme al día.

Me rodeó la cintura con la mano que tenía libre y me jaló hacia su espacio. Agarré el vaso que me ofrecía y me lo llevé a los labios antes de beber un sorbo.

—Lo sé, el *whiskey* no es tu bebida preferida.

Me encogí de hombros.

—No he tomado alcohol en... seis años.

Se quedó quieto un momento, se sirvió otra copa y se la llevó a la boca.

—¿Culpas de tus malas decisiones al *cranberry vodka*?

—Ya no tiene sentido pensar en eso. —Sacudí la cabeza.

Me puse de puntillas y le besé la garganta, embriagándome de su aroma. Le pasé la lengua por el cuello y bajé la palma de la mano para acariciar su erección. Froté toda su dureza y lo besé hasta la comisura de los labios, saboreando el alcohol en ellos.

Y cuando giró la cabeza y se tragó mi gemido, besándome húmedo y áspero, su lengua deslizándose contra la mía, una llama cobró vida entre mis muslos.

Me mordió el labio inferior.

—Si alguna vez te arrepientes de lo nuestro, te ataré a mi cama y te mostraré exactamente por qué todo conmigo es una buena idea.

—Eres un psicópata.

—Solo por ti. —Respiró contra mis labios.

Dejó el vaso sobre la barra, me agarró la nuca y me besó profunda y lentamente. Me besó hasta que me palpitó el corazón y me dolió el centro. Un frenesí se disparó por mis venas, quemándolo todo a su paso, y apreté mi cuerpo contra el suyo, intentando calmar esta ansia.

Aunque esto no perduraría por mucho tiempo, estaba decidida a disfrutar de mi tiempo con él mientras durara. Lo necesitaba de una manera que él ni siquiera podía comprender. Diablos, ni siquiera yo podía entender este deseo.

Tiré de la hebilla de su cinturón y un ruido áspero vibró en su garganta. Me agarró de las caderas, levantándome, y mis piernas rodearon su cintura. Nos besamos bruscamente y le hundí mis dedos en su cabellera.

Caminaba conmigo aferrada a él y besándome como si estuviera a punto de comerme viva.

Nos encontrábamos en un dormitorio cuando él me recorrió el cuello con su boca y le desabroché los botones de su traje de tres piezas. Si bien la última vez ambos estábamos impulsados por la desesperación y la necesidad, esta vez me dolía sentir su piel contra la mía.

Le saqué la camisa de vestir de los pantalones y pasé las manos por debajo, sintiendo su piel caliente contra mi palma.

De repente, caímos sobre la cama, su cuerpo sobre el mío. Me quitó el vestido en un tiempo récord, tirándolo al suelo. Pero cuando me bajó el sujetador y me chupó los pechos, todos mis pensamientos se desvanecieron.

Sus dedos se clavaron en mi trasero y me froté con avidez contra él, necesitando la fricción. Sus dedos se deslizaron entre mis muslos, rozándome el clítoris, y mi espalda se arqueó sobre el colchón.

Me besó la mejilla y murmuró contra mis labios:

—Joder, estás tan mojada.

Me metió dos dedos y mi respiración se volvió agitada. Gemí cuando empezó a meterlos y sacarlos, y ya estaba a punto de llegar al límite. Me estremecí debajo de él, gimiendo y lloriqueando, mientras me besaba la garganta y me metía los dedos despacio… agonizantemente *despacio*… volviéndome loca.

Entonces, sin previo aviso, un orgasmo se abalanzó sobre mí, y él no dejó de meterme los dedos, besarme, pellizcarme, marcarme.

Cuando por fin bajé de mi éxtasis, me encontré con su mirada hambrienta.

—Eres tan adictiva. —Empujó dentro de mí sin previo aviso y mis uñas se clavaron en sus bíceps—. Quiero marcarte. —*Empuje*—. Poseerte. —*Empuje*—. Follarte de todas las maneras posibles.

Y lo hizo. En todas las posiciones y en todas las habitaciones de su *penthouse*.

CAPÍTULO 16

EMORY



Me desperté con los rayos del sol, brillantes y cálidos, acariciando mi rostro y mi piel al filtrarse por las ventanas del *penthouse*. Pero en el pecho, y más aún en mi corazón, sentía un frío imposible de ignorar.

Habían pasado cuatro días desde nuestra ceremonia civil.

Después de que Killian me follara hasta el cansancio sobre la mesa del comedor, acabamos en la alfombra frente a la puerta de cristal del piso al techo, con las luces de la ciudad brillando en la noche. Cuando se durmió, escuché su respiración pausada y supe que quedarme aquí no era una opción. No pude conciliar el sueño en horas; la realidad de haberme desviado de mi camino pesaba en mi estómago como plomo.

Al darme la vuelta, no encontré a nadie a mi lado. Solo una nota escrita sobre la almohada. Me incorporé, acercando las rodillas al pecho, y agarré la nota.

Fui a comprar comida. Vuelvo enseguida.

❤️ *KBC.*

Me quedé mirando el corazón junto a su letra garabateada y me rodeé con los brazos. Solo llevaba puesta la camiseta y los bóxers de

Killian. No habíamos salido del *penthouse*, y hasta ese momento habían sido los mejores días.

Excepto que lo inevitable estaba esperando.

Cada que pensaba en ello, mi corazón se ralentizaba mientras mi consciencia giraba cada vez más rápido, advirtiéndome de mis responsabilidades.

Me levanté y me conformé con la camisa de vestir de Killian y un par de zapatos de correr que su hermana había mantenido aquí. Agarré el teléfono y, con el corazón en un puño, pedí rápidamente un Uber y bajé por las escaleras de la salida de emergencia.

Mi determinación crecía a cada paso que me alejaba de Killian y, cuando llegué frente al edificio, ni siquiera miré atrás mientras me deslizaba en el Uber que me esperaba.

—Al aeropuerto JFK —indiqué, y luego me concentré en la pantalla de mi teléfono, escribiendo un mensaje a mi piloto para que tuviera un avión listo y esperándome.

Cuarenta minutos después, el Uber se detuvo frente al aeropuerto JFK. Cuando salí del coche me azotó una ráfaga de viento, se me erizó la piel por todo el cuerpo. Me dirigí directamente a la puerta que acogía a los pasajeros de aviones privados, ignorando las miradas curiosas a mi vestuario poco convencional.

Casi había llegado a la puerta de seguridad cuando mi hombro chocó con el de otra persona. No me molesté en frenar cuando unos dedos me rodearon la muñeca y la agarraron con fuerza.

—¿Qué está...?

Me giré para ver a quienquiera que se atreviera a tocarme sin mi permiso cuando mi estómago cayó como un ancla.

Killian.

La oscuridad y la ira brillaban en sus ojos.

—¿Huyendo tan pronto, esposa? —Intenté zafarme de su agarre, mas se negó a soltarme.

—Haré una escena —advertí.

—Adelante, pero puedes estar segura de despedirte de nuestro acuerdo.

Ignoré la amenaza en su tono y en su lugar pregunté de forma desafiante:

—¿Y este matrimonio?

—Nunca, *Álainn*. —Un matiz oscuro se deslizó en su gaélico.

La ira burbujeó en mis venas y estallé, mi boca perdió todos sus filtros.

—Esto es ridículo, Killian. No puedes encerrarme y usarme solo para sexo.

—¿Por qué no?

—Vamos, este matrimonio no es real —lancé y él levantó una ceja que solo sirvió para enfadarme aún más.

—¿Qué dijiste?

Debí mantener la boca cerrada, pero las palabras brotaron de mí sin mi permiso.

—Las familias italianas e irlandesas no reconocen los matrimonios civiles. ¡Lo sabes! Sin intercambio de anillos. Sin testigos. Y luego, llevándome a la misma tienda nupcial de tu exprometida. ¡Vete a la mierda, Killian!

Su expresión se convirtió en una máscara inexpresiva, algo volátil parpadeaba en sus ojos.

—Vas a venir conmigo —declaró, con sus ojos ardientes clavados en mí. Nos quedamos viendo fijamente, con la sangre retumbando en mis oídos a causa de la frustración y la ira—. O te juro por Dios, Emory, que voy a incendiar esta ciudad.

Apretó la mandíbula mientras esperaba a que obedeciera, con una mirada tan fría como para congelar una selva.

—Killian, yo…

—Muévete. Ahora.

Había pasajeros corriendo a nuestro alrededor, algunos nos observaban con curiosidad mientras la mayoría nos ignoraba, y finalmente cedí.

Empecé a caminar, con el firme agarre de Killian en mi muñeca, guiándome fuera del aeropuerto y hacia su Audi que estaba estacionado ilegalmente y bloqueando varios coches detrás de él. Subí y cerró la puerta tras de mí, luego se sentó en el asiento del conductor.

La tensión salía de él en ondas que eran lo suficientemente fuertes para ahogarme, mientras sacaba el teléfono y escribía un

mensaje, antes de tirarlo a la consola y poner el coche en marcha.

El silencio hostil se alargaba y alargaba, hasta que parecía que una pequeña chispa iba a provocar una explosión.

—Lo haremos a tu manera —pronunció—. Nos casaremos por la iglesia.

—No hay necesidad de apresurar las cosas…

—Nos vamos a casar por la iglesia —repitió, con tono cortante—. Hoy.

Una mano invisible me agarró por el cuello.

—Pero...

—No te atrevas a decir algo más, Emory. Teníamos un trato, y a la primera oportunidad, lo rompiste.

Giré la cabeza y miré hacia la ciudad que se acercaba a toda velocidad con un vacío en el corazón.

—El vestido está en la tintorería —le recordé sin expresión, incapaz de mirarlo. ¿Tenía ese aspecto la mañana que notó que me había ido? ¿O el día que se enteró de mi muerte falsa?

—No te preocupes por eso. Lo tengo todo organizado.

Y vaya si lo tenía, porque treinta minutos después, el mismo equipo de la misma tienda nupcial me ayudó a prepararme para la ceremonia en la iglesia. Me quedé quieta mientras las mujeres tenían un revuelo a mi alrededor y, una vez que terminaron, Killian y yo volvimos al vehículo.

Apenas diez minutos después, estábamos en la acera, rodeados de susurros y felicitaciones de desconocidos que se dirigían a sus trabajos y vivían sus vidas normales.

Se sintió como un *déjà vu*, pero esta vez subíamos las escaleras de la iglesia.

Mi corazón se aceleró cuando subimos los escalones y atravesamos las puertas de St. Patrick’s Cathedral.

No tenía ni idea de cómo había tenido éxito consiguiendo una de las iglesias más solicitadas de New York en tan poco tiempo, no obstante, maldije en silencio a cualquiera que estuviera allí arriba escuchándome.

Una vez dentro, giré bruscamente la cabeza para concentrarme en lo que me rodeaba.

Bancas vacías. Oraciones vacías. Iglesia vacía.

Nuestras respiraciones y pisadas eran los únicos sonidos que reverberaban en las duras superficies de la casa de Dios.

A diferencia de las bodas tradicionales, en las que la novia era acompañada al altar por un integrante de su familia, Killian y yo nos acercamos juntos al sacerdote.

Una vez delante de él, nos detuvimos y ordenó:

—Comience. —Sin molestarse siquiera en mirar hacia el sacerdote.

Killian me apretó la cintura y me acercó tanto que su pecho casi se aplastaba contra el mío. Se negaba a darme algo de espacio. Casi como si temiera que me desvaneciera en el aire para no volver a encontrarme.

El sacerdote empezó, y mientras recitaba palabras, no podía quitarme la sensación de que esto era solo el principio de nuestro fin.

CAPÍTULO 17

KILLIAN



La expresión de Emory difería mucho de ser la de una novia ruborizada o una mujer enamorada. De hecho, podía ver rabia contenida, aunque también una pizca de miedo en la expresión de sus labios rosados y el enrojecimiento de su cuello.

Le había dado la oportunidad de mantener su palabra, pero eligió mal. Después de solo cuatro días, trató de huir. Había que admitir que mi viaje al supermercado era una prueba. Y ella falló. Joder, primero moriría antes dejar que se me escapara. *Otra vez.*

La deseaba demasiado, y después de seis años… A la mierda, me la merecía.

Esta mujer nunca sería dócil y obediente y, la verdad, no la quería así. Había nacido para aplastar a cualquiera que supusiera una amenaza para ella, y no podía evitar apreciar esa cualidad suya, muy a mi pesar.

Sin embargo, seguía furioso con ella y conmigo mismo por permitir que tuviera tanto impacto en mí.

Era peligrosa para mi cordura. Debí haberme alejado, haber mantenido un océano entre nosotros, mas no podía. No seis años atrás, y no en ese momento.

Mis músculos se tensaron mientras el cura parloteaba durante la ceremonia, riéndome en silencio al ver cómo mi futura esposa parecía dispuesta a hacerme pedazos.

Incluso enfadada, esta mujer se veía impresionante. Su vestido se amoldaba a sus pechos, el encaje y la seda se ajustaban a ella

como si hubieran sido diseñados para sus curvas. Sin embargo, había mucho más en ella que su ropa o su belleza.

Era única, tan diferente a cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Sonreí ante la idea de consumar este matrimonio más tarde esta noche. De nuevo. No obstante, esta vez, sería un voto inquebrantable delante de Dios.

Sin bien me la había follado como un loco horas atrás, no era suficiente. Quería más, mucho más, maldición.

—Deja de mirar —reprendió en voz baja, luego se apartó de mí y encaró al sacerdote, con su rostro sin expresión, pero los ojos prometiendo venganza.

Me incliné para susurrarle al oído:

—Sonríe, Em. Estás a punto de convertirte en mi esposa. Otra vez.

Me dio un codazo con la fuerza que ninguna mujer debería tener y casi me dejó sin aire.

—Es una puta sentencia de muerte —murmuró para que solo yo pudiera oírla—. Por segunda vez.

—*Oh*, cómo me hieres —bromeé.

Me miró a los ojos y me lanzó dagas, aunque no dijo nada más, y la rodeé con un brazo por la cintura, acercándola a mí.

El cura se aclaró la garganta y entrecerré los ojos, apresurándolo.

—… La sagrada unión entre Killian Brennan Cullen y Emory DiLustro.

No paraba de hablar sobre la importancia del matrimonio, Dios y todos los ángeles, pero ninguna de sus palabras se registraban en mi mente. Mi atención se centraba solo en Emory, sus cejas fruncidas y su mandíbula tensa.

—En serio, ¿qué estás mirando? —siseó por la comisura de los labios.

—A ti.

—Esto es una estupidez —protestó—. Llevas días observándome. Empiezo a pensar que eres un acosador.

—Lo soy.

Puso los ojos en blanco.

—Mierda, esto está tardando mucho.

—Estoy de acuerdo. —Arranqué la mirada de ella, la dirigí al sacerdote y le ordené—: Sáltese eso.

El clérigo nos miró como si pensara que nos había enviado el mismísimo diablo. Probablemente, así era, pero eso no venía al caso.

Sacudió la cabeza y continuó:

—¿Tú, Killian Brennan Cullen, tomas a Emory DiLustro como tu legítima esposa, para estar siempre contigo, en la riqueza y en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, en la felicidad y en el dolor, desde hoy hasta que la muerte los separe?

—Sí, acepto.

Las palabras salieron sin esfuerzo y, aunque prácticamente había obligado a la mujer a casarse conmigo, se sintieron *tan* correctas. Hasta que la muerte nos separara. Sí. Definitivamente lo sería. Estaba loca si pensaba que yo cumpliría esa mierda de dos años.

El cura se giró hacia ella y repitió los votos.

—¿Tú, Emory DiLustro, tomas a Killian Brennan Cullen como tu legítimo esposo, para estar siempre contigo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, en la felicidad y en el dolor, desde hoy hasta que la muerte los separe?

Se hizo un *largo* silencio. Pasaron segundos que me parecieron más largos que los años que había pasado buscándola.

«Maldición».

—¿Señorita? —llamó el cura.

Con expresión impávida, casi esperaba que saliera corriendo o se negara rotundamente.

—¿Te das cuenta de que esto es solo una formalidad, Em? —le recordé suavemente—. Ya estamos casados.

Entrecerró los ojos, lanzando dagas, pero entonces dijo por última vez esas dos palabritas que la unían a mí para siempre.

—Sí, acepto.

El sacerdote continuó la ceremonia, pidiéndonos que intercambiáramos los anillos.

—No tenemos, así que sáltese esa parte —demandó Emory, mostrándome una sonrisa felina que prometía que esto no era más que el principio de su resistencia.

Agarré su mano y le acaricié el dorso sensualmente, sonriendo.

—No te preocupes, esta vez tengo los anillos. —Deslicé lentamente en su dedo el anillo que perteneció a mi madre, lo único que quedó después de que ella se redujera a cenizas—. Ahora eres mía.

Deslizó el segundo anillo en mi mano y su expresión se congeló. Seguí su línea de visión hasta el tatuaje de mi dedo anular izquierdo.

«Demonios».

Me lo hice hacía tanto tiempo, que bien podría haber sido una marca de nacimiento. Una marca de nacimiento en forma de una fecha significativa.

Emory levantó una mirada interrogante, pero la tomé de la mano y la ayudé a deslizar mi anillo hasta el final.

—Por el poder que me concede la iglesia, los declaro marido y mujer —pronunció el sacerdote en una exhalación—. Puedes besar a la novia.

Le rodeé la cintura con un brazo y acerqué mis labios a los suyos, mordisqueándole el labio superior antes de hundir la lengua en su boca. Ella gimió y me tragué el sonido, deleitándome en el momento. Ninguna mujer me había hecho sentir como Emory. No me detuve, aprovechando al máximo el momento e ignorando los ruidos del cura que recogía sus cosas en el altar.

Por fin la tenía en mis brazos con mi anillo en su dedo. Ella era lo único que me importaba.

No fue hasta que el cristal de la iglesia se hizo añicos y un grito llenó el espacio cuando la empujé detrás de mí y saqué mi arma.

«Justo a tiempo, DiLustro».

Que comience la dicha conyugal.

CAPÍTULO 18

EMORY



Mi hermano y mis primos estaban aquí, con las armas desenfundadas y expresiones sombrías. La furia en el rostro de mi hermano me resultaba demasiado familiar y no pude evitar un gruñido interior.

—*Jesucristo* ¿por qué la gente siempre aparece en las bodas sin invitación? —espetó Killian, y los rumores de su última ceremonia eclesiástica se precipitaron a mi mente.

Excepto que, a diferencia de Sasha Nikolaev, mi hermano y mis primos llegaron demasiado tarde.

—Vaya que nos *duró* el secreto —ironicé.

Killian empezó a arrastrarme hacia la parte de atrás de la iglesia, donde desapareció el cura, pero jalé mi muñeca de su agarre. Me negaba a huir. Y, de todos modos, conociendo a mi familia, no se rendirían hasta encontrarme. Así que más me valía enfrentarme a ellos en ese instante.

Se oyeron disparos y, detrás de nosotros, una cruz se hizo añicos en el suelo de mármol.

—i¿Se han vuelto locos?! —bramó Killian, con una furia oscura y peligrosa mientras miraba a mi familia.

—¿Qué? —inquirió mi primo Dante—. Era una monstruosidad.

—No sabía que eras decorador de interiores —dijo sarcásticamente mi nuevo esposo—. Pero sí sé que no fueron invitados, así que váyanse.

—¡Esa es mi hermana! —reviró Basilio, que parecía dispuesto a desgarrar a Killian extremidad por extremidad.

Killian sonrió fríamente.

—No, esa es mi *esposa*. Pruébame, y haré viuda a tu mujer antes de que puedas ver nacer a tu próximo hijo.

—*Maldita sea* —declaré—. Son todos unos malditos lunáticos.

Solo cuando me di cuenta de que faltaba *Priest,* este apareció.

—¿Llegamos demasiado tarde?

Killian fue demasiado engreído al responder:

—Sí. Cuatro días tarde.

Todos parecían confundidos, excepto nosotros dos. Pero, aun así, inconscientemente, Killian se había acercado más a mí, protegiéndome con su cuerpo.

Me burlé del gesto.

—No van a hacerme daño. Pero a ti…

—Señoras y señores —llamó Basilio a la iglesia vacía, y me di cuenta de que *Priest* arrastraba del brazo al cura que nos casó—. Esta ceremonia es nula. —Dante apuntó al sacerdote mientras mi hermano añadía—: Destruya los documentos, Padre.

Jesucristo.

Qué desastre. De ninguna manera iba a ir a ninguna parte con Killian al ver que mi familia estaba aquí. Un suspiro estremecedor me abandonó ante la idea de que le hicieran daño. No pude soportarlo seis años atrás, y en ese minuto no estaba mejor. Todavía era débil, patética.

—Qué… yo…

—Si quiere vivir, Padre, no hará tal cosa —amenazó fríamente Killian—. Además, ¿no me escuchaste, Basilio? Llegas cuatro días tarde. Tu hermana quería una ceremonia por la iglesia, así que me aseguré de dársela, porque la felicidad de mi esposa es mi prioridad.

El pobre cura jadeaba, intercalando la vista entre mi esposo y mi hermano, tratando de averiguar quién era una amenaza mayor para él. Temí que fuera este último, a juzgar por la expresión iracunda de su rostro. El hombre despiadado estaba en plena exhibición, sin molestarse en ocultar la oscuridad bajo su carismática personalidad.

—De ninguna manera mi hermana consumó este matrimonio —discutió Basilio, esta conversación me revolvía el estómago—. Por lo tanto, queda anulado.

—Llegas unos seis años tarde —se mofó Killian—. Y llevamos cuatro días consumando nuestro matrimonio.

Basilio se puso rígido, la sorpresa brilló en sus ojos mientras me buscaban.

—¿Es cierto?

—¡Por el amor de Dios! —me quejé—. No podías pensar en serio que era virgen a los veintiséis.

—Claro que sí, carajo. —Mi hermano, de hecho, la mayoría de los hombres italianos en el mundo de la mafia, eran unos malditos hipócritas. Follaban a su antojo, ¿pero esperaban que las mujeres se sentaran a esperar?

—¿Qué les pasa a los italianos? —Killian dijo—. Primero, interrumpen mi boda, y ahora insultan a mi esposa. ¿Están tratando de que los maten?

Mi hermano se enfadaba con demasiada facilidad, sobre todo cuando se trataba de amenazas contra su familia. En ese segundo, echaba humo, cerraba los puños y apuntaba con su arma al pecho de Killian.

—Será mejor que sueltes a mi hermana antes de que despegue tus asquerosos dedos de ella.

Killian lo miró fijamente con expresión fría, su rostro endureciéndose.

—Adelante, inténtalo, Basilio.

Se me apretó la garganta.

El problema era que no podía decidir quién me preocupaba más: mi hermano o Killian. Ambos me observaban sin un ápice de miedo, y entonces, sin previo aviso, fui empujada detrás de mi marido y las balas surcaron el aire.

Contemplé horrorizada la tela desgarrada del brazo de mi hermano y la sangre que goteaba sobre el suelo de mármol de la iglesia.

Siguió un silencio ensordecedor, y luego una carcajada en toda regla rebotó contra los muros centenarios de la iglesia. Mi hermano

se rio. Dante y *Priest* no tardaron en seguirle.

—¿Cómo has podido? —cuestioné con voz ronca, por fin pude ordenar mis pensamientos y me giré contra mi esposo. Me zumbaban los oídos mientras le daba un puñetazo en su mandíbula de hierro. Killian apenas se inmutó—. ¡Esa es mi familia!

—La cagaste —se burló Basilio, sujetándose el brazo y aún riendo —. Nunca te lo perdonará.

—Deja de portarte como un bebé. Solo ha sido un roce —se mofó Killian, y luego me levantó como a un saco de papas, echándome al hombro a pesar de mis objeciones.

Grité y golpeé con los puños su dura espalda.

—Q-que Dios te b-bendiga, niña —tartamudeó el cura, haciendo la señal de la cruz en el aire como si estuviera yendo a la tumba. Jodido inútil.

—¡Bájame, Killian! —exigí, intentando morderlo—. O juro por Dios que te mataré.

Dobló la rodilla, bajando todo el cuerpo mientras daba una vuelta, con cuidado de no golpearme la cabeza contra el marco de la puerta. Entonces me acordé y levanté la cabeza, gritando:

—¡No le digan a nadie de esto!

—¡¿Qué?! —exclamó Basilio, que ya corría detrás de nosotros.

—¡No le digan a nadie lo del matrimonio! —Mi hermano y mis primos me guardarían el secreto, pero si todo el bajo mundo se enteraba, no había ninguna posibilidad de divorcio. Aunque en el fondo sabía que me estaba engañando a mí misma.

Killian se echó a correr y su hombro me presionó el estómago. Cada paso que daba ponía más y más distancia entre mi hermano y yo. Dio unas cuantas vueltas más y bajó por unas escaleras estrechas.

—Te juro por Dios, Killian, que voy a matarte —lo amenacé mientras pasaba por una puerta que parecía no haber sido utilizada en doscientos años.

—Solo hazlo después de consumar nuestro segundo matrimonio —replicó, sin perder el ritmo.

Mis puñetazos contra su espalda se debilitaron, teniendo mucho menos mérito, pero entonces la vi. Había otra pistola metida en la

parte trasera de sus pantalones. Mi hermano y mis primos no aparecían por ninguna parte. Dependía de mí salir de este lío.

Moví mi cuerpo, inclinándome más bajo sobre su hombro, y mientras tanto Killian no paraba de correr.

Estiré más la mano. Ya casi. Mis dedos rozaron el frío metal mientras avanzaba por su espalda y agarraba el mango.

—No tiene balas —avisó Killian.

Soltando el arma con un resoplido, empecé a tramar mi venganza, porque a nadie le permitía hacerle daño a mi familia y salirse con la suya.

CAPÍTULO 19

KILLIAN



«M*arido secreto»*, me burlé para mis adentros.

A la mierda si iba a esconder a mi esposa del mundo. Quería gritarlo a los cuatro vientos, publicarlo en todos los putos periódicos y en todas las redes sociales disponibles. Ella estaba fuera de los límites.

Podía ser que fuera un desgraciado, mas no iba a dejar que esta mujer se me escapara de las manos otra vez. Le advertí que, si intentaba huir, faltaría a mi palabra. Huyó, así que la forcé, dándole a su familia la noticia de nuestras nupcias a través de diferentes fuentes.

El matrimonio selló su destino y el mío.

Emory era mi esposa. *Mía*, carajo.

Una oscura sensación de obsesión se apoderó de mí, instándome a arrancarle ese vestido y hundirme en su apretado coño, ahí y en ese segundo, en este coche. Necesité todo mi autocontrol para detener esos pensamientos y esperar a que llegáramos a mi mansión. Emory estaba unida a mí de por vida, mientras ambos viviéramos, y tenía la intención de consumar nuestro matrimonio esta noche.

Llevaba semanas planeándolo y, en general, ese día había sido un éxito.

Mi mirada se desvió hacia Emory. El vestido le quedaba perfecto, realzaba su elegancia y me hizo recordar aquella fatídica noche de hacía tantos años.

No había dicho una palabra desde que salimos de la iglesia. Tal vez estaba aceptando todo. Aunque algo me hacía dudar de que se dejaría acorralar tan fácilmente.

Pero tendría que acostumbrarse; por alguna razón se había convertido en un objetivo y se había involucrado en el tráfico de personas.

Así que en ese momento estaba bajo mi protección. No había manera de que nadie me la quitara.

—¿Adónde vamos? —Quiso saber cuándo el coche se detuvo, estudiando el helicóptero que tenía preparado.

—A casa.

Se puso rígida.

—Mi casa es Las Vegas.

Sonreí.

—Quizá, pero también lo es New York.

En cuanto salimos, me quité la chaqueta de los hombros y se la puse. El material se ajustó a su pequeña figura y la ayudé a subir al helicóptero. Me senté a su lado y le entregué los auriculares.

Se los puso sin demora, bloqueando el ruido.

—Como mi esposa, vivirás en mi casa —afirmé, sabiendo que podía oírme perfectamente.

Sus manos se cerraron en puños.

—Como te dije, yo...

—Puedes dirigir Las Vegas desde aquí.

Su mirada me cortó como un cuchillo.

—¿Tienes algún problema con mi posición en el *Sindicato*?

—En absoluto —le dije con calma—. Pero hasta que no esté seguro de que estás a salvo, no volverás allí.

—¿Y crees que estaré a salvo en tu casa? —resopló.

—Sí. Está mejor asegurada que la tuya y nadie conoce su ubicación.

Frunció los labios como si fuera a discutir, mas lo pensó mejor.

—Eres fastidioso —añadió, con sus ojos brillando de furia—. Quiero matarte.

Me reí por lo bajo, moviéndome en el asiento para ajustarme la polla que se me ponía dura.

—Puedes asfixiarme con tu coño. Sería una buena manera de morir.

Puso los ojos en blanco, aun así, no se me escapó el sutil rubor de sus mejillas.

—Necesito mis cosas del hotel. Y algunas de mis cosas de Las Vegas.

—Haré que las recojan. Solo dame una lista.

—¿Por qué no puedo buscarlas yo misma?

—Porque no te voy a dar la oportunidad de huir.

Giró la cabeza y se quedó mirando los altos edificios que sobrevolábamos. Pasaron unos veinte minutos hasta que el paisaje urbano desapareció y apareció un lago oscuro que brillaba a la luz de la luna. Habíamos llegado a mi casa, que nadie conocía.

Sus labios se entreabrieron cuando comenzamos a descender, sus ojos fijos en las cálidas luces y los altos pinos que rodeaban mi mansión. Pude ver más o menos el momento en que se dio cuenta de que no había forma de escapar de esta fortaleza. Las veinte mil hectáreas estaban fuertemente custodiadas por exmilitares.

No habría forma de escapar de mí.

Mi hermosa esposa entró en el vestíbulo, todavía usando su vestido de novia el cual no podía esperar a quitárselo de su cuerpo. Sería una pena estropearlo arrancándolo, aunque estuve tentado.

Incapaz de resistirme un segundo más, me incliné para besar su cuello delgado y tentador.

—¿Podría tener un momento para refrescarme antes de que pasemos a esta parte? —Respiró, girando la cabeza para mirarme a los ojos y lanzándome una sonrisa cegadora. Tal vez estaba igual de ansiosa por consumar este matrimonio.

—Por supuesto.

—Muchas gracias, maridito. —Arrulló. Me salpicó la mandíbula de besos y me quedé congelado, no esperaba aquel gesto tan suave e íntimo—. ¿Dónde está nuestro dormitorio?

—Subiendo las escaleras a la derecha. Es la última puerta a la izquierda.

—Dame diez minutos. —Con un último beso, se apartó de mí, contoneando las caderas seductoramente, y demonios, estaba *tan* dispuesto a acecharla. Sin embargo, le prometí diez minutos, así que miré el reloj y empecé la cuenta regresiva.

Diez minutos más tarde, subí las escaleras de dos en dos y me dirigí a mi dormitorio, donde encontré a mi esposa todavía vestida y con cara de satisfacción.

Me miró con una sonrisa socarrona.

—Justo a tiempo.

Acorté la distancia que nos separaba y la besé bruscamente, forzando mi lengua en su boca. Se me erizaron los vellos, pero lo atribuí a la excitación. Cuando me empezó a picar la piel, me aparté.

Mis ojos recorrieron la habitación y fue entonces cuando me di cuenta de las velas parpadeando por todas partes. Mirándola, el brillo astuto de sus ojos finalmente cobró sentido. Sabía exactamente lo que hacía cuando puso esas velas por toda la habitación.

Esa maldita...

—¿De dónde demonios has sacado estas? —indagué.

Se encogió de hombros, paseándose alrededor despreocupadamente.

—Tu despensa. Al parecer, a alguien de tu personal le gusta cortejar a las mujeres, a diferencia de *alguien* que conozco, y metió a escondidas algunas velas. —Se rio entre dientes—. Siempre hay un rebelde que mete cosas prohibidas.

Quienquiera que fuera, estaba muerto.

Pasándome los dedos por el cabello, conté hasta diez, rezando por tener paciencia, cada centímetro de mi piel ardiendo como si acababa de atravesar el fuego. Sabía exactamente *cómo* Emory sabía que era alérgico a las velas de soja, pero ya era un poco tarde para retractarme de ese pequeño dato. La versión tonta y joven de mí obviamente compartió demasiado con ella.

Di un paso adelante y un gruñido de rabia penetró en el aire. Así no era como imaginaba mi primera noche con ella. Diablos, esto era

directamente sacado de mi peor pesadilla.

Entonces la mujer me lanzó un beso y caminó hacia el baño.

Mis cejas se alzaron hasta la línea de mi cabello antes de disimular mi desliz, mi pecho ardiendo con una rara emoción.

Recorrí la habitación y apagué todas y cada una de las velas mientras pensaba en despedir a mis empleados por tener esas malditas cosas aquí en primer lugar.

Salí al balcón y me fijé en dos guardias que merodeaban por el recinto.

—Saquen estas malditas velas de mi propiedad —ordené—. Y saquen a ese maldito Casanova obsesionado con las velas de mi casa antes de que le dispare.

Se pusieron atentos de inmediato, volví a entrar y cerré de golpe las puertas francesas. Metí la mano en la mesita de noche, guardé un par de esposas en el bolsillo y me acerqué a la puerta del baño. Emory se estaba dando un baño y, por un momento, la vi dar vueltas como si fuera una princesa de Disney.

Se sobresaltó cuando cerré la puerta de golpe y giré la cerradura. Apoyé el hombro en ella e ignorando el picor de mi piel, me crucé de brazos.

—¿No deberías ir al doctor? —se burló con una mano en la cadera—. Te ves muy mal.

Desplazando perezosamente mi mirada por su esbelta figura, dije arrastrando las palabras:

—No, estoy bien. Y tengo ganas de follar, no de médicos.

—Lo siento. No es una opción. —Terminó de soltarse sus rizos oscuros y se los pasó por encima del hombro—. Ese sarpullido parece como si te hubiera salido fuego por toda la piel. Parece doloroso.

Apreté los dientes ante el sonido de su voz triunfante, pero cuando miré hacia ella, su cuerpo me contó otra historia. Mejillas sonrojadas, piel enrojecida, los dedos apretando la seda del vestido.

«Su plan fracasó», pensé con suficiencia. «*Es hora de enseñarle una lección».*

Tomó una respiración aguda cuando di un paso adelante y la hice girar. Bajó las manos por su cuerpo y nuestra atención se fijó en el

reflejo del espejo.

Con sus ojos como platos, preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Elevé una ceja, divertido, y respondí en tono sarcástico:

—Ayudándote, claro.

La curiosidad brilló en sus pozos oscuros cuando empecé a desabrocharle el vestido, un botón de seda a la vez, hasta que se amontonó en sus pies. Sonreí maliciosamente, al ver que el interior de sus muslos estaba resbaladizo por su excitación, luego la agarré por la garganta y la besé profundamente.

Con su cuerpo dócil mientras le devoraba la boca, alcancé las esposas en el bolsillo y le coloqué una en la muñeca y la otra en el asa del tocador.

—¿Qué...?

—Es hora de darle a mi nueva esposa su primera lección —notifiqué en un tono gutural.

CAPÍTULO 20

EMORY



—¿Qué estás haciendo? —demandé—. Quítame las esposas o te juro por Dios, Killian...

Se me cortó la respiración cuando levantó la mano para desabrocharse el botón superior de su camisa negra, bajando a un ritmo letal. Con cada prenda que se quitaba, mi corazón latía con más fuerza y mi respiración se volvía más agitada.

Pronto me quedé mirando sus abultados bíceps y sus abdominales esculpidos. La piel de todo su cuerpo estaba de un rojo furioso, y uno pensaría que me sentiría culpable por ser la causa de ello. Sin embargo, no sentí nada. Absolutamente nada.

Entonces se quitó los bóxers y me quedé boquiabierta al ver su erección.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Relájate —pidió con voz entrecortada—. Voy a ducharme. Es lo único que alivia el sarpullido.

—No puedes dejarme así —siseé, con la piel erizada.

—Tú empezaste esto. Ahora asume las consecuencias.

Mi estúpido corazón tropezó consigo mismo al verlo, incapaz de hacer nada con la mano izquierda colgando inerte del sólido accesorio metálico.

Se metió en la ducha y las regaderas se encendieron automáticamente, rociando agua por su cuerpo bronceado mientras yo permanecía parada ahí, desnuda.

Mis respiraciones agitadas se mezclaban con el torrente de agua mientras el aire frío me acariciaba la piel, haciendo que se me endurecieran los pezones. Killian me clavó su gélida mirada azul, rodeó su longitud con sus dedos largos y fuertes y tiró de ella una, dos veces.

Mis labios se entreabrieron en asombro y mis mejillas se sonrojaron. Intenté respirar con calma, mas fue inútil. Mi pecho subía y bajaba rápidamente, mis ojos clavados en su ingle mientras imaginaba que era yo quien lo tocaba.

Tragué saliva, levanté los ojos hacia los suyos y los encontré brillando con satisfacción.

—¿Por qué eres tan idiota? —objeté, sin dejar de verlo a la cara; aunque era inútil porque su imagen desnuda ya me había quemado los globos oculares y el cerebro.

—Solo te mantengo cerca —respondió.

Gruñó suavemente y me quedé boquiabierta mientras se acariciaba arriba y abajo, con sus fuertes dedos tirando de su polla.

El sonido rítmico de la piel enjabonada coincidía de algún modo con mi propia respiración agitada. A medida que su ritmo aumentaba, también lo hacía mi excitación. No podía apartar los ojos de la visión. La forma en que las venas de sus fuertes antebrazos resaltaban con cada movimiento, su mirada apasionada era tan ardiente que casi me incendiaba.

Saqué la lengua para mojarme los labios y los suyos se curvaron de satisfacción, su expresión se suavizó mientras tiraba de su longitud cada vez más rápido. En cuestión de segundos, su semen brotó y Killian echó la cabeza hacia atrás extasiado, con los músculos del cuello contraídos mientras eyaculaba, a la par que cada nervio de mi cuerpo hormigueaba con la necesidad de saborearlo.

Y eso me hizo odiarlo aún más.

Torcí los labios con rabia e intenté liberar mi muñeca.

—Lástima que tu alergia no era mortal —provoqué.

—Me hieres tanto. —Parecía cualquier cosa menos eso—. Pero algo me dice que el aspecto de una viuda no te sentaría bien.

Puse los ojos en blanco.

—Te equivocas.

Me eché hacia atrás cuando lo tuve en frente al siguiente instante, con gotas de agua agolpándose a su alrededor como si fuera Poseidón surgiendo de los océanos para seducir a una simple mortal.

—Toma mis dedos en tu boca. —Parpadeé confundida, con el cerebro demasiado confuso para funcionar correctamente—. Lame mis dedos hasta limpiarlos, esposa —ordenó.

Aunque negué con la cabeza, mi boca ya había empezado a abrirse. Por muy guapo y tentador que fuera, no cedería ante él.

—Emory —advirtió, con voz gutural. Apreté los muslos, desesperada por aliviar el dolor—. Abre esos hermosos labios ahora y prueba mi semen como una buena esposa.

Mis labios se separaron por voluntad propia y, antes de que pudiera cerrarlos, sus dedos manchados de semen se introdujeron en mi boca. El sabor almizclado y salado explotó en mi lengua y gemí, cerrando los párpados de placer.

—Buena chica —elogió, y luego encontró mi boca en un beso abrasador.

Cuando rompió el beso, parpadeé, desorientada. Me quitó las esposas de la muñeca y me llevó en brazos al dormitorio, donde me arrojó sobre la cama.

Se adelantó y apoyó una rodilla en el colchón. Me acarició el vientre con sus ásperas palmas, provocándome escalofríos, y colocó mi pierna por encima de su hombro. Luego hundió la cabeza entre mis muslos y me pasó la lengua por mi raja.

Mis caderas se agitaron, desesperadas por más. Tarareó su aprobación, mientras su lengua me acariciaba y su dedo se hundía en el apretado anillo de mi trasero.

Mis caderas se apartaron instintivamente, pero su mano libre me mantuvo firme en mi sitio.

—¿Tu coño se merece mi semen después de lo que hiciste? —cuestionó, trazando círculos en el culo con su dedo mientras me lamía el coño como si fuera una paleta.

Me sacudí ante la sensación y estiré los brazos para agarrarle el cabello, con las esposas colgando de una de mis muñecas, aunque a él no pareció importarle.

—Sí. —Exhalé, moviendo mis caderas contra su boca—. Sí, quiero. Ahora dámelo.

Sus ojos se alzaron, clavándose en los míos con mirada depredadora.

—Si vuelves a encender una vela, te voy a follar el culo. Duro y sin piedad, sin lubricante. ¿Entendido?

En cualquier otro momento, lo mandaría a la mierda. Pero en este instante, estaba desesperada por tener su verga dentro de mí. Estaba desesperada por la fricción entre nuestros cuerpos y el orgasmo que sabía que solo él podía darme.

—¿Me. Entiendes? —repitió.

—Sí.

—Buena chica —halagó contra mi piel húmeda—. Ahora tendrás lo que necesitas.

Jadeé cuando se inclinó hacia atrás y me rodeó la cintura con un brazo, volteándome sobre mi estómago. Me levantó hasta que me puse a cuatro patas, con el trasero en su cara, y antes de que volviera a respirar, me metió la verga gruesa y enorme en mi coño empapado de un solo empujón.

—¡Mierda! —chillé, echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados mientras el alivio me invadía.

Una mano me presionó el hombro y apoyó mi mejilla en el colchón. No luché contra la posición, sino que la recibí con los brazos abiertos mientras mi cuerpo se estremecía de placer.

—Jesucristo, tu coño me está estrangulando la polla —gruñó, y su dedo encontró mi clítoris. Aplicó presión y mi centro se tensó—. Ahora córrete, quiero que me mojes las pelotas.

Todo mi cuerpo empezó a temblar, cada fibra de mí se contorsionaba. Perdida en mi dulce liberación, escuché sus gruñidos y sonidos guturales de placer. Las piernas me flaqueaban demasiado para mantener el trasero en el aire y me desplomé sobre las sábanas, pero eso no lo detuvo. Siguió penetrándome con salvajes embestidas, meciéndome hacia delante y deslizándose más profundamente en mi interior.

Perdí la noción del tiempo, atrapada en mi propio placer, hasta que Killian se corrió con fuerza y el calor explotó dentro de mí. Gemí,

abrumada con la sensación. Estaba sobreestimulada, aquella sacudida de sus caderas hizo que mi clítoris rozara las sábanas y las réplicas me dejaron sin fuerzas.

Me pesaban los párpados mientras mi cuerpo se desplomaba contra las mantas que olían a sexo y a él. Killian cayó sobre mí, con su piel abrasadora al tacto, y solté un suspiro estremecido. Me pasó los dedos por el cabello con tanta suavidad, en contraste con su forma de follar, y el corazón me tembló en el pecho, amenazando con destruirme por dentro.

El mundo empezó a volver a enfocarse cuando él se quedó inmóvil, con su boca en mi nuca.

—¿Qué pasa? —pregunté, la frialdad expulsando la sensación de languidez.

—No usé condón —susurró—. La jodí de nuevo. No puedo mantener mi mente clara contigo. Nunca, maldición.

La tristeza me recorrió a medida que me invadían los recuerdos, mas los aparté con firmeza y me obligué a relajarme.

—No pasa nada. No tengo ninguna enfermedad sexual y no puedo tener hijos. —El silencio que siguió rozó contra mis sentimientos—. ¿Ahora te arrepientes de tus decisiones, maridito?

Cuando no hizo ningún comentario, resoplé, me puse de lado y le di una palmada en el pecho para quitármelo de encima. No obstante, se negó a darme espacio y tiró de mí con el brazo alrededor de mi cintura.

—También estoy limpio —declaró con voz ronca, moviendo los labios contra la piel sensible—. Y sobre los niños... Si quieres tener uno, podemos considerar la adopción.

—Todos los hombres de la mafia quieren tener hijos propios. Un hijo —le recordé rígida, sintiéndome expuesta en nada más que las sábanas que me llegaban a la cintura—. Un heredero.

—Eso me importa una mierda.

La inseguridad que no me había permitido sentir en los últimos seis años se coló en mi corazón cuando torcí el cuello para estudiar su expresión, sin encontrar más que sinceridad en ella.

—¿Por qué no? —inquirí, sin atreverme a confiar plenamente en él.

Se encogió de hombros.

—Como dije, la adopción es una posibilidad.

Al sentir su semen goteando de mí, me enderecé, pero antes de que pudiera siquiera moverme para limpiarlo, sus dedos estaban allí, empujando el líquido dentro de mi coño.

Me estremecí ante las siguientes palabras que me susurró al oído:

—Además, no sería lo peor si pudiera tenerte para mí solo el resto de nuestros días.

Me gustaba su sinceridad. Demonios, hasta me gustaba su tono posesivo.

Era el momento perfecto para sincerarme.

Lamentablemente, la joven que se vio obligada a crecer de la noche a la mañana de la forma más brutal, quería disfrutar de esto solo un poco más.

CAPÍTULO 21

KILLIAN



Las llamas me lamían la piel, amenazando con alcanzarme. Les di la espalda para mantener a salvo a mi hermanita.

Respiré hondo varias veces, pero lo único que conseguí fue inhalar humo, espeso y sofocante. El hedor de la carne quemada me abrumó y abracé a mi hermana con más fuerza, con los ojos desorbitados en busca de una salida.

Hasta que una mano me jaló hacia atrás.

Me senté de golpe, empapado en sudor. Parpadeé varias veces cuando vi la cara de Emory.

—¿Estás bien? —Había preocupación en su voz, aun así, no podía encontrar las palabras. Así que me limité a asentir. Se inclinó hacia delante, con el cabello oscuro cayéndole sobre los hombros y enmarcándole el rostro—. También tengo pesadillas.

Me rasqué la nuca.

—Dime quién las causa y los mataré.

Si bien sus labios se curvaron en una sonrisa triste, su voz era fuerte cuando volvió a hablar.

—Soy muy capaz de hacerlo yo misma.

Me moví en la cama, jalándola contra mí, y no se resistió. Era agradable tener un momento normal con ella, habían pasado seis malditos años.

—Lo sé, pero estaría bien que me dejaras ayudar.

Se rio entre dientes.

—De acuerdo, cuando encuentre a alguien a quien matar, me aseguraré de hacértelo saber.

—¿Qué hice para merecer una esposa tan perfecta?

Ella levantó la cabeza y puso los ojos en blanco.

—¿Quieres que te responda con la verdad?

Sonreí.

—No, esta noche no.

Enderezó los hombros y me clavó su mirada oscura.

—Esa pesadilla parecía intensa. ¿Quieres hablar de ello?

Ya tenía la palabra *no* en la punta de la lengua, pero me salió un "sí" ronco.

Durante varios latidos, quizá más, nos quedamos viendo fijamente, con la luz de la luna como nuestro único testigo de este momento.

—Mataron a mis padres. —Su pequeña mano se posó sobre mi corazón, firme incluso en su silencio—. Los asesinos no pudieron encontrarnos a mi hermana y a mí, así que prendieron fuego a la casa. —Su pequeño jadeo llenó el oscuro espacio que nos separaba —. Liam nos encontró justo cuando el fuego empezaba a acercarse.

—¿Cuántos años tenían Juliette y tú?

Me pasé los dedos por el cabello, dejándola ver todas mis debilidades.

—Ella era una recién nacida, apenas tenía unos meses. Yo tenía seis.

—Jesucristo.

—En parte por eso los niños no son una prioridad —admití—. Todos los niños que nacen en familias de una organización criminal acaban jodidos de una forma u otra.

Algo destelló en su expresión; sin embargo, se apresuró a enmascararlo, ocultándome todos sus pensamientos y sentimientos. Había oído rumores de la crueldad de su padre, así que estaba seguro de que ella podría identificarse de alguna manera.

Estaba desnudando todos mis demonios ante Emory, y ella se contenía.

Menos mal que era un hombre paciente. Conseguiría que confiara en mí, que me amara, y arrastraría fuera a sus demonios de

una maldita vez y los mandaría de vuelta al infierno.

Le rodeé la nuca con la mano y la jalé hacia mí, besándola con una necesidad salvaje.

Jadeó, y al instante se derritió contra mí.

Reclamé su boca hasta saborear sangre. Sus gemidos y quejidos eran música para mis oídos, endureciendo mi verga.

Me separé, rocé con mis dedos la curva de su mandíbula y la miré a los ojos.

—Siéntate a horcajadas sobre mí —le ordené, y obedeció al instante, acomodó las rodillas a cada lado de mis muslos. Sus largos rizos rozaron mi piel y su aroma me envolvió.

Había algo en ella que ahuyentaba mis sombras.

—Aprenderás a confiar en mí, Em. —Respiré las palabras en sus labios—. Soy un hombre paciente; puedo esperar. Ahora tócate mientras te miro.

Metió la mano entre nuestros cuerpos y rozó su clítoris con sus elegantes dedos.

—Killian. —Mi nombre fue un gemido sin aliento mientras se frotaba furiosamente, observándome a través de sus pesados párpados, con mi mirada hambrienta clavada en su coño. De vez en cuando, se rozaba contra la rígida línea de mi polla, arrancándome un gruñido.

—Déjame probar tus dedos, *Álainn*. —Llevó sus dedos a mis labios y los chupé hasta dejarlos limpios—. Qué buena chica eres. Y toda mía.

Su frente se apoyó en la mía, nuestras respiraciones agitadas, pero en sus ojos oscuros acechaban sombras inquietantes. Podría reconocerlas en cualquier parte.

Se enderezó y sus pezones duros me tentaban a probarlos. Así que me incorporé y los tomé entre mis labios, sonriendo mientras su gemido se estremecía entre nosotros. La sentí moverse y entonces tomó mi verga con su pequeña mano y la colocó en su entrada.

Antes de que pudiera decir algo, bajó lentamente sobre mi cuerpo y empezó a girar las caderas, frotando su clítoris contra mí.

—Qué bien te sientes —gimió, presionando besos en mis pectorales. Su coño estrangulaba mi polla mientras contemplaba su

hermoso rostro. Se sentía como una segunda oportunidad a la que me aferraría con todas mis fuerzas hasta mi último aliento.

Empecé a penetrarla, tan hambriento y desesperado por poseer cada centímetro suyo. Mis dedos se clavaron en sus nalgas, animándola a moverse más fuerte y rápido. Sus movimientos eran espasmódicos y sus gemidos más fuertes, empujándome hacia la liberación.

Alcancé su clítoris con una mano, frotando furiosamente su resbaladizo capullo, y en el siguiente segundo, su cuerpo se estremeció, apretándose alrededor de mi verga.

Placer extremo se apoderó de mí, y disparé mi semen en su calor, sus respiraciones temblorosas explotando sobre mi piel. Le enterré la mano en el cabello para jalarle la cabeza hacia atrás, para poder reclamar sus labios, adorarla con una intensidad de la que nunca me había creído capaz.

Levantó la cabeza y sacó la lengua para lamerse los labios rojos e hinchados.

—Esa fue una bonita forma de despertarse —admitió, aunque aún estábamos en medio de la noche—. Tal vez los próximos dos años no sean tan malos después de todo.

Una parte de mí quería reclamarla para siempre, pero la otra, más calculadora, sabía que tenía que jugar bien mis cartas.

Porque no había ninguna maldita forma de que la dejara ir.

La próxima vez que desperté fue con el inconfundible sonido de una discusión en voz baja. Dejé que mi mirada recorriera el dormitorio, pero estaba solo.

Me estiré, arrastrando la mano por las sábanas del lado de la cama de Emory, lamentablemente, estaban frías al tacto.

Debía de llevar un buen rato levantada mientras yo dormía como un muerto. No había duda de que ella me tranquilizaba, pero no sabía qué hacer con eso.

Sabía que ella podía sentir esta conexión entre nosotros, a pesar de que mantenía muros a su alrededor como una fortaleza. Sabía que era mía; lo había sido desde que nos cruzamos seis años atrás. Mi mujer. Mi reina.

Solo necesitaba algo de tiempo para derribar sus muros. Cuando estaba con Em, sentía la conexión más profunda. Como si me necesitara de la misma manera que yo a ella.

Me levanté de la cama, me dirigí al baño, me eché un poco de agua en la cara, me puse un pantalón de ejercicio y salí de la habitación en busca de mi esposa.

Seguí las voces, en voz baja, enfadadas.

—… porque a menos que me des el nombre, no tenemos trato.

Encontré a mi esposa en el pasillo, ocupando mi despacho como si fuera suyo. Iba vestida con una de mis camisas que le llegaba hasta las rodillas. Un sentimiento posesivo me llenó el pecho mientras la observaba mirar su teléfono con los ojos entrecerrados. Parecía lista para la guerra.

—Nunca falto a mi palabra. Tú, en cambio, eres famoso por apuñalar a la gente por la espalda. Así que muéstrame algo de buena voluntad y…

Una risa oscura salió del teléfono.

—Debes pensar que soy estúpido, pequeña...

No obstante, antes de que pudiera terminar la frase, entré en la oficina.

Ni loco dejaría que alguien le hable así a mi mujer.

Me deslicé junto a ella, obligándome a ponerme delante de la cámara, sin importarme una mierda que mi torso estuviera desnudo.

—Vigila tu tono cuando hables con ella, Atticus, o tendrás que vértelas conmigo —lo amenacé mientras rodeaba la cintura de Emory con mi brazo.

—¿Quién demonios eres? —cuestionó Atticus, con el ceño fruncido.

—Preocúpate más por tu tono que por quién demonios soy —gruñí. Tenía que llegar al fondo de esta relación de *negocios* entre mi esposa y este tipo. Había algo bastante sospechoso.

Atticus levantó la mano, ofendido, como si yo no fuera razonable. No tenía ni puta idea de lo poco razonable que podía llegar a ser.

—Tengo que irme —murmulló Emory, con los ojos aún entrecerrados en la pantalla—. Estaré en contacto.

—*Será mejor que...*

No lo dejé terminar y pulsé el botón para finalizar la llamada. Me giré para apretar los labios contra la sien de Emory.

No quería estropear el día poniéndome en modo ataque, así que murmuré las palabras con las que debería haber empezado nuestro día:

—Buenos días, esposa. Hueles delicioso.

Puso los ojos en blanco, aunque no pudo ocultar la sonrisa vacilante.

—Me duché. Con tus artículos de aseo.

—Como debe ser —mencioné, luchando contra las ganas de golpearme el pecho—. Deberías oler a mí y llevar mi ropa todo el día.

—¿Y toda la noche?

Sonreí.

—No, deberías estar desnuda sobre mi polla toda la noche.

Me empujó juguetonamente con la cadera.

—Eres insaciable.

—Soy voraz cuando se trata de ti. —Infló sus mejillas y frunció los labios—. ¿Qué clase de negocios tienes con Atticus Popov?

Exhaló un largo suspiro de frustración.

—Nada que no pueda manejar.

—Sabes que puedo ayudarte con lo que sea. —Ofrecí, sin expresión—. Eres mía para protegerte.

—Dios mío —murmuró, pasando su mano por mi hombro y bajando por mi brazo tatuado—. Eres tan frustrante como mi familia.

—Lo dudo, *Álainn*.

—Tienes razón. Eres aún peor. —Su sonrisa se volvió pícara y seductora—. Porque solo alguien completamente loco se tatuaría la fecha en que nos conocimos en el dedo anular. Y esto… —Su dedo se acercó a mi hombro izquierdo y lo trazó con un toque ligero como una pluma hasta el tatuaje infinito con sus iniciales en la parte

superior de mi pecho que añadí hace seis años—. ¿Por qué esto, Killian?

—Te busqué —confesé—. Después de que te fuiste aquella mañana, vi sangre en el condón, y te busqué por cielo y tierra.

Hubo una pausa antes de que hablara en voz baja, casi como si se estuviera quebrando.

—Deberías haberme olvidado. Te merecías el mundo, no…

—Ni se te ocurra decirlo, Em —gruñí, con la sangre ardiéndome en las venas, a punto de estallar—. Sabes tan bien como yo que en nuestro mundo la virginidad es sagrada, no algo que se descarta en una aventura de una noche.

—¿Lo hiciste porque sentías que era tu obligación?

—No, estaba buscando un alma gemela. Una mujer que se apoderó de mi maldita alma y luego fingió su propia muerte para que dejara de buscarla. —Mi mirada la recorrió, incapaz de contener mi rabia. No tenía ni idea de cuánto me había destrozado enterarme de su muerte. Un peso se posó en mi pecho ante aquellos recuerdos, dificultándome respirar—. ¿Por qué, Em? —inquirí, con la voz teñida de dolor. Odiaba mostrarle mi vulnerabilidad, pero me parecía imposible esconderme a su alrededor.

—K-Killian, lo… lo siento mucho —tartamudeó, con su suave voz llena de arrepentimiento—. Era la única forma de mantenerte a salvo.

—¿Mantenerme a salvo? —No pude controlar el veneno en mi voz—. ¿O mantenerte a salvo?

Empezó a temblar y en sus ojos oscuros apareció un dolor profundo y crudo. Era como si estuviera reviviendo su peor pesadilla a plena luz del día. O tal vez los fantasmas que plagaban sus pesadillas.

La agarré por sus delgados hombros y la jalé hacia mi pecho.

—No quiero disgustarte. Ahora eres mía, completamente *mía*. No huyas más de esto. —Una lágrima resbaló por su mejilla y se aferró a su labio superior. Me incliné y le pasé la lengua, saboreando la salinidad y su dolor. Era desgarrador—. No huyas más de *nosotros*. Sea cual sea la causa de tus acciones, ya forma parte del pasado. Sigamos adelante y miremos al futuro.

Arrastré mi lengua por su mejilla, besé sus labios y luego sus párpados. Sus manos rodearon mi espalda, deslizando las palmas sobre mi piel desnuda.

Entonces se puso rígida y me maldije internamente. Me había olvidado de mis cicatrices. En los últimos días, había sido estratégico, manteniéndome de frente a ella o dejándome la camisa puesta.

«No». Me negaba a esconderme. Me negaba a exigirle todo sin llegar a un punto medio. Así que levanté la cara y la miré fijamente, expuesto y vulnerable.

Lentamente, dio un pequeño paso a un lado y se me cayó el corazón, pensando que estaba a punto de marcharse. Pero entonces se colocó detrás de mí, con su pecho presionando mi espalda desnuda, y sentí la suavidad de sus labios.

Eran ligeros como una pluma, su boca y sus dedos recorrían las estiradas y feas marcas rojas. Curándolas con su tacto. Al menos eso parecía. A pesar de que sería para siempre un feo recuerdo de la noche en que perdí a mis padres, en ese momento también formaba parte de la aceptación de mi mujer.

—Lo siento —admitió, su voz apenas audible—. Por todo.

Me di la vuelta y le sostuve sus mejillas húmedas.

—Aquella noche de hace seis años, te llevaste algo mío. —Se puso rígida y apoyé la frente en la suya, exhalando mis siguientes palabras—. No he estado en mis cinco sentidos desde entonces. Te llevaste mi cordura, mi alma y mi corazón. —Me agarró los antebrazos y me clavó las uñas en la piel—. Puedes quedártelos todos, pero quiero los tuyos a cambio. Es lo justo.

Tragó saliva y sacudió la cabeza mientras sombras inquietantes bailaban en su mirada oscura.

—He cometido tantos errores, Killian. No sé cómo…

Me le acerqué más y tragó saliva visiblemente.

—Todos cometemos errores. Dejémoslos atrás.

Le rodeé el cuello con la mano y cerró los ojos brevemente. Cuando volvió a abrirlos, me dejó ver el anhelo que había en ellos. Se puso de puntillas y su boca se estrelló contra la mía.

De un tirón, le quité la camisa y la arrojé al suelo junto con una grapadora y una carpeta llena de documentos del escritorio.

Me puso las manos en el pecho.

—Estamos haciendo un desastre aquí.

Dejé escapar una risita sombría, agaché la cabeza y seguí besándola por su delgado cuello, lamiendo y mordiendo hasta llegar a su pezón. Lo succioné, rozándolo con los dientes, y su gemido vibró entre nosotros. Al soltarla, la encontré con los ojos entrecerrados, y me observaba como si fuera el único que existiera en el mundo. Como si fuera lo único que importaba.

Una parte de mí quería volver a ser quienes éramos hacía seis años, antes de que el tiempo nos corrompiera. Desgraciadamente, no tenía sentido desear lo imposible.

Agarré a Emory por las caderas y la incliné sobre el escritorio. Jadeó, el sonido resonó en el despacho mientras levantaba la cabeza, probablemente para mirarme, mas la agarré por la nuca y coloqué la mejilla contra la superficie de madera.

—Quédate así —ordené, su respiración agitada era audible.

Sentí que se ponía rígida debajo de mí, pero poco después se relajó, con la mejilla apoyada en el escritorio. Como si confiara en mí.

—No me hagas esperar, Killian —provocó seductoramente, burlándose de mí como una diosa mientras movía su culo contra mí.

Mis dedos se aferraron a su ropa interior, arrancándosela, y abrió las piernas, dejándome acomodarme entre ellas como si perteneciera ahí.

—Si sigues rompiéndome las bragas, me quedaré sin ninguna. —Exhaló con dureza. Tiré la ropa interior, o lo que quedaba de ella, y mi mano encontró sus pliegues.

—*Hmm.* Pero tu coño empapado me dice que te gusta.

Mojó mis dedos y el interior de sus muslos, haciéndolos brillar y provocando que se me hiciera agua la boca.

La agarré por las muñecas y se las coloqué en la parte baja de la espalda, luego las utilicé junto con mi agarre en su nuca para hacer palanca y entrar en su apretado calor de golpe. *Maldición.* En el momento en que sus paredes se cerraron a mi alrededor, fue como

si hubiera entrado en un paraíso donde solo existíamos nosotros dos.

Soltó un gemido desgarrado cuando me retiré hasta la coronilla, solo para penetrarla con más fuerza.

Apreté los dedos contra su cuello y arremetí en su coño a una velocidad que ni yo mismo me imaginaba capaz. Los sonidos sucios de su excitación me hacían seguir y seguir mientras los golpes de piel contra piel resonaban a nuestro alrededor. Me la follé como si fuera la primera y la última vez.

El sexo con ella se sentía crudo y primitivo.

La penetré una y otra vez. Más rápido, más salvaje, mi agarre era lo único que la mantenía erguida.

—Este agujero es mío, ¿verdad?

—N-no…

Las yemas de mis dedos se clavaron en su nuca.

—¿Acabas de decir que no?

—No… eres… mi dueño…

—¿Es eso cierto? —Aumenté mi ritmo, embistiéndola hasta que su pequeño cuerpo estuvo completamente a mi merced—. Dime otra vez cómo *no* soy dueño de cada uno de tus agujeros.

—Oh, demonios… —Maldijo, sus paredes apretándose a mi alrededor—. Killian… Oh, mierda… yo…

—Dime quién es el dueño de cada uno de tus agujeros.

—So-solo déjame correrme…

—No hasta que digas que tu coño es mío.

—Es tuyo… —Su voz era una mezcla de gemidos y quejidos, pero escuchar esas palabras me hizo sentir posesivo—. Cada agujero es *tuyo*. Solo tuyo.

—Buena chica. —Giré las caderas hasta tocar su punto dulce, y eso hizo que sus gemidos fueran más fuertes y agudos—. ¿Es esto lo que querías?

—Sí… sí… ahí… por favor…

Volví a girar las caderas, penetrando más profundo en vez de con más fuerza, y luego lo repetí unas cuantas veces más hasta que sentí que se hacía añicos a mi alrededor.

—¡Sí! —gritó, balbuceando y coreando mi nombre mientras se deshacía.

Sentí cómo sus paredes se cerraban en torno a mi polla, ordeñándola. Mi ritmo se volvió frenético, impulsado por su placer.

—Joder, sí. —Mi voz era gutural mientras mi semen brotaba dentro de ella con una fuerza demoledora. Quería que cada centímetro suyo quedara marcado con mi semilla.

Salí lentamente de ella y seguí con la mirada el goteo de mi semen que emergía de su coño y se deslizaba por sus muslos, embarrándolos. La oscuridad y las pesadillas pasaron a un segundo plano y supe que ya no había vuelta atrás.

Lanzó un suave gemido, la solté lentamente y la ayudé a incorporarse. Me puse en pie tambaleándome, guardándome mi polla semidura y viendo cómo mi semen salía de su coño. Carajo, era el espectáculo más erótico que había visto nunca.

Se dio la vuelta y me observó fijamente. Mi verga se estremeció al verla completamente desnuda, su piel marcada por mí. Sus pezones estaban rojos e hinchados por mis dientes. Sus labios estaban hinchados y carnosos. Pero en sus ojos había una mirada de satisfacción y placer que le pertenecía.

Esta fue la primera vez que dejé que mi oscuridad tomara el control total mientras contemplaba la evidencia de mi propiedad en la piel de mi esposa y lo supe allí mismo.

Una vida no sería suficiente.

CAPÍTULO 22

EMORY



Killian era… intenso. Mucho más intenso de lo que lo recordaba seis años atrás.

Después de llevarme al baño y limpiarme, agarró otra de sus camisas y un par de bragas.

Más me valía disfrutar de esto mientras durara, porque estaba destinado a terminar, y tal vez estos recuerdos serían los que me llevarían hacia la vejez.

Nos dirigimos a la cocina del primer piso mientras reflexionaba sobre qué hacer con Atticus. Darle la información sobre el *Líder del Sindicato* era poner un blanco permanente en mi espalda. Peor aún, en la espalda de mi hija.

Me di la vuelta, empujé a Killian para que se sentara y agarré una taza limpia del escurridor. Había café caliente y desayuno esperándonos, claramente alguno de sus guardias hacía de cocinero.

Tras servirle una taza caliente y deslizar el azúcar y la crema hacia él, preparé una para mí.

—Supongo que tu familia no sabe que tienes un trato con Atticus —comentó Killian, sacándome de mis pensamientos—. O de tus tratos con el Cártel Tijuana. Bueno, aparte de tu tío.

Tomé asiento frente a él y me armé de valor.

—Si lo hicieran, no tendrías nada con qué chantajearme —le recordé, dando un sorbo a mi café—. Además, mi tío solo sabe lo de Atticus.

—Cierto, pero también creo que hay mucho más de lo que dices.

Era perspicaz. Demasiado perceptivo.

—No es que no quiera hablar de negocios, pero... —Sonreí irónicamente—. *No* quiero hablar de negocios.

—Hemos tenido sexo al menos diez veces. Te dejé ver mis demonios. —Apreté los ojos, preparándome para lo que vendría—. Soy tu esposo, y juré delante de Dios y del juez protegerte en las buenas y en las malas...

—¿No puedes dejarlo ir? —suspiré.

Incluso así, ya sabía la respuesta. Killian era un imbécil testarudo cuando quería serlo. Era lo que lo convertía en un digno oponente en la mafia. Era lo que le permitía restaurar el imperio criminal de su padre y ampliar su valor.

—No puedo hablar de asuntos del *Sindicato* contigo —añadí.

Sacudió la cabeza.

—Pero esto, sea lo que sea, no es asunto del *Sindicato*. Estás haciendo algo por tu cuenta, y quiero que me digas qué.

—No.

Se pellizcó el puente de la nariz y soltó un fuerte suspiro.

—Em, necesito saber a qué nos enfrentamos. Hay tráfico de órganos pasando por tu territorio y todo el mundo sabe que en Nevada no pasa nada sin que tú lo sepas. ¿Está relacionado con tus tratos con Atticus y los cárteles? ¿Qué demonios está pasando allí? —Era demasiado listo e inquisitivo, acercándose demasiado a la verdad para mi comodidad—. Esto es por tu propia seguridad.

—¿Estás diciendo que no confías en mí para mantenerme protegida?

Killian ladeó la cabeza.

—Para nada. Digo que quiero ayudarte a destruir a quienquiera que persigas. —Era tentador, pero si supiera que lo que buscaba era a *nuestra* hija, cambiaría de opinión—. ¿Por qué no me llamaste? —Parpadeé ante el repentino cambio de tema. O intentaba desorientarme o dejarme con la cabeza hecha un lío—. Después de irte, ¿olvidaste el número?

Tragué saliva.

—No lo olvidé.

Mi corazón gritó con la confesión silenciosa, por las numerosas veces que quise llamarlo, aunque si lo hubiera hecho, mi padre lo habría matado. Si no me perdonó a mí, y mucho menos a su propia nieta, no habría perdonado al responsable.

—Tenía miedo —confesé por fin, con voz suave—. Mi padre se enteró de que había perdido la virginidad y juró vengar mi "honor". Tan estúpido. —Era lo más cercano a la verdad que podía decir. Killian me estudió, y temí que pudiera ver demasiado en mis ojos, así que bajé la mirada—. Lo siento de verdad, pero si te hubiera contactado, Padre te habría matado.

Me quitó la taza de las manos, la dejó sobre la mesa y me colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja.

—Tienes tan poca fe en mí, Em —señaló—. Di que eres mía.

—¿Qué? —solté, con voz ronca, luego me aclaré la garganta—. Perdona, *¿qué?*

—Di las palabras. Di que confías en mí y te prometo que te protegeré del mismísimo diablo. —Bajó la voz y arrastró el dedo por el pulso que palpitaba en mi muñeca.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo mientras me acariciaba la piel, de arriba a abajo, como si no pudiera saciarse.

—¿Sabes por qué me tatué esa fecha en el dedo anular y tu apodo en el pecho? —preguntó.

—¿Por qué?

—Porque te quería lo más cerca posible de mi corazón, y me gustaba la idea de comprometerme contigo. Y solo contigo. —Se señaló a sí mismo—. He sido tuyo desde el primer día. Déjame ayudarte.

Me humedecí los labios, negándome a escuchar las voces en mi cabeza que me instaban a confiar en él. No obstante, los viejos hábitos eran difíciles de romper y la paranoia era difícil de matar. Mi padre asesinó a mi madre por intentar alejarme de su vida. Killian podría hacerme lo mismo si se enteraba de lo de nuestra hija. Después de todo, mantuve su existencia en secreto para todos.

No, no podía arrastrarlo a esta pelea, como tampoco podía arrastrar a mi hermano y a mis primos.

Si caía, caería sola.

CAPÍTULO 23

KILLIAN



Sus ojos cargaban una tristeza tan intensa que su filo me clavaba dagas en el pecho.

Estaba viendo un destello de la niña despreocupada que era seis años atrás, solo que estaba invadida por la tristeza.

—No tienes que ser fuerte conmigo.

—Sí, tengo que serlo. —Le tembló la voz y cerró los ojos de golpe. La humedad cubrió sus párpados cuando los abrió a continuación, destripándome por adentro. Le pasé un dedo por debajo de su delicada piel, deseando poder leer su mente y tomar su dolor como propio.

Cada carga suya sería mía. No dudaría en ir por todas las cabecillas más fuertes de cada una de las organizaciones y buscar venganza. Por ella.

Sin embargo, necesitaba su confianza y juré que me la ganaría.

Esta mujer había sido imposible de borrar de mi cabeza y de mi corazón, no importaba lo mucho que lo intenté. Incluso cuando supe de su supuesta muerte, permaneció enterrada en lo más profundo de mi pecho, impenetrable.

—Te daré tiempo. Tenemos toda nuestra vida. —Rodeé su garganta con mi mano libre—. Pero no toleraré que te pongas en peligro. ¿Entendido?

Se quedó boquiabierta como un pez fuera del agua antes de encontrar las palabras.

—No puedes hablarme así.

—Cuando se trata de tu seguridad, no me detendré ante nada. Ponte en peligro y te castigaré.

—Tú… no puedes castigarme.

Le tembló la voz al escuchar la palabra castigo y sus ojos se nublaron.

—Oh, puedo y lo haré. Además… —Apreté mi agarre en su cuello, no tanto como para cortarle el oxígeno, aunque sí lo suficiente como para mantener su atención en mí—. Solo hablarás con Atticus cuando yo esté presente.

No me confiaba en ese desgraciado ni un poco.

—¿O qué? —cuestionó—. ¿Me vas a castigar?

—Lo haré.

—Muéstrame.

—¿Que te muestre?

—Sí —susurró como si no quisiera que nadie más oyera—. Castígame.

Jódeme.

Mi polla se tensó contra mis pantalones deportivos con la necesidad de follármela de nuevo tan fuerte que Em no podría caminar durante días. Esto no podía ser sano. A este ritmo, me la jodería cada hora del día. Sospechaba que corría el riesgo de emborracharme de ella. Mierda, podía que incluso fuera adicto.

—¿Por qué me estás mirando raro? —preguntó—. ¿Por qué no me estás castigando?

Me incliné sobre la mesa y apreté sus labios contra los míos. Me di un festín, lamiendo y mordisqueando, y solo tardó un segundo en abrirse a mí con un gemido. Sus quejidos me animaban a perderme en su sabor.

Consciente del peligro que eso suponía, aparté mi boca de la suya. Estaba jadeando, su expresión pedía problemas.

No obstante, en lugar de dárselo, solté su cuello y me alejé de ella.

Emory me parpadeó.

—¿Qué pasó con mi castigo?

—Como si alguna vez pudiera hacerte daño, Emory —pronuncié, y cerró los ojos a la fuerza mientras una lágrima resbalaba por su

mejilla—. Aun así, quiero que sepas esto. Tomaré un mazo e iré contra las paredes que rodean tu corazón si es necesario, pero llegaré a ti, de una forma u otra.

Luego me di la vuelta y la dejé reflexionando sobre esas palabras.

CAPÍTULO 24

EMORY



Vivir con Killian era extraño.

O tal vez era el hecho de que había vivido sola, y había estado sola, durante tanto tiempo que las cosas me sorprendían constantemente. Lo cual era extraño en sí mismo, ya que la mayoría del tiempo él parecía volver a ser ese hombre que conocí en el bar hacía seis años atrás. El chico encantador que de alguna manera transformó nuestra noche en un acontecimiento mágico de tres citas.

No se podía negar que Killian era tan atractivo como encantador, no obstante, también era un maniático controlador. Llevábamos una semana en su casa y se negaba a dejarme salir de la propiedad. De hecho, me dijo que me considerara afortunada de que me permitiera usar el baño sola.

Aparentemente, el hombre estaba paranoico de que desaparecería de nuevo.

Aun así, eso no borraba el hecho de que era un maldito dios en la cama. Me leía y a mis deseos como a un libro. Podía ser a la vez suave y brusco, pero a veces sabía cuándo necesitaba que me abrazaran.

En resumen: era peligrosamente perspicaz.

Seguí buscando información sobre mi hija e intenté sin éxito hackear el ordenador central de Atticus. Él sabía dónde estaba, y si podía rastrear sus movimientos, tal vez me indicaría la dirección correcta. A menos que el desgraciado estuviera mintiendo y

engañándome, como lo estaba engañando a *él* con la identidad del *Líder del Sindicato*.

La parte frustrante era que, por muy prometedor que pareciera cada rastro de migas de pan, no me topaba más que con muros de ladrillo. Incluso había empezado a sospechar que el propio Atticus era la persona que tenía a mi hija. Por supuesto, cuando las imágenes de satélite viejas que obtuve lo mostraron solo o en compañía de su equipo de seguridad, tuve que retirar mis teorías conspiratorias.

Estaba en la cocina tostando un *bagel* cuando sentí su presencia detrás de mí.

—Tengo un evento esta noche —avisó, y mi corazón dio un vuelco. Tal vez esta noche sería mi oportunidad de irme. Antes de que pudiera aferrarme demasiado a la esperanza, añadió—: Nos vamos a las siete.

Giré sobre mis talones y me encontré con su expresión.

—Lo siento, pero estoy ocupada.

Su ceja se alzó.

—¿Haciendo?

Me encogí de hombros.

—Viendo un concierto de Taylor Swift. —La tostadora que tenía detrás emitió un elaborado pitido y volví a mover el *bagel* hacia abajo, empujando el mango con una fuerza innecesaria—. El *Eras Tour* está en pleno apogeo.

Killian entrecerró sus ojos azules hacia mí.

—¿Estás tratando de asesinar a la tostadora?

Me encogí de hombros.

—Tal vez me estoy imaginando que es tu cuello el que estoy retorciendo.

La expresión de Killian se volvió calculadora.

—Haz lo posible por no matarme, y si eres una buena esposa en la cena, te llevaré a un concierto.

Puse los ojos en blanco.

—No, estoy bien. Esos días han quedado en el pasado para mí. —Tenía la sensación de que se estaba conteniendo, así que decidí

meterme con él—. Además, mi esposo no me ha comprado mucha ropa, así que me temo que tengo que pasar.

Sus ojos me recorrieron, llevaba puesta otra de sus camisas que apenas me llegaba a las rodillas, y un escalofrío involuntario recorrió mi cuerpo. La forma en que me observaba, con una cruda posesividad, hacía difícil resistírsele. Una mujer podía acostumbrarse a que la miraran así.

—A tu marido le encanta verte con su ropa —comentó con voz grave—. No obstante, tendré tu armario aquí repleto de vestidos adecuados para eventos. Pero cuando estés en casa, quiero que lleves mis camisas.

El *bagel* estuvo listo y ni siquiera me molesté en ponerle queso crema. Le di un buen mordisco, disfrutando demasiado de su expresión inquieta.

—¿Algo más? —inquirí, masticando con excesivo gusto, y luego tomando otro bocado—. ¿Quizá quieras planear lo que debo decir o hacer cada minuto del día?

Justo cuando estaba a punto de darle otro bocado, me arrebató el *bagel* y se lo llevó a la boca. Lo masticó con cuidado, con un brillo peligroso en sus ojos, y arqueé una ceja.

Una vez que se tragó el bocado, finalmente dijo:

—Quiero un beso a cada hora. Creo que eso debería compensar el tiempo que hemos perdido.

Me quedé boquiabierta ante sus inesperadas palabras, y lo único que pude hacer fue observarlo atónita. Soltó un fuerte suspiro antes de pegar su boca a la mía. Su lengua acarició la mía, poseyéndome por completo, y justo cuando empezaba a perder el sentido del lugar y del tiempo, se apartó.

—Quiero que me beses hasta dejarme sin sentido, Em. Cada hora en punto, por el resto de nuestros días.

Y luego me cargó por encima del hombro y volvió a nuestro dormitorio, donde me mostró exactamente lo que quería decir.

Alrededor de las seis y media, me encontré con los anchos hombros de Killian llenando la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho y sus ojos desorbitados recorriendo cada centímetro de mí.

—Estás hermosa.

El vestido rojo, mi color favorito, me quedaba como un guante, la seda abrazaba mis curvas como una segunda piel. La parte superior estaba diseñada como un corsé, los cordones fuera de mi alcance. Di cinco pasos, acortando la distancia que nos separaba, y me levanté el cabello.

—¿Podrías? —señalé, reprendiéndome por lo entrecortada que sonaba mi voz. Sus nudillos me rozaron la piel y luché contra un escalofrío mientras lo amarraba en mi espalda. Inhalé, alarmada por lo restrictivo que se sentía—. Jesucristo, me alegro de no haber nacido cuando las mujeres llevaban corsé. Prefiero tus camisas.

—También te prefiero en mi ropa. —Los dedos de Killian se detuvieron cuando sentí sus labios en mi nuca—. Y sin bragas.

—No voy a salir sin bragas. —Me di la vuelta y me encontré con una expresión hambrienta—. Killian —advertí—. Te juro que…

Se arrodilló frente a mí y me tomó la mano, apoyándola en su hombro para mantener mi equilibrio. Como si fuera mi caballero. Luego sus dedos recorrieron mi piel, su tacto más suave que nunca, serpenteando por mi vestido y deslizando mis bragas por mis muslos.

Todo mientras lo veía fijamente, con el pecho subiendo y bajando como si fuera aquella joven de hacía seis años atrás.

—Solo para mí —animó en voz baja, levantando la cara y clavando su mirada en la mía, y asentí. Todo por el molesto deseo de complacerlo.

Me tenía y él lo sabía. Solo agradecí que no pareciera estar de humor para burlarse de mí.

Agarró mis tacones rojos y me los puso, tocando suavemente el arco de cada pie. Me abrochó las correas, arrastró sus dedos por mis pantorrillas y me masajeó los músculos, que estaban doloridos.

Cuando volvió a levantarse, nuestros pechos se rozaron, pero aun así tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarme con sus ojos.

—Es hora de mi beso —me recordó bruscamente, y se me escapó una risa ahogada.

Luego, sin decir nada más, agachó la cabeza y me besó hasta el cansancio.

CAPÍTULO 25

KILLIAN



El evento de la *Alianza de Criminales* (como me gustaba llamarlo) se celebraba una vez al año y su objetivo era que los jefes de la mafia, y algunos empresarios dudosos, se reunieran y actuaran de forma civilizada entre ellos.

Sinceramente, no estaba seguro de cuál era el propósito del evento y me esforzaba por rechazar la mayoría de las invitaciones. Sin embargo, esta tendría un propósito mayor. Anunciaría a todas las organizaciones, aparte de los DiLustro y el *Sindicato*, que Emory era mi esposa, que estaba bajo mi protección y nadie se atrevería tocarla.

Al observarla en ese momento, me encontré incapaz de apartar mis ojos. Estaba impresionante. Nada ni nadie podría arrebatármela. Solo tenía que esforzarme para evitar que huyera.

A pesar de que pasábamos juntos casi todas las horas de vigilia y de sueño, no podía evitar la sensación de que Em huiría si se le daba la oportunidad, y mi instinto me advertía de que desaparecería para siempre.

Llámalo premonición. Llámalo un sexto sentido. Lo que sea que fuera, apostaría mi vida en ello.

Habíamos comido juntos todas las comidas de la semana pasada, mientras tanteábamos el terreno de nuestra convivencia. Como era de esperarse, vivir con ella era agradable, tan fácil como natural. Emory era inteligente, competente y hermosa. Le pedía su opinión

sobre transacciones comerciales, paseaba con ella por los jardines de la mansión y trabajaba a su lado mientras cocinábamos juntos.

Era maravilloso, pero había en ella una inquietud que parecía instintiva, y estaba decidido a entender de dónde procedía.

Esta noche, sin embargo, me mantendría alerta. Los italianos, rusos, irlandeses, serbios, griegos e incluso la Mafia Corsa estarían allí, junto con varios CEO e inversionistas, entre ellos Danil Popov.

El cóctel tenía lugar en lo alto del Empire State Building y la cena sería servida en el salón de baile. Mientras esperábamos a que llegara uno de los ascensores, me preguntaba qué espectáculo nos depararía la noche.

Rodeé la cintura de Emory con una mano cuando entramos en el elevador y, cuando las puertas se abrieron, la estreché más contra mí. El espacio cerrado estaba repleto de gente. Todo un lado de la sala tenía ventanas de cristal que iban del suelo al techo, con una parte abierta que daba a la terraza de la azotea. Afuera, la decoración era aún más elaborada y ofrecía una vista impresionante de las luces de la ciudad.

La gente socializaba, disfrutando de la sorprendentemente cálida noche de abril, mientras la brisa del Hudson River refrescaba a los habituales exaltados.

Cualquier persona con intereses en el mundo criminal estaba aquí, y…

Maldición. Ahí estaban los DiLustro.

Dirigí a mi esposa hacia el bar, pero su familia solo tardó dos segundos en venir hacia nosotros.

—Tienes agallas —siseó el hermano de mi mujer. Mi prima Wynter, quien resultaba ser su esposa, puso los ojos en blanco detrás de él.

—O un deseo de muerte —añadió Dante, aunque no parecía tan enojado como Basilio.

—En realidad, no es ninguna de las dos cosas. —Basilio se acercó a su hermana, la tomó de la muñeca, y alcancé mi pistola—. Y quita tu mano de *mi esposa* —dije las palabras más alto de lo necesario—. O me aseguraré de que no tengas ninguna al final de la noche.

La fiesta a nuestro alrededor se había detenido en seco, todos nos miraban, y sabía que solo era cuestión de tiempo para que todo el bajo mundo se enterara de nuestro matrimonio.

—Dios mío, tanta testosterona. —Emory entrecerró los ojos—. ¿Qué pasó con lo de mantenerlo en secreto?

Le dirigí una sonrisa de suficiencia, sin apartar la vista de la suya.

—Creo que ya hay demasiados secretos en esta habitación. Estoy haciéndolo por tu protección.

Su hermano gruñó.

—¿De qué demonios estás hablando? Mis primos y yo nos encargamos de la protección de mi hermana. No te necesita, idiota.

—Cálmense todos —siseó Emory—. Incluido tú, Basilio.

—Sí, cálmate —repetí—. No olvidemos que drogaste y secuestraste a mi prima. No hagas que me arrepienta de haberte dejado vivo.

—Oh, aquí vamos otra vez —se quejó Wynter, llevándose una mano al vientre. Sin embargo, era indiscutible, y todos lo sabían. Basilio secuestró a su esposa en medio de la noche, justo después de que ella ganara una medalla de oro en las Olimpiadas, y se había negado a dejarla marchar. De hecho, su matrimonio también fue forzado, aunque acabó siendo uno feliz.

Como se demuestra con los niños que Wynter seguía pariendo.

Liam apareció de la nada y dejó su vaso vacío sobre una de las mesas altas.

—Más vale que esto no se convierta en una maldita pelea —advirtió mirando a los DiLustro, pero no me engañaba. Solo en ese momento, me cubriría las espaldas y esperaría a que estuviéramos solos para decir lo suyo—. Aquí nadie puede tirar la primera piedra, así que si Emory no lo mata, ninguno de ustedes lo hará tampoco.

—Mátalo, hermanita —alentó Basilio mientras Wynter lo jalaba de la manga, reprendiéndolo en voz baja.

—¿Y bien? —Dante desafió, probablemente no queriendo estar en el lado malo de mi hermana.

Juliette apareció a continuación y anunció:

—¿Por qué siempre empiezan la diversión sin mí? ¿Qué me perdí?

Mi cuñado, tan enamorado como estaba, se giró hacia mi hermana, mirándola como si estuviera dispuesto a asesinar al mundo entero por ella.

—No mucho. Liam le dio rienda suelta a Emory para matar a Killian. Nadie más puede hacerlo, *aparentemente*.

—Bueno, ¿vas a matarlo, Emory? —Esto era tan típico de Juliette. Me guiñó un ojo y se giró hacia Em—. Porque si fueras tan amable de dejarlo vivir, me encantaría darte la bienvenida a la familia.

Observé a mi esposa, su figura rígida a mi lado, mas no había miedo en su rostro. Probablemente, estaba acostumbrada a hombres impulsivos e imprudentes. A mujeres también, si contábamos a mi hermana. Tenía tendencia a actuar de forma salvaje.

—¿Y bien? —cuestionó Liam.

Emory puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Tú fuiste la que se unió a nuestra familia, Juliette, así que no te corresponde darme la bienvenida a "tu" familia. —Se encontró con los ojos de Liam y añadió—: No, no voy a matarlo, y tampoco nadie más lo hará.

Luego se apartó de todos, con el cuerpo todavía inclinado hacia mí, y pidió su bebida.

—Esto no se ha acabado, irlandés —amenazó Basilio, mirándome como si hubiera atropellado a su cachorro favorito mientras Wynter se lo llevaba a rastras.

Mi cuñado no me caía exactamente mal, pero me parecía demasiado impulsivo e insensato. Aunque, no había duda de que el desgraciado solo tenía ojos para mi prima, y en cierto modo, irónicamente, ella lo calmaba. Algo así como la presencia de Emory me tranquilizaba.

Me encogí de hombros y me apoyé en el bar, dando un sorbo a la bebida que Emory acababa de darme.

—¿No vas a preguntar qué es? —inquirió, señalando con la cabeza el vaso que tenía en la mano.

Le dediqué una sonrisa.

—Lo que me des, me gustará.

Se frotó la mandíbula.

—¿Y si decido envenenarte?

Me encogí de hombros.

—Ya se me pasará.

—¿Y si mueres?

—Moriré casado contigo —comenté, divertido.

Sus ojos se entrecerraron, tratando de averiguar si estaba bromeando o no y, probablemente, aceptando que estaba desesperado por ella. Ni siquiera me molesté en ocultarlo. ¿Qué sentido tenía?

—Estás loco —murmuró.

—Loco por alguien, eso es seguro.

Liam observó nuestro intercambio, perplejo.

Ella puso los ojos en blanco y desapareció, no sin antes dejar escapar una pequeña sonrisa. Estaba a punto de abandonar la barra para seguirla, cuando me miró por encima del hombro y dijo:

—No te preocupes. Me mantendré a la vista, *acosador.*

Escudriñé a la multitud, con un ojo siempre puesto en Emory. Tenía que hablar con Danil sobre su padre.

Una vez que estuvo fuera del alcance de sus oídos, Liam no perdió el tiempo.

—¿Qué demonios fue eso?

—¿Coquetear? —sugerí sarcásticamente.

—Si es así, debo de llevar décadas haciéndolo mal —replicó secamente—. ¿Por qué parece que conoces a esta chica desde hace más tiempo?

—Le estás dando demasiada importancia —susurré.

Liam negó con la cabeza.

—Dame algo de crédito, Killian. Aquel día que nos infiltramos en la mansión de los DiLustro para recuperar a Wynter, me di cuenta de la forma en que mirabas a Emory. De hecho, cada vez que estás cerca de esa mujer, pareces actuar de forma diferente. Lo que sea que es esto entre ustedes dos... se ha estado gestando por algún tiempo.

Por algo mi padre adoptivo era un criminal magistral y un hombre de negocios exitoso. Era observador, despiadado a más no poder y podía detectar los puntos fuertes y débiles de sus oponentes a kilómetros de distancia.

—Nos cruzamos hace un tiempo.

—¿Hace cuánto? —indagó—. Supongo que el día que irrumpimos en su casa de Nevada no fue el día que la conociste.

La tensión se apoderó de mí. No divulgaría los detalles. No era asunto de nadie más que de Emory y mío.

—No.

Liam me observó.

—Eso es todo. ¿Solo no?

Una seca diversión me invadió.

—Así es. Simplemente no.

Si bien le debía mucho a Liam Brennan por haberme acogido cuando lo hizo, no estaba dispuesto a darle detalles sobre Emory. Desde que descubrí que estaba viva y en buen estado, la había estado checando, o, mejor dicho, acosando, casi obsesivamente. Formaba parte de mi rutina diaria. Algo en ella calmaba los demonios en mi cabeza, las pesadillas en mi corazón y el estruendo en mis oídos.

Por muy extraño que fuera, Emory me centraba.

Quizá también estaba dominado por mi mujer, pero no me disculparía por ello. Después de todo, ¿no fue mi madre quien dijo una vez que, si encontrabas a tu persona, nunca la dejaras ir? Bueno, la encontré. Se me escapó de las manos una vez, y no tenía intención de que sucediera de nuevo.

Sus ojos se entrecerraron.

—Así que lo suyo va en serio, *¿eh?*

—Me casé con ella, así que sí, es serio. —Mi admisión fue tan tranquila y se sintió tan correcta, que me habría reído si hubiera sido otra persona. Mas no lo era.

La mano de Liam se acercó a mi hombro y lo apretó suavemente.

—Me alegro de que por fin hayas encontrado a tu pareja. Es como fue con tus padres.

Y luego volvió con su esposa con una amplia sonrisa en su rostro. Casi como si el mundo entero se hubiese vuelto a su eje.

Sacudí sutilmente la cabeza y volví a estudiar a la multitud. Cuando Danil inclinó sutilmente la barbilla, diciéndome que tenía información para mí, fui en su dirección.

No obstante, me detuve en seco cuando vi a Bogdan Dragović, jefe de la Mafia Serbia y un jodido dolor en mi trasero. Había estado expandiendo su imperio rápida y furiosamente: los barrios más ricos del medio oeste y el noreste, los puertos de la Costa Este y los territorios de la antigua Yugoslavia.

La Mafia Serbia participaba en delitos violentos, traficando activamente drogas y armas, atracando coches, robando bancos y furgones blindados, extorsionando e incluso secuestrando. Desde que se encontró a su sobrina muerta, más bien *masacrada*, se había lanzado a matar a cualquiera que estuviera relacionado con la distribución de sus órganos.

Y lo último que quería era que Bogdan, que estaba a la cabeza de todo, pusiera sus ojos en mi esposa. Que era exactamente dónde estaban: clavados en Emory y estudiándola con un brillo peligroso.

Me puse delante de él, obstruyéndole la vista.

—Me sorprende que estés aquí, Bogdan —expresé despreocupadamente—. Escuché que has estado ocupado. ¿Tomaste un descanso de eso esta noche?

—Es un evento del *Sindicato* —mencionó con su voz áspera, sacando un puro del bolsillo, pero sin intentar encenderlo siquiera—. No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Estás aquí para mezclarte, hacer negocios, o tienes motivos ocultos? —solté fríamente.

—¿Por qué no los tres?

—Te sugiero que desvíes tu atención hacia otra mujer.

Su mirada oscura se clavó en mí y, de repente, supe que aquel hombre ya había decidido quién era el responsable de la muerte de su sobrina.

CAPÍTULO 26

EMORY



Sentí un hormigueo en la nuca y giré la cabeza para encontrarme con un desconocido que me observaba con una furia palpable en sus ojos. Estaban llenos de una rabia tan aguda que me dejaron sin aliento.

Se apartó de la pared, sus anchos hombros se abrieron paso entre la gente, sin que su mirada vacilara.

Justo cuando se paró frente a mí, demasiado cerca para mi comodidad, Killian apareció a mi lado, como una sombra oscura.

—Creo que es hora de que nos vayamos —indicó mi esposo, con los ojos entrecerrados en el desconocido—. Como siempre, encantado de verte, Bogdan.

No había duda del tono de advertencia en la voz de mi marido. Le lancé una mirada curiosa al hombre mientras escudriñaba el catálogo de nombres que tenía en la cabeza hasta encontrar al tipo. Era el jefe de la Mafia Serbia y tenía una larga y complicada historia con el *Sindicato*, una historia que no muchos conocían.

Durante la vida de mi padre, Bogdan Dragović luchó contra él por el control de su territorio. Mi padre era despiadado y luchaba sucio, aun así, no era rival para Bogdan. Por eso mi progenitor estaba tan desesperado por poner sus sucias manos sobre Wynter y su madre. Pensó que Sofia Volkov le daría influencia sobre Bogdan y parte del territorio en Europa.

Por supuesto, nadie más conocía esta pequeña pieza de información. No, ese golpe de suerte estaba reservado para mí, pues

había oído a mi padre jactarse de ello durante mi proceso de esterilización. Lo odiaba tanto que secretamente deseé que Bogdan lo encontrara y lo matara.

—He escuchado un rumor —declaró Bogdan antes de que Killian pudiera arrastrarme.

Levanté las cejas.

—¿Sí?

—Que estás permitiendo alguna actividad dudosa en Las Vegas. —Una gota de sudor rodó por mi espalda. Él veía demasiado y definitivamente escuchaba demasiado. Si este hombre se enteraba de mis actividades, me mataría antes de que pudiera llegar a mi hija —. Considérame decepcionado.

—Me importa una mierda lo que creas haber oído —repliqué con un poco más de valentía de la que sentía—. Domino los territorios de Las Vegas y Nevada. —«*Más o menos*»—. Y decido qué negocios funcionan, dudosos o no, aunque te aseguro que sean cuales sean las *actividades dudosas* a las que te refieres, no se dan en mi territorio.

Técnicamente, era la verdad, ya que utilizaba a Áine y su organización para interceptar cualquier contrabando de personas.

—¿Debería llamarte mentirosa?

—Ten cuidado cómo le hablas a mi esposa —interrumpió Killian —. Si dice que las reglas del *Sindicato* son obedecidas, lo son.

—¿Estás metido en esto? —preguntó Bogdan, clavándole su mirada feroz.

—Mi esposo no forma parte del *Sindicato* —comuniqué despectivamente. Si caía, caería sola.

Para mi sorpresa, Killian parecía tener sus propias ideas.

—De lo que mi esposa forme parte, yo también.

—No, no lo hace —corregí, clavando los ojos en Bogdan y tomando la mano de Killian entre las mías, apretándola no muy sutilmente para enviarle un mensaje.

—Interesante —reflexionó Bogdan—. Diría que aquí alguien no está siendo sincero. Y según mi experiencia, suele ser la que lleva falda.

—Me importa una mierda nuestra historia, así que a menos que te retractes, la sangre...

—Con el debido respeto, señor. —Me tocó interrumpir a mi marido—. No puede aplicar sus experiencias personales con las mujeres a esta situación. No tiene nada que ver con ninguno de nuestros negocios.

Me miró fijamente, con tanta intensidad que temí que me incineraría allí mismo y me arrastraría a las fosas del infierno.

—Supongo que el tiempo lo dirá —respondió fríamente, y luego se alejó.

Solté un fuerte suspiro una vez que estaba fuera del alcance, y luego fulminé a mi esposo con la mirada.

—Ni se te ocurra cargar con mis pecados y mis negocios —reprendí—. Y no me subestimes.

Killian me miró estupefacto antes de recomponerse.

—Eres mi esposa, y pase lo que pase, siempre estaré de tu lado. En la salud y en la enfermedad. Así son las cosas.

—Por dos años —le recordé, echando un vistazo para ver a Bogdan salir de la fiesta. Me giré para encontrarme con los ojos de Killian clavados en mí.

—Lo manejaste bien —halagó con naturalidad.

—Sí, sorprendente, lo sé —dije, con sarcasmo en mi tono—. No llegué a mi puesto por accidente, por si te lo estabas preguntando. Sí, mi hermano y mis primos ayudaron a entrenarme, sin embargo, también trabajé hasta el cansancio. E hice lo que había que hacer para obtener poder y mantenerlo.

—Estoy seguro —declaró, frunciendo el ceño en dirección a la puerta por la que Bogdan acababa de desaparecer—. Pero no querrás conocer su lado malo. Es despiadado.

—Desde luego que lo es —confirmé, girando el anillo en mi dedo mientras me perdía en mis pensamientos. Killian tenía razón. Definitivamente, no quería estar en la lista de enemigos de Bogdan, ni siquiera estar en su radar, pero al parecer ya había pasado el momento de evitarlo, porque él sabía algo. La cuestión era cuánto.

Antes de que Killian pudiera decir otra palabra, su padre nos interrumpió con su *muy* embarazada esposa.

—Hola, Emory —me saludó—. No tuve oportunidad antes de darte la bienvenida a nuestra familia.

Le dediqué una sonrisa tensa.

—Gracias.

—He oído que te arrastró a la iglesia —refunfuñó Davina, inclinándose para besarme la mejilla. La encontré a medio camino, recordando demasiado bien lo duro que era tener un balón de fútbol pegado al frente.

—No es diferente de lo que hicieron mi hermano y mis primos —manifesté—. Karma, supongo.

—Y, sin embargo, las mujeres seguimos pagando por ello —me recordó, aunque a juzgar por la forma en que miraba a su marido, no le importaba en lo más mínimo. La mujer estaba perdidamente enamorada de Liam.

Ugh. Reprimí las ganas de gritar.

No quería pensar ni hablar de amor. Esa no era yo. Solo quería sobrevivir.

—¿Para cuándo es tu fecha de parto? —cuestioné, cambiando de tema.

Liam y Killian se apartaron unos pasos al lado, susurrando con expresiones de preocupación en sus rostros, mientras Davina y yo continuábamos nuestra conversación.

—No lo suficientemente pronto. Siento que voy a estallar como un globo.

Mis labios se movieron.

—Pero apuesto a que el pequeño Liam está deseando tener un hermanito o hermanita.

La expresión de Davina se suavizó y sonrió con nostalgia.

—Dice que sí… mientras el bebé no llore.

Me reí entre dientes a pesar de la tensión y la preocupación que me producía nuestro encuentro con Bogdan.

—*Oh*, alguien se va a decepcionar.

—No queremos meternos con él —anunció Liam bruscamente, atrayendo mi atención hacia él. Giré la cabeza y entrecerré los ojos hacia ambos.

—No afectará a la familia Brennan. Es mi esposa y no le concierne a nadie más —defendió Killian, manteniendo su tono frío, aunque respetuoso. Sí, podía ser despiadado y encantador; no obstante, lo que más me gustaba de él era lo firme que era en sus convicciones sin ser un imbécil con sus seres queridos.

—¿En qué te has metido? —preguntó Liam en el tono más indescifrable.

—Como dijo Killian, no afecta a la familia Brennan. —«*Me aseguraré de que tampoco afecte a mi esposo».*

Liam me miró, casi impresionado, y me hizo un gesto de aprobación.

—Pero si nos necesitas, *nos* llamarás y pedirás ayuda. Espero haber sido claro.

Mi corazón se detuvo por un momento ante semejante oferta. Lo esperaba de Basilio y de mis primos, mas no de alguien que no fuera de la familia.

CAPÍTULO 27

KILLIAN



Liam quería seguir hablando, pero insistí en terminar la conversación y sacar a Emory de aquí y llevarla a mi mansión, donde estaría a salvo. Por desgracia, antes de que tuviera la oportunidad de interrumpirlo, Davina y Emory se vieron arrastradas a la alegre discusión de la pandilla DiLustro mientras observaba a mi esposa sonreír y hablar animadamente. Cuando su hermano se inclinó y le habló al oído, ella echó la cabeza hacia atrás y se rio.

¿Estaba celoso de su hermano? Posiblemente. No, tacha eso. Definitivamente.

«Estoy celoso».

¿Por qué? Porque Emory y Basilio eran unidos y ella quemaría el mundo por él. Mas no por mí, y quería matar a su hermano por ello, por provocar que este sentimiento verde se agitara dentro de mí.

Aunque era irracional, quería ser quien la hiciera reír, adueñarme de todas sus sonrisas y mantener toda su atención.

—Así que tú también te enamoraste de un DiLustro, *¿eh?* —La voz de mi hermana desvió la atención de Liam y la mía de los negocios. Ignoré su pregunta, pero entonces Juliette me hizo un gesto con los pulgares hacia arriba—. La apruebo.

—Exactamente lo que estaba buscando —ironicé en voz baja—. Tu aprobación.

—Sus padres estarían muy orgullosos —opinó Liam, con la voz entrecortada. Era la primera vez que veía o escuchaba que sucediera —. Ambos están felizmente casados y han hecho sólidas alianzas.

Juliette me miró de reojo.

—¿Lo eres?

—¿Soy qué?

Un mesero se abrió paso entre la multitud con una bandeja de bebidas, agarré una y bebí un largo sorbo.

—¿Eres feliz? —repitió. Mi hermana podía ser un dolor en mi trasero.

—Sí. —Sin embargo, lo más importante, quería que mi esposa fuera feliz. Seguro que tendríamos que encontrar un equilibrio—. ¿Cómo están las cosas entre Ivy y tú ahora que todos los secretos entre nuestras familias han salido a la luz?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Siempre se ponía emocional cuando se trataba de Ivy.

Sí, ya habían superado el hecho de que Juliette había matado a su padre (un tipo de acuerdo forzado y, en cierto modo, perdonado), pero eso no significaba que lo hubieran olvidado. Además, el padre de Ivy también había tenido parte de responsabilidad en lo que les ocurrió a nuestros propios padres. Sofia Volkov lo tenía, literalmente, agarrado por las pelotas y le ordenó que los matara.

En cualquier caso, ambos estaban muertos, al igual que muchos otros que habían tenido algo que ver en eso. Me había asegurado de ello.

Sin embargo, Ivy y Juliette no deberían haber sufrido por los pecados de sus progenitores, las perras psicópatas y los líos del bajo mundo.

—Están mejorando. Estamos trabajando en ello. —Frunció los labios—. Me arrepiento de haber matado a su padre, pero…

Asentí en señal de comprensión.

—Pero algunas cosas no tienen vuelta atrás.

—Sí.

—Fue una buena lección para ti, Jules —agregó Liam, y no podía estar más de acuerdo. A veces era demasiado impulsiva, lo que frecuentemente metía a nuestra prima y a sus amigas en problemas. No obstante, las cuatro se mantenían unidas como el pegamento.

Mis ojos se desviaron hacia mi esposa y me tensé. Basilio y *mi* esposa se dirigían hacia las salidas, con las cabezas juntas mientras

ella se reía y decía algo que no pude oír. Mi vista se tiñó de rojo.

«Me está dejando».

—Creo que lo encontrarás más efectivo, Jules, si tú...

—Ustedes continúen —animé, dejando la bebida y yendo detrás de mi esposa.

Ya estaban en el pasillo, la música más baja y las luces más tenues. Si bien mi intención era interrumpirlos inmediatamente, al acercarme escuché la voz grave y urgente de Basilio. Me despertó la curiosidad y me acerqué sigilosamente.

—Te conozco, hermanita, y Killian no es el indicado para ti…

—Ya no necesito que hagas de niñera, Basilio —le recordó.

—Es demasiado duro. Quería a alguien que no fuera una amenaza para tu posición en el *Sindicato*.

Me quedé en mi lugar, lleno de furia encendida. Quería interrumpirlos, golpear con el puño la nariz italiana de Basilio y sacar a mi esposa de aquí. Aunque también tenía curiosidad. Quería saber cuál sería la respuesta de Emory.

—Pero como ves, hermano, no es asunto tuyo —expresó—. Te apoyé cuando planeaste atrapar a Wynter.

—A Wynter no le interesan los asuntos del *Sindicato* —gruñó.

—Y a Killian tampoco —reviró entrecerrando los ojos a su hermano y sosteniendo su punto.

—No estaría tan seguro.

—Te quiero mucho, Basilio —declaró en voz baja—. De verdad lo hago, pero hay cosas que no sabes. Tienes que dejar de intentar protegerme. Puedo encargarme de Killian.

Basilio dudó.

—No quiero que nadie te haga daño —admitió finalmente—. No después de la infancia infernal que sufriste con nuestro padre.

—No lo tuviste mejor. —Emory lo tomó de la mano y la apretó—. Te prometo que estoy bien. Padre no se merece nuestros recuerdos. La mejor venganza sería olvidarlo.

—Sé que Padre te hizo algo —destacó Basilio sombríamente—. Es un secreto que me has ocultado, y eso te cambió. Cuando volviste de Italia hace seis años, Padre te llevó lejos. Volviste unos meses

después, no como mi pequeña hermana feliz, sino como una mujer rota que mantenías oculta tras un duro caparazón.

Debería interrumpir; sin embargo, estaba clavado en el sitio mientras mi mente daba vueltas, sopesando las posibilidades. Debió de ser cuando nos conocimos, y entonces… ¿Su padre la sacó del país? ¿Le hizo daño? ¿Qué le ocurrió?

Me invadió una rabia ciega y de repente deseé que su padre siguiera aún vivo para poder matarlo yo mismo. O al menos volver al día de la boda de Basilio y ayudarlo a asesinar a Gio DiLustro.

Salí de las sombras y sus ojos se fijaron en mí. Di unos pasos, agarré la mano de mi esposa y la empujé detrás de mí.

—*Ah*, mira quién llegó. Es el marido acosador —se mofó con una sonrisa burlona.

—Eso es irónico viniendo de ti —devolví con calma.

La ira me quemó la garganta. Antes de que pudiera pensarlo demasiado, mi puño derecho conectó con su boca, arrancando de un golpe la sonrisa de la cara del desgraciado.

Miré fijamente a su hermano y el mundo entero se detuvo en seco.

—La próxima vez que intentes apartar a mi esposa de mí, cuñado o no, te mataré.

Basilio se limpió la sangre de la boca, sus ojos se iluminaron con diversión.

—Siempre pensé que eras un imbécil calculador, Killian.

Rodeé el hombro de Emory con el brazo y ella lo permitió como en estado de *shock*.

No fue hasta que estuvimos en el coche que nos esperaba cuando por fin me miró.

—Mi hermano tenía razón. Puedes ser tan brusco.

No respondí, porque una cosa estaba clara: cuando se trataba de esta mujer, todos mis instintos explotaban y cualquier cosa podría suceder.

CAPÍTULO 28

EMORY



En cuanto el vehículo arrancó y nos vimos arrastrados fuera de la ciudad, Killian rompió el silencio.

—¿Qué quiso decir con eso?

Miré sus fuertes dedos agarrando el volante.

—Vas a tener que ser un poco más específico —agregué, preguntándome cuánto tiempo había espiado antes de que hiciera acto de presencia.

—Sobre tu padre —soltó entre dientes—. Llevándote lejos. ¿Por qué te llevó? ¿Qué hizo?

Bajé la vista a mis manos juntas en mi regazo.

—Me *esterilizó*.

Mis palabras susurradas llenaban el espacio del pequeño coche, pero era como si las hubiera gritado. Era la primera vez que las pronunciaba en voz alta desde que ocurrió.

—Que hizo ¿*qué*?

Había un matiz de tensión en su voz y sus manos empezaron a temblar.

—Me esterilizó —repetí, algo en el hecho de decir por fin esas palabras alivió el peso de mi pecho después de seis largos años.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Era un desgraciado cruel.

—No me vengas con idioteces, Emory. —Mantuvo la voz baja, mas no había duda de la rabia que había en ella—. Quiero

honestidad de tu parte. Lo hizo, porque descubrió que te acostaste conmigo.

—Nunca supo quién era. —Era lo más cercano a la verdad que me atrevía a decir. No se habría enterado de mi indiscreción si no hubiera quedado embarazada.

—¿Fue él quien puso el anuncio en el periódico?

Sacudí la cabeza.

—No.

Me lanzó una mirada sombría.

—Tú lo hiciste. —Asentí con la cabeza—. ¿Por qué?

Era tan complicado y a la vez tan sencillo. ¿Cómo podía decirlo sin revelar demasiado?

—Una vez que supe tu nombre, te buscaba con frecuencia —confesé en voz baja—. Era capaz de hacerlo sin dejar rastro. Cuando vi que también me estabas buscando, negándote a rendirte incluso después de meses de búsqueda, me preocupé…

Ding. Ding. Ding.

Le eché un vistazo a mi pantalla y encontré tres notificaciones más en la búsqueda de mi nombre, y todos conducían a la misma dirección IP.

Killian Brennan Cullen.

Agarré mi teléfono, lo abrí y leí la información que me llegaba. Por primera vez desde que me autodiagnostiqué de depresión posparto, sentí que mi corazón se estremecía y mis ojos se abrían de par en par.

Killian tenía mi retrato dibujado y en ese momento estaba escaneando activamente el software *de reconocimiento facial con la esperanza de identificarme.*

Pero entonces los latidos de mi corazón se rompieron uno a uno, enviando un nuevo y crudo dolor a través de mi pecho.

Se me nubló la vista mientras observaba la pantalla en la que caía la primera lágrima. Pronto, fluyeron como si la presa se hubiera roto.

Sabía lo que tenía que hacer, aun así, me sentía como si volviera a renunciar a él. Se sentía como si me quedaba sin nada.

Desgraciadamente, sabía que tenía que hacerlo para mantenerlo con vida.

Así que, por primera vez, le pedí un favor a Priest.

Emory: Necesito un favor que nadie puede saber. Ni siquiera mi hermano. Por favor, pon esto en el obituario en línea junto con mi foto y haz que le aparezca solo a la dirección IP que te envío.*

Em Amara.
Se fue para siempre.
Pero nunca olvidada.

Amara era mi segundo nombre, y Em era el nombre que solo le había dado a Killian. Junto con mi foto, sería suficiente para convencerlo de mi muerte y que dejara de buscarme.

Cuando recibí la confirmación de Priest*, sentí náuseas y el corazón se me apretó con un dolor físico que parecía que nunca se iba a curar. Me quedé con el vacío que se expandió hasta amenazar con comerme viva.*

Y entonces empecé a llorar, a llorar por la niña que fui. Lloré por lo que podría haber sido, pero nunca sería. Lloré por la mujer en la que me convertiría.

Lloré hasta que volví a sentirme fría y vacía.

Sin embargo, al final de todo, había decidido una cosa. De algún modo, de alguna manera, me volvería más fuerte y poderosa que mi padre.

Y entonces nadie me detendría.

—Continúa —indicó Killian, sacándome de mis pensamientos.

—Me preocupaba que mi padre te asesinara. Estaba desesperado por averiguar quién... me había desflorado. —Bajé la mirada hacia mis manos y las encontré retorcidas, con los nudillos blancos—. Te habría matado. Así que, para garantizar tu seguridad y la mía, publiqué ese anuncio para que dejaras de buscar.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Se alargó y se alargó, como una liga elástica a punto de romperse.

—Emory —declaró finalmente, con voz suave—. Mírame.

Giré la cabeza para encontrarme con sus ojos.

—¿Sí?

—Eres mi esposa. No tienes secretos para mí. —Resoplé, mas no tenía ningún mérito—. Te agradezco que me protejas, mas nunca lo hagas a costa de ti misma, maldición. Siempre te cubriré la espalda, incluso cuando te equivoques, pero no me ocultes secretos.

En los últimos seis años, me había endurecido y había aprendido a no dejar que mis emociones me afectaran. Sin embargo, como si hubieran estado reprimidas durante demasiado tiempo, mi cuerpo empezó a temblar. Me escocían los ojos de lágrimas no derramadas. Quería aceptar. Quería hablarle de nuestra hija.

Lamentablemente, no me atrevía a confiar plenamente en él.

Le daría mi cuerpo, mi mente y mi alma. ¿Mi corazón? No sabía cómo llegar allí.

—Emory, ¿no confías en mí? —Solté un profundo suspiro, regresando los ojos a la carretera, las luces de su mansión apareciendo en la distancia. La confianza era algo muy preciado para mí, y él no se había ganado ni una pizca de ella.

Por un lado, no podía culparlo por ello, porque en realidad no le había dado una oportunidad, pero por otro, él ni siquiera podía comprender las emociones que tuve que superar después de que mi propio padre me traicionara. Los sentimientos de desesperación y rabia después de que se llevara a mí, a *nuestra*, hija.

—Emory —gruñó—. Contéstame.

—No me pediste exactamente que me casara contigo, ¿verdad? —Acabé respondiendo con mi propia pregunta.

No tenía sentido culparlo de nada, no obstante, era la única forma de proteger mi corazón. El hombre me creyó muerta, pero la parte irracional que había en mi interior estaba enfadada con él por creerlo. Igual que estaba enfadada conmigo misma por no acudir a él y pedirle ayuda.

El hecho era que nadie podía habernos salvado a mí y a mi hija de mi padre. Y si hubiera recurrido a él, a mi hermano o a mis primos, los habrían castigado peor que a mí.

—¿Por qué no me llamaste? Tenías mi número. Habría ido por ti.

—Ya te lo dije. —Sacudí la cabeza con tristeza—. No quería la sangre de nadie más en mis manos.

Llegamos a su mansión y giró la cabeza, sus profundos ojos azules buscando los míos.

—¿Quieres saber por qué no te pedí que te casaras conmigo? —Mi corazón tropezó con su propio latido y asentí—. Porque tenía miedo de que dijeras que no. Porque te deseo tan desesperadamente que mataría a todo ser viviente de este planeta con tal de tenerte. Porque no quería que volvieras a escaparte de mis manos. —Un músculo en su mandíbula saltó por la tensión al admitirlo—. Te deseo, joder, y no había estado respirando ni vivido sin ti en los últimos seis años. Y créeme cuando te digo que no tiene nada que ver con quién eres. No quiero tu puto puesto en el *Sindicato*. —Así que más o menos escuchó toda la conversación mía y de Basilio—. Aunque, me encantaría ayudarte si alguna vez necesitas una lluvia de ideas, y no tengo ningún problema en comentarte mis ideas de negocio. Eres inteligente y hermosa. Cualquier hombre sería afortunado de tenerte. Pero eres mía.

Tenía una mirada enloquecida en sus ojos. Sin darse cuenta, me puso la mano en el muslo y me acercó la otra a la nuca. Sus ojos se llenaron de lujuria, como los de un lobo hambriento. Entonces me besó, apretando sus labios contra los míos e introduciendo su lengua en mi boca.

Se apartó, dejándome sin aliento y con ganas de más.

—Ahora dime que eres toda mía —murmuró contra mis labios.

Mentiría si dijera que su posesividad no me gustaba o me repugnaba. Extrañamente, me excitaba muchísimo y no hacía más que ponerme ardiente.

Me encontré con su mirada llena de pasión y sonreí seductoramente antes de decir:

—Solo si me llevas a la cama ahora mismo y me follas. Demuéstrame lo mucho que soy tuya.

En un abrir y cerrar de ojos, salió del vehículo y llegó a mi puerta, arrastrándome fuera de él y cargándome. Como un amante cariñoso, me cargó tipo novia, deteniéndose de vez en cuando para devorarme la boca, sin importarle si alguno de sus guardias lo veía enamorado.

Y algo de eso me hizo derretirme.

A mí.

Emory DiLustro Cullen, derritiéndome en un charco con algo estremeciéndose en mi pecho. Por un lado, no quería ser esa chica ingenua de hacía seis años que soñaba con el amor, el matrimonio y un hogar lleno de amor; pero por otro, no podía controlar los sentimientos abrumadores que estallaban en mi interior.

La necesidad por él. La necesidad de más. La urgencia de dejarme llevar.

En lo alto de la escalera, se detuvo de nuevo y me besó la mandíbula antes de reanudar el camino hacia nuestro dormitorio.

Abrió la puerta de una patada y en unos segundos me llevó contra la pared, lo que me recordó aquella noche en Londres.

—Entiende esto, Emory. —Su boca estaba tan cerca de la mía que podía sentir su aliento—. Tú y yo… esto… es para toda la vida. No hay otras opciones para mí. Lo eres todo.

Su tacto salvaje y sus palabras hicieron que subiera la temperatura de mi cuerpo.

—Lo mismo digo. —Siseé una respiración antes de tomarle la cara entre mis manos y besarlo con una desesperación que podría haberme asustado si me hubiera parado a considerarlo.

Cada gramo de su cuerpo irradiaba calor. Metí los dedos en su cabello, agarrándolo con fuerza mientras nuestras lenguas chocaban

en una danza centenaria. Ambos jadeamos y me empujó hacia la cama.

Su cuerpo se alejó de mí mientras se ponía de rodillas, y me estiré por él.

—¿A dónde vas?

—A ninguna parte. —Agarró una almohada y la deslizó bajo mi espalda. Se cernió sobre mí, con el pecho subiendo y bajando pesadamente—. Nada ni nadie podrían apartarme de ti.

Me desnudó rápidamente, me desató el corsé con cuidado y se deshizo del vestido hasta dejarme solo en tacones.

Su mirada recorrió mi cuerpo, acariciando cada centímetro de mi piel. Parecía estar decidiendo qué tocar primero, y al final se detuvo en mi coño y me frotó el clítoris. Mi cabeza se echó hacia atrás mientras mi cuerpo palpitaba a la vida. Luego, una *palmada*. Todo mi cuerpo se estremeció, pero antes de que pudiera encontrar las palabras para gritarle, me frotó el clítoris hinchado con ternura.

—Mírate, tan necesitada de la verga de tu esposo. —Se cernió sobre mí, sus rodillas a cada lado de mis caderas.

—O quizás eres tú quien necesita mi coño —repliqué en tono áspero.

Volvió a abofetearme el coño.

—¿Estás intentando pasarte de lista conmigo, *esposa*?

Me sacudí. Mierda, ¿tenía que sentirme así de bien? Sus dedos se introdujeron en mi canal, gemí y mi cuerpo se estremeció. Aun así, no había perdido la cordura. Todavía.

—Dijiste que te gustaba que fuera lista —señalé, gimiendo a medida que aumentaba el placer.

—Inteligente, sí. —El sonido de su cremallera resonó en el aire, y pronto su longitud brotó ansiosa—. Listilla, no.

Cambió de posición, seguía suspendido sobre mí, aunque en ese momento tenía las rodillas a ambos lados de la cabeza mientras me agarraba del cabello. No con fuerza, pero lo bastante firme para mantenerme en mi sitio.

—Quizá debería llenarte la boca con mi polla.

Mis labios se entreabrieron de asombro mientras me dolían los muslos, lánguido calor floreciendo en cada centímetro de mi cuerpo.

Me metió su miembro en la boca, golpeándome el fondo de la garganta, y luego se quedó quieto, con los ojos cerrados de felicidad. Lo observé fijamente, con los párpados llenos de lágrimas, pero sin querer pestañear. La expresión en su rostro era un espectáculo.

Abrió los ojos, nuestras miradas chocaron.

—¿Puedes soportar que te folle la boca? —Un asentimiento ahogado, luego se retiró solo para empujar de nuevo—. Relaja la garganta —gruñó, y cuando obedecí, me recompensó con un elogio —. Eso es, *Álainn*. Lo estás tomando muy bien. ¿Te gusta esto? —Tuve arcadas y balbuceé sobre su polla mientras empujaba sus caderas hacia delante, profundamente. Sin previo aviso, salió, con la saliva derramándose por mis labios. Apenas me dejó respirar antes de volver a penetrarme.

Con sus dedos aún en mi cabello, me dirigió la cabeza y me jodió la boca, dominándome y utilizándome. Y lo dejé, gimiendo alrededor de su dura longitud.

—¿Está tu coño mojado para mí? —preguntó con voz gutural.

El interior de mis muslos estaba resbaladizo por la excitación, palpitando dolorosamente con necesidad. Mis caderas se agitaron, buscando su contacto. Así que metí una mano entre las piernas, frotándome furiosamente el clítoris empapado.

El placer crecía y crecía; sin embargo, antes de que pudiera correrme, Killian me soltó el cabello y me apartó la mano.

—Nooo —me quejé, con la voz amortiguada por mis labios aún alrededor de su longitud.

—Te correrás con mi verga dentro de tu coño.

Se retiró, se acomodó entre mis piernas separadas y, de un potente empujón, me llenó hasta el fondo. El placer se abrió camino a través de mí y me corrí al instante, con todo mi cuerpo sacudiéndose y estremeciéndose. Tenía los ojos en blanco y, mientras tanto, Killian seguía jodiéndome con fuerza y rapidez.

Gruñó palabras de afecto, pero no podía oírlo con claridad por el zumbido de mis oídos mientras una lánguida sensación tiraba de mis músculos. Siguió embistiéndome, golpeando todos mis puntos sensibles una y otra vez.

Cuando pensé que volvería a correrme, se retiró y me puso boca abajo, rodeando mi cintura con el brazo y levantándome para que me pusiera en cuatro patas.

Se arrodilló detrás de mí y entonces sentí sus dedos separándome las nalgas, arrastrando mi excitación desde mi raja hasta mi agujero prohibido. Giré la cabeza y lo miré por encima del hombro.

—¿Qué estás haciendo?

—Adueñándome de todos tus agujeros. —Me dedicó una sonrisa mientras se agarraba la polla, frotándola contra mis nalgas, dura, gruesa y caliente—. *Hmmm*, solo de pensarlo te excita.

—No... —«*Sí*».

Dejó escapar una risita oscura.

—Tu coño apretándose y tu culo me dicen lo contrario.

Y con eso, separó las nalgas y empujó la punta dentro de mí.

—¡Oh, Dios mío! —grité, con las lágrimas manchándome la cara. Mi cabeza cayó hacia delante, con la frente apoyada en las sábanas frías que olían a nosotros.

—Demonios, Em —gruñó. Mis uñas se clavaron en las palmas de mis manos y me giré para mirar la cara de mi marido—. Estás tomando mi polla tan bien.

Bajó una mano y rodeó mi clítoris, sustituyendo la punzada de dolor con placer mientras se abría paso hasta que estuvo completamente asentado.

—Killian —dije entre dientes, el placer me abrumaba.

—Lo estás haciendo muy bien. —Su voz era oscura y ronca a mi espalda—. Relájate para mí, esposa.

Rodeó mi clítoris con más fuerza y rapidez, estimulándome, y pronto el dolor desapareció por completo. Empujé mi trasero contra él y empezó a moverse, su ritmo tortuoso era en ese minuto algo en lo que podía perderme.

Me dio una nalgada mientras gruñía:

—Yo te jodo. No al revés.

¡Jesucristo, este hombre!

Entonces, empezó a follarme. Su piel golpeaba la mía, y cuando me metió dos dedos en el coño, grité. La sensación de ser llenada

tan deliciosamente me abrumó.

—Ya te gustaría. —Respiré, empujando mi trasero contra él.

Su mano se acercó a mi cadera y sus dedos se hundieron en mí. Los gruñidos, gemidos y golpes de su ingle contra mi piel llenaban el espacio.

Cada músculo de mi cuerpo temblaba y el corazón estaba a punto de salírseme del pecho. Su ritmo era enloquecedor e insaciable. Y me gustaba, *cada parte de ello.*

En el momento en que retiró sus dedos y los rozó contra mi clítoris, grité, corriéndome de nuevo y sin freno. Estrangulé su verga, y pronto la fuerza de mi orgasmo arrastró a Killian conmigo.

Me tumbé en el colchón, completamente exhausta y saciada, con el aliento de mi esposo pegado a mi oreja y su pecho apretándome la espalda mientras me quedaba dormida.

Un ruido me despertó.

Me tomé un momento para reorientarme, estirándome y frotándome los ojos. Y entonces se me escapó un suspiro, pero se me quedó atascado en la garganta cuando vi a Killian merodeando por nuestro dormitorio, sin más ropa que un pantalón de pijama azul marino.

—¿Qué haces levantado? —cuestioné. Cuando su rostro se centró en mí, se arrugó de preocupación—. ¿Estás bien?

Inhaló profundamente antes de soltarlo.

—Sí, estoy bien.

Se quedó en silencio durante un latido, o quizá cinco, con la mandíbula tensa flexionándose como si estuviera enfadado. Me bajé de la cama y caminé por la fría madera, acercándome y apoyando los dedos en su pecho.

—¿Qué te preocupa?

—Tengo armas escondidas por toda la casa —soltó, y tuve que parpadear varias veces para despejar la niebla.

—¿Por qué estás diciendo eso? Precisamente ahora.

—Porque confío en ti. —La sinceridad en su voz y en sus ojos confirmó sus palabras—. Porque me preocupa que los secretos que estás guardando hagan que te maten. Así que necesitaba que lo supieras.

Le pasé un dedo por las mejillas y se inclinó hacia mi tacto. Últimamente, me preguntaba cómo habría sido nuestra vida si no me hubiera escapado de su habitación seis años atrás. Si me hubiera quedado. Pero sabía que pensar así solo me haría entrar en crisis.

—No dejaré que nos pase algo.

Había algo vulnerable en sus ojos, como si tuviera miedo de despertarse y que desapareciera. A decir verdad, también tenía miedo, porque no quería perder lo que sea que esto fuera.

Habíamos caído en una extraña rutina que se sentía tan bien y tan real que me aterrorizaba. Había hilos que nos unían y me preocupaba que, una vez cortados, no quedarían más que cicatrices.

Me puse de puntitas y rocé brevemente sus labios, dejándome saborearlo en mi lengua, antes de que él se apartara.

—¿Ves esa mesa junto al vestíbulo? Hay una Glock escondida debajo de ella. Tengo una mesa similar en cada casa que poseo. Hay una debajo de la mesa de la sala, en cada mesita de noche, en cada jarrón rojo, y una AK-47 en los portaparaguas de cada puerta. Así que si alguna vez nos atacan, agarras un arma y corres, Em.

Resoplé, levantando la barbilla.

—No te dejaré atrás.

—Me *dejarás* atrás, carajo. —El calor de su cuerpo y su aroma me envolvieron mientras me tomaba la cara entre las palmas de las manos, con la mirada clavada en mí, sin pestañear—. En vida o muerte, encontraré mi camino hacia ti.

Luego me cargó en brazos y me metió de nuevo en la cama. Se colocó detrás de mí y nos quedamos dormidos con sus latidos contra mi espalda y su mano sobre mi pecho y mi corazón.

CAPÍTULO 29

EMORY



Dos semanas.

Llevaba dos semanas casada y Killian, alerta como siempre, monitoreaba todos mis movimientos. Me lo esperaba, aunque también sabía que no podía seguir esperando que Ines me cubriera. Había hablado por teléfono con ella a diario y, aunque me aseguraba que todo estaba bien, sabía que no era así.

Killian estaba a punto de embarcarse en un vuelo de última hora de regreso a New York, dejándome atrás como un pájaro enjaulado, pero de ninguna manera me quedaría aquí, indefensa. Me negaba a cruzarme de brazos mientras todo lo que había construido en Las Vegas se esfumaba.

Estaba preocupada. Ines había estado nerviosa últimamente, insistiendo en que la seguían. El miedo en su voz cuando hablábamos era demasiado real y, a pesar de que trabajaba para mí, la consideraba como una amiga. Y lo que era más importante, estaba bajo mi protección.

El Cártel Tijuana envió la noche anterior otro cargamento que debía ser interceptado, y quería asegurarme de que todo había salido bien.

Así que marqué su número. Se lo sacaría a la fuerza y, si era necesario, le exigiría a Killian que me llevara de vuelta a Las Vegas esta noche. Yo era el *Capo* y él sabía con quién se casaba, así que le gustara o no, me saldría con la mía.

El timbre no paraba de sonar. No contestó.

Miré el reloj. Era mediodía en la Costa Este, lo que significaba que eran las nueve de la mañana, hora del Pacífico. Estaría en un coche de camino a la oficina después de su visita diaria a su padre. Volví a intentarlo. No contestó.

Fruncí el ceño y miré el reloj.

—¿Por qué no contesta? —musité para mis adentros mientras volvía a marcar, sintiendo cómo me invadía el pánico.

Riiing. Riiing. Riiing.

—*Hola* —respondió una voz de barítono grave y me puse rígida.

—¿Quién es?

—*Intenta adivinarlo*.

Mi mandíbula se tensó.

—No estoy de humor para juegos. ¿Quién eres y dónde está Ines?

Mientras esperaba una respuesta, mis ojos miraron por la ventana las nubes negras que se cernían sobre los jardines. Me pareció simbólico, ya que mis propias ansiedades se arremolinaban, a punto de derrumbarse. Me quedé inmóvil, agarrando el teléfono y debatiendo cuáles debían ser mis siguientes pasos.

—*No te preocupes más por Ines*.

—Si le haces daño…

Una profunda carcajada sonó en la otra línea, interrumpiéndome.

—*No estás en posición de hacer amenazas. Además, el objetivo era secuestrarte durante el movimiento del producto*. —Tenía que estar hablando de las chicas—. *Pero como Ines estaba en la escena del crimen, tendrá que ser suficiente.*

La línea se cortó y la culpa se deslizó en mi corazón. Esto era culpa mía. No debería haberle permitido cubrir… *no*, esto era culpa de Killian. Por mantenerme aquí. Por forzar este matrimonio que no tenía sentido. Por aferrarse a esa noche de hacía seis años.

«¿No veía que ya no era la misma chica? ¿No podía olvidarme y seguir adelante cómo debía?».

Pero incluso mientras pensaba eso, sabía que no era culpa suya. Nada había sido culpa suya. De hecho, no quería que me olvidara, porque yo nunca lo había olvidado.

Contra todo pronóstico, durante seis años soñé con que Killian volvería a mi vida con una espada dorada y mataría a todos los que se atrevieran a hacerme daño, y luego rescataría a nuestra hija.

Por suerte, se impuso mi sentido común y vi que esperar una fantasía solo me llevaría a la decepción. Así que trabajé sin descanso para recuperar a mi hija de la única forma que sabía.

Sin embargo, en ese momento me preguntaba si había causado más daño que beneficio.

Agarré con fuerza el teléfono, mis instintos se dispararon y escudriñé la arboleda. No tardé en encontrar un par de ojos azules que me resultaban familiares.

Se dirigía a su helipuerto, sin dejar de mirarme. Dios, este hombre. Podía ser tan amable y a la vez frío y despiadado. Terco, pero también agradable. Incluso había veces en que consideraba mi consejo, esperando a tomar una decisión basada en las opiniones que estaba demasiado dispuesta a ofrecerle.

No había muchos hombres en el mundo criminal que hicieran eso. De hecho, la mayoría odiaba ver a mujeres al mando y antes nos casaban que permitir que nos sentáramos a la misma mesa. Pero no Killian.

Sacudí la cabeza sutilmente.

Nada de eso importaba si Killian estaba decidido a mantenerme encadenada aquí mientras la gente que me importaba estaba ahí fuera recibiendo balas por mí.

Mientras el helicóptero de Killian despegaba hacia la ciudad, mi mente trabajaba furiosamente. El día anterior cometió un error crucial y ni siquiera lo sabía. Lo escuché darles una orden a los guardias: ningún hombre debía hacerme daño ni tocarme. Una laguna evidente, si es que alguna vez había conocido una.

Una vez que el cielo estuvo despejado, me puse manos a la obra.

Le envié un mensaje a *Priest* pidiéndole que me diera la ubicación de Áine King.

Entré en el vestidor y saqué un par de *leggings* y una de sus camisas. Me las arreglé con lo que tenía, y para cuando estuve vestida y armada con una de las armas de mi marido, ya tenía lo que necesitaba.

Priest era así de bueno.

Luego, me pavoneé hasta el garaje como la zorra más segura de sí misma que jamás había pisado esta tierra.

Una hilera de coches de lujo me dio la bienvenida, pero no me impresionaron. Mi hermano y mis primos tenían la misma fascinación por los autos, los coleccionaban como si fueran juguetes. A mí me parecía muy poco práctico. A pesar de que solo necesitabas un vehículo para ir del punto A al B, era en vano explicárselo a los hombres.

Agarré las llaves que necesitaba del estante y pulsé el botón de la señal para asegurarme de que no era un Lamborghini lo que había elegido. Cuando me di cuenta de cuál se iluminaba, mis labios se curvaron en una sonrisa.

Jeep Rubicon.

Me dirigí hacia él cuando una voz me detuvo por detrás.

—Señora.

—Voy a salir —notifiqué, sin vacilar en mis pasos.

Sus pies sonaron detrás de mí.

—Tengo instrucciones…

—No me importa —contesté, agitando las llaves en el aire mientras subía al Jeep—. Ponte en mi camino y te atropello.

Era tan fácil, demasiado fácil, que casi me decepcionó.

Puse el cambio en marcha, pisé el pedal con disimulo, el motor se aceleró y la vibración me recorrió todo el cuerpo, y arranqué. Los guardias salieron corriendo detrás de mí y agitaron las manos para llamar mi atención. Les devolví el saludo con una sonrisa de suficiencia mientras salía a toda velocidad del garaje, recorría el largo y curvado camino de entrada y abandonaba la propiedad.

«Será mejor que Áine King tenga algunas respuestas para mí».

Aunque sabía que Killian se enfadaría cuando supiera lo que había hecho, confiaba en estar haciendo lo correcto. Ines estaba en peligro. Las chicas que nunca fueron recogidas estaban en peligro.

Podría ser Bogdan Dragović. Al fin y al cabo, Ines dijo que se había vuelto loco y había empezado a actuar de forma imprudente cuando su sobrina apareció muerta; no era que nadie pudiera culparlo. Ese enfermo serbio podría haber puesto sus sucias garras sobre Ines y estar torturándola en este mismo instante.

Para cuando llegué a la ubicación del restaurante que me había enviado *Priest*, mis sentidos estaban en alerta máxima. Comprobé tres veces los planos del restaurante y el cargador de mi pistola antes de salir del Jeep.

Una vez dentro del restaurante, estudié la sala poco iluminada y encontré a la pelirroja sentada en una mesa cenando con su marido. Se me oprimió el pecho, pero lo ignoré. No tardó mucho en verme y le hice un gesto seco con la cabeza antes de atravesar el lugar y dirigirme al pasillo del fondo.

Luego esperé mientras mi mente pasaba por un millón de posibilidades sobre lo que podría haberles ocurrido a Ines y a las chicas víctimas de la trata.

El sonido de unos tacones chasqueando contra las baldosas de mármol y Áine apareció por fin.

—Ya era hora.

—Es noche de cita con mi esposo y te estás colando, así que agradece que te dedique este tiempo —musitó, clavándome la mirada.

Su noche de cita arruinada no era de mi incumbencia.

—Te dije cuando acordamos este contrato con *The Rose Rescue* que la responsabilidad es importante para mí. No doy segundas oportunidades. —Ese era el negocio paralelo de Áine King, una organización creada por el ex primer ministro británico, que resultó ser su padre adoptivo. Rescataban y trasladaban a refugios a víctimas de la trata y velaban por su seguridad permanente—. Creía que eras de fiar.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, y no aprecio la acusación en tu tono.

La furia me atravesó.

—*Hablo* de la recogida programada que parece haber sido interceptada.

Ella palideció.

—Nunca me informaste.

Apreté los dientes.

—Te envié un mensaje al mismo número de siempre. ¿Lo cambiaste y no me lo dijiste?

Enderezó los hombros.

—No, no lo cambié.

Algo mucho más nefasto afloró a la superficie, y al entrecerrar los ojos sobre ella, más intenso y concentrado, estallé.

—Se suponía que tenías que estar allí.

—Como dije, nunca recibí tu mensaje. —Áine me miró fríamente.

Me puse frente a ella, invadiendo su espacio, mientras la ansiedad por la seguridad de Ines crecía con cada segundo.

—¿No te preocupan esas chicas? Ya no están, Áine.

Mi voz subió de tono y ella miró a su alrededor, recelosa de los curiosos. En ese momento, me importaba una mierda.

—Baja la voz —amenazó. Áine King ocultaba su lado letal tras sus curvas femeninas y su rostro cálido y atractivo, engañando fácilmente a cualquiera que no lo supiera. Pequeña. Pelirroja. Ojos azules. Su educación como una princesa la preparó para ser una verdadera arma en nuestro mundo.

El corazón me latía con fuerza mientras la observaba, con mi furia dirigida a ella, pero sobre todo contra mí misma, recorriéndome las venas.

—Se han llevado a la mujer que prometí proteger —siseé. Algunos transeúntes nos miraron interrogantes antes de alejarse apresurados—. Dices que nunca recibiste los mensajes que coordinaban el rescate de las chicas traficadas, de acuerdo. Pero eso significa que te descubrieron. —Golpeé su cuerpo contra la pared, atrapándola por sorpresa—. Así que sí, insolente pedazo de…

Nunca llegué a terminar la declaración.

En un momento estaba frente a Áine y, al siguiente, alguien me agarraba por el cuello de mi… de la camiseta de Killian. Mis pies abandonaron el suelo y mi espalda chocó contra la pared, un rostro salvaje llenó mi visión. Alto, con hombros anchos y tatuajes que le daban un aspecto peligroso. Y era tan poderoso y astuto que nadie

se atrevía a cruzarse con él o ser su enemigo. Recordaría este día y mis estúpidas decisiones como una situación de *tiempos desesperados.*

—Quita tus malditas manos de mi esposa —siseó Cassio, cerrando su salvaje agarre en torno a mi garganta y ahogando la vida que me quedaba.

Le di patadas en las espinillas y lo arañé en un intento de quitarme de encima sus manos tatuadas. No obstante, lo único que conseguí fue enojarlo aún más.

—Espera, no me lastimó. —Su esposa estaba a su lado, observando la escena con expresión exasperada—. Su enojo terminó dominándola.

—Debería aprender a controlarlo, entonces. —Cassio volvió a estamparme contra la pared, haciéndome sonar los dientes, y me maldije por no ser más fuerte. Aunque, para ir contra este hombre, habría que ser más alto y tener músculos sobre músculos—. Si vuelves a tocarla, te enterraré viva. Ahora discúlpate.

—Jódete. —Incliné la barbilla, dándole estúpidamente aún más acceso a mi garganta—. La jodió. Es obvio que su posición está comprometida.

Debí haber sido más inteligente. Menos terca. Definitivamente menos orgullosa.

Pero eso no era importante. Ya estaba harta de ser acosada. Estaba harta de que me dijeran lo que tenía que hacer. Estaba *harta.*

Algo se movió en mi visión periférica y entonces Cassio fue empujado lejos de mí, soltándome en el proceso. Me tambaleé y una mano fuerte me rodeó el hombro, empujándome detrás de una figura aún más fuerte.

El olor y el calor familiares de los que me había saciado en las últimas semanas me rodearon, y una parte de mí, la que creía muerta desde hacía tiempo, no pudo resistir el impulso de apoyarse en Killian y tomar prestada su fuerza.

Había puesto mi vida patas arriba, aun así, en este momento, no importaba, porque él estaba *aquí.*

Lo miré fijamente, pero su atención se centraba en Cassio King y su esposa.

—No vuelvas a ponerle la mano encima a Emory. De hecho, ni siquiera la mires.

Tal vez era mi caballero de brillante armadura después de todo.

CAPÍTULO 30

KILLIAN



Nunca había visto tanto terror en la cara de mi esposa, y no quería volver a verlo.

Jadeaba y se agarraba el cuello, un estremecimiento de cuerpo completo se apoderó de ella, me miraba como si fuera un dios y acabara de darle la vida.

Apenas cruzaba las fronteras del estado, de camino a mi reunión con el jefe de la Tríada, cuando recibí una llamada de mis guardias, notificándome las acciones de Emory. Nada era más importante que su seguridad, ni siquiera los cincuenta millones que podía perder por haber dejado plantado a Qian Long.

Gracias a Dios, que yo también estaba en New York y pude redirigir al piloto al lugar al que mi seguridad la había seguido.

Así que para cuando irrumpí por las puertas y presencié cómo el maldito de Cassio King la agarraba por el cuello, ya estaba listo y dispuesto a extinguir a toda la estirpe King.

Nadie tocaba a mi esposa y se salía con la suya.

La falta de control que sentía a su alrededor me aterrorizaba a veces. Me di cuenta de que todo tenía que ver con mi propio miedo a perderla. No por quién o qué era, sino porque intuía que ella estaba al borde de algo peligroso y seguía rechazando mi ayuda.

No era saludable.

Estábamos de pie al fondo del oscuro pasillo, intentando por todos los medios no armar una escena ni atraer atención indeseada,

y el corazón me latía con fuerza por la adrenalina. Crucé los brazos sobre mi pecho y gruñí al hombre que decía proteger a las mujeres.

—¿Desde cuándo peleas con mujeres que no son rivales para ti?

—Me sorprendió, eso es todo. —Sentí la respiración frustrada de Emory mientras hinchaba el pecho.

—No me gusta hacerles daño a las mujeres —protestó Cassio—. A menos que la seguridad de Áine esté involucrada.

—Por favor, apenas la toqué —resopló Emory—. Si la quisiera muerta, habría sacado mi pistola y acabado con ella.

Cassio soltó un gruñido y dio un paso amenazador, pero la empujé detrás de mí.

—Hasta ahí llegarás —advertí. Emory intentó esquivarme y suspiré. Esto sería mucho más fácil si se quedara quieta.

—Estoy segura de que Emory lo siente —insinuó la otra mujer.

El ancho cuerpo de Cassio la mantenía oculta tras su traje a medida mientras ella permanecía impasible, con la mano en el antebrazo de su esposo.

—¡A la mierda! *Yo* no lo siento. —Mi esposa intentó ponerse delante de mí otra vez, pero estiré el brazo y se lo rodeé por la cintura—. Se suponía que tenías que estar ahí para las chicas e Ines, y ahora todas desaparecieron.

Áine soltó un suspiro, frustrada.

—Te lo dije, Emory, nunca recibí tu mensaje.

—Pero...

—Centrémonos en lo que sabemos —sugerí, y luego me giré hacia Cassio—. ¿Qué te dice tu instinto?

—Quizás Emory se olvidó de presionar enviar en el mensaje —replicó secamente.

Emory se soltó y se abalanzó sobre él, con el rostro tenso por la promesa de violencia.

Levanté las manos en señal de rendición, teníamos que acabar con esto antes de que una de nuestras esposas estallara.

—Claramente lo envió.

Emory se llevó las manos a los costados, aparentemente dispuesta a golpear a Cassio.

—Claro que sí —refunfuñó. Jesucristo, la mujer era una gata salvaje.

—Controla a tu mujer —lanzó, clavando en ella su vista.

Aunque sentí la necesidad de llevarla a mi mansión y encerrarla con llave, sabía que Em no lo permitiría. Ya no. Así que anulé mi instinto y me mantuve alerta, preparado para interceptar otro de sus arrebatos.

—A mi esposa no le gusta que le digan lo que tiene que hacer —comuniqué—. Si ella quiere ir tras tu viejo trasero, estaré justo detrás de ella.

Gruñó; su esposa soltó una risita.

—¿Qué es tan gracioso? —bramó Emory, mirándolos fijamente.

Áine se encogió de hombros.

—Es lindo y algo refrescante ver a un hombre respaldar a su mujer.

Cassio le devolvió la mirada.

—Te tengo, *Mariposa*.

Puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí, amor. Pero este hombre está listo para lanzarse al frente de batalla.

—No lo dice en serio —replicó Em.

—¿Qué? ¿Lees el pensamiento? ¿También puedes leer el tarot? —resoplé.

—Lo que sea —murmuró—. ¿Hemos terminado aquí?

Emory dio un paso adelante.

—No, no hemos terminado. Quiero averiguar la dirección IP que hackeó mi línea directa con Áine. Dame eso, y me encargaré del resto.

Si se negaban, yo mismo hackearía el sistema de Cassio, no obstante, nos ahorraría mucho tiempo a todos si accedían a investigarlo. Era mejor no hacer demasiados enemigos en este mundo.

Cassio compartió una mirada con su esposa y ella le dedicó un asentimiento casi imperceptible.

—Te la enviaré, Killian —dijo entre dientes.

—No. Se la enviarás a Emory.

Un breve asentimiento de entendido y observé sus espaldas mientras desaparecían por el lateral del edificio.

Una vez que se fueron, me di la vuelta y le dije:

—Te dejo sola un minuto y huyes. *¡Otra vez!*

—No hui —se defendió, poniendo los ojos en blanco—. Iba a conseguir la información que necesitaba y volver a ti.

«Volver a ti».

Entrecerré los ojos y la estudié con desconfianza.

—¿Lo dices en serio?

Me miró fijamente, inclinando la barbilla con obstinación.

—Sí, lo digo en serio, Killian. Aunque ambos sabemos que no puedes mantenerme enjaulada en tu propiedad. Tengo una organización que dirigir. Un negocio que dirigir.

Era un punto válido, y sabía muy bien que como *Capo* de Las Vegas, no podía operar con éxito desde aquí.

—Dime qué está pasando. ¿Quiénes son esas chicas que mencionas? —inquirí, aunque sospechaba que tenía que ver con la trata de humanos. Era obvio que no lo apoyaba, de lo contrario no estaría trabajando con Áine, ni estaría encima de ella por perder un cargamento.

Suspiró cansada, pellizcándose el puente de la nariz.

—Hice un trato con el Cártel Tijuana, permitiéndoles mover productos a través de mi territorio.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Tengo... *mis* razones. —Y ahí estaba. Más secretos—. Sin embargo, cada vez que me entero de dónde y cuándo será el cargamento, le paso la información a Áine para que lo intercepten.

—¿No se han dado cuenta los cárteles de que los cargamentos se siguen perdiendo?

Me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—No, porque para cada cargamento, averiguo su ruta y la descifro. La mayoría de ellos son interceptados fuera de Nevada.

—Inteligente. —Pero eso ya lo sabía.

Deslizó su pequeña mano por la mía y la apretó con fuerza.

—Necesito volver. Mi mano derecha ha desaparecido, y ahora estas chicas. Algo está mal, lo sé, y ahora Ines está pagando por ello.

Se me apretó la mandíbula, aun así, sabía que tenía razón.

Si la mantenía encerrada, lucharía contra mí a cada paso del camino.

—Bien, nos vamos mañana. Sin embargo, voy a donde *tú* vayas.

Asintió sombríamente.

—Trato hecho.

CAPÍTULO 31

EMORY



El viaje de vuelta en coche estaba lleno de esperanza y adrenalina.

Al día siguiente, volaríamos a Las Vegas y llegaría al fondo de todo. Mi primera parada sería la casa del padre de Ines. Tal vez había escuchado o visto algo. Ines era muy cercana a él, y si estaba en peligro, lo sabría.

Mientras Killian conducía el *Jeep* por la ciudad, busqué el número de mi primo y le envié un mensaje para intentar localizar el teléfono de Ines. Una vez hecho esto, guardé el móvil y observé a mi marido. Su rostro era una máscara de determinación.

—¿Qué? —preguntó, sin apartar los ojos de la carretera.

—Gracias. —No creía que estuviera totalmente de acuerdo con mi plan, pero apreciaba su soporte. Amé cómo me apoyó, y cuando Cassio trató de ocultarme la información, Killian se aseguró de que entendiera quién estaba a cargo aquí—. Por lo que hiciste allá.

Me lanzó una mirada antes de devolverla a la calle.

—Como dije, Emory, mi apoyo y lealtad serán ante todo a ti. Siempre.

Me daba igual lo que dijeran: había algo tremendamente *sexy* en un hombre que cedía el poder y el control a una mujer. No le restaba fuerza ni valor. En todo caso, me hacía valorarlo aún más.

Tal vez, solo tal vez, había encontrado mi igual en este hombre.

Y maldita sea, eso era la mayor excitación de la historia.

Mi corazón zumbaba con satisfacción, cada centímetro de mi piel se encendida y mi centro palpitaba. Lo necesitaba, aquí y en ese instante.

—Detente, Killian.

Sin que se lo dijera dos veces, inspeccionó la zona y nos hizo girar por un callejón lateral.

En cuanto estacionó el vehículo, me desabroché el cinturón y me senté a horcajadas sobre él.

La sorpresa brilló en sus ojos azules.

—*¡Wow!* ¿Por qué estás haciendo esto?

Acerqué mi cara a la suya y hundí los dedos en su espeso cabello.

—Quiero mostrarte mi gratitud.

—Tú no...

No lo dejé terminar, sellando mi boca a la suya. Echó su asiento hacia atrás y puso las manos en mi cintura, agarrándome con firmeza.

El calor de su cuerpo era tan tentador que empecé a tantear los botones de su camisa de vestir hasta que perdí la paciencia y la abrí de un tirón.

Pasé mis manos por su piel, sus músculos se tensaron bajo mi palma. Me metió la lengua en la boca, tan profundamente que amenazaba con ahogarme. La barba incipiente de su mandíbula se sentía áspera en mi mejilla, pero no me importaba. Quería que me marcara para que el mundo supiera que era suya.

Metió la mano en mis *leggings* y gruñó molesto.

—¿Quién demonios compró estos pantalones?

Sonreí contra sus labios.

—De hecho, fuiste tú.

Gruñendo de frustración, metió la mano en la guantera, con la otra firmemente enredada a mi cintura, y agarró un cuchillo. Pulsó un botón y la hoja se levantó, rápida y brutalmente afilada.

—No te muevas —exigió.

Hice lo que me dijo y, con cinco rápidos tirones, mis *leggings* cayeron en pedazos al suelo, y mi camisa no tardó en seguirlos. Estaba completamente desnuda, Killian seguía negándose a

comprarme ropa interior, y se tomó un segundo para devorar mi cuerpo con la mirada. Luego, se desabrochó los pantalones, dejando libre su longitud.

Me acunó la cara y volvió a besarme frenéticamente. Hambriento de mí. Mi cuerpo se retorcía contra el suyo, cada fibra de mí, enrojecida y desesperada por él.

Su longitud era dura, larga y tan apetitosa. Era muy posible que me estuviera obsesionando con la polla de Killian. La rodeé con mis dedos, que no eran lo bastante largos para hacerlo.

—¿Estás mojada? —cuestionó con voz ronca contra mis labios, pero antes de que pudiera responder, sus dedos estaban en mi coño y su gruñido apreciativo vibró dentro del vehículo. Su verga se erguía entre nosotros, llegando casi hasta mi ombligo. Me froté contra la piel aterciopelada y me quedé sin aliento al sentir las crestas apretadas contra mí.

Echó la cabeza hacia atrás, observándolo todo con una mirada apasionada.

—No duraré mucho, esposa —avisó, apretando más su agarre a mi cintura.

Bajé sobre él, dejando que su gruesa corona se deslizara dentro de mí. Killian soltó un gemido profundo y gutural cuando mi coño se tragó su verga.

—Dios mío... te sientes tan bien —gemí.

Killian parecía aún más salvaje y voraz que nunca. Tal vez porque inicié el sexo esta vez, o tal vez nos habíamos acercado más.

Se estaba llevando mis pechos a la boca, chupándolos como si fuera un hombre hambriento, y sus dedos me retorcían los pezones. Me recorrieron muchas sensaciones y sentí que él era lo único que me mantenía con vida.

Subiendo y bajando sobre su regazo, empezó a succionarme el cuello, tan rudo y voraz que supe que al día siguiente estaría cubierta con la evidencia de lo que habíamos hecho. La vibración del motor en descanso aumentaba las sensaciones. El aroma del cuero, el almizcle de nuestro sexo y el sudor de la piel de Killian me embriagaban.

Me agarró un puñado de cabello y me mordió un costado del cuello. Mis músculos internos se apretaron alrededor de su verga, sacándole todo lo que tenía.

—Mierda, mujer —clamó en mi oído—. Amo todo de ti. —Me quedé paralizada un segundo, y entonces jadeó con voz ronca y cruda—: Te necesito.

Sus palabras liberaron algo dentro de mí, dándome cuenta de que necesitaba esto tanto como yo. Empecé a cabalgarlo de verdad, moviendo las caderas con fuerza y rapidez. Gimió y sus brazos me rodearon con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Y sentí que mi liberación crecía y crecía hasta que explotó y me quedé temblando en sus brazos. Killian seguía empujando en mí desde abajo, nuestras miradas fijas, su cielo azul claro chocando con el mío oscuro.

Apretó suavemente sus labios contra los míos, saboreando y explorando con su lengua. Le devolví el beso, mis caderas aún moviéndose, sintiéndolo tan dentro de mí. No tardé en sentir cómo se acercaba otro clímax.

Nuestros cuerpos se sentían tan bien juntos, encajando como piezas de un rompecabezas.

Sujetándome por un puñado de cabello, me folló con rudeza. *Implacable*. Piel contra piel. Fue tan intenso que olvidé cómo respirar.

—Mataré a cualquiera que intente hacerte daño —me gruñó al oído. Cada embestida suya reavivaba una chispa en mi interior que solo su siguiente estocada podía saciar. Mis uñas se clavaban en sus hombros, cada una de sus palabras se hundía en mi piel y llenaba espacios que llevaban congelados durante mucho tiempo.

Al instante, se corrió dentro de mí. El calor fundido se extendió desde mi clítoris hacia fuera y gemí, llegando al clímax justo detrás de él cuando sus embestidas se hicieron más lentas. Pero el orgasmo fue tan violento que me produjo un estremecimiento que me hizo castañear los dientes.

Y de repente, no estaba segura de poder vivir sin esto, sin el hombre que se abrió paso a través de mis muros y escudos.

CAPÍTULO 32

KILLIAN



Era la una de la madrugada, pero me resultaba imposible descansar viendo dormir a Emory. Había algo tranquilizador y pacífico en ello, y no quería que se me escapara ni un momento.

Le aparté un sedoso mechón de cabello, deleitándome con la forma en que lucía esparcido por mis sábanas. *Nuestras* sábanas. La línea de sus suaves curvas tenía marcas de nuestra improvisada sesión de la noche anterior.

Aunque me hubiera gustado decir que me la follé brutalmente, podría haber sido al revés. Normalmente, no era tímida en sus deseos, mas la forma en que se había hecho cargo fue diferente. Era algo más. Me eligió por su propia voluntad.

Le acaricié la mejilla y sus labios se entreabrieron, un suave gemido salió mientras se inclinaba hacia mi toque. Me froté el esternón con una mano. Siempre era así, estuviera cerca o lejos. Solo tenía que pensar en ella y me veía obligado a contener la respiración.

Era aterrador y emocionante al mismo tiempo lo que solo pensar en ella podía hacerme. Y demonios, no me importaba lo más mínimo.

Porque por el resto de mis días estaría a su lado, guiando su causa y arrasando la tierra en su nombre.

Emory podría engañarse pensando que podría resolver todos sus problemas por sí sola, sin embargo, no lo permitiría. Encontraría

soluciones y estaría a su lado, ayudándola a vencer a todo lo que se interpusiera en su camino.

El recuerdo de enterarme de su muerte seguía aterrorizándome incluso después de seis años. No había nada ni nadie más importante para mí que mi mujer, y la vida sin ella era inconcebible.

Seguía mirándola como un cachorro enamorado cuando su teléfono vibró en la mesita de noche. Miré la pantalla y me detuve. Un mensaje de un número anónimo.

****Anónimo: He terminado de jugar. Trae tu trasero aquí abajo o quemaré esta casa hasta las cenizas.****

Cerré brevemente los ojos, tratando de calmar el torrente en mis oídos y la rabia roja en mi visión.

Quien fuera que se atrevió a hablarle de esa manera era hombre muerto.

«O mujer», añadí en silencio.

Salí de la cama y me dirigí al armario, me puse un chaleco antibalas y una camiseta negra encima. Estaba preparado para hacer frente a esta amenaza por mi cuenta. Mi esposa necesitaba descansar y no había forma de que la despertaría.

Justo cuando salía del *closet*, un fuerte golpe sacudió la casa.

Emory se despertó de golpe y se frotó los ojos.

—¿Qué fue eso?

—Estamos bajo ataque.

Agarré su teléfono y le enseñé el mensaje.

Sus ojos recorrieron las letras de la pantalla y saltó de la cama.

—¿Te han alertado tus guardias?

—No. —Lo que en sí mismo era extraño. Volví al armario y tomé una de mis camisas de vestir y un par de sus *leggings*, y luego volví junto a ella.

Mientras se vestía, susurró:

—Hay demasiado silencio, mierda.

—Me leíste el pensamiento —murmuré a regañadientes.

La mujer tenía una extraña habilidad para pensar rápido, y lo agradecía. Instintos como ese la hacían una excelente *Capo*. Instintos como esos la mantendrían viva.

Me di la vuelta, a punto de ir a buscarle un chaleco antibalas, cuando, como si nada, resonó un disparo y pronto le siguieron otros. Parecía un arma automática. *Maldición*. Sin dudarlo, me abalancé sobre mi esposa y la tiré al suelo. Nos giré para que mi espalda tocara el suelo y la acuné contra mí.

La vista se me nubló a pesar de la oscuridad de la habitación y busqué la pistola en la mesita de noche.

—Toma. —Le entregué mi Glock antes de agarrar otra—. El cargador está lleno.

Compartimos una mirada, asentimos con la cabeza y nos arrastramos por el dormitorio estilo militar esquivando las balas. Por lo que parecía, tenía que haber al menos una docena de hombres armados disparando contra la casa, e internamente me maldije por no haber contratado más seguridad cuando Emory vino a vivir aquí por primera vez.

El ruido de botas resonó en la casa y, al llegar al vestíbulo, les disparé a dos hombres que subían las escaleras.

—¿Alguna idea de quién podría ser? —siseé mientras abría fuego.

—La lista es demasiado larga —soltó entre dientes, apuntando y disparando.

Derribando un objetivo tras otro, me di cuenta de que nos superaban en número y pronto me quedé sin balas, al igual que Emory. Un hombre apareció en la puerta y nos empujó fuera de la habitación. Ambos resbalamos y perdimos el equilibrio, cayendo por los duros escalones. Maldije internamente los suelos de mármol y a mi ama de llaves por mantenerlos relucientes.

Agarré el cuchillo del cinturón del desgraciado y, antes de que su espalda llegara al último escalón, se lo clavé repetidamente en el costado del cuello.

Me puse en pie mientras su sangre salpicaba mis manos y le hice un gesto a Emory para que se me uniera.

—Toma. —Me lanzó una pistola nueva con un cargador lleno—. Necesitaremos mejores escondites si insistes en tener armas más grandes.

La mujer era una jodida guerrera, y di gracias a Dios por haberle contado lo de mi reserva de armas o esto habría acabado demasiado pronto. De habitación en habitación, trabajamos en tándem, eliminando al enemigo, fuera quien fuera, mientras me preguntaba dónde demonios estaban mis guardias.

Justo cuando pensaba que íbamos ganando, aparecieron dos puntos rojos en el pecho de mi esposa.

—Tiren las armas, o está muerta.

Me paralicé, mis movimientos se detuvieron en el aire y mis ojos conectaron con los de Emory.

—Haz lo que te digo, Killian, o la próxima bala irá a tu esposa. —La dejé caer al instante. No había necesidad de pensar en ello—. Ahora dile a tu esposa que haga lo mismo.

Emory estaba a punto de disparar y siseé:

—No te atrevas a hacer que te maten.

—No lo haré. —Respiró, escudriñando la habitación.

Intenté distraer al intruso.

—¿Cómo encontraste la manera de entrar?

Soltó una risita y el sonido fue como uñas en una pizarra.

—¿Recuerdas a quién despediste recientemente? —Mis cejas se fruncieron, mi mente trabajaba furiosamente y justo cuando la conclusión se asentaba, afirmó—: Al pobre Casanova que despediste por tener velas. —Debería haber matado al maldito y haberles prendido fuego a las velas. Ese hijo de puta—. Ahora, dile a tu esposa que suelte el arma o les dispararemos.

Entregar su arma haría que la mataran, así que la miré a los ojos y negué con la cabeza, articulando:

—*Quédate con tu arma.*

Un grito ahogado brotó de sus suaves labios rojos y los ojos de mi esposa bajaron hasta mi pecho. Su pistola se soltó instantáneamente de su agarre mientras seguía su línea de visión hasta mi pecho y lo vi. Un punto rojo marcando mi corazón.

Antes de que pudiera asegurarle que estaría bien con el chaleco antibalas, la puerta se abrió y una figura familiar entró como si fuera el dueño del lugar.

Atticus Popov.

Ese hijo de pu…

Con las manos metidas en los pantalones, pateó dos pistolas por la puerta y oí pasos detrás de ellos. Supuse que habían tomado las armas y vigilaban la espalda de Atticus.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Atticus? —Mi voz se endurecía con cada sílaba que pronunciaba. Apreté tanto la mandíbula que me sorprendió que no se me hubiera roto un tendón.

Este imbécil acaba de cometer un terrible error.

—Emory y yo tenemos asuntos que discutir —dijo.

—Lo que sea que tengas que decir, ahora no es el momento. Y estás invadiendo —advertí—. Dime por qué no debería hacer que mis guardias te disparen ahora mismo.

—Porque este asunto… —Atticus comenzó, observando a Emory, y tuve que luchar contra el impulso de arremeter contra él y arrancarle los ojos. Lo único que me detenía era ese punto rojo en el cuerpo de mi esposa—. Es lo único que se interpone entre la vida y la muerte. —¿Dónde diablos estaban?—. Además, tus guardias ahora trabajan para mí, y los que se negaron están muertos.

Malditos traidores. Juré averiguar exactamente quiénes nos habían traicionado y matarlos yo mismo.

—Los asuntos de mi esposa son mis asuntos, así que escúpelo y sigue tu camino.

—Atticus, no es un buen momento —intervino Emory entre dientes, moviéndose ligeramente sobre sus pies. Había un atisbo de pánico que estaba desesperada por ocultar.

—Mi hermosa Emory. El tiempo es esencial si quieres tus respuestas.

—¿Qué malditas respuestas? —exigí, agitado porque estaban hablando en acertijos. El momento era de lo más desafortunado porque, lento pero seguro, sentía que me había ido ganando la confianza de Emory. ¿Por qué demonios o contra quien estábamos luchando aquí?

Atticus me ignoró.

—Permíteme recordarte nuestro trato: me das un nombre y te daré el tuyo junto con la ubicación. Dos por uno. ¿Lo ves? Nunca digas que no soy generoso.

—¿De qué diablos está hablando, Em? —repetí.

Esta vez Emory agitó la mano con indiferencia, su rostro pálido como un fantasma.

—Este tipo ha perdido la cabeza.

Atticus soltó una risita como si hubiera soltado el chiste más gracioso, mas había poco humor en sus ojos mientras observaba a mi esposa.

—Deja de mirarla así o te sacaré los ojos del cráneo —amenacé, mirándolo con el ceño fruncido.

—Esto no te concierne, irlandés. Emory DiLustro debería estar agradecida por mi paciencia.

—Su nombre es Emory Cullen, y más vale que aprendas a usarlo —protesté. Me costó todo lo que tenía no agarrar a Atticus y usarlo como saco de boxeo—. Mi esposa no te debe nada, y si no sales de aquí, te aseguraré un viaje dos metros bajo tierra.

Noté que Emory se apartaba, dando un pequeño paso atrás, y Atticus sacó dos pistolas, apuntándonos una a cada uno. Para qué demonios las necesitaba con puntos rojos apuntándonos, no tenía ni maldita idea.

—No te muevas, Emory —reclamó Atticus, con los ojos clavados en ella mientras luchaba contra las ganas de sacarle los globos oculares—. O estarás planeando el funeral de tu marido. —Cuando se detuvo, él ronroneó con esa voz repugnante que me hizo querer ahorcarlo hasta matarlo—: Buena chica. Ahora vuelve con tu esposo.

La furia que nadaba por mis venas empezó a sofocarme.

—No te muevas, maldición. Quédate exactamente donde estás, Em.

—Hagámoslo rápido. —Atticus parecía divertirse demasiado mientras nos miraba con una sonrisa retorcida—. Para que los tortolitos puedan volver a profesarse su amor. A menos que quieran hablar de... —Se interrumpió, y de repente sentí como si el mundo hubiera dejado de respirar. O tal vez fue mi esposa, quien se quedó

observando a Atticus con los ojos muy abiertos—. ¿Quieran hablar de Amara? Podrías verla mañana a esta hora.

Su rostro se contorsionó y su cuerpo se tensó cuando un visible tipo de conmoción la sacudió, el dolor acuchillando su expresión.

—¿Quién demonios es Amara? —Mis ojos se desviaron hacia mi esposa, confundidos. *Em Amara*. Era el segundo nombre de Emory, pero Atticus no podía estar hablando de eso.

—Es ahora o nunca, Emory —advirtió con naturalidad—. ¿Quién importa más? ¿A quién amas más? A tu esposo o…

No terminó la frase, no obstante, algo en sus palabras hizo que mi corazón se detuviera en seco. ¿Emory amaba a alguien más? ¿A esta... Amara? Sacudí la cabeza. No, no podía ser. Amara era claramente un nombre de mujer. No podía dejar que mis celos me cegaran.

Me encontré con los ojos de mi esposa con tantas preguntas rondando en mi propia mirada.

La risa de Atticus desvió mi atención.

—Esto no tiene precio. Ni siquiera lo sabías.

No sabía si se reía de mí o de mi esposa. No importaba, porque el padre de Danil estaba destinado a morir.

Emory parpadeó.

—¿Saber qué?

—Que estás enamorada de él.

Una aguda inhalación vibró en el inquietante silencio. ¿Era mía? ¿Era la de mi esposa?

—Que lo ame o no es irrelevante —siseó.

—Y para empeorar las cosas, o mejorarlas, este hombre está obsesionado contigo. Y ahora...

Atticus me estaba poniendo los nervios de punta, sonriendo como un gato. Como si supiera algo que yo no. Con el arma apuntándonos, sonreía como si se hubiera ganado la puta lotería.

Dios, no podía esperar para matarlo.

—¿Y ahora? —declaró Emory con voz ronca, el miedo evidente en su rostro.

—Y ahora es demasiado tarde —anunció Atticus—. No queda nadie para protegerte. A menos que me des el nombre.

Pasaron dos latidos antes de que me abalanzara sobre Atticus. Se oyó un disparo. Una bala se estrelló contra mi chaleco antibalas y me tambaleé con un gruñido. Sonaron más disparos mientras me colocaba frente a Emory, con las balas pasando a toda velocidad por mi cabeza.

Una me golpeó el hombro y apreté una mano firme contra él, mis esfuerzos por detener la hemorragia eran en vano, ya que un líquido caliente empapó mis dedos.

—¡Killian! —El grito de Emory perforó el aire junto con los disparos.

Otra bala impactó en mi abdomen, justo debajo de mi chaleco antibalas, dejándome sin aliento, y me agarré el estómago, con las manos manchadas de sangre. Lo único que me importaba era proteger a mi esposa, pero notaba que las fuerzas se me iban agotando poco a poco.

Sus gritos siguieron llenando el aire cuando otra bala se clavó en mi pierna y se me escapó la respiración. Perdí el equilibrio y caí al suelo, con aquel familiar sabor metálico llenándome la boca. Parpadeé, decidido a luchar y salvar a mi esposa, cuando sentí sus pequeñas manos en mi estómago.

—¿Cómo has podido? —susurró, con las lágrimas manchando su hermoso rostro.

—Mujer tonta. —Sacudí suavemente la cabeza, moviendo los labios con dificultad. A pesar de que la herida no era mortal, estaba perdiendo sangre rápidamente. Demasiado rápido—. ¿Crees que existe un mundo en el que no moriría por ti?

—Kill... —sollozó, y se le quebró la voz. Sentía que la sangre me corría por la nariz. Me estaba mareando y maldije a mi cuerpo mientras unos puntos oscuros se agolpaban en mi visión—. Por favor, no me dejes. —Podía sentir su frente contra la mía y parpadeé desesperadamente para mirarla. Necesitaba que supiera que los disparos eran solo heridas superficiales—. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste esto?

—Porque… te amo. —¿No sabía cuánto la amaba? Estaba tan loco por ella. Lo había estado desde el primer momento en que la vi.

—Aguanta —susurró. Maldición, ¿por qué dolía tanto esta mierda?—. Por favor… por favor… por favor…

Atticus apartó a mi esposa de mí y resollé, intentando ponerme en pie, pero mi cuerpo se negó a escuchar. En lugar de eso, se desplomó débilmente, sin proteger a la única mujer que había amado. Ojalá la hubiera protegido mejor y con más fuerza, lejos de todos los que querían hacerle daño.

Emory luchó contra él, gritando y maldiciendo, e intenté decirle sin palabras que estaría bien… pero entonces el desgraciado le dio un puñetazo en las costillas.

—Déjala. —Exhalé, luchando por ponerme en pie antes de desplomarme de nuevo en el suelo.

Mi visión se atenuó y pronto la oscuridad me arrastró.

CAPÍTULO 33

EMORY



Atticus intentó sacarme a rastras mientras yo observaba el cuerpo de Killian desplomado sobre el mármol, con la sangre manchándolo a su alrededor. El pánico y la tristeza que no había sentido desde que perdí a mi hija me desgarraron el pecho. Era tan crudo que me robaba el aliento de los pulmones.

Los latidos de mi corazón se rompían uno a uno, y con cada uno se expandía el vacío, del tipo que amenazaba con comerme viva.

Todo había sucedido demasiado rápido. Fue demasiado surrealista.

Por un momento, pensé que tenía que estar soñando. Quizás era una pesadilla, porque la vida no podía ser tan cruel.

Empecé a enamorarme de Killian en cuanto lo vi, seis años atrás. Las sonrisas espontáneas, las palabras encantadoras y los actos atentos fueron solo el principio que condujo a mucho más. Se me hizo un nudo en la garganta cuando una lágrima se deslizó por mi mejilla, pero apenas la sentí. Y, mientras me dolía el corazón con cada respiración, supe que amaba a este hombre. Nunca había dejado de amarlo.

—¡Muévete! —bramó Atticus y una nueva oleada de adrenalina se disparó a través de mí.

Mi corazón dejó de latir durante lo que me pareció una eternidad antes de volver a la vida y me preparé para luchar contra aquel hombre deshonesto y poder volver con mi marido. Luché contra su

agarre y le di un cabezazo. Cayó hacia atrás, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Corrí hacia Killian, cayendo de rodillas. Uno de los hombres de Atticus me agarró, mientras pataleaba y gritaba, arañaba y mordía.

Un tipo arrastrándome se convirtió en dos, luego en tres.

Alguien disparó una bala.

—¡Suéltenme! —grité mientras resonaba otro disparo, salpicándome la cara de sangre. Siguieron unos cuantos disparos más.

—¡Dejen de disparar, malditos imbéciles! —demandó Atticus, aunque no le presté atención. Luché contra el agarre de los hombres para poder volver con mi esposo.

Justo cuando giré mi cuerpo, sentí que un metal duro conectaba con mi cabeza y me empujaba hacia la oscuridad.

Cuando me desperté a continuación, estaba desorientada mientras un cuarto desconocido apareció en mi vista. Estaba limpia, con un suave chasquido que atrajo mi atención hacia el techo. Me quedé mirando el estéril tono blanquecino que me recordaba demasiado a otra habitación en la que odiaba pensar.

El ventilador se movía lentamente mientras mi corazón martilleaba en mi pecho, recordando una nueva pesadilla. Sin embargo, a diferencia de las otras, en esta veía cómo le disparaban a mi marido y moría en mis brazos.

«Es solo una pesadilla», me dije mientras estudiaba la extraña habitación, negándome a que mi mente pensara en otra ocasión en la que estuve encerrada. Sin embargo, un recuerdo distante afloró: otro lugar, con azulejos aún más fríos, en el que viví durante meses mientras mi padre esperaba que llegara el momento del parto.

Sacudí la cabeza. No podía ni quería ir allí en ese momento.

Había dos puertas que llevaban a alguna parte, ambas de madera y de color marrón, aunque solo de una de ellas salía un suave resplandor.

Levanté el brazo y me froté los ojos cuando las imágenes empezaron a llegar a una velocidad excesiva y los recuerdos me inundaron. Tragué saliva con la garganta seca y me levanté de un salto, con los ojos moviéndose alrededor por el pánico.

Me bajé de la cama y mis pies descalzos tocaron la fría baldosa.

Mis ojos viajaron a lo largo de mí para encontrarme todavía con la misma ropa, las salpicaduras de sangre en ella haciendo que mi pecho se oprimiera de dolor.

—Killian.

Su nombre apenas era un susurro en mis labios, pero antes de que pudiera revolcarme en mi dolor, la puerta se desbloqueó con un fuerte clic y se abrió de golpe, inundando la habitación de luz y cegándome momentáneamente.

Una mujer entró con una botella de agua, con el rostro oculto por las sombras hasta que dio unos pasos más.

La confusión se apoderó de mí al reconocer aquel rostro. La había visto cuando fuimos tras Sofia Volkov, solo para encontrarnos cara a cara con Kingston Ashford, Alexei y una mujer.

Esta mujer.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté confundida. Fue mucho más tarde cuando supimos el verdadero nombre de la mujer. Louisa Volkov.

Tenía el cabello rubio dorado y sedoso, la cara en forma de corazón y unos ojos castaños claros con chispas doradas que me observaban con frialdad.

Elevó una ceja.

—Curioso, de alguna manera pensé que te preguntarías qué estabas haciendo aquí.

Algo no encajaba. Los ojos de esta mujer parecían diferentes, pero tampoco es que la hubiera estudiado durante nuestro último encuentro. Soltó la bomba, informándole a Ivy Murphy de que Juliette había matado a su padre, y la princesa de la Mafia Irlandesa se puso furiosa, atacando a su mejor amiga.

—¿Te estás haciendo la tonta, Louisa? —gruñí—. Esto no tiene ninguna gracia.

Su expresión se ensombreció y sus ojos se volvieron hielo.

—No tengo ni idea de quién es Louisa. —Se acercó mientras la estudiaba. Extrañamente, llevaba un traje de negocios con una falda que abrazaba sus curvas. No obstante, era su forma de caminar lo que me dijo más de ella que cualquier otra cosa. Era del tipo que les decía a todos los que la rodeaban que iba en serio y que no aceptaba mierda de nadie. Lo conocía bien, aun así, prefería hacerlo con pantalones cómodos.

¿Podría ser la gemela de Louisa de la que todos hablaban?

Y cuando dejé que mi mirada la recorriera, pude notar que había algo diferente en ella, aunque no podía precisar qué. Tal vez era esa mirada fría… y esa misma frialdad corría posiblemente por sus venas, o quizá la forma en que curvaba los labios, como si con gusto te mataría con una sonrisa.

Claro que yo también había matado, pero nunca con una sonrisa en mis labios.

—Dejando a un lado tus tonterías, bienvenida a Venezuela. —Se me cortó la respiración al escuchar su ronco saludo. ¿Cómo demonios había llegado a Venezuela? Se pavoneó con sus tacones de diez centímetros como la zorra que claramente era y se subió a la mesa—. ¿Dormiste bien?

Olvidado el debate entre Louisa y su gemela, entrecerré los ojos hacia ella.

—¿Dónde está Atticus? —solté, sin perder tiempo—. No estoy de humor para charlas.

Me tiró una botellita; sin embargo, se estrelló contra la pared cuando me negué a moverme para atraparla. Y, aunque rodó hasta mis pies y se me hizo agua la boca seca, de ninguna manera le daría a esta mujer la satisfacción de agacharme para recogerla.

A juzgar por su rostro, no me extrañaría que me diera una patada mientras estaba agachada.

—Ya no eres su problema —comunicó con indiferencia, alisándose las arrugas inexistentes de su falda Prada. Espera... ¿Le faltaba un dedo meñique en la mano izquierda?—. Eres mía.

—No soy tuya, maldita sea —repliqué, con los ojos aún clavados en su dedo. ¿Esta mujer había sido torturada? Tal vez la habían

convertido en una perra despiadada, su vida era similar a la mía. Tal vez podría apelar a ella...

—Fui yo —declaró, cortando mi monólogo, y mi mirada se encontró con la suya.

—¿Qué fue?

Levantó la mano y la agitó, dejándome ver claramente su dedo cortado.

—Me rebané el dedo. A propósito.

Se me abrió la boca, pero me recompuse rápidamente. Daba igual, si la mujer estaba metida en alguna mierda sádica, era su problema. No el mío. Quería salir de aquí y volver con mi esposo.

Tomé aire, la sangre me llegó a los oídos cuando el dolor me atravesó el pecho. «*Killian está muerto*». No había vuelta atrás. En ese momento, lo único importante era encontrar a mí… *nuestra*, hija.

—¿Qué quieres? —pregunté finalmente, cuadrando los hombros —. ¿Y por qué Atticus me entregó a ti?

Estaba desesperado por el nombre del *Líder del Sindicato*. Me resultaba difícil creer que se alejaría de ello.

—Porque le ofrecí la información que tú le negaste. —Cuando le dirigí una mirada confusa, añadió—: Jesucristo, ¿son todas las mujeres estúpidas? —Apreté los labios, tragándome el comentario mordaz que me quemaba en la lengua—. Ya no necesita que le des un nombre.

—¿Se lo diste?

Puso los ojos en blanco, contestando en tono sarcástico.

—Vaya, qué lista eres.

Cerré los puños y me clavé las uñas en mis palmas. Esta mujer tenía claramente ganas de morir.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres conmigo, entonces? —cuestioné —. Ciertamente, no me quitaste de sus manos por la bondad de tu corazón.

Suponiendo que esta mujer tuviera uno.

—Quiero tu hígado. —Parpadeé sorprendida, segura de no haberla escuchado bien.

—Perdona, ¿qué?

—Quiero. Tu. Hígado —habló despacio, como si pensaba que era demasiado tonta para entender su inglés y necesitaba leerle los labios.

Resoplé.

—Bueno, odio decepcionarte —«*maldita perra psicópata*»—, pero no tendrás mi hígado.

—En realidad no estaba preguntando. —Soltó una risita divertida y cruzó las piernas despreocupadamente. Luego se inclinó, apoyando el codo en la rodilla, como si estuviera sumida en sus pensamientos—. Lo voy a tomar, lo consientas o no.

Había entrado en una dimensión desconocida. Esa tenía que ser la única explicación plausible. Había estado trabajando con el Cártel Tijuana para localizar a mi hija, y en ese instante el papel se había invertido y estaba en realidad en la red de tráfico de órganos. Esto tenía que ser el karma en su máxima expresión.

—¿Por qué necesitas mi hígado? —inquirí, manteniendo la calma, deseando llevar un arma encima o al menos mi ropa habitual. Pantalones cargo y botas. En lugar de eso, solo llevaba *leggings* y la camisa de vestir de Killian. Mas no importaba, tenía mucha actitud para compensar mi falta de ropa—. Solo por curiosidad.

No es que ella lo comprendería.

Algo brilló en su expresión, haciéndola parecer casi humana, aunque rápidamente volvió a su cara de perra maldita.

—Eso no es asunto tuyo.

Entrecerré los ojos.

—¿Eres quien me ha estado enviando mensajes crípticos? ¿Y cargamentos de chicas descuartizadas por mi territorio?

Jesucristo, si se parecía en algo a Sofia, esto no acabaría bien.

—No, esos serían los cárteles. —Esos bastardos—. Una vez que se enteraron de tu trato con el Cártel Tijuana y Atticus, estaban ansiosos por entrar y tener acceso a tu territorio. Por supuesto, eran demasiado tontos y ciegos para darse cuenta de que en realidad no estabas de acuerdo.

—¿También trabajaste con ellos? ¿Por qué no consigues un hígado de ellos?

—Admito haber recurrido al mercado negro para conseguir un hígado, pero no trabajo con ellos y nunca lo haré —aclaró con un tono sombrío en su voz.

—Entonces no deberías necesitar el mío. En caso de que te hayas perdido una clase de biología, solo necesitamos uno.

Un giro cruel de sus labios y un brillo astuto en sus ojos me dijeron lo contrario.

—Pero verás, Emory DiLustro...

—Cullen —la interrumpí, levantando la mano izquierda y mostrándole mi dedo anular—. Ahora soy Emory Cullen.

Se encogió de hombros.

—Pero verás, *Emory DiLustro Cullen*, conseguiré tu hígado. Porque eres la persona compatible que he estado buscando.

Entrecerré los ojos.

—No pareces enferma.

—Nunca dije que fuera para mí —declaró con frialdad.

¿Por qué tenía que hablar en acertijos?

—Entonces, ¿para quién es?

—Pronto lo sabrás.

—¿Quién eres? —pregunté, aunque estaba segura de saberlo. Desgraciadamente, por su aspecto, sospechaba que esta mujer tenía más rasgos de su madre que de su gemela. La locura debía de ser cosa de familia.

—No es asunto tuyo.

Un hombre apareció en la puerta por la que había pasado unos minutos atrás y le dijo:

—Señorita Volkov, el proveedor ha dicho que solo quiere…

Sin mirar en su dirección, sacó una pistola de la parte trasera de su falda Prada y… *Bang. Bang. Bang.*

Los disparos reverberaban en los azulejos y las paredes, resonando en mis oídos.

Un escalofrío me recorrió.

Guardó el arma sin un atisbo de emoción, con los ojos fríos como el hielo, mientras yo la observaba fijamente, apartando la vista del cuerpo desplomado en el suelo. Mi mente repasó furiosamente los

últimos acontecimientos que se habían desarrollado en el bajo mundo, y todas mis sospechas fueron confirmadas.

Sabía exactamente quién era esta mujer. *Liana Volkov.*

Y a medida que iba comprendiendo la noticia, reinaba un silencio tan tenso que resultaba ensordecedor.

CAPÍTULO 34

KILLIAN



A pesar de mis mejores esfuerzos, perdía el conocimiento una y otra vez. Cuanto más me trataba de aferrar al rayo de luz, más me costaba mantenerme despierto. Pero en el fondo de mi consciencia, recordé la promesa que le hice a Emory.

Que la protegería. Que siempre estaría con ella.

Así que luché hasta que conseguí abrir los ojos y me encontré con unos ojos oscuros y familiares que me observaban fijamente.

—¿Dónde demonios está mi hermana? —Mi entorno borroso se enfocó cuando intenté levantarme de la cama. Basilio me empujó hacia abajo y me estremecí—. No te atrevas a intentar levantarte o Wynter tendrá mis pelotas.

—Claro que sí. —La cara de mi prima apareció a continuación, con las mejillas y los labios ligeramente hinchados como si hubiera estado llorando—. Killian, nos diste un susto.

—Emory —dije con voz ronca.

Necesité de todas mis fuerzas para pronunciar la palabra, cada una de ellas requería una inmensa cantidad de energía. Unas manos suaves se aferraron a las mías antes de que sintiera una mejilla húmeda presionándose contra mi mano, y giré la cabeza para encontrar allí el rostro manchado de lágrimas de Juliette.

—Estaba tan preocupada, Killian. No he dormido en días, observándote a todas horas. Todos lo estábamos.

—Yo no —soltó Basilio—. Estoy preocupado por mi hermana. ¿Dónde está?

Al menos mi cuñado era sincero, aunque el hecho de que me preguntara por Emory no era buena señal. *Mierda*. Se había ido. Otra vez.

—Atticus Popov atacó mi mansión y se la llevó —informé con voz ronca, con la lengua pesada.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero hay que encontrarlo —murmuré—. Quería algo de Em y ella se negó a dárselo. Tenemos que encontrarla. —Maldición, ¿por qué era tan difícil hablar? Basilio ya estaba en su teléfono, tecleando un mensaje a alguien, y giré la cabeza para mirar a Wynter—. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Dos días —respondió Wynter. *«Joder, fue demasiado tiempo».*

—¿Dónde estoy? —cuestioné.

—En mi casa —refunfuñó Basilio.

—Fuimos a visitarte después del evento de la *Alianza* —explicó Wynter—. Basilio iba a disculparse por…

—Por ser un imbécil —agregó Juliette.

—Estaba cuidando a Emory. —Basilio me fulminó con la mirada —. Y con toda razón. Esto nunca habría pasado bajo mi vigilancia.

Wynter le dio un ligero manotazo, lanzándole una ojeada de advertencia, antes de añadir:

—De todos modos, encontramos los cadáveres de algunos de tus guardias y luego a ti, sangrando en tu vestíbulo.

Fruncí el ceño.

—Se supone que no debían conocer ese lugar.

Juliette resopló.

—Díselo a *Priest*. No conoce límites cuando se trata de privacidad. Y menos mal, porque estarías muerto si no nos hubiera dado la ubicación de tu lujosa mansión privada.

Sacudí la cabeza.

—Llevaba chaleco antibalas. Ningún órgano vital fue alcanzado.

—No te alcanzaron órganos vitales, pero perdiste tanta sangre que casi mueres. —La voz quebradiza de Juliette me taladró los oídos y me clavó agujas en el cráneo.

—De verdad tienes que suavizar la voz, Jules —pedí mientras me incorporaba y movía las piernas para que colgaran de la cama.

Demonios, parecía que había envejecido décadas en los últimos dos días.

Juliette me fulminó con la mirada.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy a levantar.

Mis palabras causaron revuelo y protestas, siendo la de mi hermana la más sonora al cuestionar:

—¿Y a dónde vas?

—Voy tras mi esposa.

CAPÍTULO 35

EMORY



En cuanto Liana Volkov se marchó, exploré cada centímetro de la habitación en busca de algo que pudiera utilizar como arma. Aunque, sospechaba que era imposible que la infame y despiadada mujer hubiera sido tan descuidada.

Liana parecía tan cruel o más que su madre. Parecía que la manzana no cayó lo suficientemente lejos del árbol en su caso. ¡Por Dios! ¿Por qué Liana no podía parecerse más a su gemela?

Mientras seguía explorando, abrí la segunda puerta. Conducía a un baño equipado con un retrete de aspecto pútrido, un lavabo, jabón y un cepillo de dientes que había visto mejores condiciones.

Estaba a punto de darme la vuelta cuando mis ojos volvieron a posarse en el cepillo de dientes.

«Podría ser un arma», pensé. Lo tomé y volví a mi prisión, al colchón sobre barras metálicas y a la mesa de exploración.

Caminé en círculos sin parar, con la mente trabajando a toda máquina mientras un día se convertía en dos. Dos se convirtieron en tres, luego en cuatro, y pronto había pasado una semana… Si podía confiar en mi sistema de cálculo del tiempo. Bien podría haber sido un mes o dos días.

Cosas que sabía con certeza: Liana Volkov nunca regresó. El cepillo de dientes que había estado afilando contra las tuberías oxidadas bajo mi fregadero era mortal. Y estaba *enfadada*.

Lentamente, el tiempo se alargó, y ya no tenía ni idea de cuánto había pasado desde que Atticus me había secuestrado. El momento

en que todo se descontroló y me trajeron aquí para masacrarme.

Aún no podía hacerme a la idea de que me habían secuestrado por mi hígado. ¿Se llevarían también mis otros órganos? Si solo se llevaban una parte de mi hígado, lo que quedaba de él podría volver a su tamaño, volumen y capacidad normales en un par de meses después de la operación. Pero algo me decía que mis otros órganos serían repartidos por todo el mundo y que no saldría viva de estas cuatro paredes.

En ese instante, se trataba de una estrategia para huir, y si tenía que matar a todo el que se cruzara en mi camino, lo haría. Si tenía que destruirlo todo en este continente para volver a saborear la libertad, no lo dudaría.

Tictac. Tictac.

No había ningún reloj en la habitación, aun así, podía oírlo en mi cabeza. Era el sonido del tiempo terminándose.

No podía esperar a que alguien viniera a rescatarme. Killian estaba muerto, oh, Dios. «*No, no, no, no pienses en eso*». Un dolor agudo me atravesó el pecho, pero no podía concentrarme en ello en ese minuto. Tenía que ser fuerte por nuestra hija.

Era muy probable que mi hermano y mis primos supieran que algo había pasado, desgraciadamente, Liana tuvo tiempo de planear su golpe; seguramente ya se había encargado de no dejar rastro.

Lo que dejaba a Ines… Dios, esperaba que estuviera a salvo, dondequiera que estaba.

A veces, por la noche o de día, cuando me quedaba dormida, juraba oír pasos a lo lejos o el tictac de los relojes, pero nunca venía nadie a menos que fuera para meter una bandeja de comida por debajo de la puerta, así que empecé a sospechar que todo estaba en mi cabeza.

Normalmente, tenía una hora de luz al día, que utilizaba para hacer pequeñas marcas en el azulejo del baño para controlar el paso de los días, aunque el resto del tiempo lo pasaba ahogándome de agonía en mi habitación completamente a oscuras. Me pasé la lengua por los labios. Ese día no me habían servido la comida, y sospechaba que tenía algo que ver con la operación para la que me estaban preparando.

Me desperté, parpadeando contra la luz, y tardé un momento en darme cuenta de que inundaba la habitación a través de la puerta. La puerta *abierta* que conducía a la libertad.

Me levanté del colchón chirriante y miré a mi alrededor, esperando que hubiera alguien, pero no encontré a nadie.

Mi cerebro tardó un segundo en procesar el significado. «*Estoy sola y la puerta está abierta».*

Parpadeé y bajé los pies de la cama, con el corazón latiéndome en la garganta. Aún tenía muchas cosas de las que ocuparme y promesas que cumplir. Encontrar a mi hija. Encontrar a Ines. Lamentar la muerte de Killian.

Me ardían los ojos, pero parpadeé para mantener a raya las lágrimas. Ese no era el momento.

Buscando mis fuerzas, me levanté de la cama y me puse de pie. Metí la mano bajo la almohada y agarré el cepillo de dientes, mi única arma endeble, y con el corazón en la garganta, me arrastré por la habitación.

Cuando llegué a la puerta, asomé la cabeza y me encontré el pasillo completamente vacío. E inquietantemente silencioso.

Mirando a ambos lados, vi unas escaleras a la izquierda y me dirigí en esa dirección. Una rápida inspección me indicó que estaba en una casa, una *muy* grande, con una sección que casi parecía el ala de un hospital.

El pavor crecía en la boca de mi estómago. Algo no estaba bien y mis instintos me pedían a gritos que huyera. Los ignoré mientras me adentraba en el pasillo, donde el olor a desinfectante se hacía más y más fuerte a cada paso.

Hasta que otra puerta agrietada, tan parecida a la mía, me dejó paralizada en mi sitio.

Mis dedos se cerraron en puños, la punta afilada del cepillo de dientes clavándose en mi palma, mientras contemplaba la escena en la habitación, mi cerebro incapaz de procesarla.

Las luces estaban atenuadas y un pequeño cuerpo yacía en la cama, con el dolor grabado en su carita. *Bip. Bip. Bip.*

La niña estaba conectada a una intravenosa, la máquina del corazón controlaba sus signos vitales. Y allí estaba… *¿Liana?* Sosteniendo la pequeña y frágil mano entre las suyas.

Fruncí el ceño mientras estudiaba la escena y la faceta de aquella mujer que jamás habría creído que existiera si no la hubiera visto desarrollarse ante mis ojos.

Entré en la habitación, algo me atraía hacia la niña. Quizás eran sus rizos oscuros lo que me fascinaba. O tal vez era mi curiosidad habitual a la que no podía resistirme y que acabaría siendo mi perdición.

—Señora Cullen, gracias por unírsenos —saludó Liana, manteniendo su voz suave y sus ojos fijos en la figura dormida.

Era una tontería, pero tampoco quería despertar a la pobre niña, aunque pareciera estar sufriendo, así que susurré mi respuesta:

—Me estabas esperando.

Finalmente, giró la cabeza lentamente, como si estuviera agotada, y se encontró con mi mirada.

—Sí.

Incliné la barbilla hacia la niña y pregunté:

—¿Qué está…? —Sus gruesos rizos oscuros y su rostro delgado y pálido se movieron ligeramente al escuchar mi voz, así que bajé mi tono—. ¿Qué está mal con ella?

—Necesita un hígado.

Retrocedí un paso cuando la comprensión me golpeó como un rayo. Necesitaba mi hígado para ella, esa pobre y frágil niña que yacía en cama y luchaba por su vida.

—Y soy compatible —confirmé con voz ronca, sabiendo ya la respuesta. Solo había que mirar a esta mujer para saber que no se detendría ante nada para salvar a su hija.

La comisura de sus labios apenas se levantó, el cansancio persistía en sus ojos.

—La única que pude encontrar —admitió—. Incluso hackeé los historiales médicos de tu hermano y de sus hijos. Pero no eran compatibles. —El cepillo de dientes que había agarrado hace un

momento se me escurrió entre los dedos y cayó al suelo inmaculado. Basilio se pondría como una fiera si lo supiera, aunque para entonces ya no tendría importancia.

No lograba sacudirme la sensación de que estaba dando rodeos para no enfrentar la realidad.

Cuando me quedé callada, estudiando fijamente al pequeño y vulnerable ser humano que había en aquella cama de hospital, Liana preguntó:

—¿Sabes por qué?

Volví a mirarla.

—¿Por qué?

—Porque no eres una DiLustro.

—¿Q-qué? —La confusión me invadió y parpadeé furiosamente. Estaba claro que me habían drogado. Me esforcé por seguir las palabras de la mujer.

—Tú, Emory, no eres la hija de Gio DiLustro.

«No eres mejor que un perro. Tu madre también lo era. Maldita perra en celo quedando embarazada».

Las palabras que mi padre me espetó hacía tanto tiempo resonaron en mis oídos, poniendo patas arriba mi mundo y todo lo que creía saber. Me estremecí al saberlo y observé a Liana con desconfianza, pero ella no tenía motivos para mentir. Ya me tenía como prisionera; conseguiría lo que quería.

—¿Y mi hermano? —cuestioné con voz ronca, mis ojos se desviaron hacia la niña, algo en ella me llamaba. No tendría más de cinco años, quizá seis—. ¿Es mi hermano?

Si bien Basilio y yo nunca fuimos unidos a nuestro padre, tan solo la posibilidad de que no fuéramos hermanos, me haría perder la cabeza.

—Medio hermano —informó en tono aburrido, apartando un rizo de la cara de su hija—. Es definitivamente hijo de Gio.

La decepción me invadió, pero sabía que a él no le importaría. Era mi familia y yo la suya, y nada podría cambiar eso.

—Entonces, ¿quién es mi padre? —inquirí—. Parece que lo sabes todo.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, no me importa.

Cerré las manos en puños y localicé el cepillo de dientes en el suelo, acercándome para poder agarrarlo en cualquier momento. Esta mujer estaba mal de la cabeza y no podía permitir que la escenita que estaba montando me impidiera escapar.

—Así que me sueltas esa bomba y luego finges desinterés. Ya veo cómo es.

—Te estaba explicando por qué llegamos a *tu* hígado. —Un médico apareció detrás de mí, y me tensé, moviendo mi cuerpo para mantenerlo a él y a Liana a mi vista—. Si hubiera podido ahorrarte esto, lo habría hecho. Pero eres tú o Amara, y…

Se me cortó la respiración y las luces de la habitación parecieron parpadear. Pero… no podía…

Me esforcé por mover los labios.

—¿A-Amara?

Tenía que ser una coincidencia.

—Sí, Amara es la niña que diste a luz. Ponte al corriente. —La cabeza me daba vueltas, mi mirada oscilaba entre la niña enferma y dormida y Liana—. Hubiera preferido mantener viva a su madre biológica para que, si alguna vez preguntaba por ti, pudiera decirle dónde encontrarte, pero… —Se encogió de hombros y recordé lo psicópata que era Liana.

«Amara, Amara, Amara».

Tenía que pensar. Tenía que sacarnos de aquí. Mi hija por fin estaba aquí, tan cerca que podía tocarla, estrecharla entre mis brazos

La mente me daba vueltas y el corazón se me oprimía. Alguien me llamó por mi nombre y busqué apoyo mientras empezaba a desplomarme.

Para mi sorpresa, Liana me atrapó antes de que cayera al suelo.

—Respira. —Una orden firme que obedecí, aun tambaleándome por el *shock*—. Bien, otra respiración.

Y lo hice, luego otra, antes de que pudiera mantenerme erguida de nuevo. Antes de que por fin todo tuviera sentido. Antes de que el mundo pareciera más brillante a pesar del aprieto en el que me encontraba.

Sin embargo, tenía tantas preguntas.

—¿Cómo acabaste con mi hija? ¿Sabías siquiera que era mía? ¿Por qué me la ocultaste? —cuestioné, con las palabras saliendo a borbotones y la necesidad de saberlo todo sobre mi hija arañándome el pecho.

—Esas son muchas preguntas. —Su voz tranquila y serena me hizo parecer aún más agitada. No obstante, era mi hija de quién estábamos hablando, permanecer razonable era imposible—. Sabes que Gio jodió un trato con el Cártel Tijuana y Perez Cortes. —Asentí —. Utilizó a tu hija para saldar una deuda. Me asignaron para ser su… —Parecía luchar por encontrar la palabra adecuada—. Su niñera. Su madre adoptiva. Su tutora. Llámalo como quieras. —Contuve la respiración, hambrienta de oírlo todo sobre mi hija—. Tenía dieciocho años cuando me arrojaron a esos lobos y apenas sobreviví. Amara era una recién nacida y sabía que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir, así que la tomé bajo mi protección.

—Gracias —pronuncié con voz ronca, un sentimiento de agradecimiento expandiendo mi pecho—. ¿Te dijeron que era... mía?

Sacudió la cabeza.

—Lo mantuvieron en secreto. Sinceramente, no me importaba quién era —admitió Liana—. Quería protegerla. Cuando su hígado empezó a fallar y no pudieron encontrar un sustituto, el cártel empezó a considerarla inútil. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que la mataran.

Mi voz temblaba, el miedo se colaba por los rincones de mi mente.

—¿Qué le han hecho?

«Y a ti», quería preguntar, mas no me atreví. No pensé que Liana Volkov fuera de las que compartían sus experiencias.

—Nada. Era demasiado joven. —Sentí tal alivio que trajo mis lágrimas y me balanceé—. Pero estaban a punto de utilizarla por sus órganos —continuó—. Al menos los que funcionaban.

Ya no me importaban mis órganos. Esta mujer podía llevárselos todos con tal de salvar a Amara.

—¿Cómo los convenciste de que la perdonaran? —Respiré, cada palabra me quemaba la garganta. Debería haber sido *yo* quien

protegiera a mi hija, no esta mujer. Debería haber sido *yo.*

—No lo hice. Simplemente desaparecimos.

Fruncí las cejas.

—Pero sigues en Venezuela.

Se rio entre dientes.

—El mejor sitio para esconderse es delante de sus narices. El Cártel Tijuana era demasiado tonto para buscar en Venezuela y también lo era Perez Cortes. He aprendido que al parecer es un rasgo común de los hombres.

Su voz estaba impregnada de amargura y sentí lástima por ella. Sin embargo, no era el momento ni el lugar para ello.

—¿Cuándo supiste de su conexión conmigo? ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?

—Escuché accidentalmente a Perez hablar de la conexión de Amara contigo cuando estaba a punto de hacer que la descuartizaran por sus órganos. —Menos mal que aquel hombre estaba muerto, porque nada me daría más placer que despedazarlo extremidad por extremidad—. Como dije, tomé a Amara y desaparecimos, y luego empecé a indagar, y sorpresa, sorpresa cuando supe que Killian Cullen es su padre.

—Suenas como si lo conocieras.

—Sé de él. —Me mostró una sonrisa fría—. Y en ese momento, tomé la decisión de proteger a Amara a cualquier precio.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Llámalo compensación.

Todo esto empezaba a ser demasiado.

—¿Por qué?

—Por la muerte de sus padres. Fue mi madre quien lo ordenó.

Me temblaban las manos, abrumada por todo lo que acababa de oír. No podía decidir si Liana Volkov era una villana o una heroína. Por un lado, le estaba inmensamente agradecida por proteger y salvar a mi hija y, por otro, me enfurecía que me la hubiera ocultado. Si conocía la identidad de Amara, debería haberme llamado.

Mis ojos se desviaron hacia mi hija, su pequeño cuerpo luchando por una oportunidad de vivir.

—Es justo que le dé mi hígado —susurré, agradecida de poder conocerla al menos—. Después de todo, es mi hija.

La mano de Liana seguía sobre mí, sosteniéndome, y finalmente dijo:

—De acuerdo. Y quiero que sepas, Emory, que, si tengo que elegir entre tú o ella, siempre será ella.

Luego, la oscuridad me envolvió.

CAPÍTULO 36

KILLIAN



Mi *jet*, lleno con mis aliados, Liam, los DiLustro, Danil Popov con su mano derecha, Soren, y nuestros hombres, llegó a Venezuela poco antes del anochecer. Aterrizamos en un pequeño aeropuerto privado de Puerto La Cruz con una pista de asfalto para aterrizar y otra de grava para despegar.

Si bien me dolían mucho el abdomen y la pierna, estaba cargado de adrenalina y medicamentos, dispuesto a encontrar a mi esposa y traerla a casa. Me negaba a que nada, y menos mis heridas, me detuviera.

Habían pasado cuatro días desde que irrumpí en el *penthouse* privado de Danil con los DiLustro, dispuesto a arrasar todo el edificio si no encontraba la forma de conseguirme la ubicación de su padre. Consiguió rastrearlo hasta un pueblo de Venezuela, pero luego su rastro se perdió.

Así que aquí estábamos todos, vestidos con atuendos militares negros para ayudarnos a completar nuestra misión de incógnito. Éramos quince en total y, al descender por el camino de desembarque, nos recibió el contacto local de Soren, que conocía Venezuela como la palma de su mano.

En cuanto llegamos a la pista, se dirigió hacia nosotros con el ceño fruncido.

—¿Esta es su idea de operaciones de entrada y salida pacíficas y bajo el radar? —preguntó, señalándonos a todos, armados para el

combate—. ¿Se nos unirán también las Operaciones Especiales y los Marines estadounidenses?

Moví la cabeza hacia Danil y Soren, que nos habían asegurado una forma de entrar. Danil seguía actualizando su información sobre Atticus, con la esperanza de que apareciera y este rastro perdido no fuera lo único que tuviéramos. El contacto de Soren nos indicaría la dirección correcta, y un rastro era un comienzo, estuviera perdido o no.

—Ni siquiera sabrás que estamos aquí —aseguró Soren—. Rodríguez, este es Killian Cullen y Basilio, Dante y *Priest* DiLustro.

Rodríguez hizo una pausa, asimilándonos a todos.

—He oído hablar de ustedes.

—Lo mismo digo —gruñó Basilio—. Si cambias de bando o nos traicionas. Si le falta un solo pelo a mi hermana, te arrepentirás del día en que naciste.

—Estás en *mi* territorio; haré que te despellejen vivo.

Murmurando una maldición, me interpuse entre ellos con la mirada seria.

—¿Terminaron su *amena* conversación?

Eso pareció concluir su competición de testosterona.

—¿Se sabe algo de la mujer? —inquirió Danil.

—No, pero cuanto antes la encuentren y se vayan, mejor.

—No podría estar más de acuerdo. —Lo rodeé y miré mi teléfono —. Ahora, hay que movernos. Quiero llegar a la última ubicación conocida, mientras que todavía tenemos la oscuridad de la noche escondiéndonos.

—¿Conocemos la mejor manera de entrar? —cuestionó Dante.

—Carúpano es una ciudad en el extremo norte. La propiedad que visitó Atticus Popov se extiende a lo largo de la costa. Colarse por el mar es aconsejable —recomendó Rodríguez.

—¿Tenemos un plano de la propiedad? —Quise saber.

Rodríguez negó con la cabeza.

—Desgraciadamente, no. El dueño ha tomado todas las precauciones para asegurarse que nadie entre, o salga, fácilmente.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —demandé.

Danil señaló con la cabeza los vehículos que esperaban.

—Dependiendo del estado de las carreteras, llegaremos en un par de horas o desapareceremos por la ladera de un maldito acantilado.

Ni siquiera eso me detendría. Me arrastraría hasta Emory si era necesario. Había prometido protegerla, y tenía la intención de mantener mi palabra.

—¿Deberías cambiarte el vendaje? —Soren preguntó, estudiando mi pierna.

—No, estoy bien. —O lo estaría, una vez que recuperara a mi esposa.

Caminamos hacia la hilera de Land Rovers y Jeeps, con la tensión marcando cada una de nuestras expresiones. Era una noche fría y sin estrellas. Recé para que no fuera una señal de la oscuridad que se avecinaba.

Puse el coche en marcha y conduje nuestra caravana de todoterrenos por las estrechas y oscuras carreteras. A nadie le cabía duda en sus mentes de que llevábamos rabia y venganza con nosotros.

A unos ciento sesenta kilómetros, el dron de Danil nos alertó de una imponente valla eléctrica de alta seguridad, y los vehículos se detuvieron en seco antes de que pudiera interceptarnos.

Salté del coche y me dirigí al cercado, inspeccionando la zona y la fuente principal de energía. No había más que kilómetros de bosque a nuestro alrededor. Sin voces. Ni animales. Ni personas. Solo nosotros.

—Jesucristo —refunfuñó Basilio, siguiéndome por detrás.

—Aquí hay energía suficiente para incendiar a todo el país —expresó secamente *Priest*.

El sinuoso camino desapareció más allá de la valla eléctrica, y entonces lo supe.

Ella estaba aquí. Y planeaba infiltrarme, sin importar el costo.

—¿Tal vez deberíamos hacer lo que Rodríguez recomendó? —sugirió Dante—. ¿Tomar la ruta oceánica?

—O tal vez eso es lo que esperan de nosotros —murmuré, sacando mi teléfono y tecleando furiosamente mientras trabajaba en

hackear la red e ignoraba el dolor palpitante de mi pierna—. Deberíamos tomar esta ruta. Dame un minuto.

En respuesta a mi sugerencia, los hombres DiLustro compartieron una mirada mientras la luna se ocultaba tras las nubes que se habían materializado en la última hora, proporcionándonos la cobertura que tanto necesitábamos.

Los segundos se convirtieron en minutos mientras mis dedos volaban por la pantalla, intentando todos los ángulos que nos permitieran entrar en este complejo sin ser detectados.

—Lo tengo —siseé victorioso. *Clic. Clic. Clic.* Y así como así, la cerca eléctrica ya no tenía energía. Corté a través de los cerrojos, y las puertas se abrieron—. Vamos a movernos.

Rápidamente, nos dirigimos de vuelta al todoterreno. Abrí la puerta trasera y empecé a armarme.

—¿No sería más rápido si condujéramos hasta los edificios principales? —inquirió Basilio, aunque también se estaba preparando.

—Sí, pero no podemos arriesgarnos a que nos oigan. Es probable que este lugar esté lleno de guardias armados. —Cargué mi pistola y lo miré de reojo—. De esta manera, tenemos el elemento sorpresa.

La falta de sueño y mi cuerpo aún en proceso de curación me pasaban factura. Estaba adolorido y agitado, aun así, me negué a dejar que eso me frenara. Tendría tiempo de sobra para descansar cuando pusiera a salvo a mi esposa.

—Todos, usen sus silenciadores todo el tiempo que puedan. Permanezcan ocultos, eliminen a los guardias sin llamar la atención —ordené—. Lleven tanta munición como puedan cargar.

Agarré la jeringa de adrenalina y me la inyecté. Danil me miró con desaprobación, pero no dijo nada, y nos pusimos en marcha.

—Fue una decisión acertada —afirmó Basilio mientras arrancábamos a toda velocidad, nuestros hombres se extendían por la propiedad y se movían como sombras en la noche.

«Hora de llevar a mi esposa a casa».

Tardamos veinte minutos en acercarnos a menos de treinta metros de esta mansión blanca de estilo colonial de *Antebellum South,* que bien podría haber sido sacada de una zona rural de Georgia.

—Esto debería ser pan comido —murmuró Basilio a mi lado.

Fue a dar un paso, pero lo agarré del brazo.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Entrando?

Lo agarré con fuerza y, cuando iba a empujarme, lo empujé hacia atrás.

—Hay guardias por todas partes. Mira. —Incliné mi detector de infrarrojos para que pudiera ver la pantalla.

Jaló su brazo, se apartó y se puso a mi lado. Observó la zona con la mirada entrecerrada hasta que los vio y gruñó de acuerdo.

Me metí la pistola en la cintura del pantalón y hablé por el auricular.

—Basilio y yo vamos a entrar. Usen un silenciador para eliminar a cualquier guardia que nos vea.

Zigzagueando sobre el inmaculado césped, con Basilio a mi espalda, mantuve los ojos bien abiertos sobre nuestro objetivo, ignorando la conmoción a la izquierda. Cuando llegamos al porche, miré a mi alrededor y vi que la mayoría de los guardias de la entrada de la casa estaban muertos.

En ese momento, la puerta principal se abrió y apareció un guardia.

—Esta es propiedad privada...

La comprensión iluminó su rostro cuando Basilio y yo le apuntamos con nuestras pistolas, interrumpiéndolo al apretar el gatillo. De dos disparos, le volamos los sesos, manchando el revestimiento blanco.

Pronto apareció otro guardia, y antes de que Basilio pudiera dispararle, siseé:

—Necesitamos información.

—Me parece justo. —Aceptó, disparándole al hombre en el muslo, peligrosamente cerca de la ingle. Antes de que el grito agonizante del guardia pudiera alertar a más gente, le tapé la boca, pero dos más se abalanzaron sobre nosotros desde la izquierda. Y

luego por la derecha. Comenzó el verdadero espectáculo, las balas volaban desde todos los rincones. Pronto más guardias se agolparon en el jardín delantero y una lluvia de balas nos siguió, sin duda anunciando nuestra llegada.

Apunté y disparé, enviando a uno y luego a dos hombres a una muerte prematura y dejando que Basilio matara al resto.

—¿Dónde está la mujer? —gruñí, sacudiéndolo por el cráneo.

Ni siquiera intentó aguantar.

—En el ala de laboratorio. Están haciendo la transferencia de órgano ahora.

Se me heló el corazón antes de acelerar a toda velocidad. Le rompí el cuello y salí corriendo hacia el interior, disparando a todo el que se cruzaba en mi camino. El ambiente se espesó con el pulso constante de la urgencia.

Cuando estaba en el segundo piso, con Basilio no muy lejos detrás de mí, tuve que recargar rápidamente mi arma, cerrando el cargador de golpe.

—¡Jesucristo, se están multiplicando! —vociferó, agitando su arma hacia el pasillo.

Una bala pasó zumbando, rozándome el hombro, mas no me detuve. Tenía que llegar hasta Emory antes de que la masacraran.

—¡Tenemos que encontrarla! —grité, con la pierna ardiendo y el hombro adolorido, pero me negué a dejar que eso me frenara.

Basilio se detuvo para recargar su arma cuando fue derribado por un guardia.

—¡Vete! —exclamó, forcejeando con él—. ¡Estaré justo detrás de ti!

La primera habitación en la que entré estaba vacía y sin ventanas, sin embargo, había un aroma familiar en el aire. *Emory*. Me acerqué para investigar cuando un fuerte brazo me rodeó el cuello por detrás y me aplastó la tráquea. Maldición.

—Llegas demasiado tarde —espetó una voz mientras su agarre en mi garganta se apretaba—. La están cortando en pedazos mientras hablamos.

Una oleada de rojo se abalanzó sobre mis ojos.

Tirando del brazo hacia delante, le hundí el codo en las costillas con todas mis fuerzas. Y luego otra vez. Cuando se tambaleó hacia atrás, alcancé mi navaja y balanceé el brazo, haciendo contacto con su globo ocular izquierdo. El hombre soltó un aullido de tortura y la presión alrededor de mi cuello se liberó. Me di la vuelta y lo encontré con la navaja clavada en el cráneo.

Nada me hubiera gustado más que mutilar aún más a este desgraciado, no obstante, mi esposa me necesitaba. Con eso en mente, apunté mi arma a su frente y apreté el gatillo.

Lo dejé a que se pudriera y seguí buscando por un pasillo de puertas cerradas. Detrás de cada una había una decepción: ni rastro de mi esposa. Pero seguí adelante, con las imágenes de Em asustada y sola filtrándose en mi mente y burlándose de mí.

Hasta que abrí la puerta correcta.

CAPÍTULO 37

KILLIAN



No tuve tiempo de prepararme para esta imagen.

Me quedé estupefacto mientras el amargo olor a antiséptico, jabón y productos de limpieza llenaba mi nariz. Se me subió la bilis a la garganta al ver los cuerpos que yacían uno junto al otro. Una niña y una mujer.

La mujer a la que debía proteger con mi vida. La mujer que yacía mortalmente pálida, con su máquina apenas pitando.

Mi estómago se revolvió mientras una rabia destructiva amenazaba con explotar.

Una voz temblorosa me sacó de mi estupor.

—Estoy a punto de coserla.

Dirigí la mirada hacia un anciano, un médico que estaba entre las dos mesas de operaciones, todavía con ropa quirúrgica y cosiendo a la niña mientras Emory yacía abierta, desde el pecho hasta el abdomen.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —bramé, con el corazón roto golpeándome tan fuerte que me balanceé sobre mis pies.

La mano del doctor se detuvo a media cosida sobre la niña y sus ojos se clavaron en mí con miedo.

—Voy tan rápido como puedo.

Quería lanzarme contra el médico y darle un puñetazo hasta que me sangraran los nudillos. Pero no podía. Era el único en la sala que podía garantizar la seguridad de mi esposa. Si lo mataba, dos cuerpos se desangrarían.

—¿Qué demonios...? —La voz de Basilio llegó desde atrás. Vino a ponerse a mi lado y sus ojos recorrieron la escena. Podía leer su mente sorprendiéndose por la escena—. ¿Qué le has hecho a mi hermana? —gruñó, con el dedo en el gatillo.

Mis ojos se desviaron hacia mi cuñado, con una expresión gris como si estuviera a punto de vomitar. Dio un paso adelante, con el cañón de la pistola apoyado contra la frente del doctor.

—Contrólate, Basilio —siseé, agarrándolo del brazo y jalándolo hacia atrás—. Y no te atrevas a apretar el gatillo.

Sus ojos oscuros, tan parecidos a los de Emory, se encontraron con los míos, ardiendo con la rabia que sentía en mi corazón.

—¿Por qué?

Incliné la barbilla hacia los cuerpos de las mesas de operaciones.

—Aún están vivas. Tiene que suturarlas.

Apretó la mandíbula al asentir y mi mirada se desvió hacia el médico.

—Arréglalas —exigí, apuntando mi propia arma contra su cabeza —. Si alguna de ellas muere, tú también.

—D-de acuerdo —tartamudeó, y con manos temblorosas reanudó su trabajo. Se movía con rapidez y eficacia, aun así, cada puntada dentro y fuera de la piel me impacientaba más.

Respiré hondo antes de cuadrar los hombros y me acerqué a las mesas de operaciones; el doctor me observaba con recelo mientras terminaba con la niña. Cuando se dirigió a Emory, me costó mucho no dispararle. Pero un cirujano muerto era un cirujano inútil.

—¿Qué les has hecho? —pregunté, con un temblor recorriéndome. Sentí como si la tierra estuviera a punto de tragarme.

—Hígado —murmuró, trabajando rápido—. Esta mujer era la única compatible con la niña.

Mis ojos se movían entre ellas.

—¿Dónde está la gente a cargo? —cuestioné. Alguien tenía que morir este día—. ¿Dónde está la madre de la niña?

Los movimientos del médico se detuvieron un instante mientras me miraba, claramente confundido. Probablemente, se preguntaba quién era yo.

—La mujer que crio a esta niña ha sido secuestrada. Y la madre biológica de la niña... —se interrumpió, bajando la vista hacia el cuerpo inconsciente de Emory. Sus siguientes palabras fueron como un puñetazo en el pecho—. Pues, la estás viendo.

CAPÍTULO 38

EMORY



Una sensación de ligereza me envolvió, resguardándome en una fortaleza de sábanas blancas y cálidas mantas.

No quería despertar. No quería sentir. No quería estar viva.

«Viva».

Abrí los ojos y parpadeé contra la luz del sol que se filtraba por la ventana grande, mientras fragmentos de imágenes se aparecían mientras entraba y salía de la consciencia.

Eché un vistazo a la habitación. Me resultaba familiar, pero a mi nublado cerebro le costaba averiguar de dónde. No importaba, porque tras años de búsqueda, por fin había encontrado a mi hija.

Solo para perderla en el mismo suspiro.

Me moví, un dolor agudo me atravesó el vientre y el abdomen, y se me escapó un gemido doloroso.

—*No.* No te muevas.

Unas manos familiares me rodearon, ajustaron la almohada y colocaron otra manta sobre mi regazo.

Killian.

Había estado conmigo todo el tiempo que estuve inconsciente; en ese momento lo sabía. Susurrando palabras. Acariciándome el cabello. Sosteniéndome la mano. Pensé que eran las drogas y el delirio, pero era él.

Solo que... estaba muerto. ¿Eso significaba que yo también lo estaba?

Giré la cabeza y me encontré con unos ojos azul oscuro que me evaluaban.

—Bienvenida a casa, *Álainn* —pronunció bruscamente—. Estamos de vuelta en la mansión. Estamos en New York.

Parpadeé, con la confusión invadiendo mis sentidos. ¿Estaba viendo cosas? ¿Había perdido la cabeza? Sacudí ligeramente la cabeza y apreté la nariz. También podría seguir creyendo las imágenes del fantasma de mi marido que me rodearan.

—¿Eres real? —inquirí con voz ronca y con la boca seca.

—Sí.

—Pero moriste. —Mi mente aturdida luchaba por comprender el significado de lo que estaba viendo—. Te vi morir.

—Si estuviera muerto, ¿podría abrazarte? —Killian se inclinó sobre mí, jalándome suavemente hacia su pecho—. Si estuviera muerto, ¿podrías sentirme contra ti, diciéndote lo mucho que te amo? ¿Que la vida sin ti no vale la pena?

—Pero te vi —murmuré, con la cara enterrada contra su pecho. Inhalé su aroma con avidez mientras mi corazón luchaba contra mis costillas.

Sus fuertes manos recorrieron mi espalda.

—Llevaba un chaleco antibalas.

De repente, una intensa emoción me inundó. Mi esposo estaba *aquí*, sosteniéndome, abrazándome como si hubiera estado perdido sin mí.

—Viniste por mí —susurré, encontrándome con sus ojos cansados y enrojecidos.

—Te dije que te protegería del mismísimo diablo.

Lo hizo, y lo dijo en serio también. Aunque en este minuto, estaba atrapada entre la felicidad y la desesperación. ¿Dios siempre daría y quitaría? Me había dado a Killian y me había quitado a mi hija. ¿Me habían quitado el hígado? ¿Sobrevivió?

Me aparté y mis ojos se posaron en mi bata de hospital. Me quedé mirando la impecable tela blanca y los recuerdos me inundaron de golpe. La noticia de que Amara estaba enferma. Liana Volkov.

Junté las cejas y pregunté:

—¿Han...?

¿Qué debía decir? ¿Tomaron la mitad de mi hígado y se lo dieron a una niña que resultó ser nuestra hija? ¿Sobrevivió? ¿Dónde estaba? ¿Podría abrazarla algún día?

Antes de que pudiera ordenar mis pensamientos, Killian me apartó un mechón de cabello de la frente y dijo:

—Te quitaron un trozo de hígado. Te encontré justo cuando el cirujano estaba a punto de suturarte.

Respirando hondo, me recosté contra las almohadas.

—Y la niña, ¿sabemos si ella...?

Tragué saliva, incapaz de hacer la pregunta cuya respuesta temía.

—La niña se está recuperando de una operación —respondió Killian, inclinando la barbilla hacia mi derecha—. Está en la habitación de al lado. —Hizo una pausa antes de añadir—: Quiero que te mejores, pero luego tenemos mucho de qué hablar.

Mis ojos se clavaron en la pared blanca, mi corazón amenazaba con romper mi caja torácica con cada tambor. Me quedé viéndola como si fuera a desaparecer por arte de magia y revelar lo que había detrás.

—¿Está aquí?

—Sí, Em. *Nuestra* hija está aquí. —Las palabras me hicieron parpadear y, despacio, demasiado despacio, giré la cabeza para mirar a mi esposo. Se inclinó sobre mí y me acarició las mejillas—. *Nuestra* hija —declaró con voz ronca, y vi las mismas emociones que ardían en mi corazón observándome fijamente a través de aquellos ojos azules—. ¿Por qué no me lo dijiste, Emory?

No había acusación ni culpa en su voz, solo el mismo dolor y desesperación que había sentido durante los últimos seis años.

—T-tenía m-miedo —balbuceé, incorporándome lentamente con su ayuda y la de las almohadas que tenía detrás, con una mueca por el dolor en el abdomen—. Mi padre mató a mi madre por intentar alejarme de él. Aunque ahora me he enterado de que ni siquiera era mi padre, así que parece que... yo... no sé...

Gio DiLustro probablemente había esperado el momento oportuno para matar a mi madre.

—Maldición, *Álainn*, deberías habérmelo dicho. —De nuevo, no había más que dolor en su voz. Se acercó hasta que su frente se apoyó en la mía mientras cerraba los ojos, ocultándome sus fantasmas—. Debería haber estado ahí para ayudarte. Debería haberlas protegido a ambas.

—¿Se pondrá bien? —susurré, cerrando mis propios ojos—. ¿Qué dijo el médico?

—Su cuerpo aceptó el órgano. —Su voz temblaba y podía sentirlo en mi propio corazón—. Pero sigue en observación.

Los ojos me ardían tras los párpados cerrados.

—¿Y si nos odia?

Hubo una pausa, y cuando abrí los ojos, había una feroz determinación en su mirada.

—Entonces nos ganaremos su amor. Cueste lo que cueste.

—Cueste lo que cueste —repetí.

CAPÍTULO 39

EMORY



Todas mis razones para ocultarle a Killian la existencia de nuestra hija se desvanecieron. Aún quedaban muchas cosas por discutir; sin embargo, ninguna de ellas importaba tanto como nuestra hija.

—¿Lista para ir a conocer a nuestra hija? —preguntó con voz ronca, la luz de sus ojos azules se clavó en mí con tanto amor que me mareó.

—Sí, pero primero... —Elevó su ceja, esperando. Respiré hondo y me pasé la lengua por el labio inferior antes de armarme de valor para continuar—: Quiero decirte que… te amo, Killian. —Su gran cuerpo se quedó inmóvil, casi como si hubiera dejado de respirar—. Hace seis años, estaba encaprichada contigo. Pero hoy... te amo tanto que me duele respirar. Nunca he amado a nadie más. Tú... *Tú* y la hija que me diste... Eso es todo lo que siempre quise.

Me miró perplejo y empezaron a asaltarme las dudas. ¿Quizás era demasiado? Se me revolvió el estómago y empecé a cuestionar mi sinceridad. Tal vez él...

No obstante, antes de que pudiera terminar el pensamiento, me besó con fuerza, robándome el aliento.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo he esperado esto. A ti —murmuró contra mis labios. Las emociones me apretaban la garganta y esta vez no me molesté en ocultarle mi vulnerabilidad—. En cuanto descubrí que estabas viva, me dediqué a perseguirte todo el tiempo que fuera necesario hasta que me amaras tanto como yo a

ti. Y cuando te encontré, estaba decidido a mostrarte cómo podía ser nuestra vida.

—¿Y mi cláusula de dos años?

Sonrió, de repente parecía más joven.

—Nunca habrá ninguna cláusula a corto plazo cuando se trate de ti. Solo hay una manera de que te deje, y es en un ataúd.

—¿Estabas mintiendo? —Fingí un grito ahogado, pero unas lágrimas de felicidad resbalaban por mi mejilla.

—El día que me casé contigo, prometí amarte y tenerte hasta que la muerte nos separe, y pienso cumplir esa promesa. Ni loco te dejaré ir.

Se me cerró la garganta.

—Entonces, ¿juntos para siempre?

Me acarició el cabello suavemente.

—Para siempre. —Dejé que mis lágrimas cayeran libremente. Había deseado esto, mi final feliz, durante tanto tiempo, aun así, en el fondo estaba segura de que nunca llegaría mi momento. Sin embargo, aquí estaba, mirándome con tanto amor—. Ahora, vamos a conocer a nuestra hija.

—¿No la has conocido?

Me tomó la mano y me besó la palma.

—No, he estado contigo mientras Basilio se quedaba con ella, leyéndole y esperando a que despertara.

Lo jalé y le rodeé el cuello con los brazos.

—En la salud o en la enfermedad, soy tuya. Te amo, Killian.

Era suya; él era mío. Y nadie nos separaría jamás.

Mi esposo acomodó la cama del hospital en una especie de silla improvisada y me empujó a la habitación contigua mientras yo observaba fijamente la pared que me separaba de *ella*.

Mi razón de ser. El mejor regalo que me habían dado y quitado, para finalmente devolvérmelo.

Mi esposo apartó la cortina y vi a mi hermano sentado, sosteniendo la mano de Amara, mi hija, y leyéndole un libro de cuentos de hadas. Estaba despierta, con los ojos azules clavados en su tío, atenta a cada una de sus palabras, y me asaltaron recuerdos de mi infancia, cuando solía leerme.

La historia tiene una curiosa forma de repetirse, aunque esperaba que ciertos ciclos terminaran.

Empezando este día. Empezando por nuestra generación.

—Hola. —El suave saludo de Amara exigió atención, y me encontré con una mirada idéntica a la de Killian—. ¿Quién eres?

Me sorprendió lo bien que hablaba inglés. ¿Tenía que agradecérselo a Liana?

El brillo curioso en los ojos de Amara esperaba respuestas y mi vista se desvió hacia la de mi esposo. A lo largo de los años había imaginado muchas situaciones, pero esta nunca había sido una de ellas.

Un temblor se apoderó de mis dedos mientras estudiaba su frágil figura y su cabello corto. No sabía lo que le había ocurrido a lo largo de los años ni lo que había tenido que soportar, sin embargo, sabía que mataría por protegerla.

Entreabrió los labios y sus siguientes palabras me hicieron estremecer.

—¿Son mis verdaderos papi y mami? —Una aguda inhalación de aliento cortó el aire. Mía. La de Killian. Podía sentir su mirada clavándose en mi alma, viendo más de lo que cualquier niña de cinco años debería—. ¿Por qué no dicen nada? ¿Es mi inglés malo? Madre Liana dijo que era importante que lo hablara. —Hizo una pausa y pareció asustada—. ¿O no les agrado?

Parpadeé, sin molestarme en secarme la lágrima que golpeó mi mejilla, porque pronto le siguieron muchas más.

—Claro que nos agradas, Amara. —Killian habló primero, su voz llena de emoción mientras un caos sin fin me recorría, haciéndome castañetear los dientes—. Te... te amamos y estamos encantados de conocerte. Y tu inglés es perfecto.

Siguió observándonos con desconfianza, sus ojos demasiado calculadores para una chica de su edad.

—¿Y tú?

—Tan feliz —declaré con voz ronca, dedicándole una sonrisa temblorosa—. He... he querido conocerte durante tanto tiempo.

—Entonces ¿por qué no lo hiciste?

De alguna manera, su franqueza no me sorprendió. Después de todo, era la hija de Killian.

—Porque no sabía dónde estabas —admití suavemente—. Pero no pasaba un día sin que te buscara. —Killian maniobró mi cama a su lado para que Amara y yo estuviéramos frente a frente—. Te lo juro, cariño, yo... desearía...

Mi voz se quebró y ella continuó:

—Madre Liana me habló de ti. —Me mordí el labio inferior para evitar que temblara y la pequeña mano de Amara se apartó de la de Basilio y buscó la mía—. Ella fue quien me salvó… y quien me amó.

Tal vez Liana Volkov no era la villana. Quizá le debía más de lo que nunca sabría o entendería. Tantos quizás sobre los que reflexionar.

—Y por eso le estaré siempre agradecida —susurré.

Basilio se levantó y me dio un beso en la mejilla.

—Bienvenida de regreso, hermanita. Hablamos más tarde. ¿Sí?

Asentí con la cabeza y, sin decir nada más, salió de la habitación, dejándonos celebrar nuestra reunión familiar en privado.

—¿La mataste? —inquirió nuestra hija una vez que Basilio desapareció—. ¿Mataste a Madre Liana?

Parpadeé y miré a Killian, quien respondió en mi nombre:

—No. Se había ido antes de que llegáramos.

—No la mates —pidió, con voz firme mientras nos miraba fijamente—. La quiero mucho. Me cuidó cuando estaba enferma.

«¡Yo debí haber estado ahí para ella!», gritaba mi mente. *«¡Debí haber cuidado de ella, no otra persona!».*

—Se lo agradezco —anuncié con voz ronca—. Pero debería habérmelo dicho. Sabía que te estaba buscando.

Su respuesta nos sorprendió a todos.

—Estaba asustada.

Arrugué las cejas.

—¿De qué?

—De estar sola. —Sus palabras me robaron una bocanada de aire de los pulmones y, de repente, sentí lástima por Liana Volkov. Sabía lo que significaba estar sola, mas no podía perdonarle que me haya ocultado a mi hija—. Por favor, no le hagas daño —suplicó Amara, juntando sus manos.

—Te prometo que no la mataremos —juró Killian, manteniendo la voz baja—. Te mantuvo a salvo, y por eso le debemos más de lo que jamás podremos pagarle.

Eso pareció satisfacer a nuestra hija, porque asintió.

—Dijo que un día probablemente me encontrarías, y si no lo hacías, entonces me contaría todo sobre ti cuando estuviera lista.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella? —indagué.

Se encogió de hombros.

—Desde que tengo memoria. Siempre estaba conmigo. —Luego sus ojos se desviaron entre Killian y yo antes de añadir—: Pero ahora estoy con ustedes.

Y la vida nunca volvería a ser la misma.

CAPÍTULO 40

EMORY



Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, Amara y yo nos dedicamos a descansar y sanar.

Según el doctor, el trasplante fue un éxito. Aún no estábamos fuera de peligro y había que vigilarla para detectar cualquier signo de rechazo, afortunadamente, de momento el cuerpo de Amara estaba aceptando el hígado.

—Mucho reposo y ninguna actividad física aparte de caminar ligeramente —indicó el médico. Nada de viajar. Nada de nadar. Nada de sexo. Esto último me había puesto nerviosa y frustrada, pero tampoco era que tuviera energía para ninguna de esas actividades.

Una vez que el doctor se marchó, me quedé con Amara hasta que se durmió profundamente y me puse una larga bata azul marino que pertenecía a Killian. Salí de la improvisada habitación de hospital en la mansión, llevando una vía intravenosa conectada a mi brazo.

En mi mente se arremolinaban tantos pensamientos junto con emociones caóticas que exigían que hablara con mi hermano. Me visitaba a diario, a veces durante horas. No había sacado a relucir todos los secretos que había guardado ni los errores que obviamente había cometido. Había sido un hermano y un tío atento, lleno de preocupación, siempre estando ahí para mí. Como siempre lo había hecho.

Moviéndome más despacio que una tortuga, por fin lo encontré en el despacho con Killian. Estaba sentado en la silla, con los codos apoyados en las rodillas y la vista fija en mi esposo. Hablaban en un

tono bajo y urgente, y estaba claro que algo pasaba. Me acerqué lentamente a los dos hombres más importantes de mi vida con el corazón retumbando tan fuerte que estaba segura de que me habían oído porque sus miradas se dirigieron a la mía.

—¿Qué pasó? —pregunté, con preocupación en mi voz—. ¿Encontraste a Ines?

—Emory... —Basilio se puso en pie de un salto y me encontró a mitad de camino—. ¿Qué haces fuera de la cama?

Killian ya estaba a mi lado, sus brazos me rodeaban la cintura mientras me guiaba hacia la silla vacía.

—Tu hermano tiene razón —murmuró a regañadientes—. Deberías estar descansando.

Podía sentir su angustia y la preocupación que emanaba de ellos en oleadas. No había manera de que pudiera descansar. Había demasiadas cosas de las que ocuparse.

Una vez sentada, me encontré con sus ojos.

—He terminado de descansar y quiero saber qué sucede. —Compartieron una mirada, y estaba claro que algo había pasado—. Por favor, necesito saberlo. Ines es mi responsabilidad, y le debo a su padre traerla a casa sana y salva. Y si Bogdan la tiene...

—Afirma que no —contestó Basilio.

—Pero no le crees —concluí sus palabras no dichas.

—¿Quién en su sano juicio lo haría? —soltó mi hermano con ironía, observando a Killian.

Hice un gesto con la mano, dejando el tema de Bogdan por ese momento.

—¿Sabemos qué le pasó a Liana?

—Sí.

Cuando se quedaron callados, levanté la ceja.

—¿Pueden darme alguna pista? Me gustaría asegurarle a mi hija que la mujer que la cuidó está sana y salva.

—Giovanni Agosti la secuestró —respondió Killian.

—¿Por qué? ¿Qué quiere?

—Ni idea —añadió Basilio—. Quizás esté enamorado y vio en esto la oportunidad perfecta para conquistarla.

Dejé escapar un suspiro exasperado.

—¿Qué les pasa a los hombres con eso de secuestrar mujeres a diestra y siniestra? ¿No pueden cortejar a una mujer sin forzar su presencia sobre ella?

—Aparentemente no —refunfuñó Killian, incapaz de ocultar su sonrisa.

—Es la única manera de que las damas nos escuchen —añadió Basilio.

Puse los ojos en blanco.

—No le estás dando un buen ejemplo a tu hijo. ¿Podemos decirle a Giovanni que devuelva a Liana?

—Nos mandó a la mierda —gruñó mi marido—. Pero no es un psicópata como su... —Hizo una pausa cuando resoplé—. De acuerdo, no es de los que les hace daño a las mujeres, así que veamos primero qué quiere con ella.

—Liana lo matará —comenté, recordando a la mujer que se cortó un dedo por alguna razón.

Basilio se encogió de hombros, claramente imperturbable, y cambió de tema.

—Tenemos que hablar de la última novedad.

Killian entrecerró los ojos.

—Ahora no. Em aún se está recuperando.

—¿Hablarme de qué? —demandé—. Ya les dije, he terminado de descansar. Además, tengo que hablar con mi hermano de... cosas que me he enterado.

—Les daré un poco de privacidad. —Killian me acarició la cabeza —. Avísame si me necesitas, *Álainn*.

Estaba a punto de irse cuando la voz de Basilio lo detuvo.

—Deberíamos decírselo ahora.

—Ahora no es el momento —soltó secamente Killian mientras mis ojos se desviaban entre ellos.

—¿Decirme qué?

Killian negó con la cabeza.

—Nada de lo que preocuparse hasta que estés totalmente recuperada.

—¿Por qué siento que debería preocuparme ahora?

—Acabemos con esto de una vez y le decimos ya —insistió mi hermano.

—Estoy de acuerdo. Ahora que sé que hay algo que tienen que decirme, no descansaré hasta saberlo.

Killian no parecía contento, pero con la mandíbula apretada, asintió tensamente.

—Bien, entonces.

Tomando el asiento más cercano a mí, Killian tomó mi mano entre las suyas, y Basilio comenzó.

—Bogdan nos llamó. —El nombre me produjo una sensación de fatalidad, aunque me quedé quieta, esperando a que Basilio continuara—. Se enteró del tráfico de personas que permitiste en Las Vegas. —Apreté los labios, preparándome para lo que vendría después. Era inútil justificarme o afirmar que me había asegurado de que todos y cada uno de esos cargamentos fueran interceptados por Áine King y *The Rose Rescue*. El tráfico de órganos que se produjo y la muerte de la sobrina de Bogdan eran la prueba de que había fallado en algunos de ellos—. Exige retribución.

—¿Y mi vida, supongo?

Mi voz sonaba lejana a mis propios oídos mientras me invadía el arrepentimiento. Por la sobrina de Bogdan. Por mi hija y mis planes de desaparecer, que en ese momento me parecían una tontería, porque sabía que no habría un rincón en la tierra donde pudiera esconderme y Bogdan no me encontraría.

—No va a tener tu vida. —Killian interrumpió a través de mi desesperación interna—. Si quiere guerra, la tendrá.

Me puse en pie tambaleándome, pero casi me caigo cuando Basilio dijo:

—O le entregamos Las Vegas a tu esposo.

—Basilio —siseó Killian en advertencia, atrapándome—. Te dije que eso está fuera de discusión.

—O la tomas tú, Killian, o la toma Bogdan —razonó Basilio—. No hay otra opción.

—La hay —declaró mi esposo con voz autoritaria—. Mi esposa mantiene su posición.

Girándome hacia mi marido, me encontré con su expresión sombría, notando solo en ese instante las sombras oscuras bajo sus ojos y su barba incipiente de varios días.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué, Em?

—¿Por qué no tomarías Las Vegas?

Killian exhaló profundamente, su mirada se centró en mí.

—Porque no estoy interesado en quitarte ese asiento. Te pertenece.

—¿Y si quiero que lo hagas?

Sus ojos ardían con llamas.

—¿Es esto una prueba, *Álainn*? Te lo dije antes y te lo repito ahora, tu puesto en el *Sindicato* no me interesa.

—Esa posición ya no me importa. —Tragué saliva—. Una vez que encontrara a mi hija, iba a desaparecer.

—¿Qué? —La voz de Basilio era áspera, aun así, mantuve la mirada en Killian.

—Pero huir no nos mantendrá a salvo de Bogdan. Entregarle Las Vegas definitivamente no nos mantendrá a salvo. Sin embargo, si tú tomas las riendas, nos mantendrás a salvo.

Protestó, pero sabía que tenía razón. Y por eso, lo haría.

Por nuestra hija. Por mí. Por nosotros.

Cuando Killian estuvo de acuerdo en que era lo mejor, pusimos las cosas en marcha. Se fue a la Costa Oeste esta mañana, haciendo planes para conseguir favores para asegurarse de que Bogdan mantuviera sus codiciosas garras lejos de Las Vegas, dejándome sola con mi hermano.

Hacía solo veinticuatro horas que se había marchado y ya lo extrañaba. Mi hermano y su familia se quedaron con Amara y conmigo para cuidarnos, mantenernos a salvo y *acosarnos*. Era un trato de tres por uno.

—¿Color favorito? —le pregunté a mi hija. Llevábamos una hora jugando a los favoritos.

—Verde. ¿El tuyo?

—Rojo.

Sonrió.

—Lo sabía.

Fruncí el ceño y me moví, acurrucándola más contra mí.

—¿Cómo lo sabías?

—*Papa* lo dijo.

Me quedé quieta, mi corazón temblaba al oír esas palabras, igual que desde la primera vez que la escuché llamarlo así.

—¿Comida favorita? —inquirí, esforzándome por no emocionarme demasiado y hacer las cosas muy incómodas.

—*Pizza* —dijimos al mismo tiempo, y luego soltamos una risita.

—¿Qué tipo de *pizza*? —cuestionó.

—*Capricciosa*. —Cuando me miró sin comprender, añadí—: Es una *pizza* con jamón italiano, mozzarella, champiñones, alcachofas y tomate. ¿Y la tuya?

Ahogué mi bostezo, pero al momento siguiente, Amara también bostezó. La recuperación estaba siendo dolorosamente lenta y a menudo necesitábamos una siesta a lo largo del día.

Estaba a punto de recomendar que nos tomáramos un descanso cuando Wynter entró en el dormitorio principal, observándonos críticamente.

—Los dos se están esforzando demasiado.

—No lo hicimos —repliqué.

—Estábamos a punto de tomarnos una siesta —añadió Amara.

—Pero primero, medicinas —informó Wynter.

Le dio un vaso y una pastilla a Amara, que se la tomó obedientemente, luego se puso más cómoda y supe que solo tardaría unos segundos en quedarse dormida.

—Hora de tus medicinas también, Emory. —Wynter me puso las pastillitas blancas en la cara—. Amara se las ha tomado como una profesional. Muéstrame que puedes hacerlo mejor y más rápido.

Sacudí la cabeza.

—¿Intentas que compita con mi hija? —refunfuñé.

Wynter se encogió de hombros.

—Bueno, no hace daño. La vida es más emocionante cuando somos competitivos.

—Soy mejor —murmuró Amara, con voz somnolienta y los ojos ya cerrados.

Wynter sonrió.

—Ya veremos. Rápido, mamá, o tu hija te dará una paliza. *Tictac.*

—Hablas como una verdadera patinadora olímpica —señalé, tomando una pastilla de ella—. Por cierto, creo que el dicho es que la vida no es una competencia.

—Sí, lo que sea. En mi escuela, más vale que los chicos se esfuercen por más.

—¿Todavía vas a seguir adelante con la escuela? —Curioseé.

Me contaron que Davina, Ivy, Juliette y Wynter querían fundar una escuela orientada a formar mujeres fuertes e independientes en el mundo de la mafia. Por supuesto, decidieron no discriminar y aceptar también chicos.

—Por supuesto. St. Jean D'Arc será la mejor escuela de este planeta. —Me dio un vaso de agua—. Hasta el fondo.

Cuando no me moví lo bastante rápido, entrecerró los ojos y golpeó el pie con impaciencia. La mujer era implacable. Me puse la pastilla en la lengua y me la tragué con agua.

Justo cuando le devolví el vaso, mi hermano entró en la habitación y Wynter se esfumó. Sabía que esta conversación se produciría tarde o temprano.

—¿Sabes algo de Killian? —susurré suavemente, observando a Amara dormir plácidamente, sus pequeños ronquidos tan adorables. Podría escucharlos todo el día, era relajante.

Asintió con la cabeza, tomando asiento en el sillón junto a mi lado de la cama.

—No me ha dado mucha información. Solo que te llamará en unas horas. Creo que el hombre se sabe tu plan de recuperación de memoria.

Nubes negras salpicaban el cielo, prometiendo lluvia y dándole a la habitación una atmósfera sombría. Los truenos ocasionales que

retumbaban a lo lejos parecían aún más fuertes en medio del silencio que se extendía entre mi hermano y yo.

—Fue una fea manera de enterarme de que tengo una sobrina —indicó Basilio desde su sillón junto a mi cama.

—Lo sé. —Mi cara se derrumbó como una avalancha, mis ojos ardían con lágrimas no derramadas que amenazaban con escapar.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, cambiando al italiano. Amara estaba profundamente dormida, sus ronquidos no cesaban, pero aun así lo agradecí.

—*Vergüenza.* —Mis hombros se desplomaron—. *Las amenazas de Gio.*

Una sola lágrima escapó de sus confines.

—Pero no soy Gio. —Su voz delataba su decepción y lo mucho que lo había herido—. *Debiste habérmelo dicho.*

—Lo siento. —Lágrimas frescas rodaban por mi rostro y me las limpié con el dorso de la mano—. *Lo siento mucho. Por todo.*

Nos quedamos viendo fijamente durante dos latidos.

—No lo sientas —declaró con voz ronca—. *Nunca, maldición, me pidas perdón por nada. Ni por nadie. Le echo esa culpa al desgraciado de nuestro padre.*

Nos observábamos mutuamente las cicatrices del otro, todas invisibles, mas no por ello menos dolorosas. Gio DiLustro nos había hecho pasar un infierno y, aunque llevaba años muerto, su crueldad seguía persiguiéndonos.

—¿Cómo está Dante? —cuestioné, porque tenía miedo de añadir otra cicatriz a sus heridas—. *¿Priest?*

—Todos están bien. Eres tú quien me preocupa.

—Estoy bien.

Se colocó frente a mí, se arrodilló y tomó mis manos entre las suyas.

—¿Cómo puedes estarlo? Después de la puta mierda que te hizo Gio. —A pesar de que sus palabras estaban llenas de furia e incredulidad, mantuvo la voz baja—. *Te quitó a tu bebé. No te protegí. Todos esos meses que estuviste fuera, te mantuvo prisionera. ¿Por qué no me lo dijiste?*

La expresión de mi cara cambió, tanta culpa y dolor me agobiaban.

—*Amenazó con hacer de tu vida un infierno. Y entonces empecé a hacer tratos con los cárteles...* —Nos miramos fijamente en un triste silencio—. *¿No estás decepcionado conmigo por autorizar a esos monstruos y hacer que la gente muriera en el proceso?*

—*Sí* —admitió—. *Pero Killian me dijo que has estado trabajando con Áine King, así que no estabas exactamente participando en ello.*

Suspiré.

—¿Qué te dijo?

Exhaló un suspiro frustrado, sus ojos atentos recorrieron mi cara.

—Eso es todo. El imbécil se mantiene con la boca cerrada.

Una sonrisa reticente torció mis labios.

—Así es él.

—Pero es bueno.

—Lo es —afirmé, y luego lo miré fijamente a los ojos—. Tengo que decirte algo.

—¿Sí?

—Sobre *M-mamma* —declaré, tartamudeando ligeramente. Mi hermano nunca quería hablar de ella, porque nunca pudo perdonarle que lo dejara atrás—. Creo que entiendo por qué no te llevó con ella cuando dejó a Gio. —Su expresión se tensó. Nuestra madre siempre había sido un tema delicado—. Liana me dijo que él no es... no era... mi padre.

Estaba tan aturdido que sus manos cayeron, soltando las mías.

—¿Perdón?

—No soy la hija de Gio —susurré, asustada de que cambiara nuestra relación—. Creo que huyó por eso. No creo que quisiera dejarte, pero tal vez esperaba que Gio no fuera tras ella, porque yo no era suya.

Claro que se equivocó, porque fue por ella y la mató delante de Basilio.

Las preguntas apremiantes dejaron mudo a Basilio durante varios latidos. Pude ver cómo luchaba contra ellas, cómo su expresión se tornaba dolida, y odié aquello. Hubiera preferido ahorrárselo, pero tenía derecho a saberlo.

—¿Y Gio lo sabía?

«No eres mejor que un perro. Tu madre también lo era. Maldita perra en celo quedando embarazada». Las palabras de Gio se repetían una y otra vez, con un significado claro.

—Creo que sí.

—Pero nos parecemos tanto a él —expresó, esforzándose por asimilarlo.

—Estoy segura de que los científicos se divertirían diseccionando la naturaleza frente a la crianza cuando se trata de la familia DiLustro. —Sonreí, a pesar de que sabía que no me llegaba a los ojos.

Volvimos a mirarnos fijamente, y supe que estaba recordando toda la mierda por la que nos hizo pasar Gio. Basilio me protegió de mucho de ello, aun así, las cicatrices seguían ahí y, a menudo, sus propios fantasmas sacudían los barrotes, amenazando con tragárselo. Igual que los míos.

Se pasó los dedos por el cabello y tomé su mano libre entre las mías.

—Creo de todo corazón que quería llevarte con ella, Basilio, pero estaba demasiado aterrorizada de Gio.

—No puedo culparla por ello —coincidió, habiendo visto de primera mano de qué crueldad era capaz Gio—. ¿Sabes quién es tu...? —Pareció esforzarse por expulsar la palabra de sus labios—. ¿Sabes quién es tu padre?

Sacudí la cabeza.

—Espero que esto no cambie nada entre nosotros —susurré, asustada de perder a mi hermano. Siempre había sido la única constante en mi vida.

Me lanzó un vistazo lleno de incredulidad.

—Nunca. —Sus ojos viajaron por mi rostro—. Eres mi hermana para siempre, y ninguna de las cagadas de nuestros padres o las nuestras cambiarán eso.

Sus palabras se posaron sobre mí como suave nieve. El silencio que siguió fue del tipo que permitía a la naturaleza escuchar y prometía nuevos días. Lejos de los pecados y errores de nuestros ayeres.

CAPÍTULO 41

KILLIAN



Habían pasado dos meses desde que irrumpimos en el laboratorio de Venezuela.

Mi esposa estaba de nuevo a mi lado, y también la hija que nunca supe que tenía.

Habían sido dos meses de recuperación física, para los tres, y de conocernos. Esta vez, no había secretos que nos detuvieran.

Y las cosas solo iban a mejorar a partir de aquí.

Ante la insistencia de Emory, ocupé su puesto en el *Sindicato*, pero seguí utilizando sus conocimiento y experiencia para dirigir Las Vegas y Nevada. Ella seguía siendo una pieza clave, aunque se conformaba con no estar inmersa.

Amaba pasar tiempo con nuestra hija, apreciando cada minuto, hora y día de este verano, porque una vez que llegara septiembre, Amara empezaría la escuela.

Y mi esposa estaba radiante. En todo el tiempo que Emory y yo habíamos estado casados, nunca la había visto así.

Feliz. Relajada. Radiante. Y paciente.

La gente se amontonaba en nuestro césped y patio: los DiLustro, los Brennan e incluso los King estaban aquí. Una tarde de ocio con la familia y amigos. Algunos cocinaban a la parrilla, otros nadaban y el resto descansaba alrededor del césped y admiré la zona de la pérgola.

Compartí una mirada con mi esposa desde el otro lado del espacio y ella me dedicó una sonrisa radiante, después volvió a

centrar su atención en el iPad que tenía delante. Ella, Amara y Océane, la hija de Áine y Cassio, estaban viendo instrucciones en YouTube sobre trenzas de espiga, lo que sea que fuera eso. Cada una de ellas tenía delante la cabeza de una muñeca, espeluznante, en mi opinión, aplicando el concepto a su cabello de plástico.

Amara, que era la más lista de la familia, dominó rápidamente el peinado, mientras que Emory resoplaba, pero se negaba a rendirse.

—Sabes, cariño —murmuró Emory—, es mucho más fácil golpear a la gente que hacer esto.

Mi cuñado se rio y me lanzó una mirada divertida.

—Parece que *fracasé* con mi hermana. No puede dominar la sencilla habilidad femenina de las trenzas de espiga.

Agarré mi vaso de *whiskey* y me lo llevé a los labios, sonriendo.

—Eso parece.

—Si eres tan listo, inténtalo —replicó Emory, que nunca dejaba de captar sus comentarios listillos.

—Sí, inténtalo, Basilio —indiqué, sonriendo con suficiencia.

Me fulminó con la mirada, afortunadamente, mi hija acudió al rescate.

—Sé bueno, tío Basilio —declaró Amara, poniéndose la mano en la cadera—. O voy a patearte el t-r-a-s-e-r-o.

Había desarrollado una vena bastante descarada, y estaba bastante seguro de que todo se debía a su tía Juliette y a su tía Wynter. Ambas eran una terrible influencia para ella. Por suerte era tan linda.

—O te daremos una patada en el c-u-l-o. —Juliette incitó. «*Como dije, una terrible influencia».*

—¿Sabes que le estás enseñando a mi hija a deletrear palabras groseras? —regañé a Juliette, quien no me hizo caso.

—No te preocupes, *Papa.* —Se apresuró a decir Amara para defender a su tía favorita. Nuestra hija había empezado a aprender algo de italiano y gaélico, y los utilizaba con entusiasmo cada oportunidad que tenía. Era una esponja cuando se trataba de idiomas, aunque el hecho de que Liana le hubiera enseñado inglés además de español podría haber ayudado—. Aprendí a deletrear c-u-l-o y t-r-a-s-e-r-o de Madre Liana.

Dirigí mi atención hacia mi esposa, pero Em se limitó a sonreír. Habíamos hablado de Liana y de las cosas que compartió, así que no había nada que reprocharle a Amara por pensar en ella, y mucho menos por llamarla Madre Liana. Era una prueba de que se preocupaba por nuestra hija y se había ganado su cariño.

Solo por eso, le debíamos más de lo que jamás podríamos pagarle.

—¿Estás enfadado, *Papa*? —La pregunta de mi hija captó mi atención.

—¿Por qué?

—Por... Madre Liana.

—Por supuesto que no. —Amara tenía un sexto sentido para las emociones de la gente—. Ella es una parte importante de tu vida, y por lo tanto de la nuestra también.

—Además, soy tu *mamma* —añadió Emory, dándole besitos en la mejilla cariñosamente—. Creo que tu corazón es lo suficientemente grande para todos nosotros.

Amara asintió con entusiasmo.

—Lo es, lo prometo.

Sonreí.

—Está decidido, entonces. Y te prometo que cuando Madre Liana quiera visitarte o tú quieras visitarla, lo haremos posible.

Ciertamente, era extraño cómo la vida funcionaba de maneras misteriosas. Sofia Volkov hizo que asesinaran a mis padres, mientras una de sus hijas se convirtió en la mejor amiga de mi hermana y la otra gemela salvó la vida de mi hija.

—Gracias, *Papa*. Te amo.

Mierda, cada vez que escuchaba a mi hija decir esas palabras, me derretía y se me hacía un nudo en la garganta.

—También te amo —declaré con voz ronca, aclarándome la garganta y emocionándome. Mi esposa me lanzó una mirada cálida y comprensiva. Sabía exactamente cómo me sentía, porque ella había sentido las mismas emociones.

Felicidad. Amor. Agradecimiento.

No hacía falta decir que Amara se convirtió rápidamente en la niña de nuestros ojos. Todo lo que hacíamos y planeábamos giraba

en torno a ella, como debería haber sido desde el principio.

Y Emory y yo... Discutíamos, nos besábamos. Peleábamos, hacíamos el amor. La vida era tan maravillosa y amaba cada segundo de ella.

Seguía existiendo esta necesidad constante de ponerle las manos encima, de marcarla y de follármela a cada momento. Sospechaba que este deseo nunca cesaría, porque no importaba cuántas veces la tuviera, nunca sería suficiente. Había capturado mi corazón y mi alma, y nunca los quería de vuelta. Estaban a salvo bajo su protección.

La vida tenía una extraña forma de funcionar.

La noche que conocí a Emory, mis fantasmas se adormecieron. Jamás imaginé que esa mujer se convertiría en mi obsesión y en mucho más. No podía dejarla ir, no cuando encontré sangre cubriendo el condón. Ni cuando encontré aquel maldito obituario tras meses buscándola.

Seis años.

Tuvieron que pasar seis malditos años para que la vida volviera a cruzar nuestros caminos. Y, aunque estaba furioso y quería vengarme, enseguida me di cuenta de que lo mío con Emory era mucho más que eso.

Supe sin un ápice de duda que Emory era para mí. Era una lujuria incontrolable, una obsesión desquiciada y un amor pacífico e interminable que me equilibraba.

Era mi pareja perfecta, alguien que nunca rehuyó de su determinación ni de las personas que amaba. Y no había forma de que la dejara ir otra vez.

Como si pudiera oír mis pensamientos, mi esposa levantó la cabeza y, como la primera vez que nos vimos, quedé atrapado por sus hermosos ojos oscuros.

—*Papa*, *Papa*, *Papa*. —Amara corrió hacia mí y me puso la cabeza de la muñeca en la cara—. ¿No es bonita?

Me reí entre dientes, mirando la cara que le habían pintado.

—Veo que tiene algo más que un nuevo peinado.

Amara sonrió.

—Le hice un cambio de imagen.

—Ya lo veo. Eres toda una artista.

Colocó la muñeca sobre la mesa y luego saltó a mi regazo, admirando su obra antes de girarse hacia mí.

—¿Quieres un cambio de imagen, *Papa*?

Hice un gesto de dolor.

—¿Crees que necesito uno?

Recé para que dijera que no, pero si quería darme uno, a la mierda, la dejaría. Lo que mi hija quisiera, lo tendría.

—No, *Mamma* dice que eres el chico más guapo que ha visto jamás.

Sonreí y miré a mi esposa, que se acercaba lentamente a nosotros. Sus hermosos mechones oscuros le caían libremente por los hombros y movía las caderas, siendo bastante *sexy*.

—¿Qué se traen entre manos? —inquirió con voz suave, apretando un beso en la frente de nuestra hija.

—Cambios de imagen —anuncié.

—Pero *Papa* no necesita uno —declaró Amara rápidamente—. Porque dijiste que ya es hermoso.

Emory se sentó a mi lado y me dio un golpecito con el hombro.

—No dejes que se te suba a la cabeza.

—¿Cómo podría no hacerlo? —me burlé—. Las dos mujeres más bellas del mundo están sentadas conmigo, y piensan que soy hermoso.

Emory rio entre dientes.

—Menos mal que nuestra hija es la viva imagen de su papi.

Los ojos de Amara se desviaron hacia mí, confundida.

—Pero *Papa*, siempre dices que me parezco a *Mamma.*

Le hice cosquillas.

—Para mí sí, porque tú *mamma* es la mujer más hermosa del mundo.

—Pero sus ojos son oscuros y los míos azules —protestó Amara, a veces su forma de pensar era demasiado blanca y negra.

La verdad era que Amara era una mezcla perfecta de los dos. Tenía unos rizos oscuros, gruesos y hermosos, que lento pero seguro iban creciendo, y unos ojos azules de los que mi esposa no dejaba de presumir.

Sin embargo, antes de que pudiera decir algo, su primo Grayson llamó su atención y se deslizó fuera de mi regazo, corriendo en su dirección.

Rodeé a mi esposa con el brazo y ella apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró feliz, levantando los ojos hacia mí.

—¿Eres feliz, *Álainn*?

—Tan feliz. —Sonrió y luego me besó en los labios—. Gracias.

Le besé la frente.

—¿Por qué?

—Por obligarme a casarme contigo, pero si le dices eso a nuestra hija, lo negaré —advirtió—. Por amarme. Por ser mi familia. Por todo.

—Debería ser yo quien te dé las gracias. —La agarré por la cintura y la giré hacia mí para que pudiera mirarme—. Me diste los mejores regalos que un hombre podría desear y me hiciste el hombre más feliz.

Frunció el ceño.

—¿Qué regalos?

—Nuestra hija y tu corazón.

Luego le levanté la barbilla y la besé suavemente, cada pedazo de mí curado por su amor.

Éramos uno.

Era suyo y ella era mía.

Hasta que la muerte nos separe.

EPÍLOGO

EMORY

Seis meses después

Aunque no siempre todo era de color rosa, nuestros días estaban llenos de confianza, amor y felicidad.

A dos días de la Navidad, unas ligeras ráfagas de viento bailaban a nuestro alrededor cuando llegamos al cementerio, luchando contra la luz del sol que se empeñaba en atravesar las nubes grises y extenderse por el terreno a través de los árboles.

Las sombras de mi nueva familia y la de mi hermano rodeando la tumba de nuestra madre hicieron que se me llenaran los ojos de lágrimas no derramadas. Era la segunda vez que visitaba la tumba; la primera vez era una niña pequeña.

La lápida era pequeña y modesta, nuestro padre se negó a darle nada más. No obstante, Basilio y yo habíamos hecho cambios para embellecerla.

Ese día, tenía un grabado para mostrarle al mundo lo mucho que le debíamos.

Mis ojos recorrieron la escritura, leyéndola una y otra vez:

Por siempre nuestra Mamma. Por siempre amada. Por siempre extrañada.

Me quedé observando la tumba durante mucho tiempo, pensando en la mujer cuya vida se había truncado, pero que nos había dado vida.

Fue mi hermano quien encontró las palabras para expresar lo que yo sentía.

—Te amamos, *Mamma* —susurró, agarrando con fuerza la mano de su hijo—. Siento mucho haber dudado de ti. Siento haberle creído a Gio que me habrías abandonado tan fácilmente.

Su voz se quebró, y nuevas lágrimas punzaban en mis ojos.

—¿Está tu mami con los ángeles, *Mamma*? —preguntó Amara en voz baja, con la mirada clavada en la tumba.

—Lo está —confirmé.

Las oscuras cejas de Amara se fruncieron como si estuviera sumida en sus pensamientos.

—Madre Liana dijo que su mami no está con los ángeles, porque era mala.

Me tensé un momento, el instinto maternal de proteger a Amara de todo lo malo afloró en mí. No quería que supiera de las cosas malas que ocurrían en el mundo. No quería que supiera cuánto dolor eran capaces de infligirse los humanos.

Sin embargo, lo moderé. Al fin y al cabo, Amara lo había visto de primera mano durante sus primeros cinco años de vida.

—Madre Liana tiene razón —susurré—. Pero eso la hace a ella y a Louisa más especiales.

Amara asintió con seriedad.

—Y a ti y *Papa* también.

Killian la abrazó.

—Pero tú eres la más especial de todos nosotros.

Pensé que mi esposo acabaría eventualmente reconociendo la necesidad de tener un hijo, aunque no podía estar más equivocada. Adoraba a Amara y ya había planeado sus próximos veinte años: clases de autodefensa, de tiro, de estrategia, de lavado de dinero (que, por suerte, llegaría mucho después) y, lo que más les gustaba, de arco y flecha.

—Deberíamos venir más a menudo a la tumba de la abuela —sugirió Amara en voz baja.

—Todos juntos —añadió Grayson—. Amara puede traer flores y yo mis coches. —Luego, como si tuviera miedo de disgustar a su difunta abuela, susurró—: No creo que le gustarían mis pistolas de juguete.

Mi hermano y yo compartimos una mirada divertida.

—La visitaremos más seguido —prometí—. Y todo lo que traigas, le encantará.

—Nunca dejaremos de venir —aseguró Basilio, con su propia familia a su lado. Era tan reconfortante vernos a todos con nuestras propias familias y, a diferencia de nuestros padres, las nuestras eran felices, estaban protegidas y florecían bajo nuestro cariño.

Desde que había cedido el control del *Sindicato* a Killian, me había vuelto suave. No me importaba, porque a mi marido le encantaba esa faceta mía, e instintivamente sabía que era lo que Amara necesitaba.

La mano de Killian me rodeó la cintura, prestándome su calor, mientras nuestra hija estaba parada entre nosotros.

—Los está cuidando a ambos —anunció Killian suavemente, dándome un beso en la frente—. Y sé que está muy orgullosa.

Observé a nuestra hija. Basilio juraba que veía a nuestra madre en ella, más cada día que pasaba. Su valentía. La fuerza increíble. La tendencia a proteger.

—Lo haremos mejor por nuestros hijos —prometió Basilio.

Tenía razón. Nuestra *mamma* se merecía mucho más en vida, pero esperábamos que al menos hubiera encontrado la paz en la muerte.

El primer copo sólido aterrizó entonces sobre su tumba de piedra, con cada uno de nosotros perdidos en nuestros propios pensamientos, y pronto quedó cubierta por una crujiente manta blanca.

Como si fuera digna de un ángel.

—Feliz navidad, *Álainn*.

Las palabras murmuradas fueron respiradas en mi oído, mi cuerpo caliente y dispuesto, retorciéndose bajo el peso de mi esposo.

—¿Eres mi regalo? —inquirí con voz ronca, metiendo los dedos en su cabello. Sus dientes rozaron mi pezón y sentí un intenso placer. Me mordió con fuerza, luego alivió el escozor chupándolo suavemente, y mi cerebro se nubló con necesidad.

Mi cuerpo ya estaba al borde del orgasmo y él ni siquiera me había penetrado todavía. Esta sensación sería algo que perseguiría el resto de mi vida, pero sabía que solo este hombre podía dármela.

Arqueé la espalda sobre la cama, impulsada por las ganas y el hambre por él.

La boca de Killian recorrió mi vientre hasta que su cabeza se hundió entre mis muslos. Su boca cubrió mi centro, chupando con fuerza, empujando su lengua dentro de mí. Cada vez que me tocaba se sentía nuevo. Me estaba marcando, arruinándome, solo para volver a recomponerme.

—Dios mío. —Ráfagas de placer me recorrieron mientras me lamía bruscamente, comiéndome. Mis caderas se agitaron ante la dulce sensación—. Kill...

Jadeando, mi cuerpo se estremeció bajo sus caricias, mas se negó a aflojar. Me folló con la lengua y sus dedos expertos presionaron mi clítoris, rodeando tortuosamente el manojo de nervios.

Mi cuerpo estalló en mil pedazos, su nombre un susurro sin aliento en mis labios.

—Te necesito dentro de mí.

Killian gruñó algo en gaélico, algo que parecía hacer cada vez más a menudo y que era algo que me excitaba.

—Abre las piernas. Quiero ver el coño de mi esposa. —Mi cuerpo se encendió al oír su orden.

Se cernió sobre mí, su cuerpo era una obra maestra. Tenía los abdominales marcados e irradiaba fuerza. Mis ojos se desviaron hacia el único tatuaje que tenía en el pecho y que nos conmemoraba, y lo recorrí con los dedos. Había añadido el nombre

de Amara y, esta vez, estuve presente cuando tatuaron esas letras en su pecho.

Nuestra familia.

Ni en un millón de años pensé que sería tan feliz. Había días en que me pellizcaba para asegurarme de que no era un sueño.

—Te amo, Em. —Sus ojos ardían, amenazando con prenderme fuego.

—Te amo, Killian.

Abrí más los muslos y su mirada se encendió. El calor duro y ardiente de su verga me atravesó. Levanté las caderas de la cama, incitándolo a seguir, y su tacto experto me desenredó y me recompuso.

Me agarró la nuca con un movimiento brusco y presionó su boca hambrienta sobre la mía. Mis labios se abrieron para él y su lengua conquistó lo que ya era suyo.

Con su longitud dura en mi entrada, esperó mientras la tensión se extendía entre nosotros.

—Ahora, dame mi regalo de navidad —demandé, y sonrió con placer.

Con un movimiento rápido, me penetró hasta el fondo, llenándome hasta el borde, y las llamas lamieron nuestros cuerpos. Mis uñas se clavaban en sus nalgas, incitándolo a seguir. No se contuvo, me penetró con fuerza, cada embestida más fuerte que la anterior.

Las palabras se escaparon de mis labios en un gemido, mi cruda necesidad reflejaba la suya.

—Tan mía —gruñó, penetrándome. Entraba y salía, satisfaciendo todas mis necesidades. Nada importaba más que la sensación que perseguíamos juntos.

—Sí... Por favor... Sí...

Sus caderas trabajaban como pistones, castigándome y recompensándome al mismo tiempo. Piel sobre piel, resbaladiza y caliente, el dolor y el placer se mezclaban de la forma más deliciosa.

Mis gemidos se hicieron más fuertes mientras me montaba con fuerza y rapidez, mis oídos zumbaban de intenso placer y las estrellas se arremolinaban tras mis párpados.

Apretó su boca contra la mía, tragándose mis gritos de placer. Estaba perdida, todo olvidado excepto este hombre poderoso que me follaba con una fuerza implacable y salvaje, gruñendo. Gritaba su nombre cada vez que su polla me penetraba con una fuerza brutal.

Y mientras me cogía con más fuerza, juré que se hacía más grueso dentro de mí.

—Mía. —Me mordió el labio inferior, reclamándome.

Jadeé, adolorida; mi coño lo apretó por todo lo que podía darme.

—Sí, tuya.

Estaba empujando mi cuerpo a la cima más alta.

—¡Ohhh!

Una sensación cegadora me recorrió cuando llegué al clímax y un grito salió de mi garganta. Lo amortiguó con su boca, igual que amortigüé su rugido de placer al llegar al límite conmigo.

Se me erizó la piel cuando me besó suavemente en el cuello y murmuró palabras suaves.

—Sin duda, el mejor regalo de Navidad —señalé con voz ronca.

Sonrió contra mi boca.

—Mi objetivo es complacer, esposa.

Oficialmente, el día empezó muy bien.

EPÍLOGO

KILLIAN

Quince años después

Todo el que era alguien estaba en la escuela St. Jean D'Arc para celebrar su décimo aniversario. Se suponía que iba a ser informal y sencillo, no obstante, teniendo en cuenta quiénes eran las organizadoras, no tenía nada de eso.

Vi a mis sobrinos pegarse a su objeto de atracción como pegamento, pero no mi Amara. Mi hija estaba convencida de que se había ganado la insignia de chica ruda. Le encantaba patearle el trasero a todo el mundo.

Igual que su *mamma*.

Me parecía bien. Prefería que pateara traseros a que estuviera loca por los chicos.

—¿Qué se siente estar en tu último año? —preguntó Emory, tratando de no llorar. Lloró cuando nuestra hija se fue a la universidad, y en ese minuto estaba a punto de llorar de nuevo con solo mencionar su próxima graduación.

Era el último año de universidad de Amara y nuestra hija no veía la hora de extender sus alas. Tal vez era una educación poco convencional, primero por parte de Liana Volkov y luego de nosotros, aun así, no me arrepentía de su vena independiente.

—Estoy debatiendo si tomar clases aceleradas para el último semestre, así puedo terminar la escuela más rápido —respondió Amara, completamente despistada de que su madre quería

mantenerla lo más cerca posible—. No veo la hora de emprender mi viaje de mochilera.

Los ojos de Emory se clavaron en mí, advirtiéndome sin palabras de que no accediera. Después de todo, había sido una aventura de verano en el extranjero lo que había provocado el embarazo de mi esposa.

—Bueno, no hemos aceptado del todo —le recordé—. Puede que quiera delegarte algunas responsabilidades. Necesito ayuda para dirigir...

—¡Santos cielos, *Papa*! —exclamó Amara, con su viaje de mochilera completamente olvidado—. ¿Lo dices en serio?

Asentí con la cabeza y, antes de que pudiera decir nada más, salió corriendo y la vi reunirse con un grupo de amigos y sus primos en el otro extremo del patio, justo delante de las puertas de la cafetería, que ocupaban toda la pared. Las puertas estaban abiertas y la gente entraba y salía de la zona hacia el amplio patio y el césped. Había gente de todas las familias: los Vitale. Los Morrelli. Los King. Los Marchetti. El clan Callahan, y muchos más, celebrando el logro de las cuatro chicas que decidieron fundar la escuela en medio de sus planes de robo.

Todo el maldito bajo mundo. A veces me preguntaba cómo habían conseguido Wynter y las chicas mantener la escuela como un terreno neutral en el que los chicos se llevaran bien sin importar su origen.

—Oh, Killian. —Em suspiró y miré a mi esposa—. No estoy segura de que poner a Amara en el *Sindicato* sea una buena idea. Es demasiado pronto. —Mi atención se desvió hacia nuestra hija, que gesticulaba animadamente con sus primos—. Probablemente, les está diciendo que será la jefa más ruda que hayan visto —musitó.

Solté un suspiro cuando vi que algunos chicos la miraban, y necesité todo mi autocontrol para no acercarme y darles un puñetazo a todos.

—Mejor eso que la alternativa —refunfuñé.

—¿Cuál es? —preguntó.

No llegué a contestarle, porque apareció Basilio.

—Si vas a poner a Amara en el *Sindicato*, entonces Fallon también. Hay demasiados chicos mirándola.

—¿Y cómo va a ayudar eso? —inquirió Emory.

—Estarán demasiado asustados para acercársele —afirmó Basilio con naturalidad—. Mira a esos imbéciles cachondos.

—Están todos observando a nuestras hijas —me quejé—. Deberían aprender a tenerles miedo.

—Bueno, están creciendo. —Wynter apareció al lado de su esposo, tomándose un descanso de darles la bienvenida a todas las familias—. El amor está obligado a ser el siguiente paso.

—¡A la mierda si lo está! —contestamos Basilio y yo al mismo tiempo.

—Mi hija no está preparada para los chicos —justifiqué—. Ella está...

—A punto de cumplir veintiún años —me recordó Juliette, y la fulminé con la mirada—. ¿Qué?

—¿Estás intentando enfadarme?

Emory se rio, deslizando su mano en la mía.

—Sabes la respuesta a esa pregunta.

Dante se acercó por detrás de mi hermana, rodeándole la cintura con las manos.

—Hablando de amor y problemas, ¿han oído el rumor?

Todos le dimos nuestra atención.

—¿Qué rumor? —preguntó Emory con curiosidad.

—El hijo de Luciano Vitale...

—Matteo —intervino Juliette, como si no supiéramos quién era. Luciano solo tenía dos hijos.

—Ha desaparecido con la hija de Nico Morrelli. —Terminó por decir Dante, y todos nuestros ojos se giraron hacia la familia Morrelli, al otro lado del césped.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño—. ¿Se fugaron? Los chicos de hoy en día se precipitan.

—¿No estaban Matteo y Hannah ya comprometidos para casarse? —Emory indagó—. Así que realmente no es para tanto.

Juliette sonrió con suficiencia.

—Desapareció con la *otra* gemela. —Sus palabras calaron hondo junto con unos cuantos jadeos que corrían alrededor, antes de continuar—: Y Hannah... al parecer prendió fuego a un edificio y luego también desapareció.

Pasó un latido y todas nuestras miradas se desviaron hacia el césped, donde se enfrentaban Nico Morrelli y Luciano Vitale. Podía sentir la furia que desprendían desde el otro lado.

—¿Deberíamos hacer apuestas sobre si Nico golpeará a Luciano? —susurró Juliette, con los ojos fijos en ambos hombres. Luciano sonreía, pero Nico... maldición, daba miedo.

Entonces Luciano dijo algo y Nico le dio un puñetazo en la cara lo suficientemente fuerte como para borrarle la sonrisa. El murmullo de la conversación a nuestro alrededor se desvaneció en un tenso silencio mientras todos esperaban con el aliento contenido a que estallara una pelea.

Pero entonces Luciano se limpió la sangre del labio, sus ojos se iluminaron con algo oscuro y divertido, luego se dio la vuelta y se marchó.

Basilio soltó una carcajada, rompiendo la tensión, mientras sacudía la cabeza. Aunque, a juzgar por la expresión seria de Nico, la situación no tenía nada de diversión.

—Jesucristo —suspiré—. Espero que no empiecen una guerra por eso.

—Claro que sí —pronunció Basilio—. Probablemente estén empezando una ahora mismo. Después de todo, ¿no empezarías una guerra si un mocoso descarado desapareciera con tu hija?

Entrecerré los ojos y se me detuvo el corazón solo de pensar en un chico con Amara. No estaba preparado para esa mierda. Y si desaparecían, incendiaría la tierra hasta convertirla en cenizas para encontrarlos.

Mis ojos se dirigieron a mi hija y vi cómo Grayson, Fallon y Amara hablaban con un grupo de chicos y Grayson se colocaba entre su hermana y su prima, mirando con odio a cualquier chico que se acercara demasiado. Basilio y yo lo observamos con orgullo, y no pude evitar preguntarme por las veces en que Grayson no estaría allí para mantener a raya a los chicos.

Emory me rodeó con sus brazos.

—Nuestra hija tiene la cabeza bien puesta sobre sus hombros.

—Pero los chicos no —agregué, mientras contemplaba si sería ir demasiado lejos asesinar a todos los chicos del planeta que no estuvieran emparentados con ella.

Emory se rio, apoyando la cabeza en mí.

—Haz lo tuyo, *Papa*. Tienes todo mi apoyo.

Era el hombre más afortunado de la tierra. Mi esposa siempre me apoyaba y a veces incluso sostenía los cerillos mientras yo prendía fuego a cualquiera que se atreviera a amenazarnos.

Le di un beso en la cabeza y sonreí.

—No te preocupes, *Álainn.* Lo haré. Esos chicos no sabrán qué los golpeó.

Compartí una mirada con Basilio y pude ver que estaba contemplando lo mismo que yo.

Era hora de asignarles un guardaespaldas a nuestras hijas.

Protegeríamos a nuestra familia hasta nuestro último aliento, y nada ni nadie nos detendría.

FIN

¿QUÉ SIGUE?

¡Muchas gracias por leer *Capo Insaciable*! Si te gustó, por favor, deja una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.

Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, el grupo de Eva´s Soulmates https://bit.ly/3gHEe0e

¿Te perdiste otras historias de esta serie? Puedes obtenerlas ahora:

Placer Corrompido (Davina y Liam), precuela https://amzn.to/4jA5XiX

Capo Perverso (Basilio y Wynter), Libro 1 http://bit.ly/4kPoI2L

Capo Retorcido (Dante y Juliette), Libro 2 https://amzn.to/43MjSwv

Capo Inmoral (*Priest* e Ivy), Libro 3 https://amzn.to/43tscCw

Capo Insaciable (Emory y Killian), Libro 4 https://bit.ly/4dRmqwJ

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí. Libros de Eva Winners https://bit.ly/3SMMsrN

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros con todo tipo de sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque también necesitan amor. ¿Verdad? Sus libros están salpicados con suspenso, misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland soñando despierta con la próxima historia.

Encuentra a Eva:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e
Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q
Instagram: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/